

A man's torso is shown wearing a vibrant red zip-up shirt. The zipper pull is visible at the top, and the shirt is partially unzipped, revealing a dark garment underneath. The man's hands are visible at the bottom, with one hand near the zipper. The background is dark, making the red shirt stand out.

KATY EVANS

PECADO

NADIE DIJO
QUE FUERA UN SANTO

SERIE PECADO 1

CHIC 

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



CONTENIDOS

Portada

Página de créditos

Sobre este libro

Dedicatoria

1. El trabajo ideal
2. Nueva investigación
3. Mensaje
4. Lunes
5. Camisa
6. Discoteca
7. Sueño
8. Citación
9. Yate
10. Acampada
11. Oficina
12. Jueves
13. Inauguración de Interface
14. Después de la fiesta
15. Cambio de imagen
16. Tunnel
17. Noche
18. Girando
19. Por la mañana
20. Por la noche...
21. Aventura
22. Excitación, éxtasis y exposiciones

23. Estado
24. Las madres son sabias
25. Necesito a Saint
26. Amigas y fantasías
27. Al filo del abismo
28. Sinceridad y lealtad
29. Búsqueda
30. Después de la tormenta
31. Cuatro

Playlist

Agradecimientos

Sobre la autora

PECADO

Katy Evans

Serie Pecado 1

Traducción de Azahara Martín para

Principal Chic



PECADO

V.1: junio, 2019

Título original: *Manwhore*

© Katy Evans, 2015

© de la traducción, Azahara Martín, 2019

© de esta edición, Futurbox Project S.L., 2019

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Publicado por Principal de los Libros

C/ Aragó, 287, 2º 1ª

08009 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-17972-00-4

IBIC: FR

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

PECADO

Nadie dijo que fuera un santo

Este es el reportaje que he querido escribir toda mi vida. Su protagonista: Malcolm Saint. Pero, a pesar de su apellido, el empresario más rico y codiciado de Chicago no tiene nada de santo. Malcolm esconde secretos muy oscuros y estoy decidida a desenmascararlo para salvar mi puesto de trabajo. Pero nunca creí que sería él quien revelaría mi verdadero yo...

La esperada nueva saga de Katy Evans, autora *best seller* de *Real*

«Esta será tu nueva adicción. Una historia de amor tórrida, lujosa y tierna que me ha tenido en vilo toda la noche.»

Sylvia Day, autora *best seller*

«Si quieres una lectura divertida, superadictiva y excitante, este es el libro que estabas buscando.»

Vilma's Book Blog

*Dedicado al fuego lento;
no lo notamos hasta que ardemos.*

1. El trabajo ideal

Esta mañana he entrado en la oficina de Helen segura de que iba a despedirme. En realidad, eso no es responsabilidad de mi jefa. Esa tarea recae en Recursos Humanos, pero se han cargado este departamento. *Edge*, la revista para la que he escrito y a la que me he dedicado en cuerpo y alma desde que me gradué en la universidad, pende de un hilo.

Cuando solo he dado tres pasos en el interior de la sala desordenada y atestada de revistas viejas, nuestras y de la competencia, noto el desayuno (un café con dos azucarillos y una tostada de trigo integral con mermelada de fresa) como si fuera una piedra en el estómago.

Sin ni siquiera levantar la vista de la carpeta que tiene en la mano, Helen señala la silla que tiene enfrente.

—Rachel, siéntate.

Me siento en silencio mientras se me ocurren un millar de cosas que decir: puedo hacerlo mejor; puedo hacer más; deja que haga más, dos artículos a la semana en vez de uno. Hasta se me pasa por la cabeza lo siguiente: trabajaré gratis mientras sea necesario.

No puedo permitirme trabajar sin cobrar. Vivo de alquiler, todavía estoy pagando el préstamo que pedí para financiar mis estudios y tengo una madre a la que quiero con problemas de salud y sin seguro médico. Pero me encanta mi trabajo. No quiero perderlo. Siempre he querido ser lo que soy ahora, en este momento, cuando mi destino recae en ella.

Así que aquí estoy, sentada, con miedo y una sensación de pérdida inminente mientras espero que Helen baje su carpeta y me preste atención. Cuando nos miramos, me pregunto si la próxima historia de mi vida que contaré es la de mi despido.

Me encantan las historias. Cómo moldean nuestra vida. Cómo marcan a personas que ni siquiera nos conocen. Cómo pueden impactarnos hasta cuando un acontecimiento no nos ha ocurrido exactamente en primera persona.

De lo primero de lo que me enamoré fue de las palabras que mi madre y mi abuela me decían sobre mi padre. Gracias a esas palabras entendí que no tuve un padre en la vida real. Las organicé por grupos y memoricé las historias que formaban. Dónde había llevado a mi madre en su primera cita (un restaurante japonés), si su risa era divertida (lo era) o cuál era su bebida preferida (Dr Pepper). Crecí fascinada por las historias y *todos* los hechos y detalles que me permitían dar forma, en mi mente, a los recuerdos de mi padre, que me han acompañado toda la vida.

Mis tías me decían que soñaba cuando afirmaba que quería que las palabras fueran mi profesión, pero mi madre citaba una y otra vez a la madre de Picasso:

—La madre de Picasso le dijo que, si se alistaba en el ejército, sería general y que, si se hacía monje, llegaría a papa. En vez de eso, fue pintor y se convirtió en Picasso. Eso es lo que siento cuando pienso en ti. Así que, Rachel, *haz* lo que desees hacer.

—Le echaría más ganas si *tú* también hicieras lo que desees —le contestaba siempre, abatida por ella.

—Lo que yo deseo es cuidarte —me respondía.

Es una pintora magnífica, pero nadie lo cree, excepto yo y una pequeña galería que quebró meses después de abrir. Por ello, mi madre tiene un trabajo normal y la Picasso que lleva dentro está silente.

Pero ha sacrificado mucho para ofrecerme una educación y más cosas. Como soy un poco tímida con los desconocidos, muchos de mis maestros no me animaron. Ninguno creía que tuviera agallas para dedicarme al periodismo extremo, así que me aferré a lo único que pude: a la motivación de mi madre y a su fe en mí.

Llevo trabajando en *Edge* casi dos años. Los recortes en la empresa empezaron hace más de tres meses y mis compañeros y yo tememos ser los próximos. Todos, yo incluida, estamos dando el ciento diez por ciento de nosotros. Pero, para un negocio inestable, no es suficiente. Por lo visto, la única manera de salvar *Edge* es una gran inversión que no parece llegar o publicar historias mucho mejores que las que hemos estado ofreciendo.

Cuando Helen abre la boca para hablar, temo escuchar las palabras «Tenemos que despedirte». Yo ya estoy pensando en una historia, una idea, puedo justificar mi próxima columna, algo atrevido que pueda dar a conocernos y que de algún modo me permita aferrarme a mi trabajo un poco más.

—He estado pensando en ti, Rachel —dice—. ¿Estás saliendo con alguien?

—Eh... ¿Saliendo con alguien? No.

—Bien, ¡eso es justo lo que quería oír! —Aparta los papeles a un lado, saca una de las revistas del estante y la deja caer en el escritorio que nos separa—. Verás, tengo que proponerte algo. Puede que requiera que dejes a un lado tus principios. A la larga, creo que te resultará gratificante. —Me muestra una vieja revista con una sonrisa triste en los labios.

—Este fue nuestro primer número. Hace quince años.

—¡Me encanta! —exclamo.

—Sé que sí. Siempre te han interesado nuestros comienzos. Por eso me gustas, Rachel —dice sin un atisbo de calidez en la voz. Parece que solo constata un hecho—. ¿Sabes? Antes *Edge* representaba algo. Durante todos esos años, no tuvimos miedo de romper las reglas, de aventurarnos donde otras revistas no lo hacían. Tú eres la única que parece haber preservado ese espíritu. La columna «Sin pelos en la lengua» siempre es la que obtiene más comentarios. Te centras en las tendencias y das tu cruda opinión, sin filtros. Hasta cuando la gente no está de acuerdo contigo, te respeta porque escribes con honestidad. Supongo que por eso ahora estás en mi oficina, en vez de Victoria. —Señala con la barbilla la salida, donde mi mayor contrincante, Victoria, debe de estar ocupada en su cubículo.

Vicky. Es la otra trabajadora estrella de *Edge* y, de alguna forma, siempre se las apaña para destacar más que yo. No quiero enemistarme con Victoria, pero, al parecer, hay un concurso de

popularidad en el que no me he inscrito. Parece muy feliz siempre que a Helen no le gusta lo que redacto y a veces soy incapaz de escribir ni una palabra solo porque me preocupa con qué va a salir Victoria.

—Verás, estoy pensando en meter cizaña. Si queremos mantenernos en el negocio, está claro que necesitamos algo más drástico. Algo para que *Edge* llame la atención de la gente. ¿Estás de acuerdo?

—Estoy de acuerdo. Si hay algo que le dé vida a *Edge*...

—Lo estamos haciendo muy mal, todos hemos crecido asustados; todos informamos desde lugares seguros y atemorizados, temerosos de pulsar el botón por si explotamos. Nos estamos marchitando. Necesitamos escribir sobre temas que nos asusten, nos fascinen... Y nadie fascina a esta ciudad más que los solteros multimillonarios. ¿Sabes de quiénes estoy hablando?

—¿Los donjuanes?

Retuerce los labios.

—El peor de todos. —Saca otra revista. Observo la portada, en la que pone «¿Santo o pecador?». —

—Malcolm Saint —susurro.

—¿Quién si no?

El hombre que me devuelve la mirada tiene un rostro hecho a la perfección, unos labios bonitos y unos ojos más verdes que el culo de una botella de vino. Tiene una sonrisa traviesa. La portada dice que le gusta causar problemas y, sobre todo, salirse con la suya. Pero también hay algo impenetrable y muy frío en su mirada. Oh, sí, esos ojos verdes son de hielo verde.

—He oído hablar de él —admito, y empiezo a ponerme nerviosa—. En realidad, no estaría viva en Chicago si no lo hubiera hecho.

Dicen que es despiadado. Un completo mujeriego.

Y tan ambicioso que avergonzaría al rey Midas. Oh, sí. Dicen que Saint no descansará hasta que se adueñe del mundo.

—Victoria cree que eres demasiado joven e inexperta para embarcarte en un proyecto tan arriesgado, Rachel. Pero estás soltera y ella, no.

—Helen, sabes lo mucho que disfruto escribiendo sobre tendencias, pero también que lo que de verdad quiero es escribir historias más importantes, historias sobre las casas de la gente, la seguridad. Quiero tener esa oportunidad y, si esta es la forma de conseguirla, entonces no te decepcionaré. ¿Qué tipo de historia ves para él?

—Desenmascararlo. —Sonríe—. Una historia con cotilleos sabrosos sobre él. Estoy pensando en cuatro cosas en concreto: ¿Cómo consigue mantener la calma y el control todo el tiempo? ¿Qué trato tiene con su padre? ¿Qué papel representan todas esas mujeres en su vida? Y ¿por qué tiene esa evidente obsesión por hacer las cosas *de cuatro en cuatro*? Ahora bien —dice mientras da un golpe en el escritorio para añadir énfasis—, para conseguir la información... Seamos honestas, Rachel: debes intentar acercarte. Miente, mentirijillas piadosas. Entra en su mundo. Saint no es un hombre al que se pueda acceder con facilidad, por eso nadie ha sido capaz de averiguar ni una de estas cosas, mucho menos las cuatro.

La he estado escuchando. Tengo muchísima curiosidad. Pero he empezado a inquietarme. *Miente. Mentirijillas piadosas.* La verdad es que he mentido alguna vez. Soy humana. He hecho cosas buenas y malas, pero prefiero inclinarme por lo correcto. Me gusta dormir tranquila,

gracias. Pero *esta* es la oportunidad que he esperado desde que empecé la universidad.

—Y si Saint quiere algo más de ti —continúa Helen—, entonces estate preparada. Puede que tengas que darle algo más. ¿Puedes hacerlo?

—Eso creo —contesto, pero sueno mucho más segura de lo que estoy. Es que... no estoy segura de cuántas oportunidades como esta tendré. Nunca podré dedicarme a informar de cosas que son importantes para mí si no hago un esfuerzo más grande para que me escuchen. Abordar un tema que fascina al público tanto me dará voz, y deseo muchísimo esa voz.

—¿Crees que puedes hacerlo? O... —Echa un vistazo fuera.

No. No puedo soportar que Victoria consiga la historia. No es un mal trago por el que quiera pasar. De hecho, es un mal trago de verdad y no quiero pasarlo.

—Lo haré. Estoy ansiosa. Quiero una buena historia —le aseguro a Helen.

—Siempre podemos esperar y encontrarte otra buena historia, Rachel —dice, haciendo ahora del abogado del diablo.

—Lo haré. Ahora él es mi historia.

—Él es la historia de Chicago. El niño de Chicago. Hay que manejarlo con cuidado.

—Él es la historia que quiero contar —insisto.

—Eso es lo que me gusta escuchar. —Se ríe—. Rachel, eres preciosa. Una muñeca. Eres divertida y trabajas duro, lo das todo, pero para lo que has vivido, todavía eres inocente. Llevas aquí dos años y ya te esforzabas antes de graduarte. Sin embargo, aún eres una niña que juega en un mundo de adultos. Eres demasiado joven para saber que hay protocolos sobre cómo tratar con los ricos de la ciudad.

—Sé que, por lo general, satisfacemos a los ricos.

—Solo recuerda que Saint podría acabar con la revista. No puede verlo venir. Para cuando lo haga, su rostro estará ya en los quioscos.

—No me pillará —murmuro.

—Vale, Rachel, pero quiero revelaciones íntimas. Quiero todos los detalles. Quiero ponerme en su piel y vivir su día a día. ¿Cómo es ser él? *Tú* vas a decírselo a toda la ciudad. —Sonríe con alegría y enciende el ordenador con un movimiento del ratón—. Espero con ansia escuchar todo eso. Así que vete ya, Rachel. Encuentra la historia de la historia y escríbela.

Hostia, Livingston. ¡Aquí tienes tu historia!

Me siento muy aturdida y entusiasmada, estoy eufórica cuando me dirijo a la puerta y casi tiemblo porque necesito ponerme a trabajar.

—Rachel —dice mientras abro la puerta de cristal con un nudo en el estómago. Asiente con la cabeza—. Creo en ti, Rachel.

Me quedo ahí, pasmada porque, al fin, confía en mí. No esperaba que esa confianza llegara junto con un miedo tremendo al fracaso.

—Gracias por la oportunidad, Helen —susurro.

—Oh, una última cosa. Por norma general, la prensa no puede acceder a Saint. Pero ha habido excepciones y creo que tengo una idea que quizá podría funcionar. Échale un vistazo a su nueva red social, Interface. Úsala para acercarte. Puede que no le guste la prensa, pero es un hombre de negocios y nos utilizará para sacar provecho.

Asiento con la cabeza con algo de seguridad en mí misma y un montón de dudas, y en cuanto estoy fuera, respiro con nerviosismo.

Vale, Livingston. Céntrate y manos a la obra.



He conseguido tanta información de Saint que me envió correos electrónicos a mí misma con decenas y decenas de enlaces para continuar con la investigación esta noche en mi apartamento. Llamo a su oficina y hablo con una representante para pedirle una entrevista. Me asegura que ya se pondrán en contacto conmigo. Cruzo los dedos y digo:

—Gracias. Estoy disponible a cualquier hora. Mi jefa está muy emocionada por publicar un artículo sobre la última empresa del señor Saint.

Una vez terminado el día, me dirijo a casa. Vivo cerca de la empresa Blommer Chocolate, en el barrio de Fulton River. Me levanto oliendo a chocolate. Mi edificio tiene cinco plantas y está situado en el límite del centro.

A veces me resulta difícil creer que estoy viviendo mi sueño o, al menos, la mitad de él. Quería el maletín, el teléfono móvil, los tacones, la chaqueta y la falda a juego. Quería ser lo bastante independiente como para comprarle a mi madre el coche de sus sueños y una casa propia de donde no la puedan desahuciar porque no pueda pagar el alquiler. Todavía quiero todo eso.

Por desgracia, mi oficio es complicado. Trabajaba por cuenta propia antes de haber acabado la carrera, no tenía ingresos estables. Dependes de tu musa para vivir y no siempre te da ideas. Entonces respondí a un anuncio del *Chicago Tribune*. *Edge* estaba buscando columnistas semanales para temas de moda, sexo y citas, innovación, consejos de decoración y hasta descubrimientos de mascotas elegantes. La oficina ocupaba dos plantas de un edificio antiguo del centro y difícilmente representaba el ambiente empresarial que me había imaginado.

La planta superior está llena de periodistas en sus escritorios. El suelo es de madera y las oficinas editoriales están salpicadas de colores brillantes y cojines de satén, siempre llenas del zumbido de los teléfonos y el parloteo de la gente. En vez de los trajes de negocios que me imaginaba que me pondría para trabajar, escribo con una camiseta holgada con un eslogan moderno y un par de calcetines con la palabra *Creo* inscrita en los dedos. Es una locura de revista, tan loca como algunas de las historias y columnas que publicamos..., y me encanta.

Pero los blogueros nos están dejando sin trabajo; nuestra tirada disminuye por momentos. *Edge* necesita algo innovador y estoy desesperada por demostrarle a mi jefa que puedo conseguirlo.

—¡Gina! —llamo a mi compañera de piso cuando entro en la vivienda de dos dormitorios.

—¡Estamos aquí! —contesta ella.

Está en su dormitorio, con Wynn. Son mis mejores amigas. Wynn es pelirroja, pecosa, rosa y dulce, muy diferente de la morena y sensual Gina.

Somos como un helado de corte de tres sabores. Gina y yo somos las más altas, mientras que Wynn es un duendecillo. Gina y yo intentamos usar la lógica; Wynn siempre es del «equipo de los sentimientos». Yo soy la que tiene carrera, Wynn es la que apoya a los demás y Gina, la conquistadora que todavía no se ha dado cuenta de que podría usar a los hombres como consoladores personales si quisiera. No quiere, de verdad.

Dejo caer el bolso junto a la puerta, veo el gran pícnic de comida china y me siento con ellas en el suelo.

Están viendo en *streaming* un episodio antiguo de *Sexo en Nueva York*.

Comemos en silencio y vemos la serie, pero ni siquiera presto atención a la pantalla. Estoy demasiado agotada, así que al final suelto:

—He conseguido mi historia.

—¿Qué? —Dejan de comer.

Asiento con la cabeza.

—He conseguido mi primera historia completa. Podría ser de tres, cuatro o hasta de cinco páginas. Dependiendo de la cantidad de información que consiga.

—¡Rachel! —gritan al unísono y se me echan encima.

—¡Nada de placajes! ¡Mierda! ¡Habéis tirado el arroz!

Chillan y se echan hacia atrás y Wynn va a por la aspiradora.

—Entonces, ¿de qué va? —pregunta.

—Malcolm Saint.

—¿Malcolm *Saint*?

—¿De él? ¿Sobre qué? —pregunta Wynn.

—Es... casi de encubierto. —Parecen al borde de un ataque de nervios debido a lo ilusionadas que están—. Lo voy a conocer.

—¿Cómo?!

—Estoy intentando conseguir una cita para entrevistarle sobre Interface.

—Ajá.

—Pero también lo investigaré en secreto. Lo... desnudaré —bromeo.

—¡RACHEL! —Gina me da un golpe en el brazo, ya que sabe que, por lo general, actúo como una puritana.

Wynn niega con la cabeza.

—¡Ese hombre es muy *sexy*!

—¿Qué sabéis vosotras dos de él? —pregunta Gina.

Saco el ordenador portátil.

—Solo he estado mirando sus redes sociales y el tío tiene más de cuatro millones de seguidores en Instagram.

Entramos en otras páginas y echamos un vistazo a su cuenta de Twitter.

No me impresiona lo que leo.

—Su representante no me va a conceder la cita. Me puso en una lista. Me pregunto si tendré más suerte si contacto con él por internet.

—Vamos a buscar una foto de perfil donde se te vea *sexy* y parezcas inteligente por si el propio Saint la ve.

—Eso no va a pasar —contesto.

—Vamos, Rachel, tienes que poner una foto en la que estés lo más atractiva posible. Esta. —Señala una foto que hay en uno de mis antiguos álbumes de la red social donde llevo una falda y una blusa de secretaria, pero los tres botones del pecho están a punto de estallar.

—Odio esa camisa.

—Porque enseña lo que tienes. Venga, vamos a hacerlo.
Cambio mi foto de perfil y le envío un mensaje.

Señor Saint:

Soy Rachel Livingston, de la revista Edge. Sería un placer que me diera la oportunidad de entrevistarle en persona sobre su nuevo producto estrella, Interface. También he tramitado una solicitud a través de su oficina. Estoy disponible en cualquier momento...

Incluyo mi información de contacto y le doy a enviar.

—Vale, crucemos los dedos —murmuro, y siento mariposas en el estómago.

—De las manos y de los pies.

Más tarde, cuando Wynn se marcha a casa y Gina se va a dormir, me dirijo a la cama. Me recuesto sobre la almohada, con el portátil en el regazo, mientras chupo un rollo de fruta deshidratada.

—Una lectura interesante —le digo a una foto de internet de nuestro hombre. Me quedo despierta hasta medianoche leyendo. Ya he indagado bastante sobre él.

Malcolm Kyle Logan Preston Saint. Veintisiete años. Pertenece a una familia de antiguos ricos de Chicago, le dedicaron un titular el día que nació. A los cinco años lo ingresaron en el hospital por meningitis y el mundo estuvo en ascuas por ver si lo superaba.

A los seis años, ya era cinturón negro en kárate y los fines de semana viajaba con su madre aristócrata de un estado a otro en uno de los *jets* de su padre. A los trece, ya había besado a la mayoría de las chicas de la escuela. A los quince, era el mayor casanova y el mentiroso con más experiencia del mundo. A los dieciocho, el cabrón perfecto y, además, rico. A los veinte perdió a su madre, pero estaba demasiado ocupado esquiando en una localidad de los Alpes suizos como para llegar al funeral a tiempo.

A los veintiuno, sus dos mejores amigos, Callan Carmichael y Tahoe Roth, y él se habían convertido en los niños pijos más famosos de nuestra generación.

Es el propietario de cuatro Bugattis con matrícula BUG 1, BUG 2, BUG 3 y BUG 4. Posee casas por todo el mundo, coches de lujo, decenas de relojes de oro e incluso un calendario perpetuo de oro rosado que compró en una subasta por 2,3 millones de dólares. Se podría decir que colecciona empresas, juguetes y, al parecer, mujeres.

Malcolm es hijo único y, después de heredar los millones de su madre y demostrar un misterioso don para los negocios en los años sucesivos, se convirtió no solo en un multimillonario, sino en un símbolo absoluto de poder. No de poder político, sino de poder bueno, el pasado de moda, el que te da el dinero. Saint no está vinculado con los turbios tratos de la maquinaria política de Chicago, pero puede pulsar los botones de esa máquina si lo desea. Todos los políticos lo saben, razón por la que estar de buenas con el donjuán es lo mejor para ellos.

Saint no respalda a cualquiera. El público, de alguna forma, confía en que a Saint no le importa una mierda lo que piensan; no respaldará a nadie si no planea adueñarse de esa persona, así que, indirectamente, nadie más puede apropiarse de la persona a la que apoya Saint. Es el campeón de los desvalidos. Con su sustancial herencia, Saint se convirtió en un capitalista riesgo a una edad muy temprana y financió los proyectos tecnológicos de muchos de sus compañeros

con los que estudió —en una universidad de la Ivy League—, muchos de los cuales tuvieron éxito e hicieron a Saint unos pocos cientos de millones más rico que su propio padre. Todavía controla las inversiones de capital riesgo desde las oficinas M4. M4, cuyo nombre procede de la inicial de su nombre y su número favorito, es una empresa que creó en esos primeros años, cuando varias de sus inversiones acabaron en la lista de Nasdaq; una por algunos miles de millones, encima.

Última portada del Enquirer

Malcolm Saint, nuestro chico malo favorito, al descubierto

¿Con cuántas mujeres se ha acostado?

¿Por qué no le interesa el matrimonio?

¿Cómo se convirtió en el soltero mujeriego más sexy de Estados Unidos?

¡Y mucho más!

Twitter:

@MalcolmSaint ¡Ojalá nunca me hubiera fijado en ti!

#comemierdaymuere

¡ERES HOMBRE MUERTO! @MalcolmSaint te follaste a mi novia, eres hombre MUERTO

¿Bebidas gratis para todos? @MalcolmSaint paga en el Blue Bar del centro

Muro de Facebook:

Hola, Mal: ¿te acuerdas de mí? Te di mi número la semana pasada. ¡Llámame o mándame un mensaje!

Saint, vamos a tomar algo la semana que viene. Estoy en la ciudad con mi mujer (no la voy a llevar, ya te ha adulado suficiente). Mándame un mensaje privado para fijar un lugar.

Sales guapo en las fotos del yate, Saint. ¿Tienes espacio para unas cuantas más? ¡A mis amigas y a mí nos encantaría pegarnos otra buena juerga contigo! :) Besos y abrazos



Guau.

—Eres una joyita, ¿no? —susurro mientras cierro el portátil de un golpe alrededor de la medianoche. Apuesto a que la mitad de lo que se dice en internet es una exageración o completamente falso. Razón por la cual, por supuesto, necesito realizar una investigación para obtener información verídica; una investigación de primera mano. Sonrío, miro la hora y me doy cuenta de que es demasiado tarde para contarle a mi madre que por fin he conseguido mi historia.

2. Nueva investigación

Twitter:

¡@MalcolmSaint, sígueme en Twitter!

@MalcolmSaint, lánzame la primera pelota del partido de los Cubs

Bandeja de entrada personal:

VACÍA

Ya tengo un archivo de diez centímetros de grosor de Malcolm Saint, pero ninguna llamada de su relaciones públicas.

Hoy también es imposible hacer planes con mi madre.

Se suponía que iba a quedar con ella para mostrar nuestro apoyo a la campaña «Acabemos con la violencia» de nuestra comunidad, pero me llama para decirme que no puede ir. Su jefe le ha pedido que cubra a un compañero.

—Lo siento, cariño. ¿Por qué no le pides a una de las chicas que te acompañe?

—No te preocupes, mamá, lo haré. Acuérdate de la insulina, ¿vale?

Sé que lo hace, pero no puedo evitar mencionarlo cada vez que hablamos por teléfono. Así de obsesionada estoy con ella.

De hecho, me preocupo tanto por mi madre que a Gina y a Wynn les preocupa que caiga enferma. Mi deseo es tener un buen colchón de ahorros para hacerme cargo de su seguro y cerciorarme de que tiene un buen hogar, comida sana y buenos cuidados. Quiero darle a mi madre todo lo que ella me ha dado para que pueda jubilarse y dedicarse por fin a su verdadera pasión. Todo el mundo se merece hacer lo que ama. Su amor por mí y el deseo de proporcionarme todo lo que podía la había frenado. Quiero que me vaya lo bastante bien como para que *ella* pueda seguir sus sueños.

Este artículo para desenmascararlo podría llevar a muchas más oportunidades, una puerta se abre a una plétora de otras nuevas.

Estoy haciendo clic en los enlaces de Malcolm Saint como una loca cuando Gina sale por fin de su dormitorio con el atuendo más cómodo que tiene.

—Te dije que tiene que ser algo que no te importe que se manche de pintura —le recuerdo

—. ¿Esos no son tus vaqueros favoritos?

—Oh, joder, ¡es verdad! ¿Por qué me he olvidado de ello cuando he abierto el armario y los he visto? —Vuelve a su habitación dando pisotones.

Una hora antes del mediodía, en una esquina del parque cerca de las canchas de baloncesto, Gina y yo, junto con lo que parecen ser unas pocas decenas de personas, por fin nos reunimos con ganas de pintar con las manos un lienzo del tamaño de la pared.

—*Todos* hemos perdido a alguien en esta lucha. A seres queridos, al tendero, a un amigo... —dice uno de los organizadores.

Yo tenía dos meses cuando perdí a mi padre.

Lo único que sé es lo que me contó mi madre: que era un hombre ambicioso, trabajador y con grandes sueños. Le prometió que nunca tendría que trabajar... Estaba obsesionado con darnos una vida ideal. No lo pedimos, pero eso a él no le importó.

Y una sola pistola bastó para que nada de eso ocurriera.

No llegué a tener un solo recuerdo de sus ojos, grises, supuestamente como los míos. Nunca oí su voz. Nunca supe si, por las mañanas, era un gruñón, como el padre de Gina, o dulce, como el de Wynn. Recuerdo que los vecinos nos trajeron tarta durante años cuando era pequeña. Recuerdo que sus hijas venían a jugar conmigo. Recuerdo que jugaba también con los niños de otras personas, que mi madre me llevaba a jugar con otros niños que habían perdido a alguien de forma violenta.

Ahora, veintitrés años después de que mi padre muriera, cada vez que algo malo sucede, me gustaría detenerlo, y no quiero olvidar nunca lo que se siente al desearlo.

Nos han criticado por nuestros métodos para reclamar una ciudad más segura; algunos dicen que somos demasiado pasivos, otros que no tiene sentido, pero creo que hasta las voces más tranquilas merecen ser escuchadas.

Vierto algo más de un centímetro de pintura roja en la bandeja de plástico grande, de acuerdo con las instrucciones de los organizadores, y coloco la mano en la superficie. La pintura, roja y espesa, se extiende hasta las puntas de los dedos.

—Vamos a colocar las manos en este gran mural como símbolo para detener la violencia en las calles, en nuestras comunidades, en nuestra ciudad y en nuestros barrios —continúa el organizador.

Me suena el teléfono, en el bolsillo izquierdo trasero.

—Está bien, ahora —grita la mujer.

A la de tres —¡uno, dos y tres!—, coloco la mano en la pared, mientras Gina hace lo mismo con la mano, roja como la mía y un poco más grande.

Una vez que todos hemos dejado nuestras huellas, nos dirigimos a las fuentes de agua para limpiarnos. Gina se inclina sobre mi hombro y yo grito e intento echarme hacia atrás.

—¡Tía, me estás manchando de pintura! —exclamo entre risas mientras me seco las manos y doy un paso a un lado para dejar que se limpie. Mientras se quita la pintura, saco de un tirón el teléfono.

Y me empiezan a temblar las piernas porque me han contestado.

3. Mensaje

Malcolm Saint:

Señorita Livingston, soy Dean, el coordinador de prensa del señor Saint. Hoy tenemos un hueco de diez minutos a las 12.00.

Ahora me llega la notificación, hoy, sábado, a las 11.18.

—¡Joder, lo he conseguido! —le digo a Gina mientras le enseño el mensaje. Pero en vez de chocarme la mano por haberlo logrado y ser la mejor, me mira el mono de forma deliberada.

—Oh, no —gimo. ¡No puedo ir a verlo así!

—Está bien, ponte mi cinturón.

—Dios mío, ¿en serio? ¡Estoy ridícula!

Me lo pasa por la cintura y lo ciñe.

—Rachel, céntrate. Por aquí no hay ninguna tienda, no tienes tiempo de cambiarte.

Nos miramos con pánico en los ojos y luego examinamos mi ropa. Llevo un mono vaquero con una camiseta de tirantes debajo y un cinturón rojo, además de manchas de pintura aquí y allá.

—¡Parezco una puta que tiene que hacer la colada!

—Tienes pintura en la mejilla —dice Gina con una mueca.

Gimo y le susurro al universo: «La próxima vez que hagas uno de mis sueños realidad, ¿puedo ir vestida para la ocasión?».

Como si me leyera la mente, Gina intenta animarme.

—Vamos, el hábito no hace al monje. Oye, al menos no vas desnuda.



He intentado peinarme de distintas formas, pero no, mi apariencia apenas mejora. Siento un profundo odio por toda esta situación mientras voy en la parte trasera del taxi, sentada de lado porque sospecho que, cuando Gina se lavó las manos después de mí, me manchó de pintura la espalda. Hace tan solo unos segundos he notado que se me pegaba al respaldo del asiento del taxi y ahora desprecio tanto esta situación que me duele la tripa. Le pido al taxista que baje el

retrovisor del lado del pasajero para mirarme la cara.

—Dios mío —suspiro.

Y ahí estoy yo, con el cabello rubio y largo recogido en unas coletas despeinadas y una mancha de pintura en un lado del cuello, tan marcada como la sangre contra la piel pálida.

—Dios mío —gimo.

¿Esta es la mujer que el famoso Malcolm Saint va a ver?

Y, si en la parte de atrás del taxi creía que de verdad aborrecía esta situación, no tenía ni idea de que la odiaría mucho más cuando llegase al edificio corporativo de M4.

Se erige con sus elegantes ventanas de efecto espejo tan alto como la torre Sears (ahora se supone que se llama Willis, pero que le den a ese nombre). En el vestíbulo, el suelo de granito y mármol se extiende bajo mis pies de un extremo a otro. Las estructuras de acero sostienen una escalera de cristal que lleva al vestíbulo de la segunda planta, mientras los ascensores transparentes suben y bajan.

La sede de M4 es tan atrevida como una discoteca, pero tan silenciosa como un museo. Me siento como una mensajera que ha olvidado el paquete mientras atravieso las puertas giratorias y me dirijo a recepción.

Joder, esto no es nada bueno. *Todos* los que están en el vestíbulo me están mirando.

No puedo hacerlo, no puedo hacerlo, no puedo hacerlo.

¡Livingston! Céntrate. Sí. Tú puedes.

Levanto la barbilla y me acerco con orgullo a la recepcionista.

—Soy Rachel Livingston, tengo una cita con Malcolm Saint.

Me observa en silencio. Comprueba mi documento de identidad. Frunce un poco el ceño.

Mido un metro setenta, no se puede decir que sea baja, pero me siento cada vez más pequeña. Estoy encogiéndome aquí mismo, mientras espero. Humillada en silencio.

—Diríjase a la última planta —dice al tiempo que observa mis Converse.

Jo-der.

Me dirijo al ascensor con todo el orgullo que puedo reunir.

El ascensor sube hasta la última planta y deja a mis acompañantes (todos vestidos con elegantes trajes de ejecutivo blancos y negros) por el camino hasta que solo quedo yo. Y el nudo de nervios que cada vez se hace más intenso. Apuesto a que a Victoria no la encontrarían muerta con este atuendo. Ni aunque le hubieran pagado por ello.

Pero Victoria no está aquí, Rachel. Estás tú.

El ascensor se abre y salgo.

Hay cuatro escritorios, dos a la derecha y dos a la izquierda, y unas enormes puertas de cristal esmerilado que llevan a... su guarida. Sé que es la suya por la impresión que dan las puertas esmeriladas de una fortaleza de cristal que es audaz y, al mismo tiempo, extrañamente discreta. Refleja que es accesible a la vez que está completamente fuera del alcance del mundo.

Una mujer se acerca a un escritorio y me hace gestos para que tome asiento en una sección a la izquierda.

Le doy las gracias en voz baja y me siento en el borde de una silla durante unos minutos mientras observo a sus cuatro asistentas, todas elegantes y atractivas a su modo, hablar por teléfono sin parar. Trabajan en una absoluta y perfecta sincronización.

Se abre un ascensor y la visión de un hombre alto y llamativo despierta en mí una conciencia

de femineidad pura cuando sale del ascensor seguido por un séquito de hombres de negocios. Hombros muy anchos, cabello negro azabache, traje almidonado de marca, camisa blanca como la nieve y unos andares para comerse el universo. Coge la carpeta que le extiende uno de los hombres y, tras emitir algún tipo de orden que dispersa a sus seguidores a la velocidad de la luz, carga hacia adelante con decisión. Pasa a mi lado con la fuerza latente de un huracán y desaparece en la cueva de cristal. Me deja aturdida y absorbiendo de forma frenética el último atisbo del cabello oscuro, la amplia espalda y el culo masculino más *sexy* que he visto en Chicago.

Por un instante, siento que el mundo se ha movido más rápido, que, de algún modo, han transcurrido diez segundos en el espacio de uno; el segundo en el que este hombre pasó junto a mí como un rayo.

Una de sus asistentes se pone en pie y se dirige al despacho de cristal en el que se ha adentrado, mientras las otras tres observan la puerta como si desearan que el rayo hubiera caído un poco más cerca de casa.

Y entonces *me* alcanza.

La tormenta era Malcolm Saint.

Sí, el huracán era Saint.

Siento un pinchazo de terror.

Me miro las zapatillas deportivas. Y sí. Siguen siendo zapatillas deportivas. Uf.

Noto que la asistente ha dejado la puerta ligeramente entreabierta y no puedo evitar inclinarme hacia delante y esforzarme por escuchar sus susurros.

—Su cita de las doce está aquí. Tiene diez minutos.

No logro escuchar la respuesta con los nerviosos latidos de mi corazón.

—Oh, y señor Saint, esta... periodista... va vestida de una forma poco convencional.

Dios, sigo sin escuchar.

—De *Edge*, una revista de poca tirada. Dean pensó que es importante que utilicemos todos los puntos de venta que podamos para impulsar el nuevo Facebook.

Se me pone la carne de gallina cuando oigo una voz masculina, baja e insoportablemente profunda, murmurar algo ininteligible.

—Rachel Livingston —responde la asistente.

Siento escalofríos cuando el indiscernible pero profundo sonido de su voz me vuelve a alcanzar. Los escalofríos me recorren de la cabeza a los pies.

Nunca antes me había sentido así, ni siquiera cuando me he estado congelando el culo fuera. ¿Serán los nervios?

—Sí, señor Saint... —dice por fin la asistente.

Sale y no logra ocultar sus nervios. Mierda, y yo soy la siguiente. Parece que me han arrojado a una licuadora con una lata de pintura y que soy el resultado de ese divertido experimento.

Me llama desde la puerta.

—El señor Saint está muy ocupado hoy. Disfruta de tus diez minutos —dice la mujer, y abre la puerta.

Intento contestar, pero estoy tan nerviosa que solo me sale un leve graznido al pronunciar «gracias» mientras atravieso la puerta. Hay tableros de cotizaciones en decenas de pantallas

distintas dispuestas en una pared. No tiene plantas vivas, nada excepto dispositivos tecnológicos y un suelo de piedra natural y mucho espacio, como si este hombre lo necesitara.

Las ventanas ofrecen vistas a la ciudad de Chicago, pero no puedo contemplarlas mucho tiempo porque lo veo a él (en silencio, con la intensidad de una tormenta, vestido de Armani), que se dirige hacia mí con la fuerza de un huracán, casi como si fuera de otro mundo.

Guau. Guau a cada parte de él. El rostro, la presencia, los hombros, los ojos... Unos ojos brillantes, vivos, de un color verde profundo, como ríos en movimiento, pero no faltan los pequeños fragmentos de hielo brillante en su interior, que casi me gritan que los caliente.

—Señorita Livingston.

Extiende la mano y, cuando deslizo los dedos por su cálido agarre, me doy cuenta de que no puedo respirar.

Asiento con la cabeza, trago saliva y esbozo una estúpida sonrisa mientras libero la mano y lo observo con creciente admiración.

Se sienta en la silla, inclinado hacia atrás de forma cómoda, con una postura aparentemente informal, pero noto la energía que bulle desde su ser.

—Señor Saint —murmuro por fin, más consciente que nunca de mi atuendo y de lo fuera de lugar que debo de parecer en medio de tan refinado lujo.

Él también me observa, un tanto desconcertado y en silencio. Apuesto a que soy la única mujer que ha visto con un mono y unas zapatillas deportivas. Apuesto a que todo el mundo se pone lo mejor que tiene cuando viene a verlo.

Mierda.

Echa un vistazo al reloj y me sobresalta cuando habla.

—El tiempo pasa, señorita Livingston, así que será mejor que empiece ya. —Me señala una silla que hay enfrente del escritorio y... ¿Puedo simplemente decir que su voz es toda una experiencia?

Su *presencia* es toda una experiencia. No me extraña que la gente hable de ello por internet (joder, como si hubiera alguien que no quisiera saberlo).

Tiene la mandíbula marcada y unas cejas oscuras y pobladas encima de unos profundos ojos enmarcados por unas densas pestañas. Sus labios son sensuales, un tanto curvos en las comisuras. El tipo de labios que Gina llama «comestibles».

—Gracias por aceptar la cita, señor Saint —digo.

—Saint está bien. —Se inclina hacia atrás en su silla.

Me da un subidón de adrenalina y al final no me queda otra opción que intentar sentarme en la silla que me ha indicado y centrar todos mis esfuerzos en mis movimientos. Intento no reclinarme para evitar manchar el tejido; un poco rígida, echo un vistazo a las preguntas que he escrito en el teléfono de camino aquí.

—Mi principal interés es, por supuesto, su nueva red social, la primera que realmente compite contra Facebook...

No puedo evitar notar que le distrae mi ropa cuando estoy sentada delante de él. Siento su mirada, me observa. ¿Le disgusta mi atuendo? Noto sus sensuales ojos puestos en mí y estoy a punto de retorcerme.

Se mueve en la silla y se pasa la mano por la cara. ¿Está escondiendo una sonrisa? Dios mío, ¿se le mueve un poco el pecho? ¡Se está riendo de mi ropa! Porque estoy tan tiesa como un

maniquí, nerviosa y preguntándome sin parar si tengo pintura o no.

—Como ya sabe... —Me obligo a continuar, pero por Dios, estoy *mortificada*—..., los inversores no son los únicos que se han preguntado si permanecerá en manos privadas...

Me detengo cuando se pone de pie y se dirige al fondo del despacho. Camina como solo lo hacen los hombres seguros de sí mismos. Es inquietante cuando se dirige hacia mí, extendiendo lo que parece ser una camisa de hombre limpia.

—Tome, póngase esto.

Santo cielo, ¿es *su* camisa?

—Oh, no.

Sus ojos están cerquísima, observándome con una curiosidad que no había advertido antes.

—Insisto —añade con un atisbo de sonrisa.

Se me acelera el corazón.

—No, de verdad —protesto, negando con la cabeza.

—Estará más cómoda. —Me hace un gesto y me entran escalofríos. Él se limita a sonreír y me guiña un ojo.

Me pongo de pie para tomar la camisa, desabrocho los botones con dedos temblorosos y, luego, meto los brazos en las mangas. Empiezo a abotonarme la camisa mientras él vuelve al escritorio, esta vez caminando despacio, casi como un depredador... porque no aparta la mirada de mí mientras se da la vuelta.

Cuanto más rápido intento mover los dedos, más inútiles parecen. La camisa me llega hasta los muslos, una camisa que lo ha tocado, a él, su pecho, su piel, y de repente no puedo dejar de estar atenta a lo que hace; el hombre más codiciado de Chicago se sienta lentamente en su silla.

—Está bien —anuncio.

Pero no está bien. Nada va bien ahora mismo.

Me sonrojo hasta la punta de las orejas y le brillan los ojos sin piedad, como si lo supiera.

—Le queda mejor que a mí —me asegura.

—Me está tomando el pelo, señor Saint —digo en voz baja, y tomo asiento de nuevo. La camisa huele a jabón. Y el cuello almidonado me queda grande. Dios. Noto que me flaquean las rodillas. No me podría sentir más vulnerable aunque estuviera desnuda frente a él.

—Está bien, así que ahora que ha logrado vestirme de forma más apropiada... —le digo entre risas y, luego, me río por haber hablado con tanta familiaridad. Empieza con las preguntas, Rachel. Y, ya de paso, empieza también a ser objetiva.

Le suena el móvil. Lo ignora y me doy cuenta de que está sonriendo por mi comentario. Tiene los labios curvados de forma seductora y sus dientes, perfectamente parejos y blancos, contrastan con su bronceado.

Qué. Sonrisa.

Oh.

De pronto, siento un nudo en el estómago.

—¿Quiere responder?

—No —contesta sin rodeos—. Siga. Es su turno.

Vuelve a sonar. Echa un vistazo a la pantalla y entrecierra los ojos.

—Por favor, adelante —lo animo.

De verdad que *necesito* que mire para otro lado por un segundo.

¿Qué está pasando en mi vida?

¡Llevo su camisa!

Al fin murmura:

—Discúlpeme. —Atiende la llamada y gira la silla un poco mientras escucha por el altavoz.

Suelto aire mientras vuelvo a repasar las preguntas del teléfono y levanto la mirada para observar su perfil mientras escucha con atención. Solo con estar ahí sentado, sin hacer nada, excepto responder una llamada, absorbe todo el oxígeno de la habitación. Exuda clase, dinero, sofisticación y todo tipo de cosas verdaderamente poderosas.

Dicen que una vez saltó desde lo alto de su edificio de oficinas.

Lo han llamado atrevido y audaz tanto en los negocios como fuera de estos.

No me creí nada de lo que leí anoche.

Ahora ya no estoy segura de que todo sea mentira.

Hay mucha energía bajo ese traje de negocios.

Lleva la ropa como si fuera una segunda piel (maldita sea, como si a veces durmiera con ella). Por debajo de la camisa blanca, atisbo el impresionante tono muscular de los brazos y el pecho. Ninguna de las fotos que vi en la red capturaba con veracidad el efecto de ese rostro bronceado y bien definido en persona. Ninguna, en absoluto. Es guapísimo y no voy a detenerme en su cuerpo, pero ahora entiendo por qué su cama es el lugar más codiciado de la ciudad.

Cuelga y vuelve a sentarse. Nos observamos un momento.

—¿Le gustaría proceder ya, señorita Livingston? —me insta, haciendo señas a mi teléfono.

—Le divierto —espeto.

Arquea una ceja y parece darle un par de vueltas a la pregunta en su cabeza, con las manos cruzadas delante de él.

—Me intriga, sí. ¿Pinta?

—He estado en un parque del barrio esta mañana. Los miembros de mi comunidad nos reunimos de vez en cuando. Intentamos actuar contra la violencia callejera, las peleas entre pandillas y la venta de droga en general.

—¿Ahora? —pregunta sin inflexión.

No estoy segura de si de verdad está intrigado o solo ha decidido que no desea que lo entreviste después de todo. Al recordar mis preguntas y lo mucho que necesito recabar la mayor información posible, abro la boca para intentar pillar su lado bueno (¿tal vez necesite un poco de adulación?), pero una de sus asistentes nos interrumpe.

—Señor Saint, llamada desde China —dice asomada por la puerta—. Y el coche está listo.

Se levanta de la silla y se le contraen los músculos bajo la camisa mientras maniobra para ponerse la chaqueta negra almidonada. Coge la gorra de los Chicago Cubs que descansa a un lado del escritorio y, mientras la observa, se le contrae un músculo de la mandíbula, como si de repente estuviera irritado por algo.

No quiero abusar de su tiempo, así que me obligo a ponerme en pie.

Él levanta la cabeza y me lanza una última y breve mirada.

—Ha sido interesante, Rachel —añade.

Una horrible sensación de pérdida se apodera de mí y se acrecienta con el sonido de sus pasos seguros y firmes mientras se dirige a la puerta. *Oh, Dios, ¿eso es todo?*

—Señor Saint, ¿podría verlo de nuevo...? —comienzo.

Ya está en el umbral de las puertas abiertas. Su asistente le entrega un par de pósits amarillos y él inclina la oscura cabeza mientras los coge deprisa. Tiene una espalda muy muy tonificada, un triángulo invertido desde los anchos hombros hasta la cintura, cubierta a la perfección por esa chaqueta negra de alta costura. Cuando otra de sus asistentes se dispone a llamar a uno de los ascensores, uno de sus empleados le lanza una pelota.

Una pelota de béisbol. Por supuesto. O se la van a firmar los jugadores hoy o va a hacer un lanzamiento en el Wrigley Field.

Echo un vistazo a las asistentes. Dos están escribiendo algo. Una espera junto al ascensor. Y la que siempre está rondándolo está... rondándolo. Todos los ojos están puestos en él cuando entra en el ascensor. Parece que nadie respira hasta que se va, ni siquiera yo.

Cuando el ascensor se cierra, las asistentes regresan a sus escritorios. Aparte de mí, nunca he conocido a gente más ansiosa por volver al trabajo.

Sonríó mientras me acerco a la que me ha dejado pasar al despacho. En su placa pone CATHERINE H. ULYSSES.

—Deja huella, ¿verdad? —comento. *¿Se acuesta con alguna de vosotras?* Eso es lo que de verdad quiero saber.

Frunce un poco el ceño. ¿Protectora?

—¿Puedo ayudarla?

—Sí, me gustaría saber si hay posibilidades de conseguir otra cita con el señor Saint. No hemos podido hablar del tema en el que estoy interesada. Me encantaría que me concediera por lo menos una hora con él, incluso dos, si no es mucho pedir.

Me dice que me mantendrá informada y las cuatro observan la camisa que llevo puesta, pero ninguna parece contenta. Suspiro.

Sus asistentes me odian y es probable que él me prohíba entrar a M4 de por vida.

Estoy tan decepcionada cuando me monto en el taxi de vuelta al apartamento que reproduzco la escena una y otra vez, tratando de encontrar algo que pueda utilizar. Me cuesta deshacerme de la vergüenza que sentí al principio para ahondar en la esencia de la reunión.

Anoto lo que recuerdo:

Puntual

Respetado por su personal - ¿Buen jefe?

Hasta cuando estaba sentado, parecía que tenía algo en mente (¿En qué piensa? ¿Fusiones?)

Su mirada es... la más profunda que he visto (¿Indica que puede leer a la gente?)

Me ha dado su camisa

Miro la camisa y estudio los botones y la solapa. Que me la haya dado ha sido un gesto *inesperado*. Inesperado. Sí, así es él. Frío y sereno, contiene su estimulante energía huracanada, esconde algo profundo e interesante en su interior.

Me remango hasta los codos y anoto lo anterior. A veces, mis historias empiezan con una

lista de palabras. Esta vez la lista solo está compuesta por cinco cosas. ¿Esto es lo que he sacado de la reunión? Cinco cosas con una evidencia muy poco concreta para respaldarlas y un extraño nudo en el estómago. Y su increíble camisa de exquisito olor.



—¿Qué hace aquí una camisa de hombre? Esto es un espacio femenino sagrado —protesta Gina cuando llega del trabajo.

—Se avergonzó de mí y me dio su camisa.

Estoy sentada frente a la pantalla en blanco del ordenador y no estoy nada contenta. Normalmente me encantan las pantallas en blanco del ordenador, son como mi patio de recreo, pero estar en uno con un único tema y sin información con la que jugar me cabrea. Tengo una bolsa de *pretzels* de yogur del Whole Foods justo a mi lado y ni eso me levanta la moral.

—¿Te *cubrió* en vez de decirte que te quitaras el mono? ¿Qué tipo de mujeriego es ese?

—¡Gina! Estábamos en su oficina. Tiene una buena ética de trabajo. Está claro que no mezcla los negocios con el placer.

Gina se acerca para quitarme unos *pretzels* de yogur.

—Saint vive por y para el placer, es el zar del placer... ¿Qué pasa? ¿Por qué frunces el ceño? Gimo, coloco el portátil a un lado y me tiro sobre la cama.

—Tengo que devolver la camisa y la mancha que tiene por dentro gracias a *tu maldita huella* no va a salir.

—¿Por qué tendrías que devolverla?

—¡Por qué! Nunca he... Ya sabes. No acepto regalos de chicos. Me hace sentir incómoda.

—No tuviste un padre que te hiciera regalos, ni un hermano, ni siquiera un novio. Aun así, tienes que aceptar las cosas cuando puedas, porque no es tan frecuente encontrar a alguien que haga regalos.

—No voy a quedarme la camisa. ¿Qué diría eso de mí? —Niego con la cabeza y chasqueo la lengua.

Gina engulle otro *pretzel* y se descalza.

—Es multimillonario, seguro que tiene una decena más todavía con la etiqueta. ¿Tenías pensado dejarte caer por allí y dársela? ¿Tienes una tarjeta permanente para acceder a M4 o qué?

—No —admito y extendiendo el brazo por el escritorio para coger el teléfono y conectarme a internet para que vea por sí misma el mensaje que me ha mandado.

Malcolm Saint

Señorita Livingston, soy Dean de nuevo. El señor Saint puede verla el lunes. Si no le importa que realicemos la entrevista entre algunas de sus otras obligaciones, está dispuesto a verla a las 15.00.

—¡Rachel! —exclama, y me golpea el brazo—. ¡Ve, chica!

Sonrío en silencio y vuelvo a mirar la camisa colgada en la puerta de mi dormitorio.

Dicen que cuando deseas algo, si te visualizas obteniéndolo, se materializará. Bueno, esta es la primera vez en la vida que he deseado algo tanto, probarme a mí misma tanto, que al fin mi sueño empieza a cobrar forma.

Me ha ofrecido otra entrevista. Tiene otras obligaciones, pero volverá a verme. A pesar del fiasco de la primera reunión. Es tan perfecto que no puedo evitar que me inunde una nueva oleada de vértigo hasta que por fin son las 15.00 del esperado lunes.

4. Lunes

Hay un Rolls-Royce negro y brillante aparcado en mitad de la entrada de M4 y el sol se le refleja en el techo. Cuando me bajo del taxi, un conductor con uniforme se me acerca.

—¿Señorita Livingston?

Asiento con la cabeza sin mediar palabra. Muy formal, me saluda levantando un poquito la gorra y, enseguida, me abre la puerta trasera del coche. Veo a Saint dentro, lanzando una sarta de órdenes impacientes a alguien a través del teléfono. Ups. Creo que hoy no está de buen humor. No está gritando, pero no parece el tipo de hombre que necesite gritar para que le escuchen. Su voz es exactamente como la recordaba, pero hoy sus palabras son más cortantes, entrelazadas con una autoridad absoluta y un acabado de acero. Respiro hondo cuando me doy cuenta de que se supone que debo subirme en el coche con él. *Jo, tía.*

Ignorando que, de repente, me tiemblan las rodillas, me deslizo en el interior. En cuanto el conductor cierra la puerta, el coche parece encogerse por completo. Saint parece ocuparlo todo con ese cuerpo suyo nada sutil despatarrado en el asiento que hay frente a mí. Lleva una camisa de botones blanca medio desabrochada que deja a la vista una suave extensión de pecho. La chaqueta está colocada a un lado, junto a unas cuantas carpetas y un iPad.

—No pongas excusas ni hables de ello. *Hazlo* —gruñe con impaciencia. Cuelga y, acto seguido, parece que atiende otra llamada—. Santori, dime.

Me mira pensativo mientras se pasa la mano por la mandíbula y escucha al otro hombre. Me acomodo para el viaje cuando el coche se incorpora al tráfico. Tratando de no hacer ruido ni distraerlo, saco el teléfono y me mando un correo electrónico con algunas notas mientras él habla. *¿Negocios? ¿Compra o venta? Nombres (¿nombres o apellidos?)*

Durante todo este tiempo lo observo con los ojos entrecerrados, intentando que no me sorprenda mirándolo. Aunque, curiosamente, a veces, cuando se queda en silencio y escucha a la persona al otro lado de la línea, recorre toda la longitud de mi asiento con la mirada y... la fija en mí como si fuera pegamento.

Enseguida bajo la vista al teléfono; de pronto, estoy excitada. Este hombre es muy intenso. Tiene un toque de arrogancia enloquecedora que siempre lo acompaña en todo lo que hace.

Se ha acostado con legiones de mujeres, ya he visto que es un desafío y un premio. Pero en todas estas noches de investigación, no he encontrado nada sobre ninguna aventura con alguna empleada de M4. *¿Saint no mezcla el trabajo con el placer?*, escribí anoche.

Ahora, sentada en la parte trasera de un Rolls-Royce negro, me doy cuenta de que este hombre parece no mezclar *nada* con el trabajo. Está sentado delante de mí y tengo una vista perfecta de su rostro mientras se dedica a sus cosas. La verdad es que es muy guapo, hasta cuando frunce el ceño, y parece que ahora mismo tiene el ceño fruncido mientras...

Eh, me observa.

—En los negocios, *no* no es una respuesta —dice con una voz baja y profunda al teléfono—. No solo es una invitación para negociar.

Miro por la ventana y sonrío ante la frustración que noto en su voz mientras le dice algo entre dientes a su empleado.

No ha parado ni un segundo para que le haga una sola pregunta, pero no me quejo. Estoy en primera fila, en horario de máxima audiencia, viendo el laberinto de su mente y el intenso impacto de su personalidad.

Creía que yo era adicta al trabajo, pero es imposible describir las cosas de las que Saint se está encargando mientras hace algo tan pasivo como estar sentado en el asiento trasero de un coche. *Pasivo*; no creo que esa palabra esté en el diccionario de este hombre. El tío consigue que se hagan cosas, así que voy a seguir su ejemplo y a usar el mismo ímpetu para obtener mi artículo.

Me veo atrapada en el drama de una guerra de ofertas. La adrenalina corre por mis venas mientras él sigue dando números, disparándolos. ¿Está comprando una empresa? ¿Algo de la casa de apuestas Sotheby's? Escribo el nombre de la persona con la que está hablando: Christine. Y los números que pronuncia. Sube cien mil dólares la oferta y acaba con un poco más de dos millones. Murmura:

—Bien. —A juzgar por la sonrisa deslumbrante y excitante que aparece en su cara, asumo que ha conseguido lo que quería.

Casi echo en falta el sonido de su voz cuando, por fin, se hace el silencio y solo se escucha el golpe del teléfono al caer en el asiento de cuero.

Aparto la mirada de las calles de Chicago y veo el móvil junto a su chaqueta. Con el extraño nudo en el estómago con el que me mandó a casa la última vez, advierto que me presta atención, a mí y a nada más.

Un extraño calor se extiende por mi cuello porque, por fin, va a hablarme *a mí*.

—¿Ya ha conseguido la luna?

Agarra una botella de agua del minibar, la abre con un crujido y bebe un trago.

—Todavía no. —Sonríe ante la pregunta y luego frunce el ceño, toma otra botella de agua y extiende el brazo para pasármela—. Aquí tiene.

Cuando la cojo, se recuesta por un momento, se cruje el cuello a un lado..., da golpecitos con los dedos en la parte posterior del reposabrazos..., y eso me desconcierta. ¿Pasa algo malo?

Ya no llevo el mono. Llevo... Me recompongo al instante porque su mirada me pone nerviosa. Llevo unos pantalones negros, una camisa de botones blanca, una bonita chaqueta blanca y el cabello peinado hacia atrás con una diadema negra. Parezco profesional y respetable, estoy preparada para trabajar. ¿No?

—¿Le parece bien si le hago ahora algunas preguntas?

—Dispare —contesta ausente.

Cuando saco las notas, bebe un trago de agua y descansa la mirada en mí. Su rostro es una

absoluta distracción, así que intento alternar entre estudiar las notas y mirarlo de una forma profesional.

—¿Cuándo se le ocurrió la idea de Interface?

—Cuando Facebook jodió su sistema.

—¿Su debilidad le hizo ganar terreno?

Por una milésima de segundo, apreció un brillo en sus ojos, rodeados por una extraña pero estimulante oscuridad.

—La debilidad de alguien siempre es la ganancia de otra persona. Su sistema podría mejorarse mucho. Mejores juegos, mejor acceso, descargas más rápidas... Y yo dispongo del equipo mejor preparado del continente para hacerlo.

—¿Con cuántos trabajadores cuenta ahora mismo?

—Cuatro mil.

—¿No son demasiados para una empresa nueva?

—Teniendo en cuenta que ya hemos logrado nuestro objetivo inicial de registro de usuarios, no, no son demasiados.

Sonrí y hojeo las notas solo para evitar la intensidad de su mirada por un momento. Cuando levanto la vista, está bebiendo de la botella de agua mientras me observa.

—Debe de saber que es el hombre más buscado de la ciudad. ¿Le sorprende?

—Más buscado. —Lo repite casi como si el concepto le hiciera gracia, con una ligera sonrisa en los labios—. ¿Por quién? —Estira más las piernas y se acomoda, coloca la mano sobre la rodilla mientras deja la botella de agua en el portavasos lateral y me observa con los ojos abiertos y curiosos.

Tiene las manos muy grandes, como las de un jugador de baloncesto o un pianista.

—La prensa, los fans, hasta los inversores —específico.

Parece reflexionar en silencio, pero no responde.

—Creció bajo el escrutinio público. No puedo imaginar que eso le guste a nadie. ¿Alguna vez se cansa de ello?

Abre más la mano sobre la rodilla y se da toquecitos en la pierna con el pulgar de forma nerviosa, pero sin dejar de mirarme ni un segundo. Ni siquiera cuando vuelve a agarrar la botella de agua.

—Siempre ha sido así.

Su mirada hace añicos mi concentración.

—Respecto a todos sus actos de rebelión... —empiezo, tratando de ser profesional y sosteniéndole la mirada—. ¿Intentaba dejar claro con ellos que no le iban a controlar? ¿Esperaba granjearse con esto una mayor simpatía por parte del público?

Un segundo. Dos.

Esa leve sonrisa en sus labios de nuevo.

Esos ojos, todavía clavados en los míos.

—No me estoy granjeando la simpatía de la gente, señorita Livingston. Diría que solo provoqué cuatro tipos de reacción en la gente: el deseo de venerarme, de ser yo, de imitarme o de matarme.

Sorprendida por su franqueza, dejó escapar una ligera risa; me sonrojo por cómo se le

oscurecen los ojos cuando me escucha reír.

—Perdóneme por las preguntas personales. Me interesan Interface y el cerebro que hay detrás, aunque el artículo se centrará en Interface.

El coche reduce la velocidad a medida que se aproxima a un acceso para automóviles.

Al echar un vistazo rápido al exterior, veo que estamos entrando en un carril de un complejo de oficinas de muy alto nivel, parece que podríamos haber llegado a nuestro destino. *Nooo. ¿Tan pronto?* Me giro hacia él, pero parece que no comparte mi ansiedad. En este momento es la relajación personificada, reclinado en el asiento y sin dejar de observarme.

—Creo que ya hemos llegado y quería preguntarle muchas más cosas impertinentes —bromeo.

Me ofrece una sonrisa genuina que lo hace parecer más joven, más accesible.

—Le diré algo. —Se inclina hacia delante en el asiento con una expresión traviesa en el rostro—. Cuénteme algo sobre usted y le diré algo más sobre mí.

Sin dudarlo dos veces, acepto la oferta.

—Soy hija única.

—Soy hijo único.

Nos miramos el uno al otro de nuevo, como hicimos en su oficina.

De repente, deseo obtener miles de respuestas como esa. Personal, precisa.

—¿Puedo darle más información sobre mí a cambio de algo sobre usted? —pregunto.

—Ah. He dado con una negociadora. —Se reclina en el asiento con una sonrisa amplia y seductora.

—¿Eso es un sí? —También me río.

—Verá, el objetivo de regatear es tener algo que el otro quiera.

Lo observo sin saber si está de broma o no.

Tiene los ojos oscuros, pero sigue sonriendo.

Parece que nunca me canso de mirar esos ojos. Da la impresión de que la energía pulsante de su ser se agita en sus profundidades. Es un individuo oscuro. Oscuro como su cabello. Oscuro como el pecado. Oscuro como el remolino que lo rodea. Algo magnético, imparable, irresistible. Está ahí, sentado, evaluándome, y ni siquiera sé qué hacer, cómo reaccionar ni qué intenta conseguir de mí. Es un hombre de negocios poderoso que consigue lo que anhela y está acostumbrado a que las cosas se hagan a su manera. También es un rompecorazones que siempre consigue a *quien* quiere. Quería saber algo de mí y, de forma estúpida, se lo he dado y le he ofrecido más. Pero quería saber una cosa de mí, no dos.

—Me lo pensaré, Rachel —comenta al ver que no respondo, como para suavizar el golpe, con los ojos oscuros e inesperadamente acuosos mientras me observa.

¡Dios! Me daría de tortas a mí misma.

—Parece que siempre echo a perder las entrevistas con usted. —Ni siquiera sé por qué susurro, pero es un hombre tan atento que me da la sensación de que hablar más alto podría ensordecir a alguien tan elegante como él.

Agacho la cabeza para esconder el rubor de mi rostro. Cuando me arriesgo a echar otro vistazo, me está examinando en silencio.

Intento no mirar más de lo necesario esa cara que me distrae, así que dirijo la vista a la ventana y suspiro mientras me paso las palmas de las manos por los pantalones y el coche

aparca, por fin, delante de la entrada del edificio.

Hay una nueva tensión en el ambiente después de mi *cagada monumental*. Mientras el conductor se apea del coche y parece convocar al equipo de relaciones públicas de Saint, este se da golpecitos en la rodilla con los dedos, toquetea el teléfono, marca un número y le habla en voz baja al receptor.

—Hola, llama a las tropas para el viernes por la noche. Vamos a relajarnos en el Ice Box. Envía las invitaciones por internet a la lista habitual. —Echa un vistazo por la ventana a la señal del conductor y, aunque me gustaría preguntarle más cosas sobre Interface, sé que ya lo he perdido.

Me quedo muy abatida cuando sale del coche y me informa de que su conductor me llevará adonde necesite con gusto.

—Gracias por su tiempo, señor Saint —es lo único que consigo decir. Creo que me responde algo que suena como «cuídese», pero su equipo lo busca y se va tan rápido que, si no fuera por la botella de agua vacía junto al lugar donde estaba sentado, me costaría creer que acaba de estar aquí.

De regreso a casa, ahora que no está, soy consciente de otras cosas que me rodean. El silencioso y hermoso interior del coche me recuerda que esta no es mi vida y que yo no soy esta. Sigo mirando la botella de agua ya vacía que se encuentra donde se ha sentado. No sé por qué de repente estoy tan obsesionada con una botella de agua vacía. Me obligo a apartar la vista y a intentar escribir algunas impresiones en el teléfono tras abrir un correo electrónico para mí misma.

Insaciable y exigente en los negocios/demasiado ambiguo

Muy... directo (este chico no edulcora nada)

**Soltó «joder» (me gusta que sus respuestas no fueran ensayadas y que simplemente las lanzara); ¿por qué Chicago está tan obsesionado con él? NO es un farsante, eso seguro*

Intento que se me ocurra algo más, pero mi mente ni siquiera es capaz de hilar pensamientos ni preguntas. *Paciencia*, me digo. Ninguna historia se ha escrito en un día. Ningún secreto se ha revelado en una hora. Nada duradero se ha construido en un momento.



Esa noche busco mi camiseta de la Universidad del Noroeste mientras me preparo para ir a la cama y veo su camisa en mi armario. La miro tanto rato que pierdo la noción del tiempo. La cojo y la acaricio con el dedo. Siento lo fuerte que es el cuello y recorro la manga con la mano. Es enorme, elegante y, obviamente, muy cara. De alguna manera, parece que ocupa mucho más espacio de lo que en realidad ocupa. Observo cada botón y los puños perfectamente doblados; tocarla me hace sonreír y frunzo el ceño; noto que se me vuelve a hacer un nudo en el estómago.

Y, entonces, de repente, sé cómo conseguir que vuelva a recibirme.

5. Camisa

Señor Saint, soy Rachel Livingston, de la revista Edge. Me encantaría devolverle la camisa, si es posible. Y si me pudiera conceder otra oportunidad para hablar de Interface, no podría estarle más agradecida. Quedo a la espera de su respuesta.

Señorita Livingston, soy Dean de nuevo. El señor Saint tiene que asistir al evento de una organización benéfica esta tarde. Si puede estar en el vestíbulo del edificio a las 17.00, lo verá allí.

P.D.: Dice que se quede la camisa.

—Voy a verlo otra vez. Oh, Dios. ¡Voy a volver a verlo y esta vez no puedo permitirme que salga mal! Tengo que hacer preguntas claras. Contentarlo para que, tal vez, me reciba de nuevo. Gina, es *fundamental* que lleve el atuendo adecuado. Ayúdame a elegirlo.

—¿Qué tipo de atuendo?

—Algo que sea...

Observo una falda y una camiseta blancas: femenino y puro.

—Yo creo que vamos por algo más fuerte, que diga «aquí estoy yo y me encargaré de todo».

—Gina señala una falda gris, una chaqueta corta y entallada del mismo color y unos tacones rojos.

—Pero quería parecer pura y vulnerable —digo con un gemido.

—Vamos, con esto triunfarás.

—Vale —acepto—. Esto y un conjunto de ropa interior bonito que me dé seguridad.



El jueves le digo a Helen que he conseguido una entrevista para marcharme antes del trabajo.

—¿Vas a ir así vestida? —Señala el atuendo que Gina y yo elegimos.

Asiento con la cabeza.

Frunce el ceño.

—Pareces demasiado... una secretaria. ¿No podemos elegir algo un poco más sensual? ¡Queremos despertar su interés sexual!

—Pensaba abrirme un par de botones para que se me viera algo de escote —la tranquilizo.

—He escuchado que este fin de semana hay un fiestón en el Ice Box. ¿Has conseguido información sobre esto?

No, pero lo escuché mencionarlo en el coche.

—Intentaré asistir —le aseguro.

Llego temprano a M4 y pregunto si puedo verlo antes de marcharnos.

—¿Cinco minutos para que le devuelva esto? —pregunto, levantando la percha con la camisa limpia y con la funda de plástico de la tintorería.

Una de las asistentes coge el teléfono, susurra algo al receptor, señala con la cabeza y me pide que me siente.

Hago lo que me dice y, tras un minuto, levanto la mano libre levemente hasta la blusa y desabrocho el botón superior.

Luego me desabrocho otro y el aire me acaricia la piel del canalillo.

Respiro hondo y sopeso volver a abotonarme la blusa al menos una docena de veces hasta que me permiten entrar en su despacho. Cuando lo veo de pie detrás del escritorio cogiendo la chaqueta del respaldo de la silla, se me olvida.

Un hombre de negocios de metro noventa hecho un pincel, con corbata negra y la mandíbula suavemente afeitada. Nunca vi a mi padre vestido para ir a trabajar, ni a un hermano. Seguro que por eso la visión de Malcolm Saint con esa camisa blanca almidonada mientras agarra la chaqueta me parece tan evocadora y seductora.

No puedo dejar de mirarlo. Capto su expresión en el momento en que me ve y me devuelve la mirada en silencio. Dios. Me perturba en todos los sentidos. No soy inmune a su atracción. La siento como un puño en el estómago, cada mirada es como un puñetazo más profundo.

Arquea las cejas con curiosidad, a modo de pregunta.

—¿Y esto?

Al darse cuenta de lo que llevo, se echa la chaqueta sobre el hombro, se queda quieto con las piernas separadas y me mira durante un segundo que se me hace eterno. Siento las piernas como si fueran de gelatina.

Creo que ni siquiera ha echado un vistazo «ahí», pero mostrar un poco de escote nunca me ha hecho sentir tan expuesta.

—Señor Saint. —Me aclaro la garganta y el silencio se extiende entre los dos mientras se pone la chaqueta.

—Rachel —dice con una sonrisa tan misteriosa que desearía saber en qué piensa.

Doy un paso adelante y le tiendo la camisa por encima del escritorio pulcramente organizado.

—Creo que esto es suyo. Siento la tardanza. Tuve que llevarla dos veces a la tintorería, primero a una ecológica y luego a otra normal para intentar quitarle una manchita de pintura.

Mira la camisa como si le divirtiera verla de nuevo y lo único que me pregunto es por qué todavía me siento tan desnuda si ni siquiera me está mirando el escote.

—Le dije a Dean que podía quedársela —me comenta.

—Me pareció inapropiado hacerlo.

Se inclina hacia el ordenador y escribe varios dígitos para bloquearlo.

—¿Por qué?

Al fin, agarra la percha de metal; sus dedos, cálidos y largos, envuelven los míos, los sujeta con fuerza mientras recupera la camisa. Cruza el gran espacio del despacho para colgarla con el resto y enseguida me abrocho los dos botones que había desabotonado; por fin puedo respirar.

—¿Alguna vez ha recibido un regalo de un hombre, Rachel? —pregunta.

Es demasiado perspicaz, demasiado observador.

—Bueno, de hecho, yo... No. En realidad, no...

—¿Ni siquiera flores?

Con un toquecito en la pared, abre el armario oculto y sigue mirándome desde el otro lado de la habitación. No puedo imaginarme por qué eso importa o le preocupa siquiera, pero logro responder.

—No.

Cuelga la camisa dentro, con el resto de ropa, pero por el brillo de sus ojos, parece que esta noticia le fascina, y no comprendo por qué. Gimo.

—Va a burlarse de mí, ¿no?

Levanta una ceja ante la pregunta.

—¿Yo? ¿Burlarme?

—Creo que le gusta burlarse de mí. Se está riendo de mí con la mirada ahora mismo —lo acuso, apuntando a su cara mientras vuelve con ese paso largo y seguro y con la sonrisa más hermosa que me ha dedicado hasta ahora.

—Tal vez porque me gusta cómo se sonroja.

Ahora me estoy sonrojando mucho.

Su mirada no es tan gélida como la recordaba. Me siento tan caliente como refleja su mirada.

—¿Qué hay de su padre? —Se mueve hacia la puerta y salimos de su despacho.

Quiero darle una respuesta divertida e informal, pero nunca se me ocurre nada así sobre mi padre que de verdad sucediera. Esperamos el ascensor.

—Murió antes de que pudiera regalarme nada —murmuro al final.

El ascensor llega y me indica que entre. Mientras paso, agacha la cara hasta que noto su aliento en la oreja.

—No pretendía incomodarla, Rachel.

Cuando subimos, todas las asistentes y todos los trabajadores que se encuentran en la planta parecen estar esperando, atentos a lo que haga Saint. Me quedo ahí de pie, en silencio, a su lado, igual de atenta.

—No lo ha hecho —susurro para que solo él lo oiga. Pero, oh. En realidad, no necesita hacer mucho para hacerme sentir incómoda. ¿Por qué importa mi vida personal? ¿Pensará que estoy demasiado verde, que no tengo suficiente experiencia para entrevistarle como merece un hombre de su posición?

Una de sus asistentes lo llama:

—Oh, señor Saint. —Y entra en el ascensor antes de que podamos marcharnos.

—¿Sí, Cathy?

Abre una carpeta y señala algo escrito allí.

—Está bien —responde la mujer en voz alta.

—Vale —dice—. ¿Y esto?

No lleva demasiada colonia. Huele a loción de afeitado y a jabón. Su boca me distrae un poco mientras sigue respondiendo las preguntas que la asistente parece señalar con el dedo. De repente, esos labios que están frente a mí se curvan un poco y, cuando levanto la mirada unos centímetros, advierto que me acaba de pillar observándolo.

Estoy ruborizada cuando llegamos al vestíbulo.

—Gracias, Cathy —le dice.

—De nada, señor Saint.

Cathy. Por lo menos tiene diez o veinte años más que él y, sin duda, está enamorada. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?, me pregunto y me envía a mí misma un correo electrónico como recordatorio.

—¿Está bien? —Saint me pasa una botella de agua ya en el coche. Sentado frente a mí, ocupa todo el asiento de cuero de color hueso con esos anchos hombros que parecen medir más de un kilómetro. Se le ve relajado y hoy lleva el cabello, negro y sedoso, más corto a los lados y un poco más largo e informal por arriba, peinado hacia atrás para revelar su suave frente y sus rasgos cincelados. El verde de sus ojos cambia a diario. ¿Tal vez esa es la razón por la que no puedo quitarle ojo?

—Sí, gracias por recibirme —le digo al final.

Saco las notas porque esta vez *no* voy a cagarla. Bebe agua en silencio mientras comienzo a soltar las preguntas. Me entero de que:

- Interface también ofrecerá videos de Tumblr, gifs y vídeos de YouTube.
- La página web tendrá una gran capacidad para compartir archivos.
- Las suscripciones de los usuarios exceden la estimación actual un 160 por ciento al día.

—Entonces, ¿Interface es la trigésima quinta empresa que ha creado desde cero?

—Trigésima quinta, trigésima sexta... El número es irrelevante. Cada una es como si fuese la primera.

Cuando llegamos, el evento ha comenzado. Tiene lugar en un gran jardín de la parte trasera de una mansión. Hay varias decenas de mesas con mantelería blanca, un podio y arreglos florales de sobra. Un gran toldo protege las mesas del sol y la lluvia y crea un efecto elegante y hermoso.

SALVA UN ANIMAL, dice la gran pancarta en letras azul marino situada sobre el podio. Cuando Saint se detiene junto a una mesa para coger una paleta para la subasta, me siento confundida.

—Pensaba que hoy hablaba en público —comento mientras lo sigo por las mesas.

—Voy a dejar que hable mi billetera.

—Saint —dice un chico que se aproxima con una cámara—. Pensaba que no te caían bien los periodistas.

No recuerdo el nombre del chico, pero de repente me acuerdo de que trabajó unos días en *Edge*. Es alto, rubio, joven y me mira con todo tipo de envidia profesional.

Saint me toma del codo, ignora al chico y lo dejamos atrás mientras le advierte en voz baja:

—Métete en sus asuntos, Gregg.

—¡Tú eres mi asunto, Saint! —grita Gregg.

Callada e intrigada por su reacción, levanto la vista para leer el perfil ilegible de Saint. Enseguida me quedo impresionada por lo fácil que se quita al chico de la cabeza. Debe de estar acostumbradísimo a este escrutinio, hasta el punto de que todos podríamos ser moscas, compitiendo por su atención, esperando a que haga un movimiento que podamos llamar noticia. A veces complace a la prensa, ya que en otras ocasiones ha sido imprudente. ¿Cuánto deben de haberlo puesto al límite para que haya actuado con insensatez?

Noto que ignora a la mayoría de la gente o que solo saluda de forma cordial. Pero la actitud que irradia es «no me importa una mierda». La gente, por otra parte, no puede resistirse a su magnetismo. Parece gravitar hacia él en cuanto lo ven. Soy incapaz de explicar el tipo de miradas venenosas que me llevo por parte de las mismas mujeres que luego lanzan miradas de adoración a Saint.

Me sienta a una mesa en primera fila.

En cada asiento hay un pequeño catálogo de fotos de los animales salvajes más bonitos que he visto nunca.

—¿Qué opina? —me pregunta en un tono frío y formal mientras hojeo uno.

—¿Va a salvar a uno de estos animales? —pregunto, perpleja cuando asiente con la cabeza—. Es imposible elegir uno.

—Estaban en un circo. Los van a eutanasiar si no encuentran un hogar, y para eso necesitan un patrocinador que ayude al zoo de la zona con los gastos de manutención.

—Qué triste me siento ahora. —Miro la lista de animales y me detengo en uno—. El elefante. Creo que es uno de los animales más nobles. Son tan atentos, tan fuertes y tan amables...

—¿Esa es su elección? —pregunta como si no lo divirtiese.

—No, acabo de empezar —digo, con el orgullo herido—. Los elefantes dan suerte. Apuesto a que, si salva a este elefante hoy, su suerte lo salvará algún día.

—Soy absolutamente insalvable, señorita Livingston, pero vamos a por el elefante. —Me pasa la paleta numerada para que haga la apuesta y, luego, se sienta, saca el teléfono y responde correos electrónicos mientras levanto la paleta.

Empiezo a enloquecer a medida que el precio sube.

—Saint...

—Siga hasta que sea suya.

—Es *suya* —corrijo.

Se encoge de hombros.

—Si eso hace que se sienta mejor...

Salvamos a la elefanta, que se llama Rosie; ahora tendrá un hogar de por vida. También me quitó el palo y apostó por los demás animales lo suficiente como para aumentar el precio y hacer que el resto pagase un dineral. No dijo que iba a hacerlo, pero hacia el cuarto animal observé que estaba apostando por todos, llevando al límite a los presentes hasta que quedaba satisfecho.

Es como si el mundo fuera su patio de recreo. Estoy asombrada y también un poco asustada.

Saint podría acabar con la revista...

Acabo de contemplar un lado tranquilamente despiadado de él y espero no verlo nunca en mi

contra.

Cuando volvemos, está al teléfono hablando en otro idioma y yo trato de ignorar que el sonido de su voz acariciando las palabras extranjeras me hace removerme en el asiento. Escribo notas en el teléfono para mandármelas por correo, en especial la que me ocupa toda la mente.

No hace prisioneros. Solo aumenta el precio hasta donde los demás están dispuestos a pagar. ¿Por qué? Desafía a sus iguales y a estos no les gusta ¿Cuántos enemigos tiene?

Empiezo a sonrojarme cuando pienso en cómo parecía disfrutar tomándome el pelo. Suspiro y lo observo hablar con alguien que estoy bastante segura que es Tahoe Roth. Se muestra distinto con sus amigos. Más a gusto, menos intenso. Pienso en las llamadas de negocios y en su actuación de hoy.

Es impulsivo e implacable; absolutamente insaciable.

Cuando volvemos a las oficinas de M4, donde lo espera el brillante BUG 3 con alguien de pie junto a él con las llaves, se despide con un «buenas noches». Le agradezco el tiempo que me ha dedicado hoy y, luego, me siento allí, torturada, y me pregunto si esta ha sido mi última entrevista.

Cuando llego a casa, reflexiono sobre cómo voy a conseguir que vuelva a recibirme. Me siento inquieta y hasta pienso que esto ha terminado. Me pregunto si pareceré demasiado desesperada si le pido otra entrevista. Tal vez le escriba y consiga una cita otro día de esta semana.

Al abrir la bandeja de entrada de Interface y empezar un nuevo mensaje, busco la subasta y encuentro una hermosa foto del elefante. Añado una leyenda con lo siguiente: *Sí que sabe cómo tratar a una chica; es mi héroe*. Luego, escribo un mensaje:

Señor Saint, no solo he disfrutado conociendo más cosas sobre Interface, sino que voy a dormir mucho mejor sabiendo que Rosie también lo hará.

Observo las palabras y dudo si estoy yendo demasiado lejos. Le estoy tomando un poco el pelo porque él ha hecho lo mismo conmigo hoy. Quiero apelar a su lado humano para que comparta algo más conmigo, pero no me gustaría que pensara que actúo de una forma poco profesional. Le pregunto a Gina qué le parece que le envíe una foto del elefante.

—¿Qué tiene que ver un elefante con todo esto?

Decido que es algo que solo va a pillar él, así que reúno coraje y lo envío. Luego gimo. ¿En serio? Ni siquiera estoy segura de que se vaya a reír, del tipo de humor que tiene. Acabo comprobando los mensajes de manera compulsiva y, mientras espero una respuesta, me distraigo leyendo sus entrevistas. Leo y leo sin estar realmente interesada en las preguntas, sino en las respuestas, y más que eso, en cada espacio en blanco entre las palabras de sus respuestas, como si cualquier palabra que no haya dicho me ayudase a conocerlo mejor.

Horas después, todavía no he recibido ninguna respuesta a mi mensaje.

Por lo general, en mi dormitorio reina la tranquilidad, pero parece que se la he enviado junto

con la foto del elefante. Me paso la noche dando vueltas en la cama.

6. Discoteca

Miro el techo del apartamento, terriblemente confundida.

¿Cometí un error al enviarle la foto del elefante?

Me dejé llevar por la emoción y, tal vez, he cruzado una línea profesional. Hoy no he sabido nada de él ni de Dean ni de nadie. Ahora no tengo ni idea de qué hacer, pero sé que esta noche va a asistir a una fiesta elegante en el Ice Box. Necesito ir como sea. Su vida parece estar dividida en secciones a la perfección; por un lado los negocios y ¿por el otro? Si trabaja duro, su fama de fiestero es igual de conocida o (imposible pero cierto) incluso *más*.

A la prensa le encanta enfatizar que se rodea de mujeres, pero ¿quién puede culparlo? Es guapísimo y, cuando caminé junto a él en la subasta, no había ni una sola mujer que no me observara y luego arrastrara una mirada anhelante hasta su hermosa cara. ¿Quién puede culparlo de aceptar lo que las mujeres le ofrecen si es un hombre tan joven y sano?

Saint quizá crea que nos está dando un reportaje, pero ha hecho más que nadie por *Edge* últimamente; ha cooperado más de lo que *nunca* habríamos esperado. Nos ha concedido más tiempo que cualquiera la mitad de importante que él ha estado dispuesto a concederle a una revista con tantos problemas como la nuestra.

Puedo afirmar que es un jefe duro, pero mi instinto me dice que no es injusto. Interface y todo el conglomerado de M4 son ejemplos de visión y ambición, pero no de avaricia. De sus llamadas telefónicas solo he sacado que es un hombre de negocios extraordinario (según cuentan, es igual de extraordinario como amante).

En la primera entrevista del coche, cuando pensaba en el Ice Box, ¿a quién llamó? ¿A uno de sus chicos? ¿Roth o Carmichael?

Cojo el teléfono fijo que está junto al sofá de la sala de estar y llamo a Valentine, uno de mis compañeros de trabajo, el único que está en la sección de sociedad. Conoce a todo el mundo y, si no, sabe lo suficiente de ellos como para mentir.

—¿Puedes meterme en la fiesta de esta noche de Malcolm Saint en el Ice Box?

—Puedo meterte en cualquier sitio, tía. La verdadera pregunta es ¿qué me darás a cambio?

—Lo que tú quieras..., tío.

—Ah, ¡me encanta mi Rache sarcástica! Ahora te llamo.

Minutos después, me llama y dice:

—Estás en la lista.

—Con Gina, ¿no?

—Tía, soy mago, pero no hago milagros. De nada. Me debes una.

—Y pagaré —prometo alegremente—, pero a Gina no le va a hacer gracia.

—¿Qué significa que no puedo ir contigo? —se queja Gina cuando se lo cuento—. Wynn va a salir y ¿tengo que quedarme en casa un viernes?

—Lo siento, Gina. —Hago una mueca mientras busco frenéticamente algo que ponerme—. ¿Qué tal si viene Valentine?

—Oh, no —gruñe—. No confío en ese hombre. Es como el calvo chismoso de *Juego de tronos* que juega con todo el mundo. —Luego empieza a escribir un mensaje—. Vale, le he escrito a Valentine *porque* es como el calvo chismoso de *Juego de tronos*. Podríamos tomarnos unas copas cuando te despache.

Acabo de salir de la ducha y todavía estoy con el albornoz puesto, mientras Gina y Wynn intentan ayudarme a encontrar el modelito perfecto, cuando alguien toca a la puerta. Wynn se levanta de un salto como si le hubiera caído un rayo. Sale corriendo al baño para arreglarse los rizos y luego cruza la sala de estar para abrir la puerta.

Al hacerlo, ahí está Emmett, el chef de un restaurante emergente. Su último ligue. A Wynn se le levanta la bufanda debido a la corriente de aire al abrir la puerta y Emmett agarra los extremos y tira de ella hacia él.

El chico, alto y rubio, la besa en la boca; es un beso tan perfecto y de película que espero que en cualquier minuto suene la música de fondo.

Ningún hombre ha tirado de mí de esa forma. Nunca me han levantado en el aire como un avión, como le hacían a Wynn de pequeña, ni mi padre me ha besado en la frente todas las noches, como el padre de Gina hacía.

Wynn siempre ha sido la más delicada de las tres. Tiene intención de casarse y es experta en usar su feminidad para conseguir lo que quiere. ¿Y qué quiere siempre? Un hombre. Nunca he querido un hombre en toda mi vida. Crecí deseando que mi padre estuviera vivo y todos mis deseos se han agotado; ese pozo hace tiempo que se secó.

Gina también los observa, y cuando Wynn cierra la puerta tras ella, nos echamos una mirada que dice: *¿Nos estamos perdiendo algo grandioso por nuestro hartazgo?*

Gina es la cínica de las tres. Salió con un tal Paul hace unos años, cuando iba a la universidad. Paul es un nombre agradable, no tiene pretensiones. Nunca creerías que alguien que se llama Paul mentiría cuando te dijera que te quiere. Nunca imaginarías que tendría otras dos novias con las que hablaría de ti. Nunca pensarías que el primer chico del que te enamorarías haría que ansiaras permanecer soltera el resto de tu vida.

Gina y yo estamos casadas con nuestros empleos y ambas queremos que siga siendo así. Gina trabaja en una tienda y vive por y para el descuento de trabajadora que obtiene. Yo vivo por y para mi columna.

—Pareces nerviosa —dice Gina mientras me aplico un poco de colorete en las mejillas—. Relájate, Rachel. Solo es un hombre, por muy divino que sea.

—No digas eso, que ya estoy bastante nerviosa. Las discotecas no eran lo mío ni cuando suplicábamos que nos dejaran entrar.

—Nadie sabrá que no es lo tuyo. Simplemente asegúrate de que parezca que lo son.

Observamos los tres conjuntos que he escogido.

Teniendo en cuenta que me ha visto con un mono y luego con un traje, esta noche quiero transmitir un mensaje completamente diferente con mi atuendo. Sus fiestas son conocidas por su decadencia y no quiero llevar nada que diga que soy una chica trabajadora del montón. Quiero parecer alguien que se lo pasa bien con su gente. Quiero parecer seductora, moderna y atrevida para que lo último que recuerde si me ve esta noche sea que soy la misma mujer que lo entrevistó para un artículo sobre Interface.

—¿Qué te parece? —le pregunto—. Opción 1: una bonita falda blanca con una camisa blanca muy fina. Opción 2: un vestido rojo hasta la rodilla muy ceñido. Opción 3: un vestido negro ajustado.

—A los hombres les encanta que las mujeres vistan de blanco —dice Gina—. El demonio que habita en su interior no puede resistirse. El demonio que hay dentro de Saint es el más salvaje de todos. También les gusta el rojo.

—Pero el negro es infalible —contesto—. No quiero llevar en la frente un «hace tiempo que no me acuesto con nadie» ni «ven aquí». Solo quiero llegar allí y decir: «Aquí estoy yo».

Asiente en señal de aprobación, así que voy al baño, me pongo la ropa interior de encaje negro y el vestido y salgo descalza para calzarme los tacones.

Gina deja caer la revista que estaba leyendo mientras valoramos mi apariencia en el espejo de cuerpo entero colocado en la puerta del armario.

Soy alta y delgada y tengo los pechos pequeños, pero firmes y turgentes. Tengo la piel de albaricoque y blanca y el cabello rubio platino, heredado de mi madre, que tiene raíces escandinavas. Por alguna razón, a la gente le gustan las curvas de mis hombros y cuello, y el vestido escotado las muestra. Enfatiza mi delgadez, las caderas esbeltas y la estrecha cintura. La tela negra realza la translucidez de mi rostro y mi cuello. El cabello me brilla como si fuera oro plateado y tengo los ojos grises con manchas azules. El vestido se ajusta perfectamente a mi cuerpo.

—Pareces una modelo —afirma Gina desde la cama, asintiendo con la cabeza.

—*Definitivamente* tengo mejor aspecto que cuando lo conocí, con las zapatillas deportivas —respondo.

Me cepillo el pelo y me lo seco con el secador durante unos minutos. Cuando termino, respiro hondo mientras me observo en el espejo.

—Estés lista o no, Rachel, allá vamos.

—¡Claro que estás lista! —anima Gina.

Me río y me giro para mirarla; ojalá pudiera acompañarme. Es mi mejor amiga. Mi hermana adoptiva de corazón. Le sujeté la mano cuando Paul rompió con ella. Le pasé los clínex. Juré que nunca permitiría que nadie volviera a romperle el corazón, que estaría con ella hasta el final y no dejaría que nadie me rompiera el mío. Prometí que seríamos felices y solteras, porque ¿quién necesita un tío? Y comimos helado y repetimos el mantra una y otra vez. Y ahora que me voy a la discoteca, me siento como un ángel con un ala rota.

—Tú puedes —me dice con esa emoción típica de ella.

Trago saliva, cojo el bolso e intento decirme a mí misma que puedo hacerlo. Que quiero hacerlo. Que cuando (no *si*, sino *cuando*) escriba este artículo para desenmascararlo, por fin silenciaré todas las dudas de mi cabeza sobre si puedo ser de utilidad para *Edge* en el momento en que la revista más lo necesita.



Tengo un aspecto muy diferente al de la chica que Saint conoció en su oficina. Pero no me siento nada distinta. Le doy mi nombre al gorila de la entrada con los nervios a flor de piel y me permite entrar a la discoteca. Siento cada parte de mi ser ceñida por el vestido mientras los tacones negros golpean el suelo.

Mientras que M4 era como un museo, el Ice Box es pura decadencia oscura. Hay esculturas de hielo sobre pedestales por toda la sala, jaulas con bailarinas con el cuerpo pintado colgando del techo y una barra con luces blancas y azules que se extiende de una pared a otra.

Las luces estroboscópicas parpadean mientras la multitud me empuja. Siento el golpe de los graves mientras la canción *Waves*, de Mr. Probz, suena para la muchedumbre que baila. Las bebidas fluyen en bandejas de plata brillante y están tan adornadas (con frutas, aceitunas, purpurina o coloridos remolinos líquidos) que parecen obras de arte. Esta no es una discoteca ostentosa normal. Es la discoteca de los niños ricos, y dondequiera que mires, hay gente guapa con ropa increíble.

—¡Me lo he encontrado! ¡Dios! ¡Cuando me ha saludado, creía que me iba a desmayar...!

Me reconcomen los nervios cuando escucho eso, porque estoy segura de que están hablando de él. Intento respirar y me adentro más en la discoteca; deseo tanto que Gina estuviera aquí que me duele. La sala está llena de mujeres; es evidente que algunas van de caza, otras ya tienen pareja y algunas están con sus amigos. Respiro despacio, inspirando y espirando, y me digo a mí misma que puedo hacerlo, que solo es una discoteca. Puedo pasarlo bien. Hace tiempo que no voy a una discoteca y nunca he estado en una como esta, pero no importa. Puedo entrevistar a la gente y, si tengo suerte, puedo hacer algo más que eso.

Después de escudriñar la zona y tratar de encontrar los mejores lugares para espiar, me dirijo a la planta superior, donde consigo la mejor panorámica de lo que sucede en la esquina más concurrida de la sala de abajo.

Y hablando del rey de Roma. Se me detiene el corazón cuando veo su cabeza oscura y el nudo ardiente y odioso que siento en el estómago se tensa de verdad. *Juro que nadie en mi vida me ha puesto tan nerviosa.*

Está sentado con los brazos extendidos a la espalda, una copa de vino y dos mujeres compitiendo por su atención mientras charla con sus amigos. Ciertos ángulos de su rostro masculino se iluminan cuando las luces parpadean; su belleza es de otro mundo.

Vale. *Respira.* ¿Quiero que sepa que estoy aquí o no?

Las extremidades empiezan a fallarme mientras me obligo a bajar a la planta inferior. Me dirijo al baño de mujeres y me abro paso a través de la multitud de cuerpos hacia un gran espejo por encima de un conjunto de lavabos suspendidos modernistas. Un grupo de chicas se acicalan y se retocan el maquillaje mientras observo los reflejos. A mi derecha, una mujer hace mohines con los labios rojos y a mi izquierda, su amiga hace lo mismo con los labios rosas. ¿Y yo? Sigo siendo yo, pero parezco extravagante, como si este fuera mi sitio. Apenas me parezco a la chica vestida con mono que se presentó en sus oficinas. ¿Me reconocerá así?

—¿Vas a ir a la *afterparty*? —pregunta la de los labios rojos a la de los labios rosas mientras

se retocan el maquillaje.

—No tengo la tarjeta todavía.

—Mira, mira. —La de los labios rojos hace gestos con la tarjeta en el aire.

Se escucha un chillido en el baño y se mete la tarjeta en el sujetador.

—¡Mía!

—Entonces, ¿hay una *afterparty*? —les pregunto.

—En el ático de Saint —dice una asintiendo con la cabeza.

—¿Cómo se consigue una invitación a esa fiesta?

—Se distribuyen cien tarjetas durante la noche.

De repente se me pasa por la cabeza la idea de robarle la tarjeta que acaba de meterse en el sujetador. A ver, es solo una tarjeta. No sería un delito grave.

—Tía —me dice—, ¡deja de mirar mi tarjeta! Me he pasado tres años esperando conseguir una como esta. Saca el culo de aquí si quieres una. Solo los mejores culos la consiguen.

—Gracias —contesto y me giro para mirarme el trasero en el espejo. Gina dice que tengo buen culo. Algunos dirían que es turgente y del tamaño perfecto. Pero ¿qué diría Saint?

Suspiro, me inclino contra la pared y veo las inscripciones en una puerta abierta. Entrecierro los ojos y me obligo a enfocar.

Malcolm, papito

Le chupé la polla a Saint

Tahoe me embistió aquí

Callan lame el coño como un cavernícola



Vuelvo al ruido e intento encontrar un buen lugar para espiar cuando lo veo de nuevo. Las dos mujeres no se van a alejar de él y, ahora, por alguna razón, siento unos nervios en el estómago que me molestan. Una de las rubias coge un chupito del camarero, lame el borde y le añade sal.

Saint se inclina hacia atrás y la observa con una expresión de aburrimiento y despreocupación, pero tiene una sonrisa en los labios, como si se divirtiera.

Estoy tan absorta (demasiado fascinada y un poco asqueada) mirando que no me doy cuenta de que un vigilante se me acerca hasta que lo tengo en la cara. Me hace señales hacia el fondo de la sala, desde donde los mejores amigos de Saint me observan. Saint ni siquiera mira hacia mí. Oh, no, está demasiado entretenido, todavía con esa sonrisa casi aburrida. Tal vez tengan que quitarse la camiseta para excitarlo.

Los tres hombres encajan a la perfección con el entorno lujoso, pero no puedo mirar a los otros dos. Solo a Malcolm. Su belleza oscura se mezcla con las sombras, como Hades en su propio rinconcito de infierno.

De repente se ríe de algo que hace una de las rubias y se gira un poco hasta que sus ojos aterrizan justo en mí y se detienen ahí.

Siento que su mirada es como una inyección de adrenalina. Quiero apartar la vista, pero no

puedo. Me siento atrapada. No sé si lo he imaginado, pero habría jurado que se le ha movido el pecho como si se le hubiera cortado la respiración.

¿Me reconoce?

¿Quiero que lo haga?

De repente, el ambiente está tan cargado que no puedo *respirar*. Siento los pulmones como piedras y de verdad que no puedo respirar. Mientras me escudriña con un rápido y completo barrido de ojos que hace que se me salga el corazón por la boca de los nervios, me examina, desde los tacones hasta el cabello largo y rubio; soy consciente de que el vestido me ciñe los muslos, las caderas, el vientre, los pechos e incluso el trasero. Oh, Dios. Me obligo a mí misma a seguir al vigilante hacia él y, con cada paso, se me acelera el corazón. Con ese traje negro y sin corbata, el botón superior de la camisa abierto y el pelo un poco despeinado, Saint es la encarnación de la lujosa decadencia y el pecado. Es el pecado personificado y me siento como una auténtica... virgen.

Extiende las largas piernas ante él y mantiene fija la mirada en la mía sin ninguna aparente inclinación por apartarla.

—Señor Saint. —El vigilante se aclara la garganta—. Los caballeros me hicieron llamarla.

Aunque no le flaquea la sonrisa, la expresión de su cara es completamente lejana e ilegible.

—Aquí está, caballeros —dice el vigilante a los otros dos, el rubio y el hombre de cabello cobrizo que me observan como si fuera su comida.

—Tahoe —se presenta el rubio.

—Callan —dice el hombre de cabello cobrizo.

Saint se limita a darles un cachete a las rubias en el trasero y las despacha; luego extiende el brazo para tomarme del codo en un gesto algo instintivo que me ofrece una extraña sensación de comodidad. No conozco a nadie más aquí, por lo que, cuando me coloca a su lado, me siento junto a él en el extremo del largo reservado.

Entonces, inclina la oscura cabeza sobre mí y murmura:

—Malcolm.

Su voz es tan profunda y estremecedora que me hace temblar.

—Rachel —contesto sin convicción.

Arquea una ceja y me observa. *¿Qué estás haciendo aquí, Rachel?*, parece preguntar.

Pienso en qué decir cuando Tahoe levanta la copa y se la bebe.

—Deberías estar en la cama. —El hijo del petrolero texano arrastra las palabras rezumando encanto.

No sé por qué, pero soy muy consciente de la postura del cuerpo de Saint en relación con la mía. Se ha enderezado por completo en el reservado y se ha movido de tal manera que tiene el brazo notablemente estirado detrás de mí.

—Como suele decirse, no hay paz para los malvados —le respondo a Tahoe con una sonrisa muy amplia al tiempo que el corazón me late con fuerza por la cercanía de Saint.

De repente, lo huelo. Solo a él. A pesar de la mezcla de aromas de la sala, el de Saint se me mete en los pulmones con cada *respiración*. Irradia una vitalidad que me atrae como un imán. Me pone de los nervios, pero su cercana presencia tiene algo que también me calma.

—Al parecer hay un código de vestimenta. Saint ha tenido que dejar la cola y los cuernos en la entrada —bromea Callan mientras un camarero coloca una copa delante de mí.

—Oh, sí. —Tiro del dobladillo de la falda con timidez—. A mí me ha tocado desprenderme de la mitad de mi vestido.

—¿Lo has hecho ahora? —pregunta Tahoe.

—T.

Una palabra, una letra por parte de Malcolm.

—¿Sí, Saint? —responde Tahoe levantando las cejas.

—Me la pido.

Casi escupo la bebida. Toso y me doy golpecitos en el pecho. Saint extiende la mano, me agarra la copa y la coloca a un lado.

—¿Estás bien? —pregunta, agachando la cabeza y mirándome a la cara.

Toso una última vez, cierro los ojos y asiento. Cuando los abro, tan solo veo a Saint. Lo encuentro observándome con una mirada tan penetrante que la noto en los huesos.

—¿Acabas de llegar a la fiesta, Rachel? —pregunta.

Mientras espera la respuesta, coge mi cóctel y extiende la copa ante mí. Tiene la muñeca gruesa y fuerte, dorada, con la piel suave y el brazo cubierto por un poco de vello. Tomo la copa con cuidado y le rozo los dedos con los míos.

Tahoe se mete la mano en el bolsillo del abrigo y sacude en el aire lo que sea que ha sacado.

—¡Saint! ¿Puedo?

La excitación me sube hasta el pecho cuando me doy cuenta de que es *una tarjeta*.

—Eso no va a pasar, no es su ambiente —murmura Malcolm junto a mí.

—¡Au! Vamos, deja que le dé una tarjeta. Es un pibón, tío —dice Tahoe alargando las palabras.

No doy crédito y apenas puedo respirar mientras Malcolm se levanta despacio. Hago lo propio y lo miro a la cara con confusión.

—¿Qué quieres decir con que no es mi ambiente? —pregunto. Siento como si no hubiera gravedad cuando se detiene tan cerca de mí. Estoy mareada y confundida y me siento inesperadamente herida.

Por primera vez desde que nos conocimos, me mira como si estuviera perdiendo los papeles... *conmigo*. Se inclina sobre mí y coloca los labios contra mi oreja.

—Créeme cuando te digo que no es tu ambiente. Vete a casa —susurra. Me lanza una mirada de advertencia y se aleja, mezclándose en la multitud.

Tahoe y Callan me observan boquiabiertos.

—Eso es nuevo —murmura Tahoe, y se marcha.

Siento que ardo por la humillación y la confusión. Peor que eso, cuando salgo, el mismo hombre que condujo el coche el día anterior se me acerca.

—Señorita Livingston, es un placer llevarla —dice mientras cuelga el teléfono, como si Saint acabase de llamarlo. Es un hombre enorme, calvo e inexpresivo. Un segundo después, me abre la puerta del Rolls-Royce.

¿En serio?

¿Saint acaba de llamarlo para pedirle que me lleve a casa?

Consciente de que la gente observa que me dirige al coche de Saint, me subo en la parte trasera del vehículo y murmuro un «gracias», porque no es su culpa.

El coche huele a nuevo, a caro, como él. Conmigo viajan una botella de vino y otra de agua. Hay música de fondo y la temperatura es la correcta. El lujo perfecto del coche me tienta a pasarme las manos por el vestido y mirarme con absoluto desconcierto. ¿Qué tengo de malo?

Me siento como si hubiera tirado una alfombra bajo mis pies y me hubiera recordado a lo que me enfrento. Al eslabón superior de la especie. A alguien implacable.

No puedo soportar el calor que irradian mis orejas y mejillas. Me hundo en el asiento trasero y apoyo la frente en la ventana. ¡Céntrate, Livingston! Respiro hondo, cojo el teléfono e intento escribir los detalles de lo que he visto, pero ahora mismo no puedo. No puedo hacer nada más que estar aquí, en su coche, preguntándome por qué me siento tan vulnerable.



Alrededor de las 23.55, entro de puntillas en el apartamento y hago una mueca cuando la puerta se cierra un poco más fuerte de lo que esperaba. Voy a la cocina a por un vaso de agua y Gina sale de la habitación con el cabello enmarañado.

—Hola —digo como pidiendo disculpas. Ella frunce el ceño y entrecierra los ojos debido a la luz de la lámpara—. Lo siento, G, no pretendía despertarte. Vuelve a la cama.

—¿Cómo ha ido la fiesta?

—Bien. —Es lo único que soy capaz de decir—. Mañana por la mañana te lo cuento.

Se restriega los ojos.

—Uf, es demasiado tarde o temprano. Sí. Vimos *Juego de tronos*.

Vuelve a su habitación y yo me dirijo a la mía, me desmaquillo y me desvisto. Mientras busco mi camiseta de la universidad, diviso el lugar vacío del armario donde estaba su camisa y me quedo mirándolo. Debería estar contenta de que no esté aquí, pero en vez de eso, su ausencia me hace sentir peor, porque ni siquiera recuerdo si me he imaginado las veces que ha sido amable conmigo. Cierro la puerta del armario, me meto en la cama con unos *culottes* y el bloc de notas y me obligo a escribir. Una palabra, al menos. Solo una, porque el bloqueo de esta noche no me ayudará a alcanzar mis objetivos de ninguna manera. Escribo:

Territorial

Todavía no puedo creerme que dijera... «Me la pido».

Sí. Significa exactamente lo que parece.

Frunzo el ceño, me recuesto en la cama y miro al techo. Livingston, ¿y qué? No le ha gustado verte en su fiesta, eres periodista. ¿Esperabas lo contrario? ¿Sabes lo que esto significa? ¡Todo esto significa que tienes que llegar hasta el *fondo*!

7. Sueño

Hasta el fondo. Su duro cuerpo está sobre el mío. Embiste y me gusta tanto que grito y arqueo el cuerpo.

—Por favor —susurro—. Hasta el fondo, oh, por favor, hasta el *fondo*.

Me cubre la boca con la suya y me besa sin control. Me aprieta los pechos con las manos y me acaricia los pezones. Entierro la cabeza en la almohada mientras el peso de su cuerpo me hunde más en el colchón.

Agonizo. Agonizo porque no me he acostado con nadie desde hace tiempo y *nunca* ha sido así. Vuelve a besarme con un hambre voraz. Me rodea un pecho con los dedos y chupa el pezón. Curvo y estiro el cuerpo con despreocupación, separo los muslos bajo sus caderas para que me penetre tan hondo como pueda... Por favor, *porfavorporfavorporfavor*... Nunca suplico, pero no puedo parar de decir *por favor*.

Le muerdo esos labios carnosos famélica y dejo que mis dedos recorran los surcos de su espalda. Es como parece: duro, inflexible. Pero, oh, su cuerpo es tan cálido... No hay ni una pizca de frialdad en *este* cuerpo. Si abro los ojos, ¿los suyos serán verdes hielo o verdes fuego? Por favor, que sean fuego; por favor, deséame. *Por favor, hasta el fondo*, pienso mientras sacudo la cabeza cuando el siguiente envite es tan potente que me penetra más hondo, entierra cada centímetro de su turgente miembro en mí y cada centímetro de mi cuerpo es suyo. Comienza a moverse hacia afuera y hacia dentro, fuera y dentro.

Me despierto sudando, contoneando las caderas y a punto de tener un orgasmo. Entre jadeos, gimo y me giro a un lado. La 01.08. Debe de estar en la *afterparty* haciendo un trío o una orgía. Dios.

¡En serio, Livingston! Me regaño. Estoy temblando y no voy a detenerme ahora. Ya estoy al límite, esperando la caída.

Gimo miserablemente y deslizo la mano entre las piernas, al lugar que palpita de deseo. No lo hagas, Livingston, me advierto a mí misma. Pero me siento febril. Cierro los ojos con fuerza y luego me llevo un dedo entre los muslos. Como no puedo parar, intento imaginarme a un actor buenorro en vez de a él. Pero cuando vuelvo a sentir placer, unos ojos verde hielo me devuelven la mirada. Me muerdo el labio y deseo morderle los suyos. Agitada, siento su mano entre las piernas, pero sigue sin ser suficiente; quiero algo más que sus dedos, quiero que me aplaste con su peso. Saboreo lo que le hace a mi cuerpo y me digo a mí misma que lo único que tengo que hacer es no pronunciar su nombre cuando me corra. No lo haré. Porque ahora no es él quien se

mueve contra mí lentamente, con dulzura y de un modo tan sexy. No está besándome, ni apretándome, ni moviéndose en mi interior mientras yo...

—*Saint*.

Después de un orgasmo capaz de hacer temblar la tierra, me tumbo en la cama, aturdida y, luego, sorprendida.

—Dios, soy una zorra. —Enciendo la lámpara y voy a lavarme las manos. Después me limpio la cara y frunzo el ceño ante el espejo.

Suspiro mientras regreso a mi habitación, abro el portátil y selecciono más enlaces sobre él para ponerme a trabajar. Lo que me pasa es que es posible que ahora esté con una, dos, tres o cuatro chicas, disfrutando de uno de esos polvos que te dejan sin respiración por los que es conocido. Investigo sus perfiles personales y me digo a mí misma que la única razón por la que quiero obtener información es mi artículo.

Su página de Instagram está llena de fotos cargadas de adrenalina.

Saint esquiando en pistas diamante negro; una figura revestida de negro contra una enorme montaña blanca y un collado serpenteante detrás de él.

Saint haciendo paracaidismo, arrojándose de espaldas del avión, sexy como siempre; el mundo un pequeño borrón debajo de él.

Pero no hay nada, nada en absoluto, de la fiesta a la que no ha querido que asistiera.

8. Citación

—Saint nunca trama nada bueno —declara Gina el domingo por la tarde sentada junto a la ventana de la sala de estar—. Cuenta con que habrá problemas después de esta dichosa fiesta suya. ¿Me has escuchado?

—Mmm... —Estoy navegando en internet, tratando de enterarme de algo de su *afterparty*.

—Rachel Livingston. ¿Hola? ¿Rachel «Melapido»? ¿Puedo llamarte Rachel «Melapido» a partir de ahora? —Chasquea los dedos para que aparte la atención del portátil. Uf, la tía me ha estado molestando con lo de «Me la pido» desde que se lo conté—. Guau. Hay un coche fuera. Un coche enorme. Fuera de nuestro humilde y pequeño apartamento. ¿Me recibes? Tierra a...

—¿Qué quieres decir con «un coche enorme»? —Me levanto de un salto del sofá y corro adonde se encuentra Gina sentada. Abro la otra cortina de gasa de la sala de estar y ahí está el enorme Rolls-Royce que me trajo a casa este fin de semana.

¿Qué puñetas...?

Cojo el teléfono y se me detiene el corazón cuando veo su nombre en mi bandeja de entrada.

Me gustaría reunirme contigo hoy. Mandaré un coche a que te espere en tu casa.

M

Dios mío.

¿Malcolm en persona me ha mandado un mensaje?

—Oye, tía, ¿adónde vas? —grita Gina cuando me ve correr a mi habitación.

Estoy tan nerviosa que me he quedado en silencio y no puedo hablarle de ello. Me pongo unos vaqueros blancos que se ajustan a mi trasero, una camiseta corta y unas sandalias plateadas de tacón alto. Me rocío una nube de perfume y le grito:

—Te lo cuento luego. ¡No me esperes!

Me coloco un bolso de mano debajo del brazo y cojo el ascensor. Cuando salgo a la calle, veo que la gente está haciéndole fotos al coche.

El conductor me ve y enseguida abre la puerta. Me deslizo en su interior antes de que puedan sacarme una foto a mí también. El recuerdo de la última vez que estuve aquí me incomoda ligeramente. Pero hoy no llevo puesto nada que esté fuera de mi zona de confort. Llevo ropa moderna y sexy, pero no seductora. Más decidida que nunca, he venido a por información y

ningunos ojos verdes van a distraerme.

—¿Adónde vamos? —pregunto al chófer.

—Al puerto DuSable —me contesta.

Conduce durante un rato y, en todo ese tiempo, no logro imaginar qué quiere Saint de mí. Todavía me siento incómoda por lo ocurrido la última vez que nos vimos, pero tampoco puedo dejar que mis sentimientos personales trunquen la historia que tengo entre manos.

El coche se desvía hacia el aparcamiento y se detiene cerca del yate más lujoso del puerto. Es bastante pequeño como para entrar en el muelle, pero tan grande como para diferenciarse de los demás. Su blanca y prístina superficie brilla al sol. Cerca de la proa hay una inscripción en letras azul marino en la que pone EL JUGUETE.

Antes de que pueda cerrar la boca, se abre la puerta del coche. Cuando me bajo, veo al hombre de cabello oscuro en la cubierta y me da un vuelco el corazón. Poco a poco, obligo a mis piernas a moverse y una parte de mí se pregunta si de verdad soy yo la que se dirige al yate, al hombre que me espera arriba. Mi mundo se inclina un poco y siento como si alguien me hubiera extraviado y me hubiera puesto en el estante equivocado mientras subo a bordo.

—Señor Saint.

Camina hacia delante con un bañador holgado y una camisa desabrochada; tiene los abdominales tan suaves y marcados que podría trazar las hendiduras con un dedo. Sus piernas son muy musculosas y el viento le agita el cabello de una forma divertida.

Cuando viste de traje, parece hecho a medida para él, pero ahora mismo este estilo suyo tan informal, tan sexy, tan intimidante y, aun así, tan imponente solo me recuerda el sueño y me hace desear no haberlo tenido. A la luz del sol es mucho más impresionante de lo que recordaba. Tiene el cuello bronceado, grueso y fuerte y su sensual nuez se mueve cuando dice:

—Rachel.

Me pongo roja como un tomate.

—Estoy esperando a unos amigos. Pensé que te gustaría venir.

—¿Por qué?

Da un paso adelante, casi invadiendo mi espacio personal. Quiero encogerme de lo poderoso que es, pero no lo hago.

—Tengo la sensación de que te fastidió la forma en que terminaron las cosas la última vez.

—Me observa con una mirada cauta y sin perder detalle.

No quiero sentir el dolor y la confusión de aquella noche, pero el recuerdo emerge sin esfuerzo.

—¿Porque dijiste «me la pido» como si fuera un objeto y luego tuvieras el descaro de echarme?

Su expresión no se altera.

Como tampoco lo hace mi ira.

—¿Querías que viniera solo para recordarme cuál es mi sitio? ¿O creías que iba a inclinarme a tus pies y rogarte que me perdones por molestarte?

—No, quería hacerte una pregunta. —Su habitual intensa mirada verde logra lo imposible y se intensifica todavía más—. ¿Qué hacías allí el viernes?

—Me invitó un amigo.

Se acerca.

—La verdad —añade en tono de advertencia.

Un cálido rubor me sube por el cuello y él se da cuenta. Baja la voz.

—Dime que me estabas buscando y luego déjame compensarte.

—Oh, ¿de verdad? ¿Cómo le compensa algo a alguien Malcolm Saint? Algo me dice que un simple café no es tu estilo.

—¿Te gusta el café?

—Con dos azucarillos.

—Tomo nota. —Me escudriña mientras una sonrisa persuasiva se dibuja en sus labios—. Quédate y conoce a mis amigos esta noche.

Sonríe ligeramente, pero de una forma tan seductora que siento que me arde el estómago, como si me hubiera tragado una cucharada de miel caliente. No sé cómo es posible que sus ojos me resulten tan molestos y tan reconfortantes al mismo tiempo.

—¡Saint! ¡Mi hombre! —Un grito llega desde algún lugar cercano.

Callan, Tahoe y un puñado de chicas suben al yate. Suspiro temblorosa y me alejo unos pasos de Malcolm mientras lo saludan.

—Rachel —dice, y me presenta a sus amigos.

9. Yate

Aquí va la razón por la que hoy no estoy haciendo mi trabajo como debería: Saint.

Saint descansando en una tumbona.

Saint practicando esquí acuático.

Saint pavoneándose por su yate.

Saint llamando a otros chicos de otros yates cercanos.

—*¡Saint! ¿Te has enterado de la paliza que les han dado a los Cubs?*

—*Qué mal, tío. Vaya mierda.*

Luego, Saint charlando con sus amigos.

Saint y yo llevamos un rato mirándonos en silenciosa perplejidad. Hay un armario lleno de bañadores y bikinis y termino poniéndome uno blanco diminuto y observo a las demás chicas sumergirse en el lago.

Esta tarde he usado una cantidad de protector solar suficiente como para broncearme sin quemarme. Me pica la piel debido a los rayos de sol. Siento el aire del lago Michigan, el viento jugando con mi pelo, el suave balanceo del yate mientras se desliza por el agua. El suave zumbido del motor me arrulla hasta dormirme. Pero soy demasiado consciente de lo que me rodea como para dormirme, no quiero perderme nada: ni las llamadas de trabajo que hace, ni cómo se relaja aun cuando sigue pendiente de sus negocios.

Saint lleva todo el día metiéndose en el agua. Sé que está fría porque yo también me he metido una vez. Ha estado nadando un poco y buceando cada media hora, sin tener en cuenta si sus amigos estaban nadando o haciendo esquí acuático. Yo me he quedado en la tumbona, cómoda, tostándome bajo el sol, pero él siempre está haciendo algo. Es como si no se relajara. Exuda fuerza, no es de extrañar que siempre esté activo. Esquí en pistas diamante negro, paracaidismo, vuelo... Corre los riesgos de alguien que no tiene nada que perder. Corre más riesgos que nadie que haya conocido.

Llevo puesto el diminuto bikini blanco y rodeo hambrienta un oasis de comida cuando sus amigos, Tahoe y Callan, se unen a mí.

Me quedo a su lado y, al mismo tiempo, intento evitar a Saint solo porque parece que hemos llegado a una tregua, pero me siento un poco fuera de lugar. En su espacio, con sus amigos.

El interés que hay en su mirada cada vez que miro a mi alrededor y lo encuentro observándome me pone más nerviosa de lo que nunca he estado en la vida.

Cuando me roza el brazo con el suyo, me aparto a un lado instintivamente. Cuando se acerca y se queda a mi lado, me encojo ante la calidez de su tacto. Estoy inquieta y no sé por qué. Termina dirigiéndose al lado opuesto de la fiesta. Desaparece en uno de los camarotes (por trabajo, dicen sus amigos) hasta que un par de mujeres van y lo persuaden para que salga a «sentarse» con ellas. Se deja caer en un sofá con los brazos extendidos en el respaldo. Notó su mirada fija en mí como una caricia.

Intento sumergirme en las historias que comparten sus amigos con el grupo. Pero por el rabillo del ojo, no puedo dejar de observar a las chicas sentadas a cada lado de Saint, casi parlotando como si intentaran captar su atención.

Nos quedamos en la zona de estar de cubierta con el grupo mientras Malcolm bebe una copa de vino despacio. Y luego, otra.

Acabamos contando historias de borracheras, de amigos y de chicas que han acechado a Malcolm.

—Desde lo de Kalina, su padre nunca sabía lo que iba a llevar a casa —explica Callan.

—¿Llevaste a casa a una chica desnuda? —pregunta una de sus chicas, haciendo pucheros invadida por los celos.

Curva los labios y atisbo una ligera sonrisa.

—Era artista y llevaba la ropa pintada. La verdad es que era muy agradable.

Siento que yo también comienzo a sonreír. Fija la mirada en mí y su sonrisa se desvanece. Parece cada vez más pensativo.

—Te echamos de menos en nuestra *afterparty* —me dice Tahoe.

—Seguro que sí. —Echo un vistazo hacia donde se encuentra Saint, relajado y distante, y noto que una de las chicas sostiene un racimo de uvas en la mano e intenta meterle una en la boca. Él me mira, me observa. Veo que abre la boca de forma ausente para masticar la uva, pero no aparta la vista de mí ni por un segundo.

—Una más —susurra la chica muy cerca de su mandíbula mientras le mete otra uva en la hermosa boca.

Tensa los músculos de la mandíbula mientras la aplasta con las muelas y me pregunto a qué sabe ahora. Fresco. Jugoso. Los ojos le brillan mientras observa mi reacción; me empieza a vibrar todo el cuerpo y experimento sensaciones que ni siquiera puedo procesar. Me arden las mejillas con el mismo calor que se me extiende por toda la piel como un reguero de pólvora. La noche solo lo hace parecer más oscuro.

Peligrosa y primitivamente oscuro.

No puedo soportar el despiadado nudo que se me forma en el estómago cuando lo tengo cerca. Me muevo a un lado y pregunto a sus amigos:

—¿Qué hicisteis vosotros? Sois famosos por vuestras fiestas, no me imagino lo que debe de suceder después.

—Yo nadé desnudo —sonríe Tahoe—. Callan estaba demasiado borracho como para acordarse.

¿Y SAINT?

—Saint y yo lo pasamos bien —dice una de las chicas mientras le hace carantoñas a Malcolm.

Me arden las mejillas. No lo mires. No lo mires.

—Le dimos un buen espectáculo —dice la otra con un ligero ronroneo que hace que la bilis me suba a la garganta.

Esta es una información muy valiosa. De verdad. Es el tipo de material del que están hechos los artículos más picantes. Pero parece que no logro obligarme a quedarme y escuchar el resto. Siento un peso en el vientre e, incapaz de detenerme, me pongo en pie en silencio y pregunto si puedo ir al camarote a descansar un poco.

Ni siquiera espero a que alguien asienta, me limito a rodear la zona evitando la mirada de alguien, evitando *su* mirada. Como de repente necesito tomar aire, acabo dirigiéndome a la cubierta superior. Ya en la proa, me apoyo en la barandilla y observo el lago. El horizonte. El pequeño trozo de luna.

Saco el móvil e intento escribir algo. Escribir siempre me hace sentir mejor. Completa.

Pero no me puedo concentrar.

Lo dejo a un lado y observo el lago.

Minutos después, explotan fuegos artificiales en el cielo mientras el grupo observa y silba desde abajo. La vista es fascinante. Exhalo y observo cómo las luces salen disparadas desde el muelle y explotan en el cielo. Se está muy tranquila aquí, en el lago, de noche. Siempre he querido encontrar un lugar bonito y acogedor donde no se mueva nada, donde todo sea como debería ser, y deseo quedarme aquí, quieta y tranquila, en este lugar. Es extraño encontrar ese sitio cuando tu mundo gira de forma descontrolada.

Escribo una palabra en el teléfono para sentirme mejor. La primera que me viene a la mente cuando contemplo como el lago y el cielo se rozan en el horizonte.

Infinito

El viento me sacude el pelo y me lo recojo en un moño a la altura de la nuca mientras me dirijo a la zona de estar de la cubierta superior. Entonces lo veo. Está sentado, el torso le tira un poco de la camisa y la luz del teléfono le ilumina el perfil. No lo he escuchado aproximarse. ¿Por qué no está abajo? ¿Por qué este estúpido nudo de mi interior no desaparece?

—Veo que, para ti, comerte el mundo es un trabajo a tiempo completo —susurro.

Se levanta despacio. La camisa de botones que lleva se abre de forma casual y deja entrever el bañador, los lisos y duros abdominales, el pecho y el cuello. Parece más alto y ancho cuando se acerca. El aire cambia enseguida de temperatura, o tal vez sea yo; empiezo a tener calor y me ruborizo porque ha estado aquí todo el tiempo. Y es tan hermoso... Es la primera vez en mi vida que veo algo tan hermoso que me duele al mirarlo.

—Lo siento, no pretendía desconcentrarte. Te dejo tranquilo —susurro.

—Quédate.

Su orden abrupta me impide marcharme. El rubor parece extenderse hasta la médula de los huesos al advertir cómo me observa ahora. Su aliento me agita el cabello de la coronilla mientras susurra:

—Quiero hacerte sonrojar desde aquí... —Me toca la frente y echa un breve vistazo al suelo —... hasta la punta de los pies.

Sonríe y tiene el pecho tan cerca que me calienta a pesar de la brisa. Él es un huracán y yo, el lago, en calma en la superficie, pero con un millar de secretos en sus profundidades.

—¿Por qué no podías mirarme ahí abajo? —murmura con la voz rota al tiempo que levanta una gran mano y me recorre la mejilla con el dorso de los dedos.

Un anhelo cálido crece en mi interior.

—Saint. No.

Levanta el teléfono y me muestra una foto en la pantalla.

—Me gusta esta foto tuya. Pareces delicada y pensativa. Se te ve la barbilla y una de tus orejas élficas asoma entre el pelo.

—¡Me has hecho una foto!

—Así es. —Desliza el pulgar por la foto de la pantalla y se me tensa la columna porque casi noto la caricia.

—Bórrala —digo, sorprendida.

—Ah. Negociando de nuevo...

—Saint. No. Borra esa foto. No me interesas de esa forma. No quiero que me tengas en el teléfono.

Retrocede y me escudriña el rostro.

—Ven aquí, siéntate conmigo.

Se dirige al sofá y acomoda su gran cuerpo justo en el centro. Guau. ¿Espera que lo siga?

Respiro hondo y me obligo a dirigirme al sofá, que ahora invade por completo. Me siento en el borde mientras continúa ocupando el centro. Nos miramos, yo frunzo el ceño, él parece divertido y, luego, giramos la cabeza y contemplamos los últimos fuegos artificiales desde la distancia.

—¿Estás enfadada conmigo porque hice que mi chófer te llevara a casa? —pregunta con un brillo despiadado en los ojos.

—Eso lo has dicho tú, no yo contesto.

Se ríe suavemente, emite un sonido bajo y masculino que me distrae. Como su gran cuerpo, de algún modo absorbe el espacio que lo rodea como un vórtice.

—Puede que te hubiese dejado venir a la fiesta de después si hubieras aceptado mi regalo. —Arrastra el pulgar de forma pensativa por el cuadrado rasposo que forma su mandíbula—. Soy un hombre orgulloso, Rachel. ¿Cómo crees que me siento cuando veo mi camisa de nuevo en el despacho?

—Oh, ¿te sientes rechazado por una chica que no forma parte de tu millón de novias?

Baja la voz y su hermoso rostro parece perplejo.

—¿Por qué?

—¿Qué?

—¿Por qué me la devolviste? Te dije que te la quedaras. Nadie me devuelve los regalos. ¿Te parezco repulsivo?

Fijo la mirada en los gruesos tendones de su cuello porque no quiero que vea que *no* me parece repulsivo, que me resulta demasiado atractivo como para dejarme pensar la mayor parte del tiempo.

—Prefiero no aceptar regalos de hombres ni desconocidos. —Levanto la barbilla un poco, entrecierro los ojos y le advierto en voz baja—: Y si sigues tomándome el pelo, me voy a casa.

Se inclina hacia delante.

—¿Sabes qué? Rosie no me tiró el regalo a la cara. Me llamó héroe..., y me gustó mucho.

Está provocándome. Sus bromas me gustaban mucho más cuando no tenía la cabeza hecha un lío.

—A: Los elefantes no suelen dar las gracias, así que espero que aprecies el gesto. Y B: Supongo que *te han dado* cosas toda la vida —digo.

Su sonrisa se entristece y se inclina hacia delante.

—Todo.

—¿Todo?

Asiente con la cabeza.

—No lo creo.

—¿Qué podría querer que no tuviera ya? —Se ríe con delicadeza—. Lo tengo todo, Rachel. Al menos, lo tenía. —Extiende un brazo y me recorre la mejilla con el dorso de un solo dedo, despertando cada terminación nerviosa de mi cuerpo.

De repente, tengo la garganta seca. Su mirada se vuelve oscura y ávida; ningún hombre que lo tiene todo podría tener esa hambre.

Cuando nos quedamos en silencio, la brisa pasa por nuestro lado y el aire que nos separa cambia. ¿A qué juega conmigo? La foto me la hizo mientras estaba muy vulnerable, el perfil muestra mi confusión. No puedo soportar que me haya visto así.

Observa mi foto con un semblante serio.

—Me doy cuenta de que la compañía que tengo es especial. Aprecio que me des la oportunidad de compensártelo —me dice Saint con seriedad, mirando el cielo oscuro donde antes se veían fuegos artificiales. Cuando gira la cabeza para enfrentarme, tengo que luchar por no apartar los ojos de esa mirada verde inquisitiva.

—Gracias por invitarme... Lo he pasado bien —contesto con la voz más ronca con la que he hablado nunca.

De pronto, yo también siento un deseo ávido.

De él, de sus tomaduras de pelo, de que me haga reír y de volver a ver ese brillo en sus ojos que tanto me enfada y, al mismo tiempo, me hace sentir burbujitas en las venas. Un deseo ávido de saber por qué dijo «me la pido» y por qué quiere que me quede con su camisa.

Sonríe de forma cordial y me señala.

—Ahora negociaré contigo, Rachel. Si quieres preguntarme algo, te daré una respuesta y, después, yo te haré una pregunta —dice, observándome.

—¿En serio? —Me levanto y, cuando asiente con la cabeza de forma indulgente, le hago un gesto—. Tú primero.

—Vale. —Se inclina hacia delante con los músculos tensos bajo la camisa abierta que lleva—. ¿Por qué no podías mirarme ahí abajo, Rachel?

—¿A qué te refieres?

—Ahí abajo. ¿Por qué no podías mirarme? Ni siquiera ahora. ¿Por qué no me miras? —Sigo sus dedos hasta donde se da toquecitos, sobre uno de los párpados.

Pienso en mi respuesta.

Antes de que pueda responder, murmura, casi como si fuera una advertencia:

—La verdad.

Me sonrojo. Dios, siempre quiere la verdad. ¿Acaso confía en alguien?

—Tenías razón sobre mí, este no es mi sitio —digo, y me encojo de hombros—. Veo que se te da bien leer a la gente.

—Puedo decir lo mismo sobre ti.

Se mantiene a la espera. Supongo que es mi turno. Quiero preguntarle cosas personales, como por qué no pude ir a su *afterparty*, pero tengo que centrarme en la entrevista. Así que me centro en él.

—La pregunta que todos se hacen: ¿Crees que hay alguna mujer ahí fuera? ¿Una que encarne todos tus deseos?

Hago una evaluación rápida de sus rasgos, pero no revelan ni un atisbo de sus pensamientos.

—¿De verdad es eso lo que todos quieren saber?

—Me estás respondiendo con una pregunta.

—Y tú no estás haciendo las preguntas correctas.

Frunzo el ceño y agarro la bandeja de fruta que el personal del yate ha dejado también en la cubierta superior.

—Así no se hace —dice. Recuerdo la forma en que le han dado de comer abajo.

—¿Perdona? No soy parte de tu harén. —Me río—. Aquí tienes tu uva.

Le tiro una uva. Rebota en su pecho. Me estremezco cuando me roza el muslo con el suyo mientras se mueve para coger otra uva.

—Me enseñaron a no jugar con la comida, sino a comérmela.

El mero tacto de su mano trazando círculos en mi nuca hace que un leve y extraño calor me recorra las venas.

—¿Qué estás...?

—Chist.

Cuando se inclina sobre mí, siento un cortocircuito. Me llega a la nariz el aroma a jabón mientras me acerca una uva con las pupilas tan dilatadas que son lo único que veo.

—Abre la boca —me insta.

El suave roce de la uva en mis labios envía una corriente eléctrica por todo mi cuerpo.

Me mira con una sonrisa malvada y, luego, siento que vuelve a rozarme los labios con la uva. Instintivamente, abro la boca de forma sensual y dejo que me alimente; me cuesta respirar. Cuando me la trago, su sonrisa se desvanece.

Nos sostenemos la mirada durante unos largos segundos. Después siento la delicada caricia de sus pulgares en la mejilla.

Me recorre un temblor mientras agacha la cabeza. Y luego, oh, Dios. Me da un beso en la comisura de los labios. Me estremezco de la cabeza a los pies.

La sensación se intensifica cuando Malcolm me agarra de la barbilla y me gira de modo que sus ojos verdes se fijan en los míos. Tiene una mirada cautelosa y todavía famélica. Me digo a mí misma que *esto no puede* ser real. ¡No es posible que me desee de este modo!

Temo que me bese. Temo desearlo. Huele incluso mejor que en mis sueños, la sensación de tenerlo cerca es mejor y lo deseo mucho pero que mucho más.

Respira con fuerza, es evidente que lucha por mantener el control. Y yo quiero que lo pierda.

No. No, la única que tiene algo que perder soy yo.

—Mmm. Guau —digo aferrándome al dolor de estómago mientras me enderezo—. Guau, sabe distinto cuando te alimentan. Saboreo tus gérmenes en la uva.

Permanece sentado y una leve sonrisa ilumina sus labios como el sol.

—¡Saint! —lo llaman los chicos. No les responde.

—¿Os apetece bañaros desnudos? —Eso es lo primero que dice Tahoe cuando aparece en cubierta.

—Rachel y yo estamos hablando, pero id vosotros —comenta sin ni siquiera girarse. Se acomoda para ocupar la mayor parte del sofá. Me recuesto con incomodidad y él me agarra un mechón de pelo para jugar con él.

—Tienes ganas de travesuras, ¿no? —Me río.

—Si te unes a mí, sí. —Me enseña mi foto en la pantalla del móvil y añade en voz baja—: Si la borro..., me dejas llevarte a casa esta noche.

—Llevas días llevándome a casa.

—Mi chófer te ha llevado a casa, no yo. —Su voz es baja pero firme, decidida—. Hay una gran diferencia, te lo aseguro, Rachel.

Mi sonrisa se desvanece ante el aire depredador que lo rodea. Saint me seduce tanto como me aterroriza.

—Tengo que irme a casa temprano. Seguro que prefieres quedarte con tus amigos.

—Si así fuera, no te lo estaría pidiendo. —Acerca el pulgar al icono de «borrar» con una mirada expectante—. ¿Rachel? —insiste.

—Si la borras, me lo pensaré —respondo.

Parece tensar la dura mandíbula, como si reflexionara sobre el desafío, y, en un lento segundo, baja el pulgar y presiona «borrar».

—Ya está —dice. Los ojos le brillan de alegría en la oscuridad—. Ahora te llevo a casa.

Solo pensarlo en ello me pone de los nervios. Mi apartamento es mi refugio seguro. Imagino su presencia cerca de mis cursilerías de chica. ¿Qué quiere hacer allí? Si su camisa invadió mis pensamientos y mi espacio, no puedo imaginar lo que hará el propio Saint. Asiento con la cabeza solo porque deseo, necesito, no descartar ninguna posibilidad, pero específico:

—Sí, pero no esta noche.

Lo único que me hace falta es distanciarme un poco de esos ojos, de la sensación de saturación que me invade. El corazón me late acelerado y cada parte de mí se reacciona de forma exagerada a su sonrisa, su mirada y su aroma.

Así que me dirijo a la cubierta inferior sin decirle adónde voy y me lanzo al agua fría con el diminuto bikini. ¡Plop! ¡Qué fría! Luego nado y comparto mi entusiasmo mientras lo hago.

Tahoe nada cerca, me guiña un ojo y su sonrisa se vuelve traviesa.

—Vaya, vaya, vaya...

—Ya vale, T.

Al oírlo, levanto la vista. Saint se inclina sobre la barandilla con una leve sonrisa mientras me observa.



Esa noche me siento y tomo notas con frenesí.

Vale, céntrate en los hechos, Livingston. Exhalo e intento sacarme de la cabeza una uvita verde. Unos ojos verdes que me suplican, que me exigen, que le dejara traerme a casa. Y no puedo creer que estuviera a punto de decirle que sí.

Es un solitario, parece independiente del grupo. Siempre va un paso por delante, siempre está en otro lugar.

Está acostumbrado a estar rodeado de mujeres (¿Son una idea de último momento? ¿Ruido de fondo? No parecía especialmente atento con nadie, ¡pero ellas bailan en la barra y se enrollan para divertirlo!)

Voy a cepillarme los dientes y me dirijo a la cama. Me acomodo bajo las sábanas. Intento dormirme, pero no dejan de venirme otras cosas a la cabeza.

Como que, cuando me dio la uva, noté sus duros pectorales contra mis pechos y su aliento en la cara.

Como que parece que siempre lo huelo cuando el aire me llega de una cierta forma y lo escucho por encima de los demás.

Intento alejar estos pensamientos, pero cuanto más me empeño, más salen a flote. Dios, no quiero obsesionarme con esto. No. Pero si quiero que este artículo salga bien, no puedo bloquear ciertas partes. No puedo escoger y elegir con qué me conviene lidiar y con qué no. Agarra de nuevo el bloc y empiezo con una palabra.

Eléctrico

Electrifica el aire.

Luego escribo unas cuantas más.

Arrollador

Si está cerca, es difícil que notes otra cosa.

Obstinado

Es imposible negociar con él.

¡¡¡¡TODAVÍA LE ENCANTA TOMARME EL PELO!!!!

Me provocó y pinchó con el tema de la foto, las uvas, la camisa y hasta con lo de ser el héroe de Rosie...

Dejo el bloc a un lado y apago la lámpara, pero, hasta en la oscuridad, sigo viendo que me observa en el agua desde arriba. Todavía siento sus dedos en mis hombros cuando volví a subir

al yate y me envolvió en una cálida toalla.

10. Acampada

Durante las últimas veinticuatro horas he estado navegando por la red y seleccionando las últimas fotos en las que le han etiquetado. También hay algunas fotos más antiguas de chicas en bikini jugando al minigolf en su casa. Y fotos de él bajando de un helicóptero con una chica que pilota y no lleva nada excepto unos pantalones cortísimos.

—Me molesta muchísimo ver estas fotos, porque él no les pide a muchas de esas chicas que *se le acercan* que lo hagan —le digo a Gina.

—Tía, a Saint le encanta vivir rodeado de tías. Debe de ser por toda la atención que le faltó de niño.

—Más bien es un hombre sano y las mujeres simplemente se le tiran encima. He visto los vídeos de YouTube dedicados a él de mujeres desnudándose o lavando coches, ofreciéndose a lavarle el suyo. De hecho, mira esto...

Vemos un vídeo de una mujer sin sujetador mojándose la camiseta y sonriendo.

—Saint, te lavaré los coches todos los días, y también el tubo de escape.

Nos echamos a reír.

—Parece que tiene una enorme colección de coches. Hay una foto, ¿ves? Hay como treinta coches aquí. Algunos muy raros. Tiene un montón de juguetes. ¿Acaso eso no dice nada?

—¿Qué? —pregunta Gina.

—¿Cuándo lo tienes todo y nada es suficiente?

—¿Cómo íbamos a saberlo? Apenas nos llega para pagar el alquiler este mes.

—Venga, tómalo en serio. Cuando nada es suficiente, quiere decir que, en algún nivel recóndito de su psique, siente que le falta algo en la vida. Lo he visto trabajar, Gina; es como si... estuviera obsesionado con ello. Como si lo ayudara a bloquear algo más.

—¿Qué?

—Da igual.

Se ríe.

—Qué profunda eres, Rachel. Una filósofa. Envíale la factura y ahórrale un terapeuta.

Continúo con los enlaces y acabo viendo un vídeo suyo junto a su padre grabado cuando este negó el último deseo de su madre de darle a Saint un asiento en la junta de la empresa de su padre.

—Lo único bueno que tiene es su nombre —dice el padre a un periodista que le preguntó por

qué no habían permitido a Malcolm entrar en el negocio familiar.

Él no se inmuta. Sonríe con ironía, en silencio, se mantiene a raya. Este vídeo solo hizo que todos aplaudieran a Malcolm más que a su padre. Aun así, ¿le dañó mentalmente de alguna manera?

—Qué gilipollas —dice Gina a última hora de la tarde cuando vuelvo a ver el vídeo, esta vez observando solo la expresión de Saint, que no revela nada, como si esperase el golpe y estuviera preparado para ello—. No me extraña que Saint sea un capullo si lo criaron así.

—No es un capullo.

—¿Perdona?

—No es un capullo —contesto de forma despreocupada.

—¿Alguien está susceptible?!

—No estoy susceptible. Solo constato un hecho.

—Vale. No te gusta lo que tenemos en la nevera cuando te tocaba *a ti* comprar esta semana; estás obsesionada con ese ordenador; tienes ojeras; llevas una *D* de *desenmascaramiento* en la frente y una *X* en el culo que le grita a Saint que te folle por ahí. Estás colada por él, ¿no?

—No.

—Genial entonces, porque has deseado esto toda la vida. Mira todas esas fotos de mujeres encima de él. Joder, pero si casi le ponen las tetas en la cara. ¿Ese es el chico que te gusta?

Miro el vídeo de YouTube.

—Me gusta este —murmuro cuando se marcha, y luego me frunzo el ceño a mí misma. No, no te gusta, Rachel. Quieres ser justa, quieres ser sincera.

Voy a buscar el saco de dormir para la acampada de Acabemos con la Violencia.

Mis amigas piensan que una acampada no logrará mucho por sí sola. Es cierto, pero me siento bien cada vez que la hago, así que voy a menudo, y cuando mi vida es inestable, voy más porque me siento más segura si lo hago. La única manera que conozco de olvidar mis propias penas es centrarme en otra persona, pero no tenía muchas penas. Tenía una gran vida. Tengo.

Mi educación fue diferente a la suya. No me dijeron que era temeraria, que lo único bueno que tenía era mi nombre. Mi madre me dio tanto amor que aquí estoy, aceptando proyectos que podrían ser demasiado grandes para mí solo porque estoy lo bastante loca como para pensar que puedo con ellos.

Estoy tan preocupada por hacer justicia al artículo que necesito ponerme en contacto con ella ahora mismo:

—Hola, mamá.

—Oh, hola, cariño. ¿Qué tal? ¿Vas de camino a la acampada?

—Sí, solo quería saber qué tal estás. ¿Necesitas algo?

Siempre noto cuando mi madre se siente bien o cuando está fingiendo. Me alivia que hoy suene contenta de verdad.

—Estoy muy bien, Rachel. La última vez que lo comprobé, todavía era la madre en esta relación. —Incluso me toma el pelo—. Pero ¿cómo está mi chica?

—Estoy bien. —Oigo su CD favorito de Cat Stevens sonando de fondo—. Te escribiré desde el trabajo mañana. Acuérdate de la insulina, ¿vale? —Espero hasta que me dice que sí y luego susurro suavemente—: Te quiero, mamá.

—¡Rachel! Espera. ¿Va todo bien?

Vacilo.

—¿A qué te refieres? —Oh, guau, ¿así que ahora mi voz suena afectada? Siempre le digo que la quiero, así que eso no puede haberla preocupado.

—Todo va bien. Estoy genial. Estoy escribiendo un nuevo artículo, te lo contaré todo pronto.
Silencio.

—¿Estás segura?

Mierda, sospecha algo.

De nada sirve decirle que no se preocupe por mí, porque entonces me dirá que yo no me preocupe por ella y la quiero demasiado como para hacer eso. Pero detesto que se preocupe por nada.

—Sí —le aseguro entre risas—. Te quiero. Nos vemos pronto. —Cuelgo y suspiro.

A pesar de que mi madre se haya vuelto tan inquisitiva al final, necesitaba la llamada de verdad. Necesitaba recordarme a mí misma que ella es lo que más quiero y que mi sueño es comprarle una bonita casa, un bonito coche y proporcionarle buenos cuidados en un hospital y *seguridad*. No puedo devolverle a mi padre, pero me gustaría darle todo cuanto pueda. Me gustaría darle las cosas que él quería ofrecerle. En mi corazón, eso significa que, esté donde esté, si consigo las mismas cosas que él deseaba brindarnos, lo estaré honrando. Mi madre es diabética. Lleva haciéndose controles desde hace años, pero mantenerla con buena salud es una preocupación para mí, incluso si se niega a admitir que a ella también le preocupa.

Esta noche no hay mucha gente en el parque. Muchos se saltan estos eventos y optan por las marchas y otros tipos de actos, pero a mí me gusta venir aquí con mis libros, mi iPod Shuffle, mis aperitivos y ya está.

Doy una vuelta en la que reconozco algunas caras y camino hasta encontrar un bonito lugar debajo de un árbol.

Extiendo el saco de dormir, saludo a la joven pareja que está cerca cuyos nombres no conozco pero que he visto antes y observo un montón de ramas y hojas de árbol que asoman al cielo. Rara vez logro dormir una hora cuando acampo aquí, pero sigo haciéndolo porque no quiero acomodarme a las cosas hasta el punto de no desear cambiarlas por algo mejor.

Después de comerme algunas moras y escuchar música, me arranco de un tirón los auriculares, dejo caer la almohada de acampar, me voy a dormir y sueño que estoy perdida en la noche en un bosque verde, corriendo con una camisa de hombre, y cuando Gina, Helen y mi madre me llaman a gritos para que salga, no encuentro el camino para salir de las profundidades.



Me despierto sobresaltada, sudorosa y sin aliento, mirando a mi alrededor confundida. Estoy en el campamento. Temblando, saco el móvil y parpadeo cuando veo que tengo un mensaje.

Si no puedo llevarte a casa todavía, al menos déjame que te recoja y te lleve a algún sitio.

Miro el mensaje procedente de un número desconocido con el corazón palpitando de forma salvaje y un nudo en el estómago. Sé que es él, tiene que ser él. Pienso en él, en sus camisas, sus

miradas y sus uvas. Pienso en el yate, en los secretos, la mirada de hielo y en la forma en que me observa, como si quisiera que derritiera esos misteriosos carámbanos que tiene. Pienso en lo inquieta que me siento y que no puedo concentrarme en nada más... y entonces recuerdo el artículo y lucho por centrarme en ese objetivo, en ese deseo. Exhalo y le contesto:

No rechazaría una visita a la sede de Interface

Hecho

Me muerdo el labio y siento cosas que parecen mariposas apoderándose de mí. Tienen que ser las mariposas de las historias, pero nunca las he sentido así. Antes de que pueda detenerme a mí misma, escribo:

¿No duermes?

No cuando no me apetece

Me sonrojo. Dios, ¿ha salido de caza? Podría ser un gran chico para una chica especial, resulta deprimente que, de algún modo, les dé a todas una parte de sí mismo.

¿Y tú? ¿Por qué estás despierta, Rachel?

Tu mensaje me ha despertado, escribo.

Entonces, dulces sueños, Rachel

Cierro los ojos y pienso en su expresión en el vídeo de YouTube, en su rostro después de verme en la discoteca, en su cara, siempre tan introvertida y misteriosa, como si se negara a dejar que nadie vea y sepa quién es en realidad o lo que de verdad quiere de ellos.

Igualmente, si es que quieres dormir

Oh, sueño tan tonta. Uf. Dejo el móvil como si de repente me acabase de encontrar un cocodrilo que quiere morderme en el aterrador bosque verde de mi sueño y no pego ojo.

11. Oficina

Al menos mi escritura se ha beneficiado de mi creciente obsesión por esta fascinación tormentosa que no lleva a ninguna parte. Esta sed de información se está filtrando en mi escritura y en cualquier cosa a la que presto atención. Soy como una glotona que anhela algo en particular pero se come lo primero que pilla, aunque se trate de otra cosa.

—¡Este artículo es fenomenal! —dice Helen—. Qué fuego. No puedo esperar a ver lo que haces con el artículo de Saint. ¿Qué es eso de «me lo pido»?

Jadeo.

—¿Qué?

Sonríe y da toquecitos en el cuaderno que hay en mi escritorio que tiene una frase subrayada tantas veces que se rompió la página.

Me la pido.

Apoya la cadera en el escritorio y siento que Victoria casi se cae de la silla en su afán de escuchar lo que tengo que decir.

—Nada —contesto mientras cojo la tableta y la coloco a un lado. ¿De verdad que ahora estoy garabateando «me la pido»?

—Oh, ¿qué quieres decir con «nada»? —Se gira—. Victoria, Victoria. —Hace un gesto con el dedo y Victoria se levanta y se acerca tan despreocupadamente como puede.

—¿Helen? —dice—. Hola, Rachel. —Sonríe.

—Ayúdame a concertarle una cita a Rachel con ese estilista que siempre te deja tan espectacular. Con esta cara —comenta al tiempo que me levanta la barbilla—, no hay forma de que Saint pueda evitar darle caza. Gracias, Vicky —añade, y entra en su despacho.

De repente, al tener a Victoria cerca, desearía haber dicho que había hecho progresos. Me gustaría haber dicho algo para evitar tener que ver su enorme sonrisa de satisfacción. Casi la oigo pensar que ni siquiera puedo escribir un artículo sin su ayuda. Que no puedo conseguir un hombre sin su ayuda.

—En realidad, no es necesario —le digo.

—Oh, tonterías. Sé justo lo que necesitas. Te cojo esto un segundo —dice, y señala el teléfono fijo.

Llama a su estilista y tararea mientras espera. Yo, por mi parte, guardo y cierro el archivo, porque nada me corta más el rollo cuando estoy escribiendo que alguien espiando la pantalla de

mi ordenador.

Permanezco sentada, sintiéndome como una perdedora y mirando el teléfono cuando veo el mensaje de Dean.

Al señor Saint le gustaría ofrecerle una visita por la sede de la empresa Interface. Avíseme si le interesa; está deseando verla.

Me tiemblan las piernas y me arden las mejillas. Joder. Le contesto:

Estoy deseando verlo.

Oh, Dios. ¿Verlo? Voy a *reunirme* con él, no a verlo. Tengo que ser profesional. Eso es todo. ¿Qué voy a hacer cuando lo vea de nuevo?

Saco una foto suya que me descargué en el móvil y le echo un vistazo. Tiene un perfil perfecto. Es el único chico del que he tenido una foto en el teléfono. La conseguí de una de las chicas que lo etiquetó y, como se descargó, se ha quedado en el móvil de algún modo. No he sido capaz de borrarla.

Teniendo en cuenta que Saint borró mi foto, debería hacer lo mismo, pero una parte de mí disfruta de poder observarlo mientras él no me devuelve la mirada. Y esta foto... Estoy segurísima de que esta foto se hizo el día del yate y que lo que está observando en la distancia soy yo. Algo en su enigmática expresión exige que lo descubra.

Victoria cuelga el teléfono de mi mesa.

—Hecho. Te he conseguido una cita para el viernes de la próxima semana. ¡Prepárate para hacer llorar a Saint! —declara, dándome palmaditas en la cabeza.

Cuando se marcha, leo el nuevo mensaje de Dean en el teléfono.

Estupendo. Le mandaremos un coche a su casa el jueves a las 16.00.

12. Jueves

Es jueves.

A las 16.01, salgo del edificio.

—Oh, ya le abro yo la puerta, señora Sheppard.

La vecina de la tercera planta, que hace unas increíbles tartas de café todos los días festivos, parece que ha salido a pasear al perro con el gato acurrucado en el brazo.

—Rachel, estás muy guapa con el pelo suelto. —El gato ronronea mientras ella le acaricia el dorso de la oreja—. Ni siquiera puedo pensar en una actriz tan rubia y de piel tan clara como tú. ¿Quién te ha maquillado? Es muy natural.

—Mi compañera de piso, Gina. —Le sostengo la puerta abierta—. Trabaja en unos grandes almacenes, en el departamento de cosméticos, y estamos probando diferentes *looks*.

—Ah, sí. El día que tenga un baile y un bonito vestido, iré a visitarla.

El perro me ladra en el tobillo y me estremezco un poco, pero me pongo firme y vuelvo a la calle una vez que ella entra. Me quedo congelada. En vez del Rolls-Royce, el que está aparcado fuera es el BUG 1 de color negro brillante de Saint.

Él está apoyado en el coche mientras me observa y me sonríe. A mí. Da un paso adelante.

—Hola —me saluda. A mí. Y lo olvido todo. Hasta mi nombre. Hasta que se supone que hoy estoy trabajando. Se me retuerce el estómago e incluso la garganta.

—Hola —contesto, y observo su traje negro mientras me abre la puerta del copiloto.

Oh. Dios mío, ¿qué es esto?

Me ofrece la mano y la miro con temor y anticipación antes de deslizar los dedos por los suyos. Me agarra los dedos levemente mientras me deslizo en el asiento y la caricia persiste mucho después de que se marche y cierre la puerta.

Entra en el coche y nos encierra en el espacio más reducido en el que nos hemos encontrado desde que nos conocimos. Me envuelve su aroma junto con el cuero del coche y me empiezan a doler los pulmones cada vez que respiro.

Mientras me vestía, seguía diciéndome a mí misma que no necesitaba lucir perfecta porque no serviría de nada. Pero en realidad me he pasado más tiempo que nunca pensando en lo que me iba a poner y preguntándome qué le parecería.

Dean me envió un mensaje informándome de que debería ponerme algo cómodo porque algunas partes del edificio todavía están en construcción. Al final, me he puesto mis vaqueros

favoritos, un suéter sin forma y holgado con el que me encanta escribir y las botas de invierno, porque me encanta llevar calzado cómodo. Soy fan de los calcetines gruesos, mis botas Ugg y de meter los pies en algo suave y ceñido. Pero no importa si a él le gusta, ¿no? Porque de esto no puede salir nada. Estoy trabajando y él..., bueno, él está siendo más amable conmigo de lo que jamás habría imaginado al ofrecerme una visita.

—Espero ir vestida para la ocasión —susurro.

Me recorre el cuerpo con sus ojos verdes y, de repente, el calor de mis pies se extiende a otras partes de mi anatomía y aparece una ligera sonrisa en su rostro. Extiende un brazo por detrás del asiento y me mira de frente.

—Me gusta tanto como lo que llevabas el día que nos conocimos.

Me cubro la cara y me río.

—Seguro que no quieres decir eso.

Cuando me obligo a mí misma a dejar caer las manos, me está observando. De verdad que nunca me han mirado como él me mira, con ese brillo travieso en la mirada, *sexy*, oscura y profunda y enturbiada con las promesas más exquisitas. Cuando me toma el pelo así, se me calienta la carne y me pasan cosas que solo podían explicarse mediante colisiones, partículas, energía y química. No lo soporto.

Sin tranquilizarme más por mi apariencia ni lo mucho que le gusta o no le gusta, arranca el coche, echa un vistazo a los retrovisores y se incorpora a la carretera con un chirrido de neumáticos. Al segundo siguiente, estoy hundida en el asiento del coche y sin aliento.

—Este coche hay que conducirlo como si lo hubieras robado —dice.

Toma una curva de forma un poco temeraria y empieza a reírse; es un sonido bajo y divertido.

—¿Estás bien, Rachel? —Sonríe y me da un apretón en el muslo. Levanto la mirada hacia él con un hormigueo de adrenalina y lujuria que parecen campanas repicando bien fuerte en mi interior.

Sonríó y asiento con la cabeza, pero añado:

—Aunque eres un demonio.

Disminuye la velocidad y empieza a conducir como una persona normal durante el siguiente par de calles, hablando bajito y mirándome de soslayo con curiosidad.

—¿Más demonio que santo?

—No serías un santo ni aunque te pusieran una aureola.

Sonríe, pero hay algo en esa sonrisa que no le llega a los ojos mientras vuelve la atención a la carretera. Desde el momento en el que lo conocí, el aire que nos rodea parece distinto que cuando no estoy con él. Más denso, más eléctrico. Cada mirada, sonrisa o palabra causan ondas en el ambiente. Pero ahora mismo, en este coche de cuero con olor a hombre, siento su presencia con cada aliento. Cada respiración, cada movimiento; esos movimientos suyos, cuando gira el volante, cuando cambia de marchas. Y mis movimientos: me echo el pelo hacia atrás y me paso las manos por el suéter.

Cuando llegamos al aparcamiento subterráneo de Interface, estaciona en la primera plaza vacía y me digo a mí misma *que debo olvidarme de sus deliciosos besos fantasma* mientras se quita la chaqueta y la arroja al asiento. Pero es inútil; la visión de los músculos debajo de la tela de la camisa de algodón blanco no ayuda a que las rodillas me vuelvan a funcionar con

normalidad. Se desanuda la corbata y la suelta, flexionando los bíceps bajo la camisa. No puedo apartar los ojos de él. Siento su llamada de forma visceral, justo en mis entrañas. Lo observo y me doy cuenta de que, después de pasarse los dedos por el cabello, un mechón le cae sobre un ojo.

Tengo el estómago lleno de nudos mientras lo sigo al ascensor y llegamos a la planta superior.

Su voz pastosa, de repente, me recorre la columna como si fuera una pluma.

—¿Quieres hablar ahora de Interface?

Aparto la atención de sus bonitos labios y lo encuentro observándome. Su mirada es demasiado aguda y sabia para mí como para sostenerla durante mucho tiempo, pero tampoco puedo mirar hacia otro lado.

—No sé.

—Entonces, ¿no quieres charlar sobre Interface?

Su voz es áspera, más profunda de lo habitual, y la repentina sonrisa en sus labios es absolutamente sensual.

Me muerdo el labio inferior sin saber qué decir mientras da un paso adelante, mirándome inquisitivamente y también... de forma expectante. Se me acelera el corazón. Siento que algo está pasando. Un huracán llamado Malcolm Saint está pasando. He soñado con él, con los dos. Extremidades, carne, caricias, ligeros besos en la comisura de la boca...

Siento un hormigueo de nervios en cada centímetro de mi cuerpo mientras se mueve para colocarse delante de mí. Estira el brazo por la pared detrás de mí con los ojos brillantes. Está tan cerca que veo los fragmentos helados en sus iris, lo que me recuerda otros momentos en los que esos fragmentos parecían haberse derretido por el calor.

—Hola —dice, y me recorre la mandíbula con el pulgar. Entonces, de repente, me sonrío.

Huele a jabón. Su cercanía ilumina mis nervios como si fuera un árbol de Navidad.

Me coge los dedos con una cálida mano y me levanta el brazo, observando cómo encajan sus dedos con los míos mientras sostiene mi mano entre ambos, a la altura del cuello.

—Pregúntame lo que quieras, Rachel —me pide mientras me frota el dorso del pulgar con el suyo. Una caricia que electrifica mis terminaciones nerviosas.

Extiende la mano libre y acaricia las tarjetas que agarro con la otra mano. Echa un vistazo a la nota superior.

—Implacable —lee en voz alta.

Sorprendida, me pongo manos a la obra y cojo las tarjetas con las dos manos. Sonríe y observa cómo meto las tarjetas de forma temblorosa en el bolsito.

¡Estás totalmente descentrada, Livingston! No sé qué hacer ni qué decir, solo que lo que ha ocurrido no es bueno para *Edge*, ni para mi carrera, ni para desenmascararlo. Oh, joder.

—¿Crees que soy implacable? —Le divierte.

Mientras busco en mi cerebro una respuesta de forma frenética, me contempla con una expresión seria.

—Soy mucho peor que eso —murmura.

El ascensor se detiene.

Saint echa un vistazo hacia arriba.

—Ya estamos aquí.

Salimos del ascensor. Mármol, ventanas, todo nuevo y recién pintado. A un lado hay latas de pinturas, el aroma de la pintura secándose se mezcla con el plástico y el yeso. De los techos sobresalen cables. Es una obra de arte en progreso, un edificio visionario para gente visionaria.

—Oye, ven aquí, quiero enseñarte algo —me dice Saint, observándome caminar hasta donde él se encuentra.

Me lleva a una enorme sala de reuniones.

Miro a todas partes.

—Es hermosa.

Noto que él solo me mira a mí. Me mira como si quisiera algo de mí, como si quisiera algo demasiado y desde hace mucho tiempo.

Consciente de que me estoy poniendo como un tomate, aparto la mirada y me distraigo con la enorme obra de arte de la pared de su izquierda. La pared es tan grande que no reconozco las manchas de color cuando las observo todas, pero, cuando me centro en cada una de ellas, lo hago.

Aquí, cubriendo una de las paredes de un extremo a otro, está el enorme mural en lienzo que Gina y yo pintamos en el parque, junto con casi una centena de personas.

Mareada, camino hacia adelante y escudriño todas las manos. Ahí está la de Gina. Y, sí, ahí está la mía.

—¿Qué te parece?

Lo miro sin creermelo que estoy viendo. En un impulso, me giro hacia el mural y levanto la mano para colocarla sobre mi huella de mano roja, dedo con dedo.

¿Cómo lo supo? Cuando fui a su oficina, estaba manchada de pintura roja y le dije dónde había estado. Vaya. Miro las manos, todavía sin dar créditos mientras doy un paso atrás.

Recuerdo montarme en uno de sus coches una vez mientras apostaba en una subasta.

Recuerdo todas las cosas de las que se ocupó en el espacio de unos minutos.

No me puedo creer que una de ellas, una de esas veces que estaba al teléfono, uno de esos días, estaba ocupándose de algo relacionando con la única cosa que lo significa todo para mí.

—Verás, estoy corrigiendo una injusticia —dice detrás de mí—. Interface ha contribuido a la causa en la que crees tanto... Y no puedes devolver esto.

Me río y lo miro. Las rodillas me tiemblan cada vez más.

—Sí que herí tu orgullo devolviéndote la camisa, ¿no?

—De muerte.

No sonrío.

Su atracción es más fuerte que nunca.

Su mirada es más verde que nunca.

—Las donaciones ofrecidas por las instituciones que compren estos artículos van a las familias de las víctimas. Esas donaciones ayudaron a mi madre de verdad cuando mi padre murió —me escucho admitir a mí misma, con un nudo de emoción en la garganta—. Es un gran gesto. Gracias por tu ayuda.

Sus ojos se cristalizan, como si este agradecimiento exiguo que le acabo de ofrecer fuera lo único que había querido.

Sonríe y asiente con su oscura cabeza y, de repente, no es suficiente. No es suficiente para nada. En un impulso, me acerco a él con las botas Ugg sin hacer ruido sobre el mármol. Luego

me pongo de puntillas y le doy un beso en la dura mandíbula. Él mueve la cabeza, así que termino besándole la comisura de la boca.

Sorprendida, retrocedo entre jadeos.

Tiene los ojos oscuros..., pero brillan de placer. Como si aceptara el agradecimiento pero fuera a tomar cuanto pueda.

Me doy cuenta de varias cosas. Me ha agarrado por la cintura para evitar que retroceda. Tiene las manos en mis caderas. Me estremezco ante su tacto. También noto la decidida e inconfundible expresión de cazador en su rostro, como si no planeara dejarme marchar, y me siento mareada por su aroma. *Rápido*. No imaginaba que el cuerpo humano pudiera desear tan rápido y tanto de un instante a otro.

—Rodéame con los brazos —me susurra con una voz ronca al oído.

Se me encoge el estómago por la sorpresa y siento la explosión de unas mariposas desde la boca del estómago hasta la punta de los dedos. Su mano cálida y de largos dedos me rodea la cadera y me sujeta contra él.

—Rodéame con los brazos —repite lentamente, observando mi reacción mientras me agarra las muñecas, me levanta los brazos y me entrelaza las manos en su nuca. Me mira mientras agacho la cabeza y, oh, qué emoción, qué exquisita tortura es desear esto y no querer desearlo al mismo tiempo.

—No puedo respirar —susurro, y echo hacia atrás la cabeza mientras él se inclina hacia delante.

Empieza a cerrar los ojos, cuyas pestañas oscuras proyectan una sombra en sus pómulos mientras acerca la boca a un milímetro de la mía.

—No quiero que respire.

Me besa la comisura de la boca y mi cuerpo se contrae ante el contacto. Retrocede (no mucho, como si no quisiera dejarme ir o alejarse más de un centímetro) y me observa como si fuera absolutamente nueva y preciosa y quisiera jugar conmigo tanto que en realidad no está seguro de si quiere hacerlo por completo o, tal vez, guardar algo para luego. ¿Y yo...?

Yo estoy ardiendo hasta los huesos.

Más allá de lo imaginable en este instante.

Deseo tenerlo tan dentro de mí que me parta en dos. Quiero olvidar que hay múltiples razones por las que esto no es buena idea; porque no importa si es bueno o hasta correcto, solo que le doy a mi cuerpo lo que quiere. Y lo único que quiero ahora mismo es que me mire como si él también quisiera dármelo.

Tengo miedo, pero eso no me impide levantar la cabeza en ofrenda, con los labios separados de forma totalmente imprudente.

—Hazlo otra vez —susurro. Le brillan los ojos mientras me observa con una mirada masculina y deliciosa mientras me paso la lengua por los labios y me retuerzo un poco debajo de él—. Saint..., hazlo otra vez... —pruebo de nuevo.

Agacha la cabeza y el segundo beso en la comisura de los labios está tan cerca del centro de la boca que puedo saborearlo. Oh, Dios, deseo saborearlo. Ahora está jugando conmigo. Juega conmigo con besos y un deseo que no he sentido nunca, y funciona: estoy anhelante, palpitante, deseosa y moribunda.

—¿Te gusta eso?

Asiento rápido con la cabeza, respirando con dificultad.

—Otra vez... *Por favor.* —Levanto más la cabeza. Observa mi reacción con unos ojos oscuros y entrecerrados, y yo sigo aturrida mientras lucho por respirar. Me inclina la cabeza hacia atrás para colocarla en el ángulo que desea.

El aire que nos rodea parece fuego; donde su muslo toca el mío me chamusca y tengo los pezones aplastados y calientes contra su pecho plano.

Inclina la cabeza y se apodera de mis labios, ahora por el centro. Si me acabaran de quemar en la hoguera, el impacto habría sido menor que la sensación ardiente de su lengua al abrirme la boca. Estallo en llamas y él me acerca con un ruido sordo mientras profundiza con la lengua y acaricia la mía, dominándome, saboreándome, besándome.

—¿Eso también te gusta? —Sumerge la lengua caliente y húmeda en mi boca; luego me sujeta por la nuca con una mano y me abre la boca para penetrarla más hondo, con más fuerza. Me atraviesa una avalancha de sensaciones y, cuando me mueve la cabeza para colocarla en otro ángulo, para saborearme más, abro más la boca para que siga haciendo lo que está haciendo, para que siga frotando su lengua con la mía y alimentándome con su indescriptible y delicioso sabor.

—Sí —gimo suavemente, y respiro ávidamente su aliento—. Puedo saborearte en cada centímetro de mí.

El sonido de sus manos deslizándose por mis brazos, sobre la ropa, es decadente y delicioso. Inclínamos la cabeza y nos besamos un poco y, luego, otro poco más. Entonces, el beso se vuelve más suave... y se retira...

Un temblor se apodera de mí cuando me roza la boca, suave y húmeda, con la suya, el fantasma de una caricia tentadora.

Cuando por fin nos separamos, noto un hormigueo en la boca y lo veo muy cerca. Advierto los tonos de verde que cambian en sus ojos, las manchas cobre dispersas en su interior; ahora no son frías, no hay ni una pizca de frialdad en ellas.

Siento que me acaricia las sienes con las yemas de los dedos mientras me aparta el cabello de la frente para mirarme. Deja las manos ahí durante lo que parece un segundo y, al mismo tiempo, una eternidad. Parpadeo a la vez que retiro a regañadientes las manos de su nuca y las coloco, temblando, a los lados. Centro la vista en su rostro viril e impresionante.

—Yo... Esto no puede pasar.

—Ha pasado. Está pasando, Rachel.

Tiene una mirada pesada, con los ojos entrecerrados mientras examina su obra: mis labios húmedos, hinchados... Al menos, así los siento. Sin darme cuenta, le acarició los hombros, nerviosa.

—Saint...

Dios, ni siquiera sé lo que voy a preguntar.

Es el tipo de chico que nunca sería amigo de una mujer ni tendría una relación fraternal. Es el tipo de chico que sueñas tener como amante, y me desea. Cuando agacha la cabeza, me pongo de puntillas para volverlo a besar. Nos saboreamos, nos exploramos lentamente, y cuando quiero que vaya más rápido porque me tiemblan las piernas y todo el cuerpo, me frena con la boca, con la lengua. Está al mando, disfrutando de su festín, de mí, y no quiere darse prisa. Mi boca se ha convertido en su expedición y quiero que me explore, justo así.

Se retira; tengo que tragarme una protesta.

Me observa, de los ojos a los labios para volver a subir a los ojos y acabar de nuevo en los labios, y lo hace prolongando cada vez más la mirada. Estoy agonizando. De repente, inclino la cabeza y le beso el cuello. Gime suavemente, me agarra del pelo y me echa la cabeza hacia atrás. Y ahí, sus labios aguardan a los míos hasta que se fusionan como si hubieran estado esperándose durante mucho tiempo. La caricia, el calor, es tan eléctrico que me retiro con un jadeo y sorprendida.

Volvemos a sostenernos la mirada. Jugamos a este juego de besarnos y luego detenernos... Por la leve sonrisa de su boca sé que lo está disfrutando. Pero yo no. Estoy sufriendo por el deseo, jadeo mientras lucho contra la necesidad de restregarme contra él como un gato y desnudarle el pecho. Quiero comérmelo vivo, tan fuerte y tan rápido que tengo que apretar los puños para evitar hacerlo.

Me sostiene la mandíbula con la mano y me mantiene inmóvil. Me observa hasta el último momento mientras acerca la boca a la mía. Me prueba, me saborea, me vuelve a inundar su sabor embriagador, me derrite. Capto el roce de su mandíbula contra mi mejilla, el calor húmedo de su lengua sobre la mía. Cuando dejo escapar un gemido que me asusta, retrocede un instante para contemplarme de nuevo.

Oh, Dios. Le miro la boca mientras me estremezco por lo mucho que nos hemos besado y lo mucho que sigo deseando hacerlo. Cada vez que retrocede, vuelve a besarme con más fuerza. Con más fuerza. ¿Acabo de tener sobre mí esa boca? Por extraño que parezca, todavía la siento en mí. Me hormigean los labios de extremo a extremo y de arriba abajo. Ahora también los mira. Luego me aprieta los brazos con las manos y me besa una vez más con fuerza. Me tenso ante el ataque, temerosa del cataclismo que me alcanza. Intento alejarme y liberarme, pero cada vez que lo hago mueve la boca y siempre está ahí, preparado para volverme a saborear, rozándome con la punta de la lengua para abrirme la boca.

La excitación me corre por las venas cuando me atrevo a abrir la boca lo máximo posible y, entonces, me saborea. Es un morreo de infarto que me mareo, me desestabiliza y me asombra. Con las manos en sus brazos, me arrojo contra su cuerpo con tanta fuerza que me duelen los pechos al chocar contra sus pectorales. Entonces le devuelvo el beso. No de forma lenta ni saboreando el momento, sino dando a entender que nunca me besarán así de nuevo y que ansío que me coma como yo quiero comerlo a él.

Es Malcolm Saint, el protagonista del artículo de mis sueños y la salvación de *Edge*, y debería haberlo alejado de mí. Pero, de repente, me siento desesperada. He estado prestando atención a cada signo visual, cada palabra que intercambiamos, tratando de silenciar lo que me hace sentir. Esa necesidad. Esa evidente sed. Pero su boca está sobre la mía y estoy más sedienta que nunca.

Separamos los labios y su boca busca de inmediato el camino hacia mi garganta. Giro la cabeza y le muerdo el lóbulo de la oreja al tiempo que le recorro el cabello con las manos. Nunca he tocado a un hombre así. Tiene el cabello denso y sedoso, oscuro como el hollín. Gime bajo mis caricias lentas pero impulsivas y el sonido es como una oleada de erotismo que me arrasa. Sus lentos besos por el cuello me vuelven loca, pero sigo anhelando su boca; la mía está dolorida y parece que el único modo de no ser consciente de ese dolor es con otro beso suyo, que me complazca con locura.

Giro la cabeza. Ahí está, como si él también necesitara mi boca. Separamos los labios y

volvemos a fusionarnos. Él gruñe; yo gimo. Nos saboreamos el uno al otro de forma febril. Noto su lengua caliente y húmeda contra la mía y este único beso me ha excitado más que cualquier otra cosa en la vida.

Pero... ¿Quién te crees que eres, Rachel? ¡Venga ya! ¿Elizabeth Bennet? ¿Jane Eyre, quizá?

Me separo con esfuerzo, me sacudo y apoyo la frente contra la suya mientras recobro el aliento.

—No podemos hacer eso de nuevo. —Retrocedo y me paso las manos por el cabello—. ¿Alguien puede...? ¿Me puedes pedir un taxi?

No se niega, solo me mira; luego me observa las manos y vuelve a mirarme a los ojos. Me echa un vistazo a la boca con ojos pesados.

—Te llevaré a casa. Solo dame diez minutos para calmarme.

—No, cogeré un taxi. Yo también tengo que calmarme. Solo puedo verte... para hacerte entrevistas. —Está tan *sexy*, atractivo y, de repente, es tan alcanzable que no soporto estar aquí más. Me acerco el bolso y me dirijo a la puerta.

—Nos vemos fuera en diez minutos —dice con la voz todavía pastosa por el deseo—. Solo deja que me tranquilice —repite.

Pero si te veo fuera, seré la puta que vendió su alma para conseguir tu historia.

Niego con la cabeza sin girarme para no ver que me sigue a los ascensores.

—Tengo que irme.

—Rachel. Tomemos una copa mañana —propone.

Pulso el botón para bajar varias veces y le agradezco a Dios que el ascensor se abra enseguida.

—No puedo..., Saint —contesto, y entro.

—¡Malcolm! —responde bruscamente mientras se pone en marcha el ascensor.

Me siento embotada de camino a casa.

Malcolm.

Ni siquiera puedo pensar en su nombre, parece muy íntimo después de lo que hemos hecho.

¿Qué hemos hecho? Me ha tocado la mano. Me ha besado la comisura de la boca. Y luego me ha besado con lengua, me ha puesto las manos alrededor de su cuello, y parecía tan fuerte, alto, sólido, poderoso y yo tan débil, líquida y vulnerable que deseé que me hiciera más cosas, cosas que me hiciesen sentir más y menos completa, que me hiciesen sentir como el aire, como un pozo de deseo.

No nos hemos acostado, pero ni siquiera lo hemos necesitado. Básicamente, he dejado que me *coma viva*.

Suspiro ruidosamente e intento centrarme en los edificios que tengo enfrente, en la gente que pasea por la acera. Sácatelo de la cabeza, Livingston. No, deshazte de las hormonas. Usa esto para desenmascararlo. Saint se siente desafiado o intrigado por ti y pronto habrá acabado y tendrás todo lo que necesitas, todo lo que el mundo ansía conocer.

Me autoconvenzo durante todo el camino a casa, pero nada me aporta paz.

El mejor trabajo que he hecho en mi vida y pierdo una pequeña parte de mí. No soporto pensar en la magnitud de la pérdida cuando termine el artículo.

Estoy cachonda y se debe a que Saint quiere acostarse conmigo. Es muy obvio: su cuerpo estaba vibrando y tenía los ojos entrecerrados. Además, cuando estaba apoyada contra su

cuerpo, noté cómo me deseaba. Está claro que es un donjuán. Utiliza el sexo para... algo. No puedo dejar que me usen así. Soy una periodista profesional. Tengo que mantener las distancias, cosas así no pueden pasar. Siempre y cuando vuelva a erigir los muros entre ambos, todo irá bien. Tiene que ir bien.



Cuando salimos a tomar unas copas la noche siguiente, Gina se muestra indignada por la anécdota de Wynn.

—Os digo que entró en la tienda y me pidió que posara para él —nos asegura Wynn.

—¿Por qué, Rachel? Dime por qué Wynn, que tiene novio, ahora tiene a otro detrás de ella, chupándole el culo. ¡Y no hizo absolutamente nada, excepto preguntarle si estaba buscando un aceite o una vela en especial de la tienda!

Le doy un trago al cóctel con la mente dispersa. Puede que no dispersa, pero en otro lugar. Ha vuelto a la sala de congresos de la planta superior de Interface.

—¿Rachel? En serio, ¿por qué Wynn atrae a todos los hombres? Que quede claro que yo no quiero ninguno, pero estaría bien que alguno me deseara, ¿sabes?

Dios. Me. Besó. CON FUERZA. Y yo le devolví el beso de la misma forma. Nos enrollamos.

—¿Estaba bueno al menos? —pregunta Gina a Wynn.

—Oh, claro que sí, pero estoy con Emmett, ¡no le haría eso!

Vale, así que el chico besa bien. Es un casanova, por supuesto que besa bien. Pero eso no significa que vaya a volver a ocurrir. De hecho, significa que *no* debería permitir que ocurriese otra vez.

—De verdad, Rachel, ¿estás escuchando?

Como mis amigas parecen tan desconcertadas, intento volver al tema. Wynn, sí. Y su habilidad para atraer cada vez a más hombres mientras mantiene una feliz relación con uno.

—Dios los cría y ellos se juntan, supongo. Los ricos se hacen más ricos, los pobres más pobres, ¿no es eso lo que se dice? Dale a un pobre mil dólares y volverá con un par de vaqueros de marca; dale a un rico mil dólares y volverá con diez mil.

—Dale mil a Saint y volverá con un millón.

Saint, bueno, sí.

—Tiene ese don —admito.

—¿Y tú conoces su don? —me provoca Wynn con una ligera sonrisa.

Ni de coña voy a divulgar mi secreto más oscuro, así que le doy un trago a la copa.

—Oh, conozco esa mirada, la mirada de que ha estado soñando con su don —dice Wynn.

Cierro la boca y arrojo la llave invisible. Luego, bromeo:

—Todas sabemos que da mala suerte hablar de lo que sueñas. —Me encojo de hombros—. Además, los sueños deben quedarse en la cama, porque no van a hacerse realidad. Es decir, es ridículo pensar en tirar por la borda una gran oportunidad profesional solo para flirtear con un mujeriego reconocido. ¿Verdad?

—¿Has encontrado algo extrajugoso?

—¿Aparte de él? —Arqueo una ceja. Se ríen, pero en mi interior estoy dolorida. Siento dolor en lugares del cuerpo que no deberían dolerme. No sabía que los pechos pudiesen doler de este modo cuando no tienes síndrome premenstrual. En mi interior, entre mis piernas, donde lo deseo, me *duele*.

—Esta noche me piro pronto —dice Wynn mientras echa un vistazo al reloj y coge el abrigo del respaldo de la silla.

—No, venga ya, es noche de chicas, apenas te vemos —se queja Gina.

—Bueno, porque tengo a Emmett. Las relaciones hay que regarlas. ¡Como las plantas! —Sonríe.

—Tengo una relación seria con Chris Hemsworth, aunque él todavía no lo sabe. —Gina saca la lengua y luego succiona de la pajita.

—Vosotras dos, de verdad... A veces simplemente no os entiendo. —Con las manos en la cintura, Wynn nos lanza una mirada con la que nos dice «ni siquiera sé por qué os quiero».

—¿Qué? ¿Qué tenemos de malo? —pregunta Gina.

—Bueno, ¿no lo *deseáis*? ¿De verdad no queréis encontrarlo? Porque está ahí fuera, la mitad de la población lo tiene, los demás lo buscan, otros lo acaban de perder, pero está ahí. No podéis ignorar lo que es.

—Parece que estés hablando de la gripe —se queja Gina.

Wynn niega con la cabeza.

—Podéis decir lo que sea de mí, pero voy a por ello. Y vosotras sois unas cobardes, deberíais hacer lo mismo. Buscad a un chico que pueda amaros como un loco y amadlo vosotras del mismo modo. ¿Qué es lo peor que puede pasar? ¿Que necesitemos un par de copas de más cuando quedemos la próxima vez?

Al ver que nadie responde, Wynn añade:

—¿Sabéis qué? Pago yo.

—¿Los chicos o las copas? —pregunta Gina.

Cuando Wynn, enfadada, deja un billete en la mesa y se marcha, Gina se gira hacia mí.

—Creo que le dijo a Emmett que lo quiere y él no dijo nada.

Mientras le doy vueltas al cóctel, pienso en lo humillante que debe de ser decirle a un chico que vas en serio y estás enamorada de él y que no te conteste lo mismo.

El resto de la noche, Gina y yo hablamos de todo, excepto de esa cosa masculina e implacable que no me quito de la cabeza.



Noto que mi camiseta es más fina de lo normal cuando me voy a la cama esa noche y, de alguna forma, mi piel está más sensible bajo ella. Así que cuando me despierto a medianoche de nuevo, sudando y lloriqueando, ni siquiera me sorprende de la persona con la que estaba soñando.

La sangre es lava en mis venas, el deseo me recorre el cuerpo hasta el punto de que cada centímetro del mismo tiembla bajo las sábanas. Ojalá fuera un deseo canalizado; ojalá deseara saber más del sujeto, cosas profundas, superficiales, cosas que nadie más sepa, incluso cosas que

no pueda incluir en mi artículo solo porque necesito saciar esta necesidad de información. Pero también es un deseo de otro tipo: incontrolable, irracional, no planificado, no deseado. Anhele desde el mismo fondo de mi ser y no desde mi intelecto, sino de algo más primitivo y antiguo dentro de mí, algo que nunca antes ha respondido a nada ni a nadie.

—Oh, Rachel —gimo cuando me percató de mi mano vagando entre los muslos—. No, Rachel —digo, deteniendo la mano en la parte interna del muslo.

Por un momento, pienso que voy a ganar, hasta que recuerdo cómo me besó, que ninguno quería parar y que esta es la única manera en que puedo permitirme tenerlo. Así que entierro más la mano entre los muslos y le digo a Saint lo mucho que lo deseó en lo más *profundo* de mí.

13. Inauguración de Interface

*V*en conmigo a la inauguración de Interface esta noche

M. S.

¿Quieres decir como periodista?

Rachel

Podemos discutirlo cuando llegues. Otis te recogerá a las 20.00.

M. S.

Me encantaría ir como periodista. Gracias por la oportunidad de recabar información.

Rachel

—El color plateado te queda genial —dice Gina a modo de aprobación mientras me giro para obtener su veredicto. Sigue asintiendo con la cabeza una y otra vez, claramente complacida—. Impresionante, Rachel. No tiene ninguna posibilidad.

—No me convence el vestido de Wynn, es muy sexy. —Observo las largas y sedosas curvas de mi cuerpo en el espejo de cuerpo entero del armario—. Si él no tiene ninguna posibilidad, yo tampoco. —Me río y luego me pongo seria y siento que me arden las mejillas.

Recuerdo que no podíamos dejar de besarnos la última vez que estuvimos juntos y me pregunto que hará cuando me vea así. El material es elegante, brillante y fresco. Adecuado para una sirena, y la tela se pega a todas las curvas como lo harían la boca y las manos de un hombre.

—¿Qué quieres decir? —Contesta Gina—. Es un donjuán. ¿Hola? No te gusta ese tipo de tíos. Tú y yo somos las chicas listas, ¿recuerdas?

Sigo el impulso de mirarme los pies, busco el bolso de mano y me lo coloco bajo el brazo.

—Tengo que irme.

—¡Rachel! —dice Gina—. Piensa en la historia. Eres de carne y hueso, pero intenta dejar la carne y el hueso, el corazón y la mujer, en casa. Llévate solo el cerebro.

Me muerdo el labio y asiento con la cabeza, deseando sentirme más segura. Necesito una vacuna contra Malcolm Saint para ser inmune a él y la necesito ya.

—¿Qué vas a hacer esta noche? —le pregunto a Gina.

—Voy con Wynn y Emmett a ver alguna película de estreno.

—Vale, pásalo bien.

Hace fresco y llovizna cuando me meto en el Rolls-Royce. El chófer me cubre con un paraguas y se me acelera el corazón cuando me vuelve a llegar el aroma del interior de cuero del coche, que asocio con Saint. Siento mariposas en el estómago, el pecho y en todas partes. Ojalá hubiera podido dejar el revoloteo en casa.

A medida que el vehículo se incorpora al tráfico, me advierto mentalmente que no debo pensar demasiado esta noche. Obviamente voy a fingir que no nos besamos y, por supuesto, que no se lo pedí. Entonces me doy cuenta de que en realidad nunca he sido lo bastante valiente como para hablarle al chófer, así que esta vez me aclaro la garganta y digo:

—¿Cómo ha ido el día, señor?

—Bien, señorita Livingston.

—Acabo de caer en la cuenta de que no nos han presentado formalmente.

—Me llamo Otis.

—Encantada de conocerlo, Otis. ¿Desde cuándo trabaja para el señor Saint? —pregunto, y trato de volver al modo investigadora.

—Lo siento, señorita, pero no estoy autorizado a hablar de ello.

—Oh, venga ya. —Me río un poco, pero no dice nada más.

—¿Pasea a todas sus citas por la ciudad?

Niega con la cabeza.

—Contésteme aunque solo sea a una pregunta —insisto.

—Vale. No —responde.

—¿Solo a sus hombres de negocios?

—De eso se encarga Claude.

Pongo los ojos en blanco.

—Claro, tiene varios chóferes.

Asiente con la cabeza.

—¿A quién lleva entonces?

—¿Normalmente? A Saint.

—¿Por qué me lleva a mí?

—Saint —responde.

—¿Y quién llevó a Saint al evento si usted no lo ha llevado?

—Saint.

Sonrío divertida.

—¿Lo conoce desde hace mucho?

Vacila.

—Está bien, sé que he dicho una. Pero ofrézcame una más. Su jefe es muy esquivo.

—Lo conozco desde que tenía catorce años y el señor Noel me contrató para mantenerlo alejado de los problemas.

Me quedo en silencio, sorprendida.

—Oh, sé lo que viene a continuación. ¿Que hice un trabajo excelente? —pregunta.

—Yo no he dicho eso. Todo el mundo sabe que su jefe hace lo que quiere. No creo que nadie

pudiera haberlo controlado.

—Cuanto más lo intentaban, más incontrolable se volvía. —Niega con la cabeza—. He hablado demasiado. —Me mira por el espejo retrovisor—. Pero él confía en usted... y yo confío en su juicio.

—¿Qué le hace pensar que confía en mí?

—Una corazonada. —Se encoge de hombros—. Lo conozco desde hace más de una década. Es la primera de sus chicas a la que llevo.

Me sonrojo.

—Oh, yo no soy una de sus chicas. —Y nunca lo seré.

Sonríe deliberadamente y me ayuda a bajarme del coche. Un suntuoso vestíbulo más tarde, me adentro en la fase del lujo absoluto y completo con una fuente de agua y lámparas de araña de cristal brillantes.

A cada paso que doy me pongo más nerviosa. Camino por el largo pasillo que lleva al salón de baile y me dirijo a la entrada de la prensa, donde espero mi turno para darle el nombre a una de las responsables.

—Hola, soy Rachel Livingston, de *Edge*.

—Buenas noches, Rachel. Déjeme buscarla en la lista que tengo en esta carpeta... Mmm. Bueno... Veamos... No aparece por la L. ¿Tiene algún otro nombre que pueda comprobar?

Cuando niego con la cabeza, se acerca a una de sus compañeras de trabajo. Susurran un rato, comparando las páginas de la carpeta, hasta que finalmente la mujer con la que estaba hablando cae en la cuenta. Su expresión cambia de un ceño de preocupación a una sonrisa radiante mientras se me acerca de forma apresurada.

—¡Oh, bueno, misterio resuelto! Está con el mismísimo Saint, ¡esto es todo un acontecimiento! —susurra con emoción mientras señala la entrada de los invitados. Dios, ¿en serio? Más revoloteos.

Esbozo una sonrisa falsa como si me alegrara (bueno, me alegro ¿no?), camino por el largo pasillo y sigo el sonido de la música más allá de las altísimas columnas y bajo los techos abovedados. Me abro paso a través de la multitud, paseando entre su ecléctico grupo de amigos y empleados. Soy consciente de que las mujeres, de forma instantánea, competirán conmigo por la atención de Saint.

Los hombres también me miran, pero con admiración. Tengo un pelo fantástico, las piernas largas, unos ojos interesantes... Tal vez no sea una rubia con grandes pechos, pero tengo un buen culo. Oh, Dios, míralo. Casi tropiezo cuando lo veo al fondo, cerca de una fuente de chocolate.

Está de espaldas. Es tan impresionante que se me seca la boca. Veo lo definidos que son su espalda y sus brazos con la chaqueta que lleva y esos pantalones negros que ciñen el mejor cuerpo masculino que he visto en mi vida.

Callan le hace una señal a Saint en mi dirección y me impulso hacia delante de nuevo mientras él se gira. Me mira a los ojos y, cuando me aproximo con inseguridad, no me quita ojo. Se le eleva el pecho, como si inspirara con fuerza, y no puedo respirar.

Lleva una corbata negra y un traje pecaminoso. Tiene las manos a los lados. No sonríe y tensa la mandíbula cuando nota que me observan otros hombres.

Veo a las mujeres flanquearlo y me golpea una oleada de celos de forma tan profunda que

tiemblo.

Nos besamos, eso es todo. No me importa lo que haga. No me interesa de forma íntima, me recuerdo. No me interesa como mujer, solo como *periodista*.

Solo es un hombre —un donjuán, mujeriego, joder, es un casanova— y solo tengo que guardar toda esta información y escribir un artículo para que la gente pueda vivir lo que yo estoy viviendo.

No importa que esté ahí de pie con dos mujeres. No lo están tocando, pero, oh, sí, puedo afirmar por sus expresiones sombrías que lo han hecho antes. Las ha usado. Y ellas lo han usado a él. Pero no importa que la gente lo use ni si la gente lo entiende o conoce de verdad, porque lo único que importa es que este artículo salga bien. ¿De acuerdo?

No se trata de mí, se trata de la historia de este hombre.

Aun así, me arde el estómago por la posesividad nada familiar que siento mientras me detengo frente a él. Me mira directamente a los ojos y yo hago lo mismo.

—¿Pensaste que te saldrías con la tuya utilizando la entrada de la prensa? —me pregunta con una sonrisa en los labios. Mmm. Me tiene calada, ¿no?

—¿Has disfrutado no poniendo mi nombre en la lista y haciendo que todos me busquen hasta que casi me echen antes de darse cuenta de que escribiste mi nombre al lado del *tuyo*? —le devuelvo la broma y arqueo una ceja.

Se ríe con verdadero placer.

—Disculpadnos —le dice al grupo, y me gano un par de miradas venenosas de las mujeres cuando me agarra del brazo, entrelaza el suyo con el mío y me aleja.

—Vaya vestido —susurra guiñando el ojo y con la cabeza agachada para decírmelo al oído.

—¿Qué significa eso?

Sonríe mientras me lleva a la mesa donde están sentados Callan y Tahoe, cada uno con una chica hermosa a morir. Saint me retira la silla y luego se sienta a mi lado mientras la sala continúa llenándose.

—¿Están invitados todos los nuevos empleados de Interface? —pregunto, y observo mi alrededor.

Asiente con la cabeza al tiempo que me mira con intensidad.

—Hay varias salas comunicadas para albergarlos a todos. Esta sala está ocupada en su mayoría por directores y miembros de la junta. —Cuando solo sonrío, extiende el brazo por el respaldo de mi silla y se inclina hacia delante de tal manera que solo oigo su voz, no la música clásica de fondo ni la conversación. Solo su voz, al oído—. ¿Por qué insististe en venir como periodista?

—Soy periodista. No puedo demorar más la redacción de la historia de Interface, mi revista necesita que la entregue.

—No necesitas una acreditación de prensa para tener mi atención. Ni tampoco para entrevistarme.

—¿Haces pesas todavía, Carmichael? Creía que no. —Tahoe provoca a Callan en la mesa. Como estoy tan nerviosa y nada acostumbrada a tener la atención de un hombre como Saint, intento divertirme con sus travesuras.

—Así es —argumenta.

—No te he visto hacer pesas desde la última vez que le di de comer a mi unicornio —dice

Tahoe arrastrando las palabras.

—Es verdad, colega —responde.

—Saint, ¿te importa que te haga una sugerencia para luego? —pregunta Tahoe mientras Saint se mueve en su asiento para enfrentarlo. El movimiento lo acerca más a mí y me enderezo al instante.

Saint se bebe la copa con pereza y los labios curvados.

—Estoy de acuerdo con lo que sea.

—Bien. Porque, ¿sabes que deberíamos hacer...? —empieza Tahoe.

—Eso siempre precede a una idea terrible. Así que, naturalmente, me apunto —contesta Saint.

—Vamos a llevar la piscina al nivel superior.

Se ríe y luego se limita a mirarme, atrayendo mi atención sin poder hacer nada.

—Me gustan tus amigos mucho más que tú —digo suavemente para que solo él me oiga.

A la cálida luz de la sala, su mirada brilla como si fuera líquida. Contesta en voz baja:

—¿De verdad?

—Sí, de verdad.

Silencio. El corazón me late a mil por hora. Levanta la mano para colocarme el cabello por detrás de la oreja y el lóbulo me arde cuando escuchamos a una mujer decir desde algún lugar cercano:

—Saint, me dejé los zapatos en tu casa el otro día. ¿Todavía puedo hablarte sobre la organización benéfica que esperaba que...?

—El lunes, en M4 —contesta sin inflexión, con la atención puesta en mí.

La mujer me lanza una mirada de puro odio y, acto seguido, se marcha. Me pregunto si se acuesta con estas mujeres. Me pregunto...

—Al menos sé lo que quieren. Mi cama o mi billetera. O ambas cosas —dice como si me leyera el pensamiento. Retuerce los labios de forma adorable y me estudia. *¿Qué quieres de mí?*, preguntan esos ojos.

—Deberías entrenar con Saint algún día. Seguro que te patear el culo. Sería divertido para ambos —le dice Tahoe a Callan desde la distancia.

Mientras el Pecado me mira, siento que desliza la mano por debajo de la mesa en busca de la mía. Cuando encuentra mis dedos, me los roza ligeramente con el pulgar y, luego, oigo la voz de un hombre mayor en el podio.

—Damas y caballeros, gracias a todos por venir hoy. Estamos muy emocionados por la cena de inauguración de la única e inimitable Interface. Sé que todos estáis tan emocionados como yo por formar parte de esta familia innovadora. Y aquí, con nosotros, está el genio que hay detrás de todo, un hombre conocido por su ingenio y su increíble entusiasmo por la vida. ¡Os presento a Malcolm Kyle Preston Logan SAINT!

—Ahora vuelvo —susurra, y me echa el cálido aliento en el oído.

Me sonrojo por la caricia que me hace en la espalda, por debajo del cabello, cuando se levanta. Mientras se dirige al podio, no puedo soportar las miradas que me dirigen. Me siento tan afectada por el ardor que siento bajo el vestido y la humedad entre las piernas que decido que esta noche no puedo estar con él. No puedo quedarme aquí sentada y fingir ser su cita. Está muy mal, y me supone demasiado esfuerzo.

Me quedo en silencio mientras lo escucho saludar a la multitud con su voz autoritaria.

—Buenas noches y gracias por la presentación, Roger.

Cuando salgo por la entrada y me dirijo hasta donde se encuentran las mesas donde están las acreditaciones de la prensa, veo a su asistente, Cathy.

—Hola, Cathy, ¿me recuerda? La conocí en...

—Señorita Livingston, por supuesto. —Se dirige hacia el salón de baile—. ¿Todo bien en su mesa?

—Oh, es la mejor mesa. Por eso no puedo sentarme allí. Verá, estoy aquí como periodista. Es un malentendido, y el señor Saint está muy ocupado...

Me sorprende la forma en que su rostro básicamente irradia luz cuando lo menciono.

—Entiendo —dice con calma—. Me imaginaba que una buena chica como usted se preocuparía por su reputación.

—No, quiero decir... Bueno, sí, exactamente por eso necesito la acreditación. No quiero que nadie se lleve una impresión errónea.

—Sobre todo él, ¿no? —Me mira y yo me sonrojo—. Puedo darle un millar de acreditaciones, señorita Livingston, pero si él la desea, irá a por usted. Tiene la paciencia de un santo cuando se trata de conseguir lo que quiere.

Y tú estás enamorada de él, pienso, pero no digo nada porque, por suerte, está imprimiendo mi acreditación.

—¿Le gusta trabajar para él? —pregunto.

—No trabajaba hasta que empecé a hacerlo para él. Fue el único que me dio una oportunidad. —Sonríe y me pasa la acreditación.

En silencio, regreso a la sala y, cuando escucho su voz a través del micrófono, me atraviesa una corriente eléctrica. Una oleada de aplausos por parte del público, emocionado, arrasa la sala.

De pie, al fondo, le doy la vuelta a la acreditación en busca del clip cuando me doy cuenta de que decenas de cabezas se giran hacia mí. Saint ya no está en el podio.

Porque está abriéndose paso por la multitud con su amplio torso para dirigirse directamente hacia mí.

—¿Has acabado? —No suena enfadado ni impaciente, pero... casi.

—Yo... Sí. —Levanto la acreditación rápido e intento ponérmela en el vestido.

Toma mi mano con la suya.

—Me encantan esas orejas que tienes, pero parece que no oyes muy bien —murmura divertido—. No vas a necesitar esto. —Me arrebató la acreditación de las manos.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¡Saint! —lo llama una voz cercana. Es un miembro de la prensa que le pide una foto que Saint rechaza con un gesto de mano.

Se guarda la acreditación en el bolsillo de la chaqueta y vuelve a meterme la mano en el hueco de su brazo.

—Ven —me susurra al oído, dirigiéndome ya al lateral de la sala, a las puertas que llevan a la terraza que da al campo de golf. Sale al exterior conmigo y solo entonces logro zafarme de su brazo.

—No creo que debamos estar aquí. Todo el mundo lo ha visto.

—¿Y? —Arquea las cejas y me quedo quieta, perpleja. Le brillan los ojos a la luz de la luna y tiene un aspecto succulento, comestible; no solo sus labios, sino cada parte de él.

Poco a poco, dirige la mirada hacia abajo. Irradia una vitalidad que me atrae como un imán. Me pone de los nervios, pero algo en su voz me calma.

—¿Me culpas por quererte para mí unos minutos, Rachel? —pregunta con voz ronca.

Tengo miles de fotos tuyas, pero ninguna así. El rostro que veo ahora mismo no lo puede captar ninguna cámara; se supone que nadie debe verlo. Ni siquiera yo. Hay una emoción pura, orgánica y sin filtros grabada en sus rasgos, revoloteando en sus ojos.

Me aprieta la mano para evitar que me aleje de él y tira de mí con una sonrisa, porque me resisto un poco.

—Ven aquí —me insta finalmente, y consigue que mi cuerpo se relaje lo suficiente para ir donde él quiere. Cerca de él.

Es muy magnético y hermoso mientras me mira y me acerca a él lo bastante como para olerlo. Me imagino extendiendo el brazo para acariciarle la dura mandíbula y recorriéndole el pecho bronceado con la lengua hasta llegar a su boca sonriente.

Daría lo que fuera por saber lo que piensa. Por qué está sonriendo así. Hay sonrisas que simplemente provocan que contestes con otra sonrisa, pero *esta* me provoca el deseo de besarla *con todas mis fuerzas*.

Él es el primero en moverse. Levanta la mano ligeramente para apoyarla sobre mi rostro.

—Estás preciosa —murmura, y me roza los labios con la yema del pulgar. Tiemblo de forma involuntaria—. Podría darme un banquete con tu boca..., más tiempo que la última vez.

—No, nada de besos —susurro, pero, por un instante, me permito absorber la sensación de estar cerca de alguien que es mucho más grande y duro.

Me recorre el cabello con la mano y la sensación es tan dulce y tóxica que permanezco inmóvil. Los dos nos quedamos así.

Obviamente sabe que me afecta, pero él también parece afectado. Tiene el cuerpo como una piedra y le vibra de la tensión. Los dos estamos afectados. Me roza con la punta de los dedos la espalda desnuda. La calidez de su mano me provoca escalofríos por todo el cuerpo. Estamos en un hueco y la intimidad es muy intensa.

Tan intensa...

—Nunca hago esto. —Intento retirar los brazos que me rodean—. Por favor, devuélveme la acreditación.

—¿Para qué? —murmura con el ceño ligeramente fruncido.

—Necesito la acreditación. Estoy... Esto no es...

—No —dice suavemente.

—Me siento desnuda sin mi acreditación.

Sonríe.

—Sigue siendo un no.

Gruño y me doy la vuelta. Cuando le echo un vistazo, me está mirando, divertido.

—¿Puedo hacerte unas preguntas? —digo extendiendo rápidamente el brazo para cogerle la acreditación de la chaqueta en un momento en que está con la guardia baja.

Se ríe cuando doy un paso atrás rápido para que no pueda recuperarla; entonces se pone serio y acorta la distancia con unos pasos lentos y medidos.

—¿Quieres hablar de *Interface*?

Parece que ¿Quieres hablar de *Interface*? se ha convertido en un código que significa otra cosa.

—Sí —contesto remilgadamente, y me engancha la acreditación al vestido.

Me observa.

—Pregunta. —Parece muy contento de que lo entrevistaste, así que por fin suspiro de alivio.

—¿Qué objetivos tienes para *Interface*?

Me coloca un pelo suelto tras la oreja, que me arde cuando aleja la mano.

—Que sea la número uno en el mercado, desmarcarme de mis competidores.

Lo miro, lo escucho. Esa ambición, determinación y sus efectos crecen más y más en mi interior.

—¿Tú...? —arrastro las palabras cuando levanta la mano y me acaricia la mejilla con los nudillos.

—Nunca dejas de trabajar, ¿no? —Me interrumpe, frunciendo un poco el ceño—. En ese sentido, eres como yo.

Yo también frunzo el ceño.

—Estás respondiendo con otra pregunta.

—No me estás haciendo las preguntas adecuadas.

—¡Dios, Saint! ¿Por qué te gusta tanto tomarme el pelo?

Entre risas, se inclina hacia mí hasta que tiene la cara a la altura de la mía y huelo el jabón en su piel. Me sostiene la barbilla con la yema del pulgar y el índice.

—¿Por qué te sonrojas cada vez que lo hago?

—Mi piel es blanca, casi traslúcida. Me sonrojo con facilidad.

—Solo te he visto sonrojarte conmigo.

Su mirada es al mismo tiempo reconfortante e inquietante, cálida y fría, hermética a la vez que parece que me está desnudando.

—¿Piensas en mí, Rachel?

—En el trabajo, sí. Pienso en ti en la oficina. ¿Eso es lo que querías oír?

—En parte, sí. Yo también pienso en ti en la oficina, pero también en la cama.

—Saint, a los miembros de la comisión les gustaría hablar con usted. Señorita Livingston, soy Dean.

Tengo tanto calor ahora mismo que me mortifica tener que conocer al relaciones públicas de Saint así, pero le estrecho la mano e intento actuar de forma calmada y sosegada, como si la presencia de Saint no me afectara en absoluto.

—Dean, oh, sí, encantada de conocerlo.

Malcolm me arrebató la acreditación.

—El turno de la prensa ha acabado —me informa. Toda gelidez ha huido de sus ojos; ahora se ven más que cálidos, arden como bolas de fuego mientras me mira—. Cuida de ella, Dean.

—Lo haré.

Saint entra.

Dean y yo lo seguimos.

Le pregunto a Dean cuánto tiempo lleva trabajando en M4 y cómo fue el proceso de

contratación. Estamos hablando de su trabajo y sobre lo mucho que me impresiona Interface cuando veo una cara familiar en la sala. Me pongo rígida cuando reconozco una naricilla puntiaguda, como la de un halcón, y un largo cabello oscuro. ¿Victoria?

Abre mucho los ojos desde el otro lado de la sala y me señala para mi completo y absoluto horror. Empieza a atacar.

—¿Rachel? —dice.

Dios, no esperaba que ver a una colega de *Edge*, una en la que no confío y que sabe exactamente lo que estoy haciendo aquí, me fuera a hacer sentir tan pequeña.

Me preparo por un instante y luego me detengo a saludarla.

Represento el papel de la perfecta inocente y parece muy complacida cuando le presento a Dean de forma rápida y superficial.

—Dean, guau, ¿y es usted el relaciones públicas de Saint?

—Victoria..., ¿me acompañas al baño? Dean, ¿nos perdonas un momento?

Trato de parecer tranquila como una sirena cuando empiezo a dirigirme a los baños, manteniendo la mirada al frente mientras Victoria camina con aire de suficiencia junto a mí.

Incluso cuando camina parece que esté manteniendo relaciones sexuales con el suelo.

—Saint te está *comiendo* con los ojos. ¿Por qué no estás pegada a él, hablando con él? —dice Victoria cuando por fin llegamos al baño de mujeres.

Me aseguro de que todos los baños están vacíos y luego voy al lavabo y abro el grifo.

—No es así.

—¿Qué? ¿De qué hablas? Como si ese vestido no estuviera pidiendo a gritos que te lo quiten...

—¡Chist! —Echo un vistazo a los baños y compruebo por segunda vez que están vacíos.

Ella me sigue e inspecciona cada uno de ellos por sí misma.

—No te preocupes, no voy a decir nada. Helen me mataría si esto explota.

Me froto las sienes y suspiro.

—¿Puedes explicarme qué estás haciendo aquí?

—Llamé a algunos contactos cuando me enteré de que no estabas en la lista de periodistas. Quería obtener los detalles.

—¿Los detalles de qué, Victoria? Estoy *aquí*. Este es mi... Estoy aquí. Y lo tengo todo bajo control.

Me mira de forma dubitativa.

—Vale. Está bien. —Se lava las manos con ceremonia y se toma todo el tiempo del mundo para secárselas. Luego se retoca el maquillaje—. Te sugiero que salgas ahí y uses tus armas femeninas. Eres una mujer, y eres guapa. Y, en caso de que no lo hayas notado, todas las mujeres de ahí fuera le están lanzando a Saint miradas provocativas menos *tú*.

Se marcha.

Me quedo allí, mirándome en el espejo. Me he quedado pálida. Me siento físicamente enferma. Estoy segura de que, si salgo, Saint me calará. Sabrá lo que quiero de él, que lo quiero todo, incluidos sus secretos, y sabrá por qué no debería haberlo besado del modo en que lo hice en el edificio de Interface. Lo que hicimos allí me pareció tan íntimo..., tan... tan poco profesional por mi parte si tenemos en cuenta lo que tengo que hacer...

Todas mis inseguridades salen a la superficie, por lo que llamo a un taxi con el móvil. Espero unos minutos y luego salgo del baño y me encuentro a una de las mujeres de la mesa de las acreditaciones de prensa.

—¿Podría decirle al señor Saint que la mujer cuya acreditación tiene en el bolsillo ha tenido que marcharse, que no se sentía bien? —le pregunto, agradecida cuando accede.

Fuera, el taxi me espera al otro lado de la calle y salto sobre unos charcos para meterme en su interior, con el bajo del vestido completamente hecho un asco. Le doy las gracias al taxista cuando llego a casa y, luego, me quito el vestido y los zapatos, me pongo la camiseta de la Universidad del Noroeste y me siento en la cama, inmóvil, con la mente en blanco y entumecida.

Nunca pensé que alguna vez haría algo que hiriese a alguien. Siempre he creído que estaba en el bando de los buenos, en el lado de lo correcto. Ver a Victoria hoy mientras estábamos trabajando y no trabajando me ha hecho ver lo que soy. Lo que estoy haciendo.

Soy una hipócrita. Una... mentirosa.

Esto es como ese jueguecito al que intentan obligarte a jugar los niños que se meten contigo cuando eres pequeña en el que te dicen: si te obligaran a matar a uno de tus padres para salvar al otro, ¿a quién elegirías? A veces en la vida hay que tomar decisiones como esa, una elección tan difícil que no puedes hacerla, que tendrías que sacrificarte a ti misma. Pero aun así, *Edge* se iría al garete.

Echo un vistazo a la habitación de Gina, pero todavía no ha vuelto. Me hago un ovillo de nuevo en la cama mientras me pongo en la tele un programa local de cotilleos para distraerme.

—*Esta noche, en la inauguración de Interface, Malcolm Saint ha estado hablando...*

Aparece un fragmento de hace tiempo y se me revuelve el estómago, como si acabara de montarme en una montaña rusa. La tele vuelve al presentador de noticias y una imagen nuestra: Saint me da la mano y me lleva a la terraza.

¡DIOS MÍO!

—*La pronta marcha de una jovencita está causando confusión entre la prensa; esta es la imagen tomada antes de Saint con ella, que ha despertado muchas especulaciones sobre si Saint ha puesto el ojo en esta chica. Se rumorea que trabaja en una pequeña revista de la zona, pero no ha asistido como periodista. Es la primera vez que se relaciona a Saint con una periodista. Será interesante ver cómo se desarrolla esta historia.*

—*Estoy de acuerdo* —dice la copresentadora.

—¡Dios mío! —Apago la tele, dejo el mando a un lado y me cubro la cara con las manos. Inspiro y espiro una y otra vez, y, entonces, me vibra el móvil. Es Helen.

Estás en las noticias. Vicky me ha mandado un mensaje. Dice que parece coladísimo. Estoy impresionada

Gruño.

—Voy a vomitar.

Enferma, odiándome a mí misma por mi repugnante doble juego, agarro una almohada y entierro la cabeza en ella. No respondo a Helen. En vez de eso, borro el mensaje y luego me agarro a mi cuerda de salvación, lo único que me mantiene a flote cuando todo se complica.

Te quiero, mamá

14. Después de la fiesta

Seguro que mi madre está dormida. No ha respondido. Todavía me siento como una mierda. Joder, soy una mierda. Gruño, me cubro las rodillas con la camiseta, me abrazo las piernas y entierro el rostro. Al cabo de un rato, oigo el timbre de la puerta de la calle. No voy a contestar. De verdad que no.

A la tercera vez, que suena, me doy por vencida y me dirijo al telefonillo, que está en la cocina.

—¿Sí?

—Soy yo.

Malcolm.

Echo un vistazo de forma frenética a la vivienda que comparto con Gina. El edificio es una antigua fábrica convertida en apartamentos. Las puertas que dan a los dormitorios se encuentran en un pasillo corto, uno a la derecha y otro a la izquierda. Hay estanterías de madera pintada y columnas de metal entre la cocina y la sala de estar. Tenemos un agujero en la pared entre el comedor y la despensa, y la solución más barata que encontramos en ese momento fue colgar una gran pizarra ahí, en el lado del comedor, donde escribimos cosas cuando estamos borrachas o simplemente cuando tenemos ganas. Era mi pizarra de ideas, pero las chicas la secuestraron.

Es un... hogar. Mi hogar. ¿Qué pensará de él?

El apartamento me hace sentir orgullosa, es mi pequeño remanso de paz, y ahora ÉL está aquí, y será una experiencia intensa. Ha pasado un tiempo desde que mis amigas y yo tuvimos esta conversación, pero ningún hombre ha cruzado la barrera sagrada del umbral de mi apartamento. Nunca. Él es el primero. El primerísimo.

Me pone nerviosa que vea mi casa, mi zona de seguridad, algo de lo que estoy orgullosa y que me hace feliz, a través de unos ojos que han visto mucho más del mundo. Mucho más que yo. Lo que a mí me parece bonito puede que a él le parezca simple y aburrido.

—Sube —murmuro, y le abro la puerta. Luego salgo corriendo a mi dormitorio, me pongo unas mallas y me cambio la camiseta por una blusa larga. Por último, compruebo mi reflejo en el espejo del baño.

Suspiro desesperada al verme los párpados hinchados, me lavo la cara con jabón y me dirijo a la puerta. Está esperando fuera cuando la abro, apoyado contra la pared y una mano en el bolsillo mientras se mira los zapatos con el ceño fruncido.

Levanta la vista hacia mí. Siento que se me paralizan las piernas, como si no les llegara bien la sangre. No sabe lo difícil que me resulta dar un paso atrás e indicarle que entre. Dios, tiene tan buen aspecto como hace minutos u horas, tanto que casi tropiezo con la alfombra.

—¿Te apetece un café?

Echa un vistazo a la vivienda y asiente con la cabeza.

Tiene la corbata suelta y le cuelga del cuello. Los botones superiores de la camisa están desabrochados. El pelo se le riza por la zona del cuello de la camisa y, cuando se lo despeina y sigue inspeccionando mi vivienda, se le pone de punta por toda la cabeza, oscuro y precioso. Tengo que luchar contra el impulso de extender el brazo y tocarlo. En vez de eso, llevo dos tazas de café a la mesa de centro. Me siento en el sofá y lo veo sentarse en mi sillón de lectura favorito, donde se me ocurren las mejores ideas. Me da un poco de miedo no poder volver a usarla sin recordar que él se sentó ahí.

—Siento haber huido —susurro. Deslizo una taza por la mesa y retiro la mano antes de que él la alcance.

—Me dijeron que no te sentías bien. —Se inclina hacia delante, ignorando el café. Ignorando el apartamento; todo, excepto yo.

Su mirada minuciosa me hace agachar la cara y exhalar.

—Sí, supongo que así era —afirmo.

—¿Te ha molestado alguien, Rachel?

—Tal vez... —Levanto la cabeza ante su tono protector y cruzo los brazos sobre el pecho. Nunca se ha preocupado por mí ni me ha protegido ninguna figura masculina. Me gusta tanto la sensación que sonrío, un tanto divertida—. ¿Le vas a dar a ella un puñetazo por mí?

—¿A ella?

—A mí —especifico mientras niego con la cabeza—. Me refiero a mí misma, ella es la única que me ha hecho daño. —Aprieto los brazos porque verlo en mi hogar hace que la mente se me vaya a otro lugar, a otro tiempo, a la planta superior del edificio de Interface. No puedo creer que haya besado esa boca. No puedo creer que me diera un beso tan largo.

Se ríe suavemente y se pasa la mano por el pelo.

—Entonces, no. No le voy a dar un puñetazo. —Una pausa, una mirada cargada de significado.

Entonces, bésala otra vez, pienso con imprudencia.

Gimo por dentro ante la idea y apoyo la cara en la mano por un instante.

Saint parece estar más que desconcertado por mí en este momento.

—¿Esto es algo típico de chicas?

Su voz hace que levante la cabeza; su tono es una mezcla de confusión y diversión que, viniendo de un hombre tan hermético y difícil, me parece inesperadamente dulce.

—Es cosa mía —admito—. He visto a alguien esta noche. Trabaja en el mismo sitio que yo. Siempre es muy directa. Todo lo que escribe es buenísimo. ¡Sus temas, sus metáforas, sus símiles!

Su risa llena la habitación, es un sonido abundante y hermoso; luego se reclina más en el sillón y parece la encarnación de un empresario relajándose.

—Personalmente, soy fan de tu trabajo, Rachel.

Mi... ¿qué?

—Siempre tratas tus temas con una honestidad refrescante.

—¿Has leído algo mío? —Estoy segura de que mi voz y los ojos como platos delatan mi sorpresa.

Vuelve a sonreír un poco, pero esta vez también frunce el ceño.

—¿Crees que le concedo entrevistas a cualquiera?

—¿Sinceramente? —pregunto.

Cuando asiente con la cabeza, agacho la mía.

—Pensé que viste mi foto de perfil, en la que mis pechos están a punto de hacer explotar la camisa, y que le dijiste a Dean que me la concederías.

Entrecierra los ojos con diversión, pero luego nos miramos durante unos largos y pesados minutos y las sonrisas se desvanecen.

—Leí tu columna antes de concederte la entrevista.

—Seguro que te decepcioné cuando me conociste. La primera entrevista que te hice fue la más lamentable de toda mi carrera —admito.

Nos volvemos a mirar.

Quiero que diga algo, así que espero.

—Me pareció que eras encantadora.

Me pongo como un tomate.

No es famoso por sus piropos, ni por ser un gran adulator.

Se lo conoce por ser franco, tanto que su honestidad casi hace que la gente se sienta incómoda.

Ahora estoy incómoda porque siento que me observa con una nueva intensidad y, cuando vuelve a hablar, la chica en mi interior se encuentra eufórica.

—Me causó un gran placer verte salir con mi camisa. Parece que todos los empleados que te vieron sabían que te deseaba. Todos lo sabían, salvo yo, quizá.

Se me corta la respiración.

—Oh —digo cuando logro pronunciar palabra.

—Entonces no lo sabía —especifica con una mirada impasible.

El deseo que siento es tan absoluto, tan poderoso, que no puedo pensar en nada más que en él y en que no puedo tenerlo.

Soy muy consciente de la distancia que nos separa, de cuántos centímetros hay entre él y yo en la sala de estar. Enciendo una lámpara y la habitación cobra más vida; todas las luces parecen hacerle el amor a los ángulos de su rostro.

—¿Por qué estás aquí, Saint? Si fue por lo que sucedió en Interface, cometí un error.

—Entonces, cometamos otro. Uno mayor.

Me río de forma nerviosa.

—¿Qué es esto? ¿Ahora soy un desafío para ti?

Sonrío.

—Un desafío es algo que dejas de querer cuando lo consigues. No puedo saber si eres un desafío hasta que te haga mía.

No puedo creer lo *sexy* que suena esa palabra tan corta, *mía*, cuando el hombre que deseo la pronuncia. Quiero escucharlo decírla muchas más veces, al oído, más cerca. Oh, Dios.

Livingston, contrólate.

Pero ¿cómo? La tensión se puede cortar en el aire. Inhalo su esencia con cada respiración; cada aliento me recuerda que tengo el cuerpo tenso y palpitante, con cada aliento me duele todo, por su culpa.

Me observa como si quisiera entenderme.

—Entonces, tu amiga...

—Victoria. Tiene mi edad, pero ya ha publicado historias cortas. Está escribiendo un libro infantil sobre educación sexual y hace que tener éxito parezca algo fácil. Nunca puedo abarcar tanto, pensar en los conceptos que se le ocurren.

—Úsala, úsala para hacerte mejor. Te esfuerzas al máximo cuando otra persona trata de vencerte. Yo era... —empieza, luego se ríe suavemente como si se divertiera de sí mismo—. Vale, probemos esto. —Se inclina hacia delante en el asiento—. Decepcioné a mi padre. —Habla de forma casual, pero me observa como si quisiera asegurarse de que sus palabras tengan efecto—. No sé si fue así desde que nací o pasó más tarde..., cuando enfermé. Mi padre nunca me perdonó esa debilidad. Pidió una prueba de ADN, seguro de que mi madre había tenido una aventura, deseando probar que yo no era su hijo. Me hice más grande, más rápido, más fuerte, solo para probar al único hombre que quería que me subestimaba.

—¿Fue un padre duro?

—Duro como el acero. Nadie hacía nada lo bastante bien para él.

—¿Por eso nada de lo que consigues es lo bastante bueno? ¿Por eso siempre vas a por más?

—No es por él. Es porque nunca me *parece* suficiente. Nunca me detengo a menos que quiera que otra persona me alcance.

—Tú también eres duro como el acero.

Se ríe y niega con la cabeza mientras se pasa la mano por la misma sin descanso.

—¿Estás bien ya?

Asiento con la cabeza.

—Gracias —susurro.

—¿Por qué?

—Estás aquí ahora, evitando que vuelva a un infierno desagradable.

Se levanta y se me detiene el corazón cuando se acerca y se deja caer a mi lado. Cuando me arrastra con un fuerte brazo hacia el hueco entre el cuello y el hombro, estoy hecha un flan.

—Ven aquí. —Me sostiene durante un rato, rodeándome con el brazo. No es delicado en absoluto, tiene el pecho duro y los hombros cuadrados, pero siento su calidez y los latidos de su corazón y, de repente, sin darme cuenta, le doy un beso en el cuello.

Me rodea la cintura con el brazo y me atrapa contra el pecho. A continuación, me acaricia el cuello desde la clavícula hasta el borde de la mandíbula.

Deslizo la mano por su pecho.

Me lanza una mirada cargada de una violenta fuerza y me cuesta respirar cuando agacha la cabeza.

Me besa la comisura de la boca. Cierro los ojos de placer y no me atrevo a mover un músculo.

Me enmarca el rostro con las manos y, despacio, me roza la boca con la suya. Se echa hacia atrás un centímetro, me vuelve a mirar y se asegura de que estoy bien antes de inclinarse de

nuevo y abrir los labios contra los míos.

Me sostiene ligeramente mientras le devuelvo el beso, como si me estuviera dando espacio, dejando que me acostumbre a él. Todo es duro en él: la mandíbula, el pecho, los brazos y las manos. Pero, Dios mío, qué labios y qué lengua. Tiene los labios cálidos y suaves, me besa con urgencia utilizando la lengua para deslizarse por mi boca, lo que provoca que me funda en él.

Nos hundimos en el sofá y dejo que me bese porque es la sensación más exquisita que he experimentado en mi vida. Abro la boca más, saboreando cada minuto, cada segundo que posa los labios sobre los míos. Me besa largo y tendido, una y otra vez, hasta que me deja sin aliento. No quiero que esto termine. Podría hacerlo durante horas. Es perfecto, increíble.

Se retira y me recorre el labio inferior con el pulgar.

Se me pasan tantas cosas por la cabeza que no pienso en nada en absoluto. Me cuesta respirar al verlo con el cabello alborotado, los ojos pesados y los labios un poco hinchados, devolviéndome la mirada como un tigre hace con su presa. Nos movemos para que me siente en su regazo, a horcajadas sobre él. Me besa la línea de la mandíbula y yo me agarro a sus bíceps, grandes y fuertes. Me vuelve a besar la comisura de la boca, asegurándose de que estoy bien, mientras me abre la camisa con las manos. Se inclina hacia abajo y me planta un beso justo debajo de la garganta.

Le observo el cabello negro azabache mientras siento su cálida boca en la clavícula. Me deja un reguero de besos desde el canalillo hasta la mandíbula para volver de nuevo al cuello. Un chupetón por aquí, un lametón por allá y más besos. Contemplo el techo e intento memorizar la sensación de sus labios sobre mi cuerpo. Siento que estoy separada de mi cuerpo. Si alguien me hablara, probablemente no lo escucharía. Lo único que quiero en mi vida ahora mismo es que nunca se detenga.

Se abre paso hasta mis labios y me da otro suave beso. Abro la boca enseguida, le rodeo el cuello con los brazos y lo acerco a mí. Tiene las manos, grandes y cálidas, sobre mis muslos; sin ellas, probablemente estaría en algún lugar cerca del séptimo cielo o, en este caso, en el septuagésimo cielo.

Me derrito cuando escucho su sexy voz contra mi piel.

—Sigo pensando en ese día. Y no tuviste la posibilidad de probar esta dulce...

Abro la boca y, de repente, le beso con todo mi corazón. Es exquisito. Me devuelve el beso con ternura y, luego, urgencia. El aroma de su colonia me envuelve, el calor de su cuerpo me calienta y sus labios me vuelven loca poco a poco. Esta pequeña sesión de besos me va a llevar directa a un psiquiátrico.

—No te detengas —susurro meciendo las caderas con el repentino anhelo de acercarme a él para sentir su piel sobre la mía.

Me tiembla el cuerpo. Levanta la cabeza, me besa la comisura de la boca y empieza a mordisquearme. Gruñe y puedo afirmar que está muy concentrado en ello.

—No pares —ruego.

—No voy a parar hasta mañana.

Se retira y me envuelve el rostro con las manos. Observo sus ojos verdes y brillantes que me miran con una luz que no puedo describir. Me contempla como si fuera una diosa. Como si nunca se hubiera imaginado a alguien como yo. Me mira con tal necesidad y ternura que noto de nuevo la boca seca. No estoy lista para esto. Estoy asustada. Estoy nerviosa.

—¿Qué coñ...?

Se encienden las luces y me siento, confundida, al mismo tiempo que me cubro la cara ardiente con las manos.

Gina parpadea.

Saint cierra los ojos con fuerza; luego los abre, y está tan *sexy*, tan masculino, tan enfadado y tan enloquecido por mí, que extendiendo el brazo y comienzo a abotonarle la camisa rápido por los celos que siento porque Gina le vea el pecho y los abdominales que acabo de acariciar locamente.

—Espero que lo que está pasando aquí no esté pasando en realidad. —Gina le frunce el ceño con las manos en las caderas.

—No es lo que parece —suelto. Lo miro mientras él me observa perplejo, con el ceño fruncido. Tiene el pelo de punta de forma adorable, pero su expresión refleja que está más que molesto.

—Tu compañera de piso. —Maldice en voz baja como si acabara de acordarse de que tenía una.

Mortificada, lo pongo de pie, con mucho esfuerzo, y luego lo llevo hasta la puerta.

—Eso... ha sido más que un error. No sé qué me ha pasado.

Tiene la mirada oscura como la noche y la voz ronca por el deseo.

—Sé lo que te ha pasado, lo mismo que a mí.

—No. —Salgo al pasillo, llamo al ascensor y luego lo meto a empujones con todo mi esfuerzo—. Adiós, Saint.

—Te llamaré, Rachel —murmura mientras me agarra la cara y me da un beso en la boca, pasándome la lengua ligeramente sobre la mía y haciéndome gemir antes de soltarme y de que se cierre el ascensor.

Dios. Mío. ¿Qué he desatado?

—¿Qué ha sido eso?

—Estaba despidiéndose.

—Soy Gina, ¿recuerdas? Tu mejor amiga. Sé cuándo mientes. ¿Estabais... revolcándoos en el sofá como una pareja?

—He tomado unas cuantas copas, él también y luego hemos hecho... eso. No... pienso con claridad.

—Vale, porque en el fondo sabemos que es Lucifer, ¿no? Un capullo. ¡No nos acostamos con capullos, no dejamos caer los muros!

Asiento con la cabeza y me marchó a mi dormitorio. Me restriego la boca con el dorso de la mano, me cepillo los dientes y luego me miro la cara en el espejo.

¿Qué estoy haciendo? Le he ofrecido mi corazón en bandeja. ¿Por qué no le he dicho sin más que estoy escribiendo un artículo para desenmascararlo?

Esto no formaba parte del plan. Se supone que tengo que escribir un artículo para desenmascararlo, no permitir que él *me deje* al descubierto.



Pero no puedo dormir. Recuerdo la frustración en el rostro de Saint cuando Gina entró. Un poco más tarde, enciendo la lámpara y cojo el móvil. Escribo:

Siento haberme despedido así.

Pero antes de enviar el mensaje, marco el número y me pregunto si contestará. No me lo pregunto mucho tiempo; escucho su voz al cogerlo. Me saluda.

—Siento haberme despedido así.

Cuando responde, noto una sonrisa en su voz que me alivia.

—Si eso es necesario para que me llames...

Me río, luego me pongo seria, me acurruco en la cama con el teléfono en la oreja y susurro de forma tímida:

—Eres diferente conmigo que con los demás.

—Por el letrero que llevas de «cuidado, frágil».

—No soy frágil.

—Eres tan frágil que te has empaquetado a ti misma para no romperte.

—Me gusta mi zona de confort.

—En la zona de confort no ocurre nada.

—De eso se trata: lo controlas todo y es predecible y... seguro.

Hay un largo silencio.

Entonces, Saint dice:

—Cuando salgas de la caja, te estaré esperando.

15. Cambio de imagen

¿Qué significaba eso?

No quiero tomar riesgos. Es el último objetivo en mi existencia. Siempre me ha gustado no ser imprudente.

El viernes me pongo a trabajar en un artículo que Helen quería para esta semana, pero no logro concentrarme. No puedo pensar, pero no puedo dejar de pensar o empezaré a ahogarme en mis propios miedos y dudas. Me digo a mí misma que debo ser imparcial y centrarme en el premio, y que eso es lo único que una periodista sensata haría. Y soy sensata. Al menos, lo he sido durante veintitrés años antes de conocer a Malcolm Saint.

Estoy escribiendo con furia cuando suena el teléfono y echo un vistazo ausente a la pantalla, solo para sufrir un infarto cuando veo el nombre con el que lo guardé en mis contactos: PECADO.

¿Nos vemos esta noche en Tunnel?

¿Y cómo reacciona mi corazón? Dando volteretas. Mira en lo que me he convertido, en una chica ridícula. Tunnel es un lugar famoso por sus salas oscuras y sinuosas y por tener la música alta. Casi nadie sale del Tunnel sobrio o bien arreglado. *Rachel, no puedes ir con Saint al Tunnel a menos que estés totalmente preparada para controlar tu libido y, últimamente, no has tenido mucho éxito en ese sentido.*

—¿Preparada?

Bajo el teléfono cuando Victoria intenta mirar por encima de mi cubículo.

—¿Preparada? —repito—. ¿Para qué?

—¿No te acuerdas? ¡La cita con el estilista! Para ponerte a punto para este fin de semana de trabajo.

—Mmm... Ah, cierto. ¿Cómo he podido olvidarme? El típico cambio de imagen en el que la chica del montón se corta el pelo y pesca al chico, lalalalalala —contesto mientras recojo mis cosas.

—Sí —responde entre risas.

Cojo el teléfono y cierro el archivo con un montón de enlaces (nunca son demasiados) relacionados con lo que Malcolm ha hecho esta semana que tenía abiertos en el ordenador. En

todas las fotos salían chicas, pero él se mostraba distante. No parecía estar divirtiéndose, pero quién sabe, es un hombre muy difícil de descifrar.

Una vez que cierro el ordenador, sigo a Victoria al ascensor y nos dirigimos a un centro de belleza para hacerme la pedicura, la manicura y cortarme el pelo.

—Reflejos.

—Soy rubia platino, Vicky, no hay nada más claro que eso.

—Unos mechones un poco más claros y otros más oscuros darán luz al cabello.

—Me lo voy a cortar, pero no voy a ser esclava del tinte hasta que tenga canas. Es un consejo. Me lo dio mi madre.

—A Saint le gustan las mujeres fáciles. No está acostumbrado a trabajárselo, nunca tiene que esforzarse y, seguramente, le gusta que sea así. Aunque, si te digo la verdad, parecía completamente colado por ti, Rachel.

Me suena el teléfono. Observo quién me llama y mi cuerpo reacciona una vez más. PECADO. Dejo el teléfono a un lado, ruborizada solo por pensar en él, y observo como me pintan las uñas de los pies de un bonito color rosa.

—Después de las uñas de los pies, cera completa en la zona íntima —anuncia Victoria desde su asiento a mi lado.

Me pregunto si puede hablar un poco más alto para que no solo la escuche todo el centro de belleza, sino también el mundo entero.

Me inclino hacia delante y digo en voz baja.

—No, gracias.

—Mmm. ¿Hola? No es una pregunta.

Me río.

—Chica, lo tengo controlado a la perfección. ¡Así que ya vale!

—Vale. —Baja de golpe la revista que estaba leyendo y la deja a un lado—. Pero a los chicos como Saint les gusta la depilación brasileña. —Sonríe de forma pícar—. Y, por supuesto, también las hermosas *brasileñas*. —Elige una nueva revista y continúa con su papel de asesora, como si fuera una experta en Saint—. A los mujeriegos les gustan todas, es parte de su encanto. Son unos especímenes perfectos y no podemos evitar vernos arrastrados por ellos. —Sonríe—. Tu ternura y tu delicada intensidad también pueden atraerlo. Lo vi con mis propios ojos. Bajo esa fuerza, eres toda dulzura y delicadeza y él es más como el fuego, más enérgico y ambicioso. Saint se acuesta con cualquiera, pero es duro, como saben todos los que han hecho negocios con él.

Me vibra el teléfono y esta vez es una llamada. PECADO.

Fuerza y fuego.

Duro.

Quiero responder. Quiero escuchar su voz.

También quiero *no* desear estas cosas.

Juro que implosionaré si el nudo que tengo en el estómago se tensa más.

Otro mensaje aparece en la pantalla del teléfono.

¿Qué tiene que hacer un hombre para que aceptes?

Miro el teléfono durante lo que parece una eternidad mientras me muerdo la mejilla por dentro. ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! Pero también NO. No podemos. NO. NO. NO.

Al final, me centro en el trabajo y me digo a mí misma que es un sí con un físico y apasionado no integrado, y respondo:

Allí nos vemos

Me tiembla la mano cuando vuelvo a apartar el teléfono e intento regresar al presente. Centro de belleza, cambio de imagen, Victoria. Oh, sí, Victoria. Una conversación muy interesante. La escudriño llena de confusión y, luego, comento:

—Por lo que me has dicho, estoy empezando a pensar que de verdad quieres que tenga éxito.

Para ser sincera, no me molesto en ocultar mi asombro, porque, bueno, hoy Victoria me ha sorprendido para bien.

—Claro que quiero que tengas éxito, ¿por qué no iba a hacerlo? Me encanta trabajar en Edge. ¿Dónde se supone que voy a ir? —Una expresión de perplejidad le cruza la cara—. Todos sabemos que estamos en las últimas. Nadie está tomando el control. Nuestra tirada disminuye por segundos. Todos acabaremos en la calle. —Niega con la cabeza—. No quiero que eso suceda. —Suspira—. Quiero que mis jefes me vean con buenos ojos, pero, para ser honesta, no estoy segura de lo que haría con Saint si lo tuviera para mí.

—Oh, nadie puede tenerlo. —Me río un poco, pero, por dentro, me entristezco. Que Saint esté tan apartado del mundo hace que sea más difícil que «pertenezca» a algún lugar e imposible que pertenezca a nadie.

—¿Qué quieres decir con que «nadie puede tenerlo»?

—Pues eso, que no se puede tener, no de ninguna forma que a él le importe. Nadie ha obtenido de él más que migajas. Ni su padre, ni su madre. Ni ninguna mujer, ni sus amigos ni sus negocios. Se reparte, incluso entre sus intereses. Nada lo atrae de verdad. Guarda para sí mismo todo ese fuego. Solo te deja ver un atisbo de la chispa.

—Bueno... —Se abanica el rostro con las manos—. ¡Ya lo comprendes mejor que yo!



Un poco antes de las 20.00, entro en el apartamento y recuerdo que le prometí a Victoria que me pondría un vestido.

—Intenta no enseñar mucho. Las chicas siempre se quitan la camiseta para Saint. Puede que le guste preguntarse qué hay debajo para variar.

—No llegará a ver nada, así que puede morirse de la curiosidad —contesté con frivolidad.

Pero me sorprende que mi lengua no haya echado a arder porque no me siento indiferente. Lo único que siento es una emoción de esas que te impiden concentrarte en nada. De las que hacen que trates de realizar diez cosas a la vez y falles en todas.

No lo he visto desde que me besó en la puerta de mi apartamento, antes de que se cerrara el ascensor.

Para cuando Gina llega a casa, tengo la ropa esparcida por todo el dormitorio. Le había escrito un mensaje:

¡Pecado va esta noche a Tunnel y nosotras también!

Aunque yo llevaba desde antes de que abriera la puerta buscando qué ponerme, ella entra como un huracán en el dormitorio y enseguida se hace con el control.

—¿Qué haces todavía en bragas y sujetador? ¡Vístete! Ponte esa camisa bonita y moderna de color azul y blanco con la frase MY BOYFRIEND IS A SAILOR, así parecerá que quieres demostrar que estás pillada y que no te has esforzado demasiado en arreglarte.

—¿Que no me he esforzado demasiado? Me he pasado cuatro horas en un centro de belleza. He pagado por este estúpido cambio de imagen.

—De todas formas, ponte la camisa que dice que tu novio es marinero. Si te quiere en bragas, eso le reventará.

Saco la camisa del armario y la miro cada vez más nerviosa a medida que pasan los segundos. Decido ponerme una falda con la camisa de la frase del novio. No es tan seductora como un vestido, pero aun así, me verá las largas piernas, que ahora tengo suaves y muy aceitosas. Y ¿por qué quieres enseñarle tus largas piernas, Rachel?

—¿Esto es buena idea, G? —Me pongo la falda.

—Es una idea cojonuda, ¡exactamente lo que querías!

—Mmm, no, no lo es. Yo quería investigar, y esto es casi como una cita.

—No, no lo es. Saint no tiene citas. Solo rollos.

Dios, ojalá que babee por mí.

Ojalá que al menos por una noche, una noche de su existencia, tenga un sueño húmedo conmigo.

Pero me siento muy insegura. Me giro y le pregunto a Gina:

—¿Esto está bien? Siento que camino en una cuerda floja...

—Rachel, solo recuerda que él te está usando a ti y tú a él. No es una relación, ni lo será nunca. Límitate a hacer tu trabajo y no te involucres.

—Está bien —accedo enseguida solo para que deje de decir la palabra *usar*.

Me trago una bola de nervios del tamaño de un limón y tan amarga como su cáscara y, luego, cojo el bolso y me digo a mí misma que puedo hacerlo, que quiero hacerlo, que quiero hacer esto más de lo que quiero estar con él.

16. Tunnel

—Vale, vamos a mezclarnos. Ayudadme a encontrar a Emmett.

Wynn, Gina y yo recorremos las salas de Tunnel, que parecen laberintos, mientras una mezcla de olores de las paredes de arcilla y sudor, junto con perfume, colonia y alcohol, nos asalta. Por otro lado, las luces intermitentes y la música nos atraviesan mientras no dirigimos al corazón de Tunnel, el «foso». Wynn encabeza el grupo y yo lo cierro, girando la cabeza mientras lo busco.

—Apuesto a que está ahí.

Gina señala una sala a la derecha abarrotada de gente, por lo que ni siquiera veo a través del muro de vestidos brillantes y un sinfín de centímetros de piel desnuda.

—¿Por qué ahí?

—¿Hola? Cuando el río suena, agua lleva. Donde hay CHICAS, ahí está Saint.

Frunzo el ceño ante el comentario, me abro paso hasta la esquina más atestada de gente y el corazón me da un vuelco al ver que ahí está el dueño de mis hormonas. Callan y Tahoe están guapos, pero Saint podría llevar un cartel con la siguiente inscripción: TRÁETE UNA MUDA.

Dos mujeres están sentadas en el regazo de sus amigos y una bonita rubia famosilla habla con Malcolm y lo mira con total éxtasis.

La música retumba en los altavoces. Mientras se chocan los unos con los otros y se empujan, aprovecho el momento para observarlo ahora que no me mira. Está bronceado, tiene el cabello ligeramente de punta y la camisa remangada hasta los codos, como siempre que sale de fiesta, cuando actúa de forma *sexy* y alocada. *Dios, mariposas.*

Se ríe mientras se gira para escudriñar la sala con despreocupación y, luego, tensa los hombros. Cuando noto que me ha visto, se me detiene el corazón y, acto seguido, me da un vuelco. Me convierto en el objeto de su incómodo escrutinio.

Arquea una ceja y, una vez más, sonrío de esa forma tan suya. *¿Vas a quedarte ahí toda la noche?*, parece que dice.

Saint coloca la copa en la mesa de al lado y se acerca. El corazón se me acelera a cada paso. Me observa, de los pies a la cabeza; sus ojos no se pierden detalle.

—Rachel.

Me arrastra hasta sus fuertes brazos y me da un beso en la mejilla. El roce de sus labios es tan increíblemente ligero que no puedo creer que un gesto tan nimio pueda hacerle tantas cosas a

mi cuerpo. En mi interior se disputa una guerra mientras intento respirar con normalidad cuando me da la mano y me lleva a la mesa del fondo. Soy una chica, hay pruebas de ello en mi certificado de nacimiento. Pero nunca me he sentido como una chica hasta este momento, cuando siento la mano diminuta y frágil en su fuerte agarre.

Callan y Tahoe me saludan a través de la música.

—¡Hola, Rache!

—¡Hola, Rache!

Tomo asiento en el reservado y Malcolm se coloca a mi lado. La camisa se le pega tanto en tantos lugares que no puedo evitar sentirme atrapada en mi propia piel solo con mirarlo.

Me pide una copa, se vuelve a sentar y parece tan relajado como yo tensa. Algo sucedió cuando vino a mi apartamento. Que le importara si estaba bien o no me tocó la fibra, pero, además, se abrió conmigo de una forma que me sorprendió, y lo más asombroso es que yo me abrí a él. Compartimos cosas, cosas reales. Ahora, la intimidad entre los dos es tan palpable que cada centímetro de mi cuerpo ansía estar más cerca de él, tan cerca como aquella noche.

Tiene el brazo estirado detrás de mí y sus amigos siguen bromeando y haciendo cosas perversas a las chicas con sus copas.

—¿Qué tal la semana, Rachel? —Ante la pregunta de Saint, un brillo cálido de excitación me recorre las venas porque hay interés genuino en su mirada.

—Bien. El trabajo va bien. Mi madre está bien. Yo... bueno, no quiero aburrirte. —Pero sonrío. No logro recordar a nadie escuchándome tan atento describir cómo me ha ido la semana.

Entonces le pregunto por su viaje a Londres, porque leí que estuvo allí cuarenta y ocho horas, y contesta:

—Bien. —Luego cambia de tema—. ¿Sobre qué estás escribiendo ahora? —susurra.

Siempre está muy concentrado en todo lo que digo. La gente pasa y le da palmaditas en la espalda o lo llama y ni una vez levanta la cabeza para mirar a alguien que no sea yo. Igual de absorta en él y con dificultad para alejarme de temas peligrosos, doy un rodeo y digo:

—Estoy investigando para la columna de la semana que viene.

Noto que ha bajado uno de los brazos extendidos por el respaldo de mi asiento y pienso: *tú eres el protagonista*.

Un anhelo doloroso me golpea justo en el centro. Guau. ¿De dónde ha venido eso?

Echo un vistazo a mi regazo mientras intento recomponerme. *¿Por qué? Oh, ¿por qué tengo que sentir esta inestabilidad contigo?*

¿Es porque quiero sacarte a rastras cuando te pones tan serio y no me tomas el pelo?

¿O es que de verdad quieres saber, por alguna inexplicable razón, lo que me conmueve?

¿O tal vez es porque me pones tan nerviosa... o quizá solo porque has preguntado?

Intento respirar, consciente de que me observa con esos ojos infinitos y profundos de color verde bosque enmarcados por esas densas pestañas que esconden todos los secretos de alguien que en realidad nunca enseña sus cartas hasta que termina el juego. Unos ojos astutos, masculinos, interesados. Quiero cerrarme en mí misma y no exponerme mientras siga sin ofrecerme casi nada, pero no puedo evitar desear responderle cuando me pregunta. Echo un vistazo a la pista de baile, me pongo de pie lentamente y le tomo la mano.

—Baila conmigo —le pido.

Estoy harta y cansada de preocuparme, estresarme, desearlo y luchar contra él. Estoy

cansada de pensar, de tratar de no sentir. De repente, lo único que quiero es bailar con él. Una hora de diversión, una hora para ser una simple chica con un chico.

Arquea una ceja sin decir nada..., pero se levanta. Lo hace despacio, como una serpiente cuando se desenrolla. Me río y tiro un poco más de su mano para guiarlo hasta la sala que comunica con esta, donde está la pista de baile.

—Baila conmigo, Saint.

Con la mano de largos y anchos dedos sobre la mía, tiro de él hacia delante. Deja que lo guíe, como un animal salvaje y perezoso que complace a su presa antes de abalanzarse, salta a la pista de baile conmigo y lleva las manos a mis caderas. Cuando levanto la mirada y veo su pícara sonrisa se enciende un fuego en mi interior.

Me observa mientras me muevo de forma sinuosa bajo sus manos, arriba y abajo y a los lados, como si fuera una barra. Una barra que quiero besar, al igual que cualquier chica, porque, a fin de cuentas, soy una simple humana. Empieza a dejar vagar las manos arriba y abajo por mis costados, con un brillo demoníaco en los ojos. No logro hilar un solo pensamiento, tengo la mente en blanco. Lo deseo desnudo, sudoroso, fuera de su zona de confort, sin sonreír, sin divertirse y, por supuesto, fuera de control.

—¿Es eso lo mejor que puedes hacer? —Me burlo, sorprendida cuando tira de mí para acercarme a él.

Entonces, con las manos en mis caderas, me mueve. *Guau*. Está duro. Por. Todos. Lados. La gente salta a nuestro alrededor y nos golpea mientras Malcolm baila como si su cuerpo fuera una extensión del mío. Me arrastra contra él con muy poco esfuerzo por su parte y me raspa la nuca con la barba de tres días cuando me aparta el cabello a un lado y me acaricia la espalda hasta llegar al cuello con los anillos de plata que tiene en los dedos. Estoy tan impresionada por la sensualidad de sus movimientos y caricias, la sensación de sus músculos contra los míos, así como lo segura y excitada que me siento en sus brazos, que tengo la impresión de estar colocada. De él. De esta noche. Estoy robando caricias que sin duda podrían quemarme, pero mis manos tienen vida propia. Una parte de mí ha enloquecido. Sus labios están hechos para besar y sus manos, para acariciar. El único propósito de su espeso cabello es que las mujeres se aferren a él mientras las embiste con fuerza. Su mirada me ofrece un vistazo al cielo y a algún tipo de fiesta en el infierno, y todo eso me enloquece.

Le recorro la camisa con los dedos, los paso por sus hombros cuadrados y saboreo la sensación de los músculos, duros como piedras. ¡No podría dejar de desear acariciarlo ni aunque me *atara*!

La canción termina, me agarra de la mano y me lleva de regreso a la mesa. Tengo el canalillo perlado de sudor. Nos observan decenas de personas; casi todas las mujeres de la sala me están examinando de la cabeza a los pies, la mayoría con expresiones de querer despellejarme.

Casi me estremezco.

En el reservado, Callan les cuenta las anécdotas de Saint a las famosillas.

—Oh, sí, pero Saint exterminó esos rumores.

—¡Los exterminó! —repite Tahoe con orgullo, y se da un puñetazo contra la palma abierta de la otra mano.

Malcolm los ignora y me mete en el reservado con él. Vuelve a colocarse con el brazo en el

respaldo de mi asiento y la cabeza agachada hacia mí para que sienta su cálido aliento en la oreja.

—Oye... Mírame —me insta mientras desliza la mano por mi muslo y dejo de pensar.

La caricia despierta todas mis terminaciones nerviosas y mi anhelo. No sé si ha crecido por minutos, horas, días, semanas o durante toda la vida, pero sé que nunca soy consciente de ello a menos que él esté cerca. Me giro y me apoyo un poco contra él, gobernada por un impulso. Se mueve de tal manera que deja el brazo suelto alrededor de mis hombros y me estremezco cuando me roza con los dedos por debajo del cabello. Sus amigos están hablando. Saint me susurra al oído:

—Estás muy guapa.

De repente, me arden las mejillas y mi estómago ha cobrado vida propia.

La música se detiene y comienza a sonar *Kiss You Slow*, de Andy Grammer. Me envuelve la cara con las manos, entrecierra los ojos y me besa la comisura de los labios.

El aire parece una lengua de fuego en mi piel.

Me aprieta cada vez más contra el costado y luego arrastra los cuatro dedos con los anillos de plata por un lateral de mi cara, siguiendo con la mirada el rastro.

—Esta noche estoy con la chica más *sexy* de Tunnel —murmura mientras me quita el pintalabios de la boca con el roce de pulgar más sensual del mundo.

Y ahí, en sus hermosos ojos, hay un deseo salvaje que refleja el mío propio. Un deseo que, a diferencia de todo lo que he conocido, me seca la garganta y me impulsa a pellizcarle el pulgar con suavidad. No debería estar haciendo esto, pero no puedo parar. La canción habla de *besar lento*...

Aparto la vista un instante para darme cuenta de que sus amigos están enrollándose en su esquina con las chicas al igual que Saint lo hace conmigo, de que mis amigas se están mezclando con la gente por ahí, en algún lugar, de que hay personas bailando y otras mirando hacia nosotros y de que mi vida, justo en este momento, cambia de alguna manera cuando me mira a la cara y el tono de sus ojos varía como un caleidoscopio mientras parece luchar contra las mismas emociones confusas que yo.

Me toma por las caderas y, despacio, me guía a su regazo. Me dejo llevar con demasiada disposición, con el cuerpo relajado para que pueda sentarme de lado mientras lo agarro por el cuello como si me fuera la vida en ello.

—¿Quieres hacerlo? —susurra mientras extiende la mano por debajo de la falda y siento la calidez de la misma acariciando la parte interna del muslo.

El pulso se me dispara y deslizo los dedos por su cuello mientras intento atraerlo hacia mí. Tiene el cuello duro y grueso y agacho la cabeza para olerlo. Entonces le susurro de forma imprudente al oído:

—Estoy con el chico más guapo.

—Eres un zorro. ¡Seguro que luego te tiras a Rache! —dice Tahoe desde su asiento, levantando la copa de vino hacia nosotros mientras su chica intenta recolocarse el vestido.

Saint saca la mano de mi falda, pero me aprieta el muslo mientras me mira a los ojos con pesar.

—Estoy ocupado, T —gruñe. Luego, lanza una mirada a Tahoe con la que simplemente podría arrancarle la piel a tiras.

Dejo escapar el aliento y recuerdo que las imágenes y los rumores que ya se cuentan sobre mí solo hacen que mi trabajo sea mucho más arriesgado.

—Aquí no —le digo cuando recubro al menos un poco de cordura.

¿Revolcándote en una discoteca? ¿En serio, Rachel? ¿Con Saint?

Malcolm me agarra por las caderas y me ayuda a bajarme de su regazo.

—Oye, le gustas de verdad —me dice Tahoe moviendo las cejas mientras Malcolm llama a un camarero para pedirle algo.

El hombre se marcha corriendo, regresa enseguida y asiente con la cabeza.

—Señor Saint, sígame —dice el camarero.

Malcolm coge la chaqueta del asiento y luego me toma del codo al tiempo que me murmura al oído:

—Ven conmigo, Rachel.

Nos llevan a una sala privada. Hay una mesa en el fondo con velitas eléctricas. Una cubeta con vino, dos copas, un jarrón con un único tulipán rosa y una tenue iluminación. Se escucha la misma canción que fuera, pero de forma mucho más íntima.

—¿Necesita algo, señor Saint? —pregunta el camarero, y cuando Malcolm le pasa lo que parece ser un fajo de billetes, el camarero casi se desmaya.

—Gracias —dice Saint. Me lleva de la mano hasta el sofá y el camarero cierra la puerta con un ligero, suave y reconfortante clic.

Mis piernas prácticamente no pueden sostenerme, pero, gracias a Dios, Saint me sienta. Mueve su bronceado y hermoso cuerpo para mirarme. Dios, qué ojos. Ni siquiera puedo sostenerle la mirada más de unos segundos. El corazón me late estrepitosamente y lo noto en el pecho, el cráneo y en la dolorida entrepierna.

—Malcolm... —empiezo a decir.

Parece tener una sola idea en mente mientras nos acomodamos en el sofá y agacha la cabeza para besarme en el cuello. Gimo y deslizo los dedos por su pelo; siento lo espeso y suave que es mientras una necesidad ardiente e hirviente me recorre las venas.

Me estremezco cuando me da un beso en la muñeca, donde se toma el pulso. Me prueba con la lengua despacio, explorando la suave piel de mi cuello, y me tiemblan las piernas y el resto del cuerpo mientras me envuelve el pecho con la mano y lo aprieta con suavidad al mismo tiempo que me acaricia el brazo desnudo, de arriba y abajo, con los dedos libres.

—¿Te parece bien esto?

Se echa hacia atrás con una sonrisa en los labios mientras me observa y, cuando asiento con la cabeza, completa y totalmente sin aliento, me sostiene por la nuca y me da un beso delicado en la comisura de los labios. Es dulce, demasiado dulce. En un minuto, estoy demasiado embriagada, por la lujuria y por Malcolm, como para hacer algo, salvo existir. Besos. Caricias. Besos en la oreja. En la comisura de los labios.

Vuelve a deslizar la mano por debajo de mi falda.

—¿Qué llevas debajo? —pregunta con voz ronca.

—Algo. —Me tiembla la voz por el deseo.

—¿Algo que quieras mostrarme? —Vuelve a sonreír.

Me siento indefensa bajo su mirada inquisitiva mientras me levanta la falda para verme las bragas. No quiero respirar, ni siquiera deseo vivir después de este momento, cuando me está

mirando de esa forma.

—Malcolm —suplico, y me siento promiscua y nerviosa.

—Chist —contesta en voz baja mientras echa un vistazo a mis diminutas bragas de encaje transparente—. No voy a hacerte daño. Solo quiero mirarte.

—¿Mirarme? —No sé si quiero que me diga que sí, que no o que no lo sabe.

—Y tocarte —añade.

Me coloca la pierna en su cadera y me acerca para que quede medio a horcajadas sobre él mientras me desliza los dedos por la corva. De repente, un millar de terminaciones nerviosas cobran vida, tan sensibles a la ligera presión de sus dedos que gimo contra su cuello. Cuando me tira del cabello, agacha la cabeza y me recorre el cuello con la lengua, gimo más profundamente...

Por lo general, esperaría que se dirigiera directamente al lugar más caliente y húmedo de mi cuerpo, pero es un chico experimentado y no hace nada que espero que haga. Me da un beso en la sien mientras juega con la parte trasera de la pierna con los dedos y me roza la parte interna de los muslos con los pulgares. Se me corta la respiración y los pezones se me endurecen contra la camisa de seda y su pecho.

Arqueo el cuello y respiro con tanta urgencia y fuerza que percibo su embriagador perfume. Creo que acabo de gemir su nombre. Saint desliza los dedos por las braguitas.

—Dime que deseas tener aquí mis dedos —susurra.

Sonríe contra mi sien con puro y obvio placer masculino, porque ya estoy completamente húmeda. Cierro los ojos y le rodeo el cuello con los brazos. Nos imagino desnudos, moviéndonos al unísono.

Sigue acariciándome la parte interior del muslo y de la pierna con una mano mientras desliza la otra por debajo de la camisa. Un moderado apretón en el muslo y las cosas se ponen serias. Ya noto un creciente orgasmo que podría hacer temblar la Tierra y empiezo a sentir algo de miedo.

—Sain... eh, Malcolm... No dejes de tocarme, pero... necesito ir más despacio...

Se retira y nos separamos por un instante, respirando sonoramente. No puedo enfocar, lo veo borroso. Tengo que escribir sobre este borrón, no acostarme con él.

—Dame la mano —susurra.

Levemente, extiende el brazo y me agarra la mano con fuerza. Siento como sus ojos, acuosos y verdes, observan mi reacción mientras hunde el dedo en mi palma. De repente, me acuerdo de cada una de las cuarenta mil terminaciones nerviosas de la palma. Me acaricia los dedos hasta los nudillos, es un roce tan estimulante como la electricidad.

Observo, paralizada, mientras entrelaza su mano con la mía y utiliza el pulgar para masajearme la palma hasta la base de los dedos con lentos y pequeños círculos. Parece que me brota la sangre. Una llama se aviva en mi cuerpo cuando me sostiene la mano y me endereza el brazo poco a poco. Me besa con dulzura la parte interna del codo, moviendo la lengua por mi piel y limpiando el cálido lugar con su aliento. Sus movimientos son como una droga, una que nunca quiero que deje de darme.

Me levanta la camisa lentamente y la sujeta con la tira del sujetador para dejarla subida.

He leído que el plexo solar es una poderosa red nerviosa, pero nunca lo he sentido antes. Saint empieza a acariciarme por debajo de los pechos, hacia arriba, y me tiende en el sofá para besarme con delicadeza por el ombligo. Cuando gimo, me calma, me susurra y me relaja el

cuerpo, y mi vientre se destensa para que toda la sangre se dirija a la entrepierna, que es una llama viva. Arde y hormiguea ante la perspectiva de sus caricias. Saint está tan cerca y, al mismo tiempo, tan lejos. Me recorre de arriba abajo la zona de las costillas. Agacha la cabeza para pasarme la lengua por el ombligo y después sumergirla, cálida y húmeda, en el diminuto hueco. Una decena de zonas erógenas despiertan por él. Mis terminaciones nerviosas, nunca antes estimuladas así, hormiguean y gritan de placer; las zonas calientes cobran vida. Me siento muy viva. Estoy mental, física y emocionalmente excitada.

—No tienes idea de lo mucho que me excitas... —admito mientras le acaricio el cabello. Entonces, levanta la cabeza, me baja una copa del sujetador, rodea un pecho con los dedos y succiona suavemente la punta del pezón con un famélico sonido.

—Esta noche te quiero debajo de mí, Rachel. —Levanta la mirada para observarme y veo que el borde dorado alrededor del verde de sus ojos brilla con intensidad. Cada aliento, cada movimiento ondulante de mi cuerpo bajo el suyo mientras succiona, me deshace desde el mismo núcleo hasta el exterior—. Retorciéndote —añade—. Jadeando. Húmeda.

Vuelve a tomar con la boca el pezón endurecido, ya sensibilizado. Me deslizo por el asiento, separo las piernas e intento ponerlo encima de mí. En vez de eso, desliza la mano por mi entrepierna. Le rodeo los hombros con los brazos lo bastante fuerte como para sentir los músculos flexionados y tensos bajo mis dedos mientras, lentamente, hace a un lado las braguitas con el pulgar y desliza un dedo en mi interior.

La caricia desencadena una cascada de placer por todo mi cuerpo. Me arqueo y se me escapa un ligero sonido de necesidad y éxtasis. Contemplo como deja caer la máscara de control que siempre lleva puesta mientras me observa, con los labios curvados en una suave sonrisa.

—Por mí..., Rachel. *Déjate llevar por mí.*

El roce del pulgar en el clítoris, el hábil dedo en mi interior, esos ojos masculinos, brillantes y observadores, esa voz que tanto me atrae, me provoca un orgasmo que hace que me retuerza sin poder evitar que se me escape un suave grito e incapaz de decirle que yo también deseaba que se dejara llevar por mí.

Jadeo una y otra vez durante un rato. Mueve su gran cuerpo y me mira con una ligera sonrisa mientras me vuelve a bajar la falda y deja caer la camisa para cubrirme, utilizando una mano para colocarla bien al mismo tiempo que me susurra al oído:

—He querido hacer esto desde el día en que te vi en la fiesta del Ice Box.

Me está tomando el pelo. Ya conozco ese tono. Así que hago lo propio.

—Me desafiaron unas amigas. Supongo que ahora puedo decir que te conozco y que eres el capullo sin corazón que todas dicen que eres.

—¿Quiénes son todas?

—Tus exnovias.

—No tengo exnovias.

—Examantes, lo que sea.

—Yo también tengo algo que decir al respecto.

—Oh, ¿de verdad? ¿Qué?

—¿Soy inocente? —dice con una sonrisa.

Me río. Quiero besarlo, darle un apasionado beso y follármelo con más pasión aún. Oh, Dios, quiero darle lo que él acaba de ofrecerme a mí, pero ¿luego qué?

—¿Te lo estás pasando bien conmigo?

—En realidad era yo el que intentaba que la dama se divirtiera *conmigo*.

Coloco una mano en su muslo de forma juguetona.

—Haces que mi mundo gire un poco más rápido.

—Me gustaría sacudirlo incluso más —dice en un murmullo, y me echo a reír.

Me observa con esa sonrisa, esos ojos. Todo él es picardía a la enésima potencia. Picardía y pecado.

—¿Qué significa para ti sacudir el mundo de una chica?

—Dímelo tú. —Me recorre el cuerpo con la mirada.

—¿¡Yo!? —grito—. ¿Qué tengo yo que ver?

—Nunca he deseado sacudir el mundo de una mujer de la forma en que deseo hacértelo a ti.

Parece que se me acaba de congelar el aire en los pulmones.

Se inclina hacia delante en el asiento y, en vez de hacer lo esperado, que es tomarme el pelo porque me ha dejado sorprendida, parece muy serio.

—Tengo que contarte una cosa de mí —dice mientras me envuelve el rostro con su cálida mano—. Me doy todos los caprichos que quiero. No me niego nada que deseo. Ni estoy dispuesto a negarles a los que me rodean lo que desean. Soy tuyo si me quieres, Rachel.

Me mira en silencio.

—No encajamos —contesto—. Yo solo quiero un lugar acogedor, cálido, con vistas bonitas y lo necesario para dejar de mudarme y quedarme allí, en ese lugar. Tú nunca permanecerás en el mismo sitio.

Se le oscurecen más los ojos. No responde.

Me acaricia despacio la curva de la mejilla con el dorso de un dedo mientras me penetra con la mirada como si quisiera algo de mí. Como si, más que algo, lo quisiera todo. O tal vez cualquier cosa, pues parece hambriento.

—Yo creo que encajamos a la perfección —murmura al fin.

La puerta se abre y aparece mi mejor amiga.

—¿Por qué no me sorprende?

Gruño y me levanto, tratando inútilmente de esconder las pruebas del revolcón: el cabello enredado por haberme retorcido en el sofá, el pintalabios corrido y la ropa arrugada. Me pongo como un tomate; sin duda, a Malcolm le divierte mi vergüenza. Dios, debo de estar ridícula con el pelo rubio y la cara roja. Me giro hacia él y, por el bien de Gina, le digo con un tono de advertencia fingido:

—Y no creas que tienes barra libre, voy a escuchar esa historia.

—Oye, te vas a quedar conmigo esta noche —dice confundido.

Me quedo de pie, mirándolo, mientras Gina me agarra de la mano.

—Lo siento —contesto finalmente con una leve mueca—. Tengo que irme.

Saint se pone de pie, levanta la chaqueta y mira a Gina mientras la dobla sobre el brazo.

—¿Qué tal si la llevo a casa?

—¿Qué tal un «no»? —responde con una sonrisa.

—Por cierto, soy Malcolm.

—Te vi en nuestra casa, ¿recuerdas? También he visto tu cara en todas las revistas y, a pesar

de que estás más bueno en persona, soy *completamente* inmune. Dile adiós a Rachel ya.

Me toma del brazo y Malcolm pregunta:

—¿Quieres venirte conmigo esta noche, Rachel?

Ahora su rostro es inescrutable, pero manifiesta cierta molestia.

—No, lo siento. Tengo una acampada en unos días, así que debería descansar. Adiós —digo con torpeza mientras me giro para marcharme con sus ojos puestos en mí. ¡Oh, mierda, joder, qué mal ha ido!

Me paso las manos por las mejillas ardientes antes de que Gina me arrastre por uno de los largos pasillos del túnel.

—No ha pasado nada —murmuro en respuesta al gran signo de interrogación en negrita que tiene en la frente.

—Está bien, voy a soltarlo —empieza a decir Gina—. Saint no es un buen partido en absoluto. Ni en cuanto al trabajo, ni en cuanto al corazón. Solo podrías elegir a un chico peor que Paul, y ese es Saint... y sus dos amigos lameculos. Rachel, no tienes que decirme lo que ha ocurrido, ya veo que te ha tenido totalmente estampada contra la pared. Pareces una zanahoria.

—¿Qué quieres decir con que parezco una zanahoria? ¿Estoy *naranja*? —Abro mucho los ojos, flipando.

—Rachel, todavía no lo sabes, ¡pero no tienes ninguna posibilidad! Y ese tío, Tahoe, me ha follado totalmente con la mirada cuando he ido a por ti a la mesa de Saint.

—¡No me pongo naranja, Gina!

—Te juro que Tahoe me ha follado del todo con la mirada y mi corazón todavía no se ha recuperado.

—¿Naranja? ¡Tienen que haber sido las luces de Tunnel! Por favor, dime que querías decir cereza. Al menos la cereza es de un tono más bonito que el puto naranja.

—¡Estás roja! ¿Vale? Relájate, Saint no se acordará de tu nombre en unos días cuando se levante con cuatro chicas desnudas.

Abro la boca para responder, pero lo único que puedo decir mientras me repongo de mi colocón orgásmico es:

—Si Saint no es un buen partido, Tahoe tampoco lo es, ¿vale? No quiero que juegue contigo.

—No me gusta que ninguno de esos mujeriegos juegue contigo. Este proyecto empieza a no gustarme. —Me agarra por los hombros y me zarandea—. Dime que no te gusta Saint.

—Yo... —No sé qué decir. No quiero hacerle daño, no quiero mentir, ni siquiera sé lo que estoy haciendo, así que contesto—: A mis ovarios les gusta. —Y cuando frunce los labios con fuerza, añado—: Un poco.

—Oh, no. —Niega con la cabeza de forma salvaje—. No, Rachel.



Es inútil. Me corrí en sus brazos en la discoteca. Ahora, me muevo en la cama y lo huelo en mi piel. Todavía escucho su invitación para estar con él mientras encuentro mi lugar seguro. Quiero saber lo que es acostarse al lado de él sin nada que nos separe. Un millar de preguntas flotan en mi cabeza y siento dolor entre las piernas. Sobre todo, quiero mandarle un mensaje para decirle:

Me lo he pasado bien esta noche. ¿Pero de verdad tengo el valor de abrirme de esa manera? Tal vez, si la historia de Saint fuese distinta. Tal vez, si fuera un chico normal. Tal vez, si yo no estuviera tan centrada en trabajar más que en encontrar pareja. Tal vez en otra vida.



El lunes transcurre a paso de tortuga. Me levanto, café, trabajo, correos electrónicos, edito el borrador del día anterior y el interrogatorio de Helen sobre lo que está pasando. Victoria se acerca con los ojos como platos.

—Funcionó, ¿verdad? ¡He oído que vieron a Saint con una chica de pelo rubio platino en su regazo!

—Chist. —Me río y la acerco, y entonces me doy cuenta de que no quiero hablarle de él. A veces, cuando escribo, no quiero hablar de mi tema: lo protejo y lo mimo antes de aporrear las teclas y que vea la luz.

Con este hombre es distinto. No puedo soportar compartirlo. Ni siquiera con mis amigas. No entiendo por qué parece como si estuviera construyendo una burbuja a nuestro alrededor para que nadie pueda opinar ni llevárselo. Ni las chicas, ni su estilo de vida, ni mis amigas.

—Tuve suerte, pero no ocurrió nada. Ya conoces a ese tipo de tíos, les gusta flirtear.

—Oh, bueno, pues flirtea tú también. —Me guiña un ojo y se marcha.

Joder. Gruño y me desplomo en el escritorio cuando Valentine pasa por allí con la misma cantinela.

—¿Rubia platino? La gente le está preguntando en su red social. Conozco a la mismísima rubia platino..., así que habla ahora, rubia platino. De hecho, dame unos cuantos consejos para la cita de esta noche.

—Valentine, ¿tienes una cita? Guau, el amor está en el aire. ¿Chico o chica?

—Chica. La voy a llevar a un chino grasiento para asegurarme de que sabe divertirse como es debido. Odio cenar con palillos. Por eso resulta tan sexy cenar con un hombre. Nada me pone más que alguien con buen apetito.

Sigo navegando por internet, buscando.

—¿Sabías que los pingüinos son monógamos? —pregunto.

—Sí, formé parte de esa tribu una vez, pero me rebelé. Verás, las normas de las citas tradicionales ya no me limitan, y tampoco deberían limitarte a ti. Oh, espera, tú no tienes citas. ¿No?

Sonrío.

—Solo porque *tú* no lograste que cambiara de opinión no significa que nadie más pueda hacerlo.

—¡Ves! ESTÁS saliendo con él.

—¡NO! ¡NO! Solo... Calla, por favor. Tienes que irte y... meditar. A tu escritorio. ¡Chist!

Respondo a preguntas durante toda la jornada, fingiendo que la noche anterior no le di una gran sacudida a mi pequeño mundo.

17. Noche

El domingo, en otra acampada vecinal, sigo recordando lo que ocurrió en la discoteca mientras busco en el móvil nuevos enlaces relacionados con él. Qué extraño. Últimamente no ha estado nada activo en las redes. Apenas ha habido ninguna gran fiesta a la que se le haya vinculado desde esa *afterparty* a la que no me permitió asistir.

Noto, como en un segundo plano, que cinco chicos han estado entrando y saliendo del parque, montando la que creo que es la tienda más grande que he visto en la vida. Todo el mundo está metido en su saco de dormir comiendo nueces, bayas o malvaviscos. Me giro para mirar de nuevo la enorme tienda y me pregunto qué demonios está pasando.

—Oye, ¿sabes de quién es esa tienda? —le pregunto a la chica que hay junto a mí, una asistente frecuente a acampadas que se llama Rio y que está organizando sus cosas junto al saco de dormir.

Se gira para mirar la enorme tienda situada en el extremo de la zona de acampada y se encoge ligeramente de hombros.

—No tengo ni idea, pero está claro que quienquiera que sea quiere dar la nota.

Me río un poco y vuelvo al saco de dormir. Hace unos diez minutos que no han regresado los hombres, así que supongo que ya han terminado con la tienda.

Coloco el saco de dormir junto al de Rio. El sol se está poniendo y parece que todos se están relajando. Como necesito desconectar de ellos y tratar de relajarme y prepararme para dar caza a ya sabes quién la próxima semana, saco los auriculares y escucho algo de música, tendida bocarriba y mirando los rayos de sol que entran a través de las hojas de los árboles. A veces, una ráfaga de aire me enfría la piel y me agita el cabello.

Respiro hondo, disfrutando de la sensación de la hierba bajo mi ligero saco de dormir. Lo tengo desde hace años. Me lo llevé a mi primera fiesta de pijamas, en séptimo grado, y lo he usado en estas acampadas, aunque en estos años ha perdido relleno, pero me niego a tirarlo.

Rio me da unos toquecitos en el costado, me reincorporo un momento y extendiendo el brazo para tomar un malvavisco que me ofrece. Entonces, de reojo, veo una figura oscura. Al girarme, veo a Malcolm Saint bajando del coche mientras balancea una bolsa de viaje sobre el hombro. El corazón me da un vuelco. Me giro para mirar a Rio y veo que todos observan a Malcolm y se susurran cosas al oído. Fantástico.

Rio también lo observa.

—Este no es el tipo de dulce que esperaba que tendríamos en la acampada.

Trago saliva y me centro en masticar el estúpido malvavisco que tengo en la boca.

Malcolm se dirige a su tienda mientras contempla el trabajo de sus empleados y coloca la bolsa de viaje en el suelo. Escudriña la multitud, buscando a alguien, y siento que me vuelve a dar otro vuelco el corazón. Todos intentan actuar con toda la normalidad posible, pero noto que tienen la atención fija en el hombre de más de metro noventa con pantalones negros y camisa blanca que está de pie junto a una enorme tienda para diez personas. Al igual que la cara de Rio, las de los demás expresan un completo asombro mientras especulan, y es probable que empiecen a adivinar de quién se trata.

Una joven con el cabello rubio rojizo se tropieza.

—¿Saint? ¿Qué estás haciendo aquí? —pregunta mientras el pecho le sube y baja demasiado rápido.

Saint la mira. Parece tratar de ubicarla cuando la rubia habla de nuevo.

—¡Tammy! —le dice casi entre risas y preparada para explotar—. Tammy, del Ice Box, ¿recuerdas? Estuviste allí con tus amigos y yo con mis amigas...

—Oh, sí —murmura sin inflexión y, luego, levanta la mano a modo de despedida despreocupada—. Me alegro de verte, Tammy.

La deja boquiabierta un buen rato cuando él se aleja y se dirige directamente (directamente) hacia mí. Oh, Dios. ¿Cuándo me ha visto?

—Ahora vuelvo —susurro a Rio, o tal vez a mí misma, mientras salgo del saco de dormir, me levanto y me sacudo el polvo. Siento que varios pares de ojos me siguen hacia Malcolm y su enorme tienda.

Oigo el crujido de la hierba y las hojas bajo mis pies mientras caminamos el uno hacia el otro. Él me sonríe y, una vez más, me sonrojo poco a poco.

—¿No estás un poco fuera de tu elemento, Saint? —Me río. Lleva unos pantalones negros y holgados que le cubren las largas piernas y una camisa blanca que moldea su pecho tonificado a la perfección.

Sonríe y me mira de arriba abajo.

—Estaba buscándote.

—¿Cómo supiste que estaría aquí? —pregunto.

Entonces recuerdo que se lo dije en Tunnel. Siento una leve calidez en el corazón al saber que ha venido esta noche a buscarme. *¿Por qué?*

Hago un gesto hacia la tienda.

—Bonita casita la que tienes ahí.

Se ríe.

—¿Casa?

—Sí, ahí caben... ¿Cuántas? ¿Unas diez personas?

—Solo planeaba alojar a dos —dice con una voz profunda.

Le arqueo una ceja.

—¿Dos?

—Sí —añade—. Tú y yo.

Se me atasca la respiración en la garganta.

—Mmm, yo voy a dormir con Rio junto al roble. —Señalo los sacos de dormir.

Frunce el ceño.

—¿Dónde está tu tienda?

—No tengo, solo necesito el saco de dormir.

Me mira como si estuviera loca.

Me río.

—¿Siempre tienes que ser el centro de atención? Sabes que todos van a dormir en sacos de dormir, como yo, ¿no?

—No me importan los demás, me importas tú. —Me mira con esos ojos verdes letales—. Así que vas a dormir en mi tienda.

Antes de poder protestar, me agarra de la mano y me lleva a la tienda.

—Espera, tengo que coger el saco de dormir.

—No lo necesitas, te he traído uno —responde a mi espalda mientras continúa tirando de mí hacia la tienda.

Una vez dentro, veo que su tienda no es para diez personas; seguro que es para unas veinte. El techo mide casi dos metros de alto. O tal vez un poco menos, ya que Malcolm tiene que agacharse un poco para caber dentro. Hay un enorme saco de dormir ya dentro que parece más bien un colchón.

No puedo evitar reírme.

—¿Qué? —Me está sonriendo y su aspecto es tan delicioso que me río más fuerte.

—Nada.

Me siento en el colchón/saco de dormir y doy unas palmaditas en la superficie para que se siente junto a mí. Saint me obedece y la cercanía de su enorme cuerpo caldea el mío. No nos tocamos, pero siento su mano cerca de la mía. Atisbo su perfil por el rabillo del ojo: la fuerte mandíbula, esos labios tan sensuales y las pestañas negras y rizadas. Es demasiado hermoso. No tengo ni idea de cómo es posible que exista un ser humano como él.

Me he quedado pensando en la chica del cabello rubio rojizo. Y en sus largas piernas.

Sus labios.

Sus pechos.

Y en si se ha acostado o no con ella.

—Apuesto a que esa chica fue una buena novia —susurro.

Me mira con un brillo en los ojos.

—Soy un caballero y no cuento esas cosas.

—Solo lo haces.

—Exactamente. —Dios, me está tomando el pelo otra vez.

Y yo soy un gran manojo de nervios, de deseo y obsesión.

Me pregunto sobre su vida sexual. He leído mucho al respecto. Sus actividades. De día, por la mañana, de noche, cuatro mujeres al día a veces... ¿Y por qué no? La energía sexual corre por sus venas. Su cuerpo vibra con ella.

—¿Es cierto que solo te acuestas cuatro veces, como máximo, con una mujer porque tu número favorito es el cuatro...?

—También como bebés.

—¡Malcolm! En serio.

—¿Malgastas toda esta energía pensando en mí? —pregunta, y parpadeo—. ¿De verdad?

—No —digo—. De hecho, dos minutos tratando de entenderte me dejan exhausta.

—No trates de entenderme —sugiere con amabilidad.

Abro un paquete de malvaviscos. Me giro y lo veo acostado, apoyado sobre el codo, mientras me observa con curiosidad.

Saco un malvavisco y se lo coloco en la mano. Me meto uno en la boca.

—¿Es para comérselo? —bromeo.

Se ríe porque me sale la voz amortiguada por el enorme malvavisco. Yo también me río y él se mete el malvavisco que le he dado en la boca.

Qué labios. Qué boca...

La lujuria me arrasa como un tren a toda velocidad y, de repente, intento pensar en algo, excepto en lo cerca que estamos.

Las voces se apagan en el exterior y ya ha oscurecido. El viento sacude los árboles y bostezo.

—¿Estás cansada?

Me acuesto de lado y me enfrento a Malcolm, que me mira con una expresión en los ojos que no puedo describir mientras espera una respuesta.

—Sí... Creo que es hora de apagar las luces. —Echo un vistazo al saco de dormir y, luego, lo vuelvo a mirar a él.

El aire parece cambiar, me aclaro la garganta y me vuelvo a meter otro malvavisco en la boca.

¿Se supone que ahora tengo que ponerme el pijama? ¿Debería meterme en el saco y dormir? ¿Qué pasa si él no quiere dormir todavía?

Dejo de hacerme preguntas cuando Malcolm se desabotona la camisa y la arroja por la tienda.

Lo siguiente que ven mis ojos son kilómetros de pecho bronceado y musculoso y una tableta de chocolate.

Se descalza, pero se deja los pantalones. Se le marcan los músculos de la espalda cuando se gira hacia mí y se mete en el saco de dormir. Hace calor esta noche, pero Malcolm Saint sin camisa me hace sentir como si estuviera en una sauna.

Señala su saco de dormir; quiere que me una a él. Comprenderlo hace que se me acelere el triple el corazón y noto que el estómago empieza a dar vueltas de la emoción. O tal vez por el miedo o la ansiedad. Pero ¿qué esperaba cuando dije que quería la tienda para los dos? Ni idea. Lo único que sé es que me siento como la próxima en la cola para montarme en una enorme montaña rusa y quiero subir, llevo mucho tiempo esperando, pero parece que no puedo moverme. Quiero quedarme en la cola un poco más. Sin embargo, esta montaña rusa tiene las manos apoyadas detrás de la cabeza y me observa con una mirada tan penetrante que me inunda una oleada de adrenalina.

Respiro hondo, camino hasta mi bolsa, desato la tira del vestido, atado al cuello, y lo deslizo lentamente por mi cuerpo hasta que me quedo en bragas y sujetador. Alcanzo la bolsa y me pongo una gran camiseta de algodón para dormir. Malcolm sigue contemplándome, invitándome a meterme en su saco de dormir. Me dirijo hacia él con los pies descalzos y siento el suave

crujido de la hierba bajo el suelo de la tienda.

Abre la solapa del saco de dormir. Me deslizo en su interior y me aseguro de que hay algo de distancia entre los dos, porque no quiero parecer ansiosa. Me acomodo en el sorprendentemente agradable saco de dormir y miro al techo. Oigo el suave parloteo del exterior, el canto de los grillos y el viento que remueve las hojas. Y siento el cuerpo de Malcolm junto a mí. Su calor, su perfume. No me atrevo a mirarlo porque sé que, si lo hago, puede pasar cualquier cosa. Estamos rodeados de varias decenas de personas, pero, en el interior de la tienda, estamos en una burbujita. Solos él y yo. Nadie más. Y eso me asusta muchísimo.

Siento que Malcolm se mueve y se abre paso con una mano hacia mi vientre y mi cintura para tirar de mí hasta que pega mi espalda en su pecho.

Madre mía, estoy haciéndole la cucharita. O él a mí. Joder.

Me centro en respirar. Tengo la cabeza metida debajo de su barbilla y noto cómo le sube el pecho con cada respiración. Su calor atraviesa mi camiseta de algodón y me calienta el vientre y la espalda. Tiene la cara tan cerca de la mía que, si me girara, le rozaría los labios con los míos.

Muevo el brazo de forma nerviosa para cubrir el suyo y él gira la mano para entrelazarla con la mía.

Lo único que oigo es el latido de mi corazón en el pecho y el sonido del pulso en los oídos. Solo por estar así con él me pierdo a mí misma. Me hace sentir un millar de cosas distintas, así que me acurruco más cerca de él, como temeraria que soy, y me digo a mí misma que no hay nada malo en desear un poco de calidez. Aunque aquí no hace frío. Me acaricia la cabeza, me agarra más fuerte y me da un besito en la coronilla. La sensación que me provoca cuando lo hace es indescriptible. Siento mariposas en el estómago y la garganta seca. Quiero girarme, abrazarlo y besarlo, porque sentir su enorme pecho contra el mío me vuelve loca. Me envuelve del todo, me sostiene entre sus brazos. Esos brazos grandes, fuertes y cálidos. Nunca me he sentido tan segura como al ser arrastrada contra su pecho, rodeada por él.



Abro los ojos y oigo las voces del exterior. Se oyen movimientos y risas y la luz del sol brilla a través del techo de la *tienda*.

El techo de la tienda.

El techo de la tienda de Malcolm Saint.

Malcolm Saint, que ahora mismo está acostado debajo de mí.

MAAADRE MÍA.

Tengo el brazo extendido sobre su pecho y la cabeza en la curva de su hombro.

Mi pierna descansa sobre su cuerpo, entre las suyas.

¿Qué narices pasa conmigo? Joder.

Lo segundo que noto es que es puro músculo.

Vale.

El corazón me va tan rápido que noto que amenaza con salirse del pecho y escapar.

Empiezo a zafarme de Malcolm y lo siento moverse para estrecharme con más fuerza. Gruñe un poco y baja el brazo ligeramente.

Intento liberarme más y su mano acaba extendida en mi trasero. Tiene una mano enorme; me cubre toda la nalga. Intento contener el pánico y otras emociones mientras me las arreglo para tumbarme de espaldas. Malcolm se mueve de nuevo. Me arrastra contra él y jadeo. El muy capullo está despierto, ¿no?

Tiene la cara apoyada entre mis pechos.

—¡Malcolm! —grito en un susurro.

Permanece en silencio.

—¡Malcolm, por el amor de Dios, alguien podría entrar en cualquier momento, aparta la cara de mis tetas!

Ante esto, se ríe y levanta la cabeza, mirándome en silencio.

Se me corta la respiración. Está guapísimo. Con la mirada perezosa, el cabello despeinado y el cuerpo deliciosamente cálido mientras sostiene el mío. Siento un aleteo en la boca del estómago. Agacha la cabeza.

—No te enfades conmigo —me susurra en el cuello. Su voz suena incluso más profunda por la mañana. Gruño para mis adentros porque mi ira desapareció en el momento en que abrió los ojos y me sonrió.

No respondo porque sé que me va a traicionar la voz.

Me vuelve a mirar. Frunzo el ceño e intento dirigírselo a él, pero creo que no funciona, porque sonrío, vuelve a agachar la cabeza hasta mis pechos y, luego, se mueve hacia abajo.

Me planta un beso en el vientre, se levanta y me da otro beso en el cuello.

—¿Estás enfadada conmigo? —vuelve a preguntar.

Ni siquiera sé lo que me ha preguntado.

—¿Qué? —contesto.

Me da un beso en el hombro y luego me coge de la mano y me besa el dorso de la muñeca. Sostiene mi mano en la suya, jugando con los dedos.

—¿Estás enfadada conmigo? —bromea, y me coloca el cabello detrás de la oreja en un movimiento que, de repente, me inunda de anhelo.

—Sí, estoy enfadada. Estoy enfadada porque... ¿Qué estás haciendo aquí? No puedo acostarme contigo.

Se ríe.

—No puedo acostarme contigo, Saint. No lo haré.

Tiene una mirada cristalina mientras me pasa el pulgar por el brazo.

—Sí, lo harás, Rachel —afirma.

—No lo haré —respondo.

Toda la alegría se desvanece de sus ojos y se queda en silencio. Me estudia, y casi oigo el mecanismo de su cerebro girando mientras se pregunta cómo derribar mis muros.

—¿Hay un hombre en tu vida?

—¡No!

—Entonces no veo el problema.

—El problema es... —Señalo con el dedo hacia la cremallera de la tienda—. Tammy... y las demás chicas. ¡No quiero ser una de ellas!

—Entonces no seas una de ellas —me susurra al oído.



Cuando se ofrece a llevarme a casa para que pueda cambiarme para ir a la oficina esta mañana, ni siquiera bromeamos.

—Ven aquí para que te bese —me persuade desde el asiento de enfrente en la parte trasera del Rolls-Royce. Me siento vulnerable y salvaje, como si alguien acabara de abrirme y de echar un vistazo en mi interior. Sabe que lo deseo y veo, por la expresión de sus ojos, que no va a parar hasta que me consiga. Me estremezco—. Rachel —dice cuando estamos llegando a casa.

—No podemos seguir haciendo esto.

—Rachel, lo voy a intentar todo para tenerte en mi cama —contesta con una mirada famélica y abrasadora.

Mi cuerpo responde y tengo que esforzarme al máximo para no saltar sobre él, rodearlo y dejar que me bese como una estúpida, como siempre hace.

—Gracias, Saint —murmuro mientras el coche se detiene delante de mi edificio.

—Malcolm —replica en un murmullo mientras me bajo del vehículo.

Me detengo y lo miro. Me siento como si lo estuviera besando otra vez cuando cedo y murmuro:

—Malcolm.

Me mira la boca como si estuviera pensando en besarme de nuevo. Como si escuchar su nombre de mi boca fuera como una caricia..., tal vez en su hermosa y perfecta polla. Dios mío, ¿en qué estoy pensando?

Me alejo y salgo corriendo escaleras arriba.



El jueves, me invita a cenar.

Mi corazón pega saltos y brincos en el pecho (*te desea, Rachel, te persigue sin disimularlo*), pero mi cerebro acaba con esa ridiculez. No puedo arriesgarme a que me vean más periodistas, a que se descubra la verdadera historia. También me asustar verlo de nuevo en una especie de cita. ¿Acaso no recuerdo lo que pasó la última vez?

Le digo que estoy ocupada y él simplemente me contesta:

OK.

Me pregunto si mi negativa le tranquiliza o si, por el contrario, le frustra. Mi propia frustración sexual es tan intensa que les ruego a mis amigas que vayamos a nuestro restaurante japonés favorito porque necesito terapia de chicas. Distracción. De verdad que necesito dejar de pensar en él.

Pero parece que las dos han averiguado, por el boca a boca y el mejor amigo de todo el mundo, internet, que Saint estuvo en la acampada de Acabemos con la Violencia, y no pueden

creerse que fuera a buscarme después de la cita en Tunnel.

—De acuerdo, deja que me aclare. Este chico, un donjuán que no te conoce de verdad, ¿está dispuesto a hacer lo que Wynn y yo no hacemos? —dice Gina.

—No es para tanto. Me acompañáis a pintar murales, sois un gran apoyo.

—Quiere un revolcón, esa es una gran motivación. Wynn y yo, en cambio, no queremos nada de ti, excepto tu amistad.

—¿Quiere un revolcón? Eso lo tiene cuando quiere. Su cuerpo lo pide a gritos. —Me sonrojo—. Seguro que lo consigue en otra parte.

—Sal y emborráchate, diviértete y acuéstate tú también con alguien —contesta Gina.

No he dormido nada y estoy cansada.

—No estoy preparada para eso —me quejo.

—Lo estarás cuando te hayas tomado unas cuantas copas.

—¿Te preocupa que te guste? —pregunta Wynn.

—No. Esto no es una relación, solo estoy preocupada porque sea mucho más que un mujeriego. Es bastante guay.

—Al principio de la relación, es tan estresante y a la vez tan emocionante no saber lo que piensa —comenta Wynn.

—Oh, créeme, lo único en lo que está pensando es en meterte la polla en la boca —responde Gina.

—Cuando dices que estás preocupada —dice Wynn—, ¿te refieres a que estás preocupada porque te desea o a que puede que no seas tan fuerte como pensabas, lo bastante como para resistirte a él?

—Me estoy resistiendo a él. De no haber sido así, esa noche podría haberle quitado la ropa y haberlo destrozado.

—¡Rache! —Wynn frunce el ceño—. Negar tus deseos físicos solo provoca que estés más obsesionada. Fóllatelo y céntrate en el artículo; él seguirá adelante tras darte un montón de información.

—Cierto —concuero con ella.

—Y pensarás con más claridad —añade Wynn.

La idea de hacerlo con Malcolm me está volviendo loca.

—Me parece que es peligroso.

—Es una misión suicida. No me gusta —dice Gina.

—Más peligroso es seguir prologando lo inevitable cuando él mueva ficha. Termina con esto y escribe el artículo —responde Wynn.

Acostarme con Malcolm. Cada vez estoy más obsesionada con eso.

Eso es lo que Gina está haciendo de momento, mantiene relaciones sexuales esporádicas. Es extraño el efecto tan profundo que pueden tener en mi vida amorosa las circunstancias de la gente que me rodea, como Gina. Pero así es. Toda mi vida he sido reacia a tener algo con un chico.

¿Y ahora decido que quiero acostarme con este?

¿En serio?

Es como caer en el abismo más profundo del mundo al despertarte de una siesta.

Tengo trabajo que hacer. Yo quería ser profesional; no estaba en mis planes acostarme con él para averiguar cómo es.

Mi vida ha girado en torno a los estudios, el trabajo, mi madre, un fantástico empleo, Gina y Wynn. ¿Las chicas? Somos amigas desde el colegio, fuimos al instituto juntas e incluso sobrevivimos a los años de universidad cuando Wynn se marchó. Quedábamos para ponernos al día en Navidad, Acción de Gracias y en verano.

Las tres «vivimos» el tema de Paul. Era muy agradable y estaba muy enamorado de Gina. Yo fantaseaba con conocer a mi propio Paul. Paul era a lo que Wynn y yo aspirábamos. Hasta que hizo lo que hizo y nuestra amiga se quedó completamente destrozada y nosotras luchamos para ayudarla a seguir adelante. Wynn lo superó, todavía cree que ahí fuera hay hombres buenos, como Emmett. Yo, por otra parte, desarrollé un miedo al amor que me hizo decidir evitar que me rompieran el corazón a toda costa. Y, por lo tanto, también me hizo evitar el sexo y centrarme en el trabajo.

A Gina y a mí nos gustan los tíos, pero no los queremos cerca; de este modo, no nos hacen daño. Y nos sentimos afortunadas por saberlo. Estamos en el armario de las chicas listas, donde van todas las chicas que no quieren que les rompan el corazón nunca. ¿Verdad?

Aunque es cierto que Emmett nos demuestra que estamos algo equivocadas cuando Wynn viene a almorzar toda emocionada y sonrojada; resulta un poco deprimente. Pero solo necesitamos una historia de otro chico como Paul para recordar que estamos en lo cierto y reforzar nuestros objetivos. Lo que importa son nuestros trabajos, nuestras madres y nuestras amigas.

Aunque ahora ya no estoy tan segura.

Ahora me paso el día pensando en el cuerpo de Saint. Tal vez, elegí la carrera incorrecta. Debería haber sido química o médica. Porque sigo preguntándome por qué me atrae tanto. Sigo deseando enloquecer, hacer lo que quiera con él para luego ver que me deja tirada y escribir sobre ello.

—Rachel está callada, creo que está planeando algo —dice Gina en tono preocupado.

Gimo y niego con la cabeza.

—No te acuestes con él, Rachel, con él no —murmura Gina.

La miro y asiento con la cabeza.

Lo que tiene contar con tan buenas amigas como Wynn y Gina es que estamos decididas a arreglar la vida de las demás. Así que ahora Gina y Wynn están decididas a solucionar la mía. Y si no pueden, parece que están preparadas para liarme con un chico.

—Está bien, con él no, pero se me ocurre alguien. El primo de Emmett, es un partidazo —insiste Wynn—. Ahora Saint te atrae porque...

—Porque es Saint —gruñe Gina.

—Bueno, es cierto —accede Wynn—. Pero has estado centrada en el trabajo demasiado tiempo. Los extremos son malos hasta en las dietas, el sexo o la abstinencia.

—Chicas, parad. No quiero una cita, ¿vale? Quiero asegurar mi carrera profesional antes de dejar que ningún chico me lleve a dar una vuelta... Mirad, *no os preocupéis* —les digo—. Desde ahora, me limitaré a trabajar hasta que termine el artículo —prometo.

Imagino su carne contra la mía, a él deslizándose en mi interior, su boca sobre la mía, sus gemidos al alcanzar el orgasmo... Ojalá las cosas fueran distintas, ojalá pudiera tenerlo. Pero

solo puede darme esto, esta historia, ¿no?

No es un hombre que le dé más a nadie y yo no soy el tipo de mujer que cambiará toda su vida por el loco sueño del amor. Pero ¿qué pasaría si me permito pasar una noche, una sola noche, con él?

18. Girando

Esa noche, a las doce, me encuentro recabando más datos con urgencia. De repente, parece imperativo que tengo que terminar el artículo para desenmascararlo lo más pronto posible, porque, a pesar de lo que les aseguré a mis amigas, me temo que estoy colgada por él.

Suspiro por las fotos que encuentro de él en internet.

¿Qué narices me pasa?

Me topo con otro vídeo de YouTube de su padre. Saint no sale en el vídeo, pero su padre despotrica sobre él en la televisión.

—Ha tenido suerte en los negocios, tiene una mente astuta y la herencia de su madre, pero mi hijo no tiene ni idea de la responsabilidad que conlleva liderar una empresa de mil millones de dólares.

—Bueno, ha demostrado que estás equivocado, ¿no? —le murmuro al hombre.

Es un hombre guapo de unos cincuenta y cinco años. No se parece en nada a Malcolm, salvo porque es grande y viril. Malcolm ha heredado eso de su padre, pero tiene la belleza y la deslumbrante sonrisa de su madre.

Cuando investigo sobre ella y su muerte, encuentro varias cosas. Catherine H. Ulysses, una de las asistentes de Malcolm, la única que estoy segura de que lo ama, estaba en el funeral, de pie, cerca de un joven Malcolm, lo que confirma que la conoce desde hace tiempo. Además, descubro algo sorprendente sobre su madre. Al parecer, a la madre de Saint, Juliette, le encantaban los animales, y cada año hacía enormes donaciones a grupos activistas. El día que Saint salvó a Rosie era el aniversario de la muerte de su madre; rastreeé esa fecha en años anteriores y averigüé que, desde que falleció, Saint salva o adopta un animal cada año e inmediatamente después visita su tumba; siempre pillan sus coches en el aparcamiento del cementerio.

Se me encoge el corazón. Lo vi ese día y, tal vez, estaba apenado, como yo lo estoy en el aniversario de la muerte de mi padre. Recuerdo que dejamos a Saint en M4 y que su coche estaba esperándolo. Jamás me hubiera imaginado que iría al cementerio, pero ojalá lo hubiera sabido antes. Ojalá conociera a este hombre. Podría haber estado con él esa noche. Podría haber dejado que me llevara a algún evento elegante y luego... *¿Luego qué, Rachel? ¿Hacer lo más imprudente que has hecho en tu vida, acostarte con él, poner en riesgo la historia más valiosa que te han asignado?*

Sigo seleccionando enlaces, en especial los que están relacionados con él y sus padres, muy confundida.

Gina está comiendo cereales en un esfuerzo por deshacerse de la resaca que todavía tiene cuando tocan a la puerta y lo único que escucho, después de que vaya a ver quién es, son las palabras:

—... apartamento 3C... muerta...

Se me congela la sangre en las venas mientras observo a Gina cerrar la puerta, cubrirse la cara con las manos y estallar en lágrimas.

—¡Gina! —jadeo.

—La señora Sheppard —contesta con una voz ahogada.

Se me viene a la mente una imagen de su sonrisa, de hace tan solo unos días, con sus mascotas en la calle. Tengo el rostro seco y, un segundo después, húmedo por las lágrimas. Esta escena, este miedo a una enorme e inesperada pérdida, me ha perseguido durante toda mi vida. Ha estado ahí desde la muerte de mi padre, incluso antes de que tuviera uso de razón suficiente para saber que estaba ahí. Una sensación de completa vulnerabilidad. El mundo no deja de girar y te impide orientarte.

Resulta que un grupo de jóvenes que iba en un vehículo ha disparado y asesinado a Lindsey Sheppard, la vecina que vivía unas cuantas plantas más abajo, hace tan solo una hora.

La señora Sheppard no ha llegado viva al hospital.

Gina y yo estamos tan conmocionadas que, después de llorar desconsoladamente durante diez minutos y abrazarnos mutuamente, encendemos la televisión y vemos las noticias. Yo lloro, ella llora, ambas lo hacemos. Llamo a mi madre y le pregunto si está bien. Ella me pregunta lo mismo, pero le miento y le contesto que sí.

—Te juro que moriré feliz el día que no vea todo esto en las noticias. —Gina suspira cansada y coge el mando a distancia para apagar la tele. Abre el portátil y se coloca junto a mí para buscar las noticias en internet.

Cuando la información que encontramos es una repetición de lo que hemos visto en las noticias, se da por vencida y se dirige a la cocina.

Tengo un montón de alertas nuevas de Google que activé con las palabras clave *Malcolm Saint*. En un impulso, hago clic en unas cuantas y me llevan a un blog de noticias y cotilleos de famosos. Escudriño el encabezado y la fecha de hoy y reproduzco el vídeo. Después de un anuncio de quince segundos, veo el rostro de Saint parpadeando en la pantalla y un anhelo lento y sordo empieza a crecer en mi pecho cuando varias fotos suyas saltan en la pantalla. Lleva un traje negro, corbata negra y el cabello peinado hacia atrás y camina entre una multitud de personas. Parece intocable y con la mente en otro lugar.

Por lo visto, las imágenes son de esta noche; ha asistido a un acto empresarial. *Cabe destacar que el tiburón de las finanzas estaba solo* —dice una voz de fondo—. *Los rumores sobre su primera relación seria con una joven periodista han estallado en la red...*

—Tal vez estaba solo en el acto, pero apuesto a que ahora no está solo —comenta Gina mientras se echa un vaso de agua y se toma uno de sus somníferos.

Dado que mi leve enamoramiento parece evolucionar a uno importante, sus palabras no me hacen sentir bien en absoluto. De hecho, después de lo que le ha ocurrido esta noche a la señora Sheppard, no puedo sentir nada, excepto infelicidad.

—No te vayaaas —me quejo, y la agarro del brazo mientras se dirige a la cama—. Gina, quédate, no voy a poder dormir.

—Oh, pobrecita. —Me da palmaditas en la cabeza y añade—: Buenas noches.

Bebo un poco más e intento recordar la última vez que vi a la señora Sheppard. Yo salía, lista para la visita al edificio de Interface. Ella venía de pasear al perro... y fue amable conmigo, como siempre. Me siento mal por el perro y el gato. Me siento mal porque el mundo entero se ha quedado sin la señora Sheppard.

Sigo viendo las noticias y escuchando a los periodistas, que afirman que M4 ha emprendido operaciones en el sector farmacéutico.

Me doy cuenta de que él es temerario y *sexy* y yo soy una adicta al trabajo medica que la gente puede leer como si fuera un libro abierto y que, por lo tanto, siempre es vulnerable. *Cuando salgas de la caja, te estaré esperando.*

Oh, Rachel, ¿qué estás haciendo?

Entro en el baño, me meto en la ducha y me recojo el cabello para que no se moje. La culpa es algo tan volátil. Siempre me siento culpable cuando alguien muere de este modo. Culpable por no hacer más, culpable por estar viva. Utilizamos muchos mecanismos de defensa para afrontar la muerte. Ira, negación, lágrimas..., pero mi mecanismo siempre ha sido la acción. Muchas de las acciones que he realizado en mi vida tenían el objetivo de combatir mis miedos y adormecer el dolor.

Nunca esperé que me llevaran a un hombre, y mucho menos a *este* hombre. Elijo la lencería pensando en él. Blanca, porque sé que él tiene experiencia, pero yo no..., y quiero que vaya con cuidado. También pienso en él cuando elijo el vestido. Y los zapatos de tacón negros. Madre mía, ahora respiro pensando en él. Me cepillo el pelo rápido y con fuerza hasta que brilla y me cae por la espalda. Cuando cojo las llaves del tocador y observo mi reflejo en el espejo, me pregunto quién es esa loca, desesperada y sedienta de sexo que me devuelve la mirada.

He oído que Saint tiene varias viviendas en Chicago, pero estoy segura de que últimamente está utilizando el enorme ático situado en lo alto del rascacielos de cristal efecto espejo de mil millones de dólares con vistas al lago Michigan y a la avenida homónima. Le dejo una nota a Gina que dice: *Voy a quedarme fuera esta noche*, por si acaso se despierta y se preocupa. Bajo al vestíbulo y salgo a buscar un taxi.

Puede que siga en el evento para recaudar fondos, Rachel. Me reprendo. Puede que se dirija a otro lugar después del evento... y que lo haga acompañado.

Pero nada de lo que puedo decir me cala lo suficiente como para cambiar de idea mientras subo al taxi. Siento como si hubiera estado sobre una cuerda floja tan tensa que se ha roto y ahora volase por el aire sin saber dónde voy a aterrizar.

Solo quiero verlo.

Me digo a mí misma que eso es lo único que quiero.

No estoy borracha.

Tengo el dominio total de todos mis sentidos, pero, al mismo tiempo, he perdido la razón.

Desde el asiento trasero del taxi, ojeo los altos edificios que se erigen en el exterior, las ventanas brillantes, las calles bulliciosas y, luego, con el gran nudo que siempre se me hace con cualquier cosa que tenga que ver con Saint, el lujoso rascacielos donde se supone que vive mientras encuentra una vivienda reformada «más grande».

La incomodidad me acompaña con cada taconazo en el prístino suelo mientras cruzo el vestíbulo.

—Hola. —Me aproximo al conserje y me pregunto qué hará Pecado cuando me vea aquí—. Soy Rachel Livingston, me gustaría ver al señor Saint. No me espera.

Me asegura que no me preocupe mientras marca un número a la velocidad de la luz.

A juzgar por su rápida reacción, asumo que sucede a menudo.

Me anuncia y luego da unas instrucciones:

—Por favor, vaya directamente a la planta superior. —Un miembro del personal que hay junto a los ascensores inserta una llave, supongo que para garantizar el acceso del ascensor a la planta superior, y luego se baja y me envía hacia mi destino.

Oh, guau, ¿qué estoy haciendo?

Por favor, Dios, que no esté con una chica...

O que esté con una chica para que pueda volver a casa y olvidarme de todo este deseo...

O si esto es una idea muy mala, que se estropee el ascensor hasta que piense con claridad y nunca volveré por el miedo y la claustrofobia que tendré...

Cuando el ascensor se abre directamente en su apartamento, oigo música. *Oh no, joder, no lo decía en serio.*

Probablemente debería retroceder, pero siento que me dominan unos celos antinaturales. No retrocedo. En vez de eso, obligo a mis piernas a seguir. El lujo minimalista pero palaciego de su apartamento me envuelve de tal manera que casi parece que estoy en otro mundo.

Su chaqueta está en el respaldo de un sofá en forma de L largo y moderno. Intento reconocer la canción que está sonando de fondo. Clásica, la he escuchado antes. Creo que es Chopin. Sobre la mesa de centro hay una copa de vino vacía. Me pregunto si está divirtiéndose. Tal vez Dios ha respondido a tus plegarias y no está solo, Rachel. *Tal vez está haciendo un trío y el conserje cree que tú eres la cuarta.* Por alguna razón, eso me duele y ahora lo que quiero es echarme a llorar. Llevo un bonito vestido negro, pero estoy al borde del llanto, y eso no es una buena combinación, ¿no? No es forma de atraer a un mujeriego. Contemplo seriamente la idea de marcharme cuando sale al pasillo mientras se abrocha una camisa blanca. Dios santo. Qué guapo es. Parece distraído y tiene el cabello despeinado. Está descalzo... y es tan sexy. Veo que tiene el portátil abierto sobre la mesa de centro, junto al vino. ¿Estaba trabajando?

Sí.

—¿Pasa algo, Rachel?

Me escudriña de la cabeza a los pies.

De repente me siento más que vulnerable por estar aquí. Voy vestida para seducir a un hombre, a este hombre, que me hace retorcerme de deseo y me acelera el corazón.

—¿Estás solo? ¿Interrumpo algo? —Me muero de los nervios. Me muero por tocarlo, por besarlo.

Entrecierra los ojos hasta que solo son rendijas.

—¿Qué ocurre?

—Una vecina ha muerto esta noche. —Me paso las manos por los brazos, helados hasta los huesos—. Estaba divorciada. Vivía con un perro y un gato y era amable. Solitaria. Solitaria y amable.

Se pasa una mano por el pelo visiblemente inquieto y la deja caer.

—*Lo siento. Ven aquí.*

Dios, quiero esos brazos. Uno, dos, tres, cuatro y cinco pasos después, me tiro a sus brazos y le rodeo la cintura con los míos mientras me acerca, presionando mi mejilla contra su pecho con una mano por detrás de mi cabeza.

Madre mía. ¿Cuándo me he convertido en esta chica? ¿Esta chica que necesita que la abrace el tío en el que no puede dejar de pensar? Siempre que he visto a Wynn abrazada por su padre o sus amigos, he deseado algo así. Pero nunca supe cuánto hasta que mueve las manos arriba y abajo por mi espalda con movimientos suaves. Me sostuvo así el otro día, en mi casa. Pero estaba demasiado asustada, no lo había disfrutado de verdad hasta ahora.

Restriego la nariz contra su pecho; huele absolutamente increíble.

—Lo siento —me susurra bruscamente al oído.

Me toma la cara entre las manos y parece sentirlo de verdad, tiene una mirada tierna y fiera. Y algo sucede cuando me besa la comisura de los labios. Es un beso casi fraternal. Un beso de consuelo, que dice: *Estoy aquí, lo siento*. Tengo el cuerpo en modo reposo y, al minuto siguiente, funciona a todo trapo. Siento un nudo en el estómago y que todo ha desaparecido, salvo la sensación del latido de mi corazón y la sangre, que se mueve a borbotones por las orejas; esta sensación increíble y asombrosa en la que ahora todo es sombrío y, un instante después, resplandeciente y abrasador. Ahora estoy asustada y, un momento más tarde, siento que puedo hacer cualquier cosa. Chillar, saltar, *besarlo*.

—¿Todavía quieres acostarte conmigo? —susurro mientras me aferro a su camisa con un puño.

Arquea las cejas.

—¿Ahora mismo? ¿Estás de coña? —murmura.

Aprieto los dientes, cojo un lujoso cojín de ante del sofá y le golpeo el brazo mientras retrocede.

—¿Quieres o no? —pregunto.

Tiene la mandíbula tan dura como el granito mientras se dirige a un rincón del apartamento e inserta algún tipo de código de alarma en un receptor de la pared. Coge un teléfono inalámbrico, pulsa dos números y susurra:

—No quiero visitas.

Cuelga y, con paso decidido, vuelve a mí.

—Soy un cabrón, Rachel, pero no el cabrón que se va a aprovechar de ti esta noche.

—No te vas a aprovechar. Te lo aseguro.

—Claro que sí. Mírate. Mírate la cara, Rachel. Si te vieras como yo te estoy viendo ahora mismo, lo último que pensarías es que necesitas un polvo. —Se ríe para sí mismo, maldice en voz baja y, luego, me toma en brazos y me gira la cabeza hacia la suya. Nuestras narices se rozan y jadeo al sentir sus labios tan cerca.

—Saint —susurro, y le agarro la mandíbula—. Por favor.

—Dime por qué has venido esta noche.

—Sabes por qué.

—¿Para acostarte conmigo? —pregunta con voz áspera mientras me pasa el pulgar por la mejilla.

Trago saliva y vuelvo a enterrar la cara en su pecho.

—¿Por qué no haces nada? —gimo.

La sensación de estar entre sus brazos es increíble.

—Eres lo más cercano a un dios que tenemos en esta ciudad —susurro—. Mucha gente se despierta un día y se da cuenta de que su vida ha cambiado para siempre, que vivirán tratando de rellenar este vacío... Tú tienes todo este poder, puedes *hacer* algo... Hablar de ello, concienciar a la gente.

Permanece en silencio. Luego me da la mano.

—Ven aquí. —Nos dirigimos a un pasillo con muchas puertas y entramos en un enorme y moderno dormitorio decorado en su mayoría con madera oscura y telas claras—. Ponte cómoda.

Me pasa una camisa de hombre del armario y desaparece en el baño, del tamaño de un *spa*, tras cerrar una puerta corredera de caoba enorme. Se me encoge el corazón cuando agarro la camisa y la huelo en un impulso. Oigo el agua de la ducha y deseo tener los ovarios para desnudarme, ir hasta allí y unirme a él.

En vez de eso, después de oler la camisa para alegría de mi corazón, me quito el vestido y me pregunto brevemente si debería quitarme también la ropa interior. Me la dejo puesta, algo de lo que me alegro instantes después, porque nada me prepara para la intimidad y la sensación de humedecer las bragas cuando me pongo su camisa.

Siento una extraña sensación de hormigueo cuando me envuelve. No me había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos su maldita camisa. Una parte de mí todavía espera poder hacerlo cambiar de opinión. Intento pasarme las manos por el pelo, secarme las lágrimas y meterme en la cama de forma que me vea bonita. El colchón es gigante, el típico que te ofrece la sensación de estar tumbada en el paraíso.

Cuando Malcolm sale de la ducha, el estómago me ruge por la calidez y necesidad. Lleva unos pantalones y el torso descubierto. Tiene el pelo mojado y está descalzo mientras se inclina y se tumba en la cama junto a mí. Me muevo un poco, acercándome a él. El aroma a jabón me alcanza cuando me pega más a él. Su piel tiene un olor al que soy adicta, por lo que presiono la nariz contra ella. De repente, deseo dejarlo sin aliento y gemir, sentir su gran cuerpo contra el mío, sentir que se estremece por mí.

Está en la cama, conmigo.

Dios, es como un sueño hecho realidad. Todas estas noches soñando con esto...

Echo la cabeza hacia atrás.

Me observa en silencio con una sonrisa en los labios.

—Livingston, si pudieras leerme la mente, empezarías a sentirte cohibida conmigo.

No. No es posible que sepa lo que quiero. Lo enloquecida que estoy. Cuánto lo deseo. No creo que sepa que no puedo dejar de pensar en él. Pero la intensidad de su mirada me desconcierta y el aire crepita con tanto deseo que es difícil estar aquí tumbada y no hacer nada excepto mirarlo, desearlo y sentirme enloquecer por él. No se acerca más, pero tampoco se aleja, me sostiene en el mejor abrazo que jamás haya experimentado. Tiene la boca muy cerca, a solo unos centímetros de la mía, mientras me estudia con una expresión de determinación absoluta.

—A ver, cuéntame esos planes tuyos —dice, y aunque habla con una voz baja y cargada de deseo, también advierto sinceridad en su tono.

—No tenemos que hablar, podemos elegir la otra opción —susurro. Pero cuando lo único que hace es sonreír con tristeza, suspiro y me acurruco contra su pecho—. Nunca en mi vida me

he sentido segura. Pero tú no tienes miedo de moverte, te mueves sin parar...

Silencio.

—¿Por qué? —pregunto de forma pensativa—. ¿Por qué siempre vas detrás de algo?

Se ríe.

—No sé. Porque quiero. Lo quiero todo.

—¿Hasta las mujeres?

No vacila, me responde con un suave beso en la frente que me derrite.

—A veces las mujeres.

Los celos se me enredan en las entrañas, pero intento no dejarlos allí.

—Malcolm, siempre estás rodeado de mucha gente. Me sorprende haberte encontrado solo esta noche.

Vacila. De nuevo me da un beso en la frente. Mueve el cuerpo de modo que casi quedo encima de él, con una pierna desnuda flexionada sobre uno de sus muslos, cubiertos por los pantalones negros, mientras extiende una mano sobre mi espalda, sobre su camisa.

—La compañía que he tenido hasta ahora ya no me satisface —me susurra al oído.

Si sigo volviéndome de la consistencia de la miel, no sé si quedará algo de mí por la mañana. Le acaricio el pezón con los labios y murmuro:

—¿Por qué te rodeas de tanta gente?

—Por la meningitis. ¿Te acuerdas de que te dije que mi padre no pudo soportar que enfermara? Cuando tenía cinco años, tuvieron que ingresarme por meningitis. Mi padre se pasaba por allí una hora todos los días antes de sus clases de tenis. Los días transcurrían muy muy despacio. Tanto que miraba el reloj y solo había pasado un minuto. Luego otro. Me quedaba esperando a que se acabara lo que me estaban metiendo con el suero intravenoso para que alguien viniera y lo cambiara.

Se sentía solo. En una habitación privada. Solo. Aislado.

Lo miro. Es grande y poderoso, y aunque siempre parece estar rodeado de gente, se siente solo.

Aprieto los ojos, le lamo el pezón, lo succiono, lo beso y, cuando siento que se tensa y levanta la mano hasta mi cabello (preparado para echarme hacia atrás y detenerme), retrocedo y lo observo con un deseo feroz en las entrañas.

—Con Acabemos con la Violencia, a veces visito a familiares de víctimas, y algunos están muy solos. La gente no se da cuenta de que, aunque no pueda donar dinero, muchos solo queremos compañía.

Otra sonrisa triste, pero no hay nada triste en el deseo salvaje que expresa su rostro cuando me mira.

—Ven aquí, Rachel. —Tira de mí hasta ponerme contra su pecho y, entonces, me acaricia el cabello con la mano y susurra contra mi frente—: Siento mucho lo de tu vecina.

Su cercanía no me deja pensar con claridad, el aroma único a hombre y jabón, el champú, la colonia y la loción de afeitado. Es una combinación muy poderosa, un afrodisíaco para mis sentidos. Cierro los ojos y le acaricio el pecho con los dedos ligeramente. No pretendo torturarlo, pero no puedo dejar de tocarle la piel y los músculos. No puedo evitar que me lata el corazón tan rápido, ni sentir un nudo en el pecho por lo que acaba de decirme.

Deseo.

Deseo recorrerle la mandíbula con esa barba de tres días con los dedos. Deseo darle un beso en el centro de la boca. Deseo, deseo, deseo.

Deseo no es una palabra larga, pero puede abarcar una infinidad de cosas.

Saint es impulso, movimiento. Es un hombre que siempre avanza, siempre persigue algo.

No se detendrá hasta que se adueñe del mundo y yo solo quiero encontrar mi lugar en él.

No podría ser un mayor error.

Es un mujeriego. Ninguna mujer apaciguará jamás la sed que tiene de más, más y más.

El amor es para románticos, yo soy periodista.

Aun así, estoy acostada en la cama de un hombre por primera vez en mi vida y no puedo evitar desear... ser otra persona por una noche.

19. Por la mañana

Nos despertamos; él con el pelo revuelto, la cara completamente descansada y una barba áspera en la mandíbula. Me observa y yo me ruborizo por lo bien que he dormido. Me siento floja y relajada.

—Hola.

Me acaricia. Me aproximo a él y acerco la cabeza a su mano. Es un gesto muy tierno y me preocupa que empiece a anhelar este tipo de cosas.

Su camisa todavía me abraza el cuerpo, la sensación de la tela frotándose la piel, la misma tela que toca su torso desnudo, me calienta hasta las puntas de los pies. Me supone un gran esfuerzo controlar mis reacciones. Estoy en la cama con él, el pelo me cae sobre los hombros, estamos medio vestidos, y los dos nos miramos de la misma manera: de forma agitada y voraz. Ha desaparecido todo atisbo de hielo de su mirada, reemplazado por un calor termal que deja mi interior hecho un mar de lava.

—Voy a preparar el desayuno —murmuro.

Me dirijo a la cocina con la camisa puesta y, tras investigar un poco, consigo hacer funcionar la elegante cafetera. Luego preparo unas tostadas.

Sale completamente vestido con los pantalones y una camisa blanca y cuelga la chaqueta en el respaldo de la silla. Se ha duchado y el pelo le brilla; lo tiene mojado, oscuro y peinado hacia atrás. Sus rasgos son duros y están bronceados.

Hay intimidad entre nosotros mientras me acomodo en la silla y desayuno. Saint se sienta y lee las noticias en el iPad. No quiero quitarme la camisa. Echo de menos tenerla en el armario. No me había dado cuenta de cuánto la quiero.

—¿Te importa si me llevo la camisa? La lavaré en seco y te la devolveré...

—No me la devuelvas. —Coloca el iPad a un lado. Se inclina hacia delante de modo que la camisa le abraza todos los músculos como deseo hacerlo yo. Saint extiende una gran mano sobre mi mejilla mientras me aparta el pelo y me besa con ternura y delicadeza—. Rachel.

Eso es lo único que dice. Pronuncia esa última palabra con un tono de frustración, excitación, molestia y confusión, casi con dolor. Antes de alcanzarlo para besarlo, Malcolm me agarra la cara con sus grandes manos y me mira con esos ojos verde hielo que me llegan al alma.

—No soy el chico al que se acude en busca de consuelo, Rachel. Pero me gusta que lo hicieras.

Me doy cuenta de que parece más salvaje esta mañana, al límite; no tiene los ojos entrecerrados, ni helados como de costumbre. Es... como si estuviera ardiendo en su interior. Me trago la mermelada de fresa, me lamo la comisura del labio y, al fin, me doy cuenta de cuánto debió de haberle puesto a prueba lo de anoche.

—No has dormido, ¿no? —susurro.

Me acerca a él. Noto su cálido aliento en el dorso de la oreja mientras me lleva hasta su regazo. Es una sensación tan agradable..., pero al mismo tiempo no puedo dejar de temblar.

—Nadie se ha metido en mi cama desde hace tiempo. Es difícil que alguien consiga que me comprometa. Tú lo has conseguido. —No puedo evitar notar lo pesados que parecen haberse vuelto los ojos. Me lamo los labios de forma ansiosa.

Dirige la atención al lugar donde mis pechos presionan el suyo y mi cuerpo se concentra en la increíble sensación del contacto y en lo hipersensibles que tengo los pezones.

—Saint... —me detengo.

Me coloca las manos en la nuca, luego me silencia con un beso en los labios y el envite de su lengua.

—Estoy obsesionado contigo —dice.

Sabe a pasta de dientes y a café mientras me abre los labios con una de sus manos plantada en mi nuca. Parece que mis manos han huido de mí y, antes de darme cuenta, le acarician el cabello.

—Saint —gimo al mismo tiempo que pego más los pechos contra él.

Gruñe, tira de mí y me coloca a horcajadas sobre él, con las manos en mi culo.

Soy consciente de la fricción embriagadora de nuestra ropa mientras dejo que me coloque para que estemos en la posición correcta; si no nos separara la ropa, lo tendría en mi interior.

Me besa así un buen rato. Me inunda una desgarradora necesidad, una especie de anhelo que no he conocido hasta ahora. Me abre la boca con los labios y me saborea. Su lengua es implacable, empuja a la mía de forma famélica una y otra vez. La humedad cálida y seductora del beso me hace temblar más, cada caricia me empuja más hacia un torbellino que gira y se centra por completo en él, Malcolm Saint, el único que me acelera el corazón, que hace que mi vida gire cada vez más rápido, que hace que, ahora, lo primero que piense cuando me despierto sea qué estará haciendo, con quién estará, qué le gusta, quién es...

No rompe el beso mientras me sostiene en su regazo; mantiene su codiciosa boca pegada a la mía.

Me coloco encima de él a horcajadas, acomodándome, con la intención de sentir lo más cerca posible la dureza más grande y deliciosa que he experimentado en toda mi vida. La tiene tan enorme y gruesa que casi doy un brinco de la impresión, pero, en vez de eso, me restriego contra él, cargada de deseo y necesidad. Un gruñido anhelante retumba desde su pecho cuando me baja por las caderas, me mueve con más fuerza contra su duro regazo y respira con agitación e irregularidad junto a mi oído.

—Vuelve esta noche. Mandaré a alguien a recogerte después del trabajo. Podemos pillar algo de cenar...

—¡No! Nada de cena.

—¿Por qué no?

Porque no puedo soportar estar disponible como una de tus chicas. Apoyo las manos en la

mejilla recién afeitada y el duro hueso de la mandíbula y le susurro al oído en un tono muy sensual:

—Porque ya sabes lo que quiero. —Siento un espasmo entre las piernas. Me mira. Me está acariciando. Huele bien, sabe bien—. Porque *te deseo*.

20. Por la noche...

Estoy editando un artículo en mi escritorio cuando aparece un chico con un arreglo floral casi más grande que él mismo y se detiene junto a mi silla.

—Para usted —dice el chico por detrás del bosque de orquídeas.

La impresión me deja congelada por un instante. Miro a mi alrededor con los ojos entrecerrados. ¿Alguien de la oficina ha decidido gastarme una broma? Todos están ocupados con sus quehaceres, pero algunos me lanzan miradas curiosas.

Entonces me doy cuenta de que el pobre chico está a punto de desmayarse del cansancio. Me esfuerzo por dejar algo de espacio para el jarrón y permito que lo coloque. Contemplo el arreglo de orquídeas más silvestre que he visto nunca. Arranco la tarjeta colocada entre todas esas bellezas blancas y violetas y el corazón me va tan rápido que tengo que sentarme.

No me parecía justo que pasaras otro día sin el lujo de un regalo de un hombre que piensa en ti.

M. S.

Niego con la cabeza y bajo la tarjeta. Sandy, una de mis compañeras de trabajo, se detiene a mirarlas.

—Guau. ¡Un hombre va a por el corazón de Rachel!

Valentine echa un vistazo a mi cubículo.

—Créeme, está apuntando más abajo.

Victoria y Helen quieren saber cómo va todo.

—Tengo muchas carpetas con información —les contesto de forma evasiva pero con disimulo.

Me digo a mí misma que el tiempo que voy a pasar con él esta noche será solo para mí. Suyo y mío.

Voy a robar ese tiempo y eso me convierte en una absoluta pecadora, pero me muero de deseo por Pecado.

Contesto a su mensaje.

Gracias

Agradécelo en persona esta noche

Lo sabe, ambos sabemos lo que va a ocurrir. Me muero de ganas de que ocurra. Estoy ansiosa por que termine el día, no puedo comer ni pensar sin que esté presente en todos mis pensamientos.

Todos los compañeros de la oficina parecen tener a Saint en mente; no pueden dejar de hablar de la combinación fresca, exótica y explosiva de las flores, la elección tan perfecta y lo mucho que deben de costar.

Victoria se acerca a echar un vistazo a mi cubículo e intenta abrir la tarjeta. Se la arrebato y la meto en el bolso deprisa.

—Guau. Cuánto secretismo, ¿no? —Frunce el ceño, pero entonces se ríe ligeramente y acaricia los pétalos de una pequeña orquídea fucsia con las yemas de los dedos y sonríe—. De la mejor calidad.

—Estoy ocupada, Vicky. —Suspiro.

—No parecías ocupada. —Cruza los brazos y apoya la cadera en el borde de mi escritorio—. Estabas mirando a la nada. A la nada de *estas* flores. —Las señala alegremente.

—¿Querías algo? —pregunto.

—Sí. Dime. ¿Saint suele enviar flores a las mujeres a las que seduce? —Se da toquecitos en la comisura de los labios y finge pensar—. Mmm. Nunca he oído eso. ¿Cuál es el secreto? —Sonríe con travesura—. Estás jugando con él muy bien, ¿no?

Pienso en lo seducida que me siento. Cuánto deseo sus besos, sus caricias. Pienso en que no puedo dormir ni respirar. Que no puedo seguir adelante sin sentirlo en mi interior al menos una vez. Y no puedo evitar pensar que yo soy la persona con la que están jugando de un modo muy experto...

Esto me supera tanto que siento que me ahogo.

Pero me levanto, la aparto un poco tirando de los archivos que tiene bajo el trasero y digo:

—Secreto profesional. Ahora lárgate, me quitas el aire fresco y floral. Consíguete tus propias flores.

Cuando se marcha, las contemplo. Majestuosas y altivas, absorben todo el oxígeno de una forma que me encanta y me juro a mí misma que esta noche voy a lucir tan bien y a oler igual de bien para él.



Esa noche me arreglo para él. Ropa interior de encaje rosa con un lazo en la parte superior y el mismo lazo en mitad del sujetador de encaje con abertura delantera. Me pongo una falda acampanada que tiene algo de vuelo cuando camino y una camiseta elegante de color marfil con bretel que deja ver el tirante rosa del sujetador por debajo. El atuendo dice a gritos *te deseo* de la manera más descarada que sé.

Me escribe un mensaje diciéndome que está fuera de mi edificio.

Gina no ha vuelto del trabajo, así que le dejo una nota como cuando me voy de acampada

con Acabemos con la Violencia en la que escribo lo siguiente: *Hoy duermo fuera. Un beso, R.*

Una eternidad más tarde y, al mismo tiempo, en un abrir y cerrar de ojos, me meto en el asiento trasero del Rolls-Royce y lo veo. ¿Se ha vestido para mí también? Está tan guapo con una camisa de botones negra y unos pantalones de traje negros que se me corta la respiración. Parece que se ha duchado hace poco y tiene el pelo húmedo. El botón superior de la camisa está desabrochado y la lleva remangada hasta la altura de los codos. La visión de su cuerpo dorado bajo la ropa me acelera el corazón. El cristal que nos separa del conductor está subido y Malcolm me explica entre susurros:

—No nos ve ni nos oye.

No sabía lo desesperada que estaba, pero cuando extiende el brazo, me acerca a él de un tirón y desliza la mano por debajo de mi camiseta para llegar a la piel desnuda de mi espalda, me pego más a él.

Otro beso en la comisura de la boca.

Me estremezco.

Me da un segundo beso con los labios cálidos pero firmes.

Deslizo la mano hasta el fibroso muslo deseando saber si está duro, pero sin estar segura de tener el coraje para subir la mano un poco más arriba. Bajo la ropa, noto su piel muy caliente. Tiene los ojos sumamente verdes y oscuros.

—¿Adónde vamos? —susurro.

—A mi casa —murmura. Me roza los labios con los suyos y los mira. Luego se echa hacia atrás para contemplarme.

Empiezo a poner algo de distancia entre ambos en un intento por mantener el control.

—Ven aquí, te quiero cerca.

Desliza la mano por mi cintura y me atrae hacia él con una ligera presión en las costillas. El calor me hierve en las venas mientras le doy un beso en el ancho cuello. Me deja hacerlo. Le paso los dedos por la camisa y él desliza la mano por debajo de mi camiseta.

Nos movemos de tal modo que me coloco a horcajadas sobre su muslo.

Le lamo la ranura de entre sus labios.

Me arrastra a su regazo para colocar su erección justo entre mis piernas.

—Me excitas tanto... —dice con voz áspera.

El placer me atraviesa cuando siento la dura erección debajo de mí. ¿No quería saberlo? Bueno, ahora lo sé. Le palpita. Es enorme, perfecta y dura como el acero. Es un ser vivo que me muerde entre los muslos, cargado de necesidad. En cambio, tiene los labios suaves y me acaricia con ellos los míos, como una pluma, con muchísima ternura.

—Quiero probarte aquí, justo aquí. Poseerte toda la noche. Dios mío, estás deslumbrante —susurra mientras me saborea con la mirada y con las manos.

Estoy fuera de control. Mis respuestas no son planeadas. Me muerdo el labio, ardo en deseo.

Nos miramos, primero a los ojos y luego a la boca, para volver a subir a los ojos y bajar de nuevo hasta la boca, donde dejamos la mirada. Agacha la cabeza y, de repente, la idea de no probarlo me resulta intolerable. Nos besamos. Al principio, solo en los labios. Un roce, una presión; luego, nos retiramos, nos cuesta respirar.

Me recorre la espalda con la mano.

—¿Cómo quieres que sea? ¿Apasionado? ¿Delicado? —Me mira como si fuera una diosa.

—Apasionado. No, delicado. Delicado y luego apasionado.

Estoy muy excitada y nerviosa.

Me come con los ojos mientras sirve vino. Bebemos y nos miramos. Cuando coloco la copa a un lado, hace lo mismo y me acerca a él para abrirme la boca con la lengua y saborear el delicioso vino tinto que me acabo de beber. Sonríe cuando llegamos a nuestro destino. Nos dirigimos al vestíbulo y siento que nos lanzan miradas de complicidad desde todos los rincones.

Saint me agarra del brazo y me lleva al ascensor.

—¿A cuántas mujeres traes aquí? —pregunto. Llama mucho la atención. No creo que pudiera acostumbrarme a eso.

—Hace tiempo que no traigo a ninguna —admite cuando la puerta se cierra y subimos solos a la planta superior—. Desde que te vi.

Me río.

—No hace falta que digas eso.

—¿Por qué habría de mentir ahora? —Me acerca de un tirón a su duro cuerpo. Me duelen los pechos cuando los pega contra el suyo—. Estás aquí, ¿no? —Me pasa la mano por el pelo y, de repente, me siento muy valiosa bajo su brillante y cómplice mirada—. Tienes toda la intención de dejarme hacer lo que quiera contigo —me susurra al oído.

—¿De verdad que no has traído a nadie?

Parece que no logro que mi voz suene más alta que un susurro. Siento el cuerpo tan tenso por el deseo que me supone un esfuerzo permanecer en pie y no dejar que los dedos y la lengua hagan una expedición por su cuerpo. Dios, la atracción que siento por él no tiene nada que ver con la razón. *Nada*.

Niega con la cabeza y me mira de forma íntima mientras admite sin rodeos que ha practicado el celibato durante lo que debe de ser un tiempo récord para él. Estoy tan atónita que entrecierro los ojos y observo con repentina timidez su cuello.

—¿Qué hay de la fiesta a la que no pude asistir? ¿Te ofrecieron un espectáculo... aquellas chicas? —pregunto en voz baja mientras acaricio uno de los botones de la camisa con la yema de un dedo. ¿Por qué me hace sentir tan tímida? Temo que vea que estoy celosa, pero tengo que preguntar.

Parece que el ascensor es nuestra burbuja y que nada puede atravesarla ahora mismo, como si nada del mundo exterior pudiera acceder a este perfecto espacio.

Qué cuello tan masculino. Observo los gruesos tendones y la nuez moverse mientras responde con voz cálida y el aliento me agita el cabello junto a la sien.

—La fiesta en el Ice Box de aquella noche fue un modo de distraerme. Tenía toda la intención de tontear con alguien, pero apareciste tú, la razón por la que quería distraerme, y no pude seguir con el plan de irme con otra después de ver lo preciosa que estabas esa noche.

El ascensor se detiene en el ático y me sonrojo cuando me toma de la mano y me lleva adentro. Con esas últimas palabras, una oleada de placer me inunda el cerebro.

Llamó a sus amigos cuando estaba en el coche conmigo durante nuestra segunda entrevista. Entonces ya se sentía atraído por mí, mientras que a mí me fascinaba el agua que se había bebido. Casi deseé beber de la botella que había dejado, no entendía lo que me estaba pasando.

Saint me habría concedido otra entrevista, me habría encargado de ello, pero yo nunca habría sabido que, mientras yo esperaba tumbada aquella noche, él se había ido a enterrar su deseo

entre las piernas de otra.

Me alegra saberlo. No tenía por qué decírmelo y, sin embargo, lo ha hecho.

—¿Lo haces a menudo? —susurro—. ¿Tirarte a cualquier mujer en vez de a la que deseas?

Deja caer la cabeza hacia atrás y se echa a reír mientras me da un apretón en la mano.

—Rachel, nunca me conformo... ni en los negocios, ni en el placer. Ibas a ser la excepción porque eras periodista. Nunca mezclo el trabajo con el placer.

—He acabado siendo la excepción de tu norma —digo casi para mí misma, volviéndome a ruborizar cuando pienso que yo también he mezclado las cosas. Me aparto un momento y echo un vistazo por las enormes ventanas, con vistas a Chicago. Admiro las miles de lucecitas parpadeantes que se encienden en la ciudad tras el anochecer—. Tienes unas vistas increíbles. Tienes una visión del mundo completamente distinta..., desde tu oficina y desde aquí.

—Me gusta lo que veo ahora mismo. —Habla detrás de mí.

Inhalo bruscamente y saboreo las mariposas del estómago y la debilidad de mis piernas. Su voz es como la corteza de un árbol: áspera, firme y estable, firmemente arraigada. Cuando juguetea con mi lóbulo con la lengua, siento que no peso nada y me inclino hacia atrás contra él.

Separo los labios justo para respirar y noto la gran erección que se hincha prominentemente contra la parte baja de mi espalda. Oh, cómo lo deseo... Lo deseo muchísimo. Giro la cabeza en su dirección y él desliza una mano para cubrirme el pecho.

—Estoy tan preparada que nos podemos saltar los preliminares —susurro.

Frunzo el ceño levemente cuando detiene la mano. Mmm, esa no es la reacción que buscaba. Retuerzo un poco el cuello.

Curva los labios con un destello travieso en la mirada.

—Me voy a tomar mi tiempo, Rachel.

Oh, no. ¿Más preliminares? ¿Cuánto quiere que me moje? Estoy tan hinchada que temo que no pueda entrarme nada ahora mismo.

—Saint, ¡no seas capullo! Te deseo...

—Yo también te deseo. —Me besa la comisura del labio. Se dirige a una enorme barra de granito negra y trae una copa de vino para cada uno.

Se sienta en el sofá y me mira. Es demasiado fácil perderme en su mirada. Demasiado fácil como para hacer otra cosa que no sea desearlo. Desearlo, desearlo y desearlo.

—Ven aquí. —Me ofrece una copa—. Quiero saber si te gustó el regalo.

—He bebido bastante en el coche. ¿Tú no?

Él bebe con tranquilidad.

Frunzo el ceño.

De repente lo único que quiero es dejar de jugar al gato y el ratón e irme a casa, pero algo en su expresión me detiene. Es tan masculino. Está tan concentrado. Y eso hace que me humedezca más. Algo de lo que veo, la energía y el poder de un hombre estableciendo su dominio sobre una mujer, me atrae más que el orgullo. Nunca he tenido una relación, nunca me he sentido atraída por un hombre tan exasperante, imposible y sumamente sexy como me siento por él.

Ahora mismo lucharía contra una mujer con las manos, desnuda y en el barro por el derecho de tenerlo esta noche.

Así que me quito la camiseta y la dejo caer al suelo, reprimiendo a duras penas la necesidad de cubrirme cuando me echa un primer vistazo. Oh, joder, ¿acabo de desnudarme como una

puta? ¿Delante de Saint? Sí.

Tiene la voz pastosa.

—Si vas a hacer eso, al menos baila un poco.

—Que te follen —murmuro.

—Preferiría que lo hicieras tú.

Abro los ojos y lo veo dar un trago a la copa de vino y devorarme con una ligera sonrisa. Es tan viril que la testosterona se palpa en el ambiente. Deseo arrancarle la camisa. Dios, deseo ser imprudente y salvaje con él. De algún modo, dentro de la imprudencia que he cometido, él me ofrece seguridad.

—En caso de que te lo hayas perdido, estoy dispuesta a acostarme contigo —le digo, dejando a un lado la timidez.

Se ríe suavemente y aparta despacio la copa de vino.

Entonces suelto llena de ira:

—¡Saint! ¡Te odio! ¡Estoy aquí, básicamente lanzándome a tus brazos! Joder, al menos, cóge...

Tira de mí y me besa.

—Chist. Creo que me gustas enfadada.

Me penetra la boca con la lengua. Me pone encima de él de un tirón, amoldándome a él con las manos en el culo. Me chupa la lengua y el suave sonido que emite junto con las ávidas succiones me ofrecen las sensaciones más deliciosas y estimulantes que he experimentado nunca.

—Me deseas —susurro.

Me levanta en brazos como si no pesara nada y lo rodeo con las piernas mientras me lleva a su dormitorio. Me baja hasta la cama y me hundo en toda esa suavidad. Luego se inclina hacia atrás con la respiración tan irregular como la mía. Tiene los ojos de color verde lava. Todo el deseo reprimido de las últimas semanas está a punto de explotar en mi interior.

—Malcolm —suplico mientras le desabotono la camisa.

Se queda de pie junto al borde de la cama y deja que me ponga de rodillas para abrírsele. Sacude los hombros deprisa para sacársela y dejarla caer mientras recorro con los dedos los surcos de los abdominales y el pecho plano, dibujando un camino de besos. Logro desabrocharle el cinturón y apartarlo. Me coloca el pelo hacia atrás y me echo en la cama, rodeándole el cuello con las manos para que no tenga otra elección que seguirme. Agacha la cabeza y me saborea la boca con sus labios calientes mientras me acaricia el costado con una mano. Dirige la boca hacia abajo al mismo tiempo que mueve las manos hacia arriba.

Me mordisquea los pechos y utiliza una mano para desabrocharme el sujetador. Noto su aliento cálido contra mi piel y su lengua, húmeda y caliente.

—Dios, ¿has hecho eso con una mano? —jadeo.

Noto su sonrisa contra mi piel mientras extiende el brazo para frotar un pezón con la yema del pulgar. Y entonces su sonrisa y la mía se desvanecen y nuestra respiración cambia cuando la temperatura del aire que nos rodea sube.

Giro un poco la cabeza en la cama mientras me lame un pezón y luego el otro, lo que me provoca un sinfín de oleadas de placer.

—Me la pido —dice mientras me pasa la lengua por el ombligo.

Sus caricias suaves y húmedas me hacen cosquillas cuando me introduce la lengua en el ombligo. Me río un poco y luego gimo cuando sube un poco para lamermme de nuevo el pezón. Me desliza las braguitas por las piernas. Se le oscurecen más los ojos cuando me separa los muslos y contempla con deseo mis pliegues húmedos. Me quedo ahí, memorizando la salvaje necesidad que refleja su rostro mientras observa el movimiento de mis pechos, la hinchazón de mi sexo y el cabello extendido detrás de mí.

—Relájate —dice cuando intento cerrar las piernas en el momento en que sube la mano por mi muslo—. Relájate —repite cuando empuja el dedo corazón en mi interior. La sensación es tan placentera que casi doy un salto de la cama, pero en vez de eso, me arqueo y dejo escapar un gemido de euforia.

—No seas tímida conmigo, quiero verte. Quiero oírte cuando te corras —me murmura con voz ronca al oído mientras me acaricia el interior con el dedo y me chupa un pezón. El placer me da escalofríos.

Sonríe, se agacha sobre mí y, una vez más, me acaricia el sexo con el dedo corazón. El sonido resbaladizo de su dedo al deslizarse en mi interior se mezcla con mi respiración.

—Eres preciosa. Qué ganas de estar aquí dentro...

Traza pequeños círculos sobre mi clítoris con la yema del pulgar y empiezo a menear las caderas ante sus caricias.

Me muerdo el labio inferior y observo el bulto de sus pantalones. Lo deseo tanto..., en mis manos, dentro de mí... Es tan hermoso... Quiero ponerme de rodillas y sacársela, verla, tocarla, agacharme, besar la punta y, luego, abrir la boca y tomar todo lo que pueda, todo el mástil. Quiero que gruña, que no me olvide nunca.

Pero la excitación que Saint despierta en mí es tan poderosa que casi me quedo paralizada por las sensaciones, temblorosa.

Tiene los ojos de un verde con el que no puede competir ninguna planta viva. Me besa los pechos, los succiona y los chupa. Me acaricia y me frota el clítoris, ofreciéndome un placer de otro mundo. Me corro enseguida con sus dedos y me acuna en su mano.

—Dios, mírate corriéndote para mí —dice con una voz áspera—. Estás preciosa, ¿sabes lo hermosa que eres?

—Ahora me siento hermosa.

Cuando extiende el brazo hasta los pantalones, susurro algo alentador como «por favor». Dios, qué poco original. Pero no puedo pensar. La necesidad palpita en mi interior, estoy desesperada por que me llene.

La frustración de todas estas noches y días, saber que esto solo es un momento robado, temporal, solo me hace desearlo más.

Se baja la cremallera de los pantalones y me quedo en completo silencio, como en un museo. Parece que entrena todos los días, ya que tiene el pecho marcado, bronceado, gloriosamente definido y perfectamente moldeado, y los músculos se le marcan cada vez que se mueve. Dejo escapar un sonido de urgencia mientras se baja los pantalones y logro verlo. Una tormenta de deseo me atraviesa cuando se acerca. Tiene el pene más grande que he imaginado jamás. Me paso la lengua por los labios, ansiosa, y recorro con la mirada su longitud hasta el hinchado prepucio y la brillante gota de semen de la punta.

No puedo... no puedo esperar. Quiero cada centímetro de su miembro en mi interior. Cada

centímetro.

Sonríe cuando nota mi sonrojo y se inclina sobre mí, acariciándome con sus ágiles dedos. Los sustituye por el pulgar, con el que me dibuja pequeños círculos en el clítoris mientras me saborea la boca. Vuelvo a estar al límite.

—Eres tan sensible, Rachel... Te pones húmeda con una mirada, estás empapada antes de que te toque. —Se coloca despacio entre mis muslos.

Le clavo las uñas en los brazos.

—Saint —gimo sin aliento, meneando las caderas mientras abre un condón y se lo enfunda.

Me agarra de la cintura y tira de mí hacia abajo, metiéndome los primeros centímetros de su miembro. Grito y él me sujeta, observándome mientras se hunde en mi interior unos cuantos centímetros más. Me inunda una oleada de placer. Balanceo las caderas con avidez para sentir sus espasmos más hondo. Flexiona las caderas y me embiste hasta el fondo. Le rodeo la cintura con las piernas para engancharme a él. Tensión, plenitud. Palpita en mi interior. Entierro los dedos en el pelo, anhelando más, con miedo de más. Suelta un sonido que le retumba en el pecho y que, de hecho, siento en los senos.

—¿Puedes respirar ahora? —me pregunta con voz ronca al oído.

Se nos escapa un sonido cuando se retira de inmediato, prolongando el momento y observándome con esos ojos verdes ardientes, y vuelve a embestirme hasta el fondo. Como consecuencia, nuestros vientres chocan y ambos arqueamos el cuerpo. Un sonido bajo y profundo retumba en su pecho. Tengo esta hambre, esta necesidad de sentirlo, de conectar con él. No hay nada más; solo el movimiento que hacemos, el sonido de las sábanas debajo de nosotros, nuestra respiración y nuestras bocas mientras chupamos y saboreamos. Nuestros labios, nuestros pezones y nuestra piel.

—*Un poco más. Oh, Dios, Saint.*

Con cada empujón, me siento plena, arqueo la espalda y le clavo las uñas en la piel y los tensos músculos de sus hombros.

No sé si gritar y rogar, reír o llorar. No sé qué pensar, qué decir ni qué hacer. Parece que estoy en un sueño o una pesadilla. Mi poderosa... atracción hacia él es innegable. Me da mucho miedo y, al mismo tiempo, soy incapaz de resistirme. Quiero más. Le muerdo el cuello. Le clavo las uñas en la espalda. *Saint, Saint, Saint*, grito mientras pienso de forma incoherente que nada es suficiente, nada, hasta que descubra todos sus secretos, los nombres de todas sus amantes, sus miedos, sus sueños, su corazón. Hasta que se corra para mí, en mí.

Mis pechos se balancean entre ambos y su cuerpo se hace más poderoso y preciso mientras prolonga cada embestida.

—¿Y ahora? —Me obliga a asentir con la cabeza mientras me hace volar más y más alto. Se le marcan los músculos. Agacha la cabeza y vuelve a saborearme los pezones, tirando de ellos con los dientes y calmándolos con la lengua.

El breve tira y afloja que hemos disfrutado, el ligero flirteo y los preliminares, eran preguntas tentativas, nacidas de la curiosidad por ambas partes. Esto es una avalancha de deseo salvaje. Vuelve a empujar, con la boca sobre la mía y el cuerpo implacable. Ninguno de los dos deja al otro respirar, ni pensar, ni detenerse. No voy a durar ni un minuto más. *¿Cómo he aguantado tantos años sin esto?*

—¿Y ahora, Rachel? —gruñe a través de su fuerte respiración.

Me arqueo hacia arriba y le clavo las uñas en la nuca.

—Por favor, Saint —gimo.

Me frota el clítoris ligeramente con la yema del pulgar y cierro los ojos invadida por la dicha cuando un orgasmo me atraviesa como un rayo. Se me derrite la piel, salgo volando debido al desgarrador éxtasis. Me aferro a él y siento que gruñe en mi pelo mientras alcanza su propio orgasmo, con el cuerpo tenso y flexionándose poderosamente contra mí.

He compartido cama con él unos minutos y ya estoy obsesionada. Soy adicta a él. Me siento desconcertada. Quiero saber con cuántas chicas se ha acostado. Quiero ser una de las mejores. Quiero hacerlo otra vez. Quiero acariciarlo. Quiero dejarle hacer lo que quiera conmigo. Quiero dejar de respirar para siempre.

—¿Qué te gusta? ¿Las mamadas? ¿Enrollarte...? —le susurro al cuello—. Enséñame, Saint.

—¿Sabes lo que me gusta? —me susurra con voz ronca al oído—. Te voy a enseñar lo que me gustaría hacer ahora mismo.

Es un hombre hermoso con un trasero precioso y musculoso, y se me cae la baba cuando desaparece en el cuarto de baño. Me siento en la cama y examino el dormitorio. La verdad es que no le había prestado atención antes. Es bastante minimalista, sin muebles. Casi carente de emociones. Casi gélido, como sus ojos.

No hay fotografías, ni siquiera de su madre, ni de sus amigos. Pero hay fotos de coches de carreras por toda la habitación, viejos Ferraris *vintage*. Supongo que para un chico que crece con más juguetes que personas, los juguetes pasan a ser algo importante.

—Deberías comprar una colcha de piel para esta cama —digo lo bastante fuerte para que me escuche desde el baño. Espero, y me estremezco cuando me subo la sábana hasta los pechos. *Cosas que te hagan el amor*.

De repente lo veo en el umbral; parece un hombre que necesita sexo a menudo. No porque sea *sexy*, sino porque, ahora que me ha hecho el amor, parece más tranquilo, más relajado.

Me gusta esa mirada perezosa de ojos entrecerrados que tiene cuando regresa del baño desnudo y sonrío cuando me ve en la cama, con el pelo cayéndome por los hombros y el resto del cuerpo desnudo bajo las sábanas.

—Qué bien se está dentro de ti, Rachel —dice con la mirada (*Dios, mi corazón*) más sedienta que he visto en toda mi vida.

Se me ponen rojas hasta las orejas.

—Estoy seguro de que también sabes muy bien —continúa.

Oh, joder, no se refiere a...

Me mira las piernas. Empiezo a derretirme bajo las sábanas. Tiene las pupilas oscuras y cristalinas; reflejan una extraña mezcla de ternura y necesidad. Y su miembro... Oh.

—No... no sabría que decirte, no me gusta que me..., ya sabes.

Arquea una ceja mientras avanza, de vuelta a la cama. Vale, no quiero que me eche ni nada, así que salgo de debajo de las sábanas, me agacho para coger las braguitas y me las pongo mientras explico de forma nerviosa:

—No estoy segura de por qué exactamente, pero nunca he podido hacerlo. Me siento demasiado expuesta.

Se detiene delante de mí cuando me levanto, solo para mover el pulgar por las braguitas: arriba, abajo, trazando círculos.

—No es muy distinto a esto. La diferencia es que es mi lengua la que te acaricia.

—¿Por qué quieres hacerlo? ¿Por qué les gusta eso a los hombres?

Se ríe y me lleva de nuevo a la cama.

—No vas a tener que preguntármelo cuando lo haga.

Me desliza las braguitas por las piernas y ya estoy tan nerviosa por lo que quiere hacer que mis pulmones ya han empezado a trabajar a todo trapo.

—Prométeme que te detendrás si te lo pido.

—No lo me lo vas a pedir —me garantiza mientras me acaricia la parte interna del muslo con la mano.

—Promételo.

—No me obligues a hacer una promesa.

—¿Por qué?

—Porque he roto todas las promesas que he hecho y, si te hago una, solo desearé romperla.

—¿Por qué rompes tus promesas?

—Porque puedo. Separa las piernas.

Me abre las piernas. Me estoy retorciendo por dentro por los nervios y la anticipación. Se agacha entre mis piernas y me agarra los muslos con suavidad, separándolos con las manos. Se pasa la lengua por los labios cuando me mira y creo que no se da cuenta de que me va a saborear así.

—¡Oh, no! —Me río cuando empieza a agachar la cabeza. Cierro las piernas y lo detengo cogiéndole un mechón de pelo negro como el hollín—. ¡Es demasiado íntimo! No puedo.

Arrastra una mano por mis curvas con los ojos brillantes, pero sin una chispa de alegría, sino con actitud desafiante.

—Déjame probarte —dice con voz ronca y sensual.

Me quedo callada y me derrito mientras me besa el vientre, el ombligo y va bajando.

—Malcolm —protesto al principio, con el cuerpo tenso en la cama.

Cuando me pasa la lengua por primera vez, me tenso y llevo las manos a su cabello, lista para detenerlo.

—¿Qué pasa si no sabe bien? —susurro.

Me recorre el clítoris con la punta de la lengua y la entierra dentro de mí, destrozando todos mis sentidos.

—Mmm. Sabe bien.

Extiende las manos por mi ombligo. Me lame despacio, saboreándose. Echo un vistazo a mi entrepierna y veo que tiene los ojos cerrados y las pestañas parecen dos medias lunas. Empiezo a relajarme y dejo que mis dedos vaguen por los músculos abultados de su espalda. Gimo suavemente cuando me pasa la lengua por ahí, más fuerte, como si fuera mi boca.

—Se te da muy bien —digo con voz ahogada. De repente, apenas puedo formular una palabra audible, mucho menos varias.

Me acaricia la cara interna del muslo con los dedos y me frota el clítoris con la yema del pulgar mientras me acalla y me dice que deje de hablar. Veo el techo como un borrón y me paso la lengua por los labios, jadeando a medida que el placer se intensifica. Agarro el edredón y aguardo mientras me corro y me retuerzo.

Guau.

Siento un delicioso entumecimiento.

Todavía jadeo mientras me sigue besando ahí. En vez de levantarse rápido, se abre camino por mi sexo, subiendo hasta el ombligo para llegar al canalillo. Para cuando se pone un preservativo y me penetra con pericia con ese cuerpo hecho para esto, para poseerme así, para hacerme temblar así, ya soy una gran masa gelatinosa. Una gran masa gelatinosa a la que le complace que le diga cosas lascivas y sensuales mientras la sostiene contra su cuerpo.



Tengo que marcharme.

Saint tiene un aspecto tan exquisito en la cama, mientras recojo la ropa, que casi no puedo soportar mirar atrás cuando por fin estoy vestida y en la puerta. No creo que ninguno de los dos quiera enfrentarse a lo que acaba de pasar aquí. Especialmente él. Una vez me dijo que no duerme con nadie... y aunque ya he dormido con él antes, esta vez ha sido muy diferente, no podría soportar que se arrepintiera porque... No.

En cuanto me corrí, sentí que levantó un muro enorme. Rugió mi nombre, fuerte y profundo, como un grito de guerra que me hizo explotar en el sitio. Tras eso, nos quedamos mudos. Cuando volvió a la cama después de tirar el preservativo, no me tocó mientras escribía algo en el móvil.

He empezado a vestirme en silencio, ansiosa por irme a mi cama, donde poder procesar mejor todo esto. *O tratar de olvidarlo.* Él se ha limitado a cruzar los brazos detrás de la cabeza, me ha mirado y lo he oído llamar al chófer para que me recoja en la puerta.

—Adiós, Saint.

Veo que asiente con la cabeza y, mientras me dirijo al ascensor, lo oigo murmurar:

—Avísame cuando llegues a casa, Rachel.

—Lo haré —murmuro.

Y una vez en mi dormitorio, escribo:

Ya he llegado a casa

Todavía puedo saborearte

Sonrío, me meto en la cama y gruño en la almohada, pensando en esa parte suya tan grande, dura y hermosa.

—*Yo también quiero saborearte.*

21. Aventura

Muro de Facebook:

Saint, he visto esas fotos tuyas con una nueva chica en *El Juguete*. Apuesto a que es un rollo de fin de semana.

Twitter:

Hola, @MalcolmSaint ¿has perdido mi número? Soy Deenah del Ice Box, llámame

@MalcolmSaint, por favor, sígueme

Instagram:

¿Quién es la chica con la que estás en *El Juguete*, Saint? ¿La conquista del día?

Tras comprobar las reacciones en la cuenta de Twitter de Pecado, dejo el móvil a un lado y me doy la vuelta en la cama, deseándolo de nuevo. La pálida mañana se cierne sobre mi cabeza. La luz atraviesa las persianas y cae en mi otra almohada. Me lo imagino ahí, acostado, con las caderas cubiertas por las sábanas. Estoy aquí, cerca, de modo que puedo enterrar la cara en el hueco de su cuello, como ayer.

Sí, claro, como si alguna vez dejara que una mujer lo viera así.

No importa, seguro que no vuelve a ocurrir. ¿Recuerdas que enseguida se convirtió en un témpano de hielo después de todo ese calor? Además, anoche fue como un sueño. Un sueño increíble. Probablemente debería sentir remordimientos porque no deberíamos haber hecho lo que hicimos. Pero no puedo. Me derrito al recordarlo. Ni siquiera puedo creer esta sensación. Ojalá pudiera embotellarla y colocarme con ella cuando estoy lejos de él. Saint rezumaba seguridad en todo momento: cuando me puso estremecer, cuando me hizo gritar, cuando se controló y cuando bajó al pilón.

Uf. Qué cómoda estoy ahora. Podría estar aquí todo el día recordando. ¡Pero debo luchar contra la gravedad de la cama!

Me las arreglo para salir, cepillarme los dientes y dirigirme a la cocina. Miro a mi alrededor cuando Gina entra. En mi interior sé que lo que estoy haciendo está muy mal y es arriesgado. La prueba de ello es que no les he dicho a mis amigas que me he acostado con él.

Hablamos de cosas aburridas. Hablo con Gina y Wynn todos los días, hasta cuando no hay nada de lo que hablar. Por lo general ni siquiera tenemos nada importante que decir, excepto:

—Acabo de zamparme un helado.

Y yo digo:

—Oh, qué rico.

Y:

—He vuelto a ver *Algo para recordar*; no puedo creer lo buena que sigue siendo esa peli después de todos estos años.

—Oh, me encantan Meg Ryan y Tom Hanks. ¿Dónde están ahora esos dos? ¿Dónde está Meg? La echo de menos...

Acostarse con un tío después de tres años de sequía (y solo haberme acostado con otros dos chicos en mi vida, ninguno de ellos para echar cohetes) definitivamente se clasifica como material digno de mención. Acostarse con Malcolm Saint es un diez en la escala Richter. Merece que despierte a las chicas si hace falta. Merece que grite, reprenda y vuelva a gritar. Merece que pase un día soñando despierta (*¿Qué pasa si le gusta de verdad? Y ¿qué pasa si vuelve a ocurrir?*), pero como es él y soy yo, como todo es muy complicado, no puedo decirlo. No puedo compartirlo y no puedo soportar compartirlo o escuchar el consejo ni la opinión de nadie cuando esto me tiene tan confundida.

—¿Qué pasa contigo? —pregunta Gina.

—Nada. Voy a escribir —murmuro sin convicción.

Me dirijo al portátil y lo observo sin escribir ni una sola palabra. Solo acaricio las teclas con los dedos mientras echo un vistazo al teléfono.

Oh, Dios, qué zorra que soy. Me obligo a expulsar la respiración que he estado manteniendo y leo el mensaje que acabo de enviarle:

¿Esta noche?



Esta noche, respondió él.

Volvemos de pasar la noche con Callan y Tahoe. No puedo creer lo cachonda que me he puesto al ver a Saint alcanzar un orgasmo deportivo cuando han ganado los White Sox. A sus amigos también les ha pasado. Han gritado en el apartamento de Tahoe. Tahoe ha empezado a correr por todas partes como un loco, dándose golpes en el pecho. Callan ha abierto una botella de cava y nos ha bañado a todos. Los músculos de Malcolm le han dado mucho trabajo a mis glándulas salivales cuando se ha quitado la camisa, ha hecho una bola con ella y la ha lanzado a la tele diciendo: «Chupaos esa, ¡sí!».

Ha seguido mirándome mientras yo iba de un lado para otro.

—Oye, nos lo estamos pasando bien. ¿Por qué no llamas a las chicas? —pregunta Tahoe.

—No, gracias. Mantén tus garras lejos de mis chicas —contesto.

—De hecho, vamos a largarnos —dice Malcolm. Lo miro y él me observa de forma significativa.

—Au, Saint. Oye, ¿podemos pasarnos por tu casa luego?

—Más tarde —dice.

No sé por qué, pero ya estoy temblando como una loca.



Quince minutos después estamos en su dormitorio. Ruedo sobre mí misma para colocarme a horcajadas sobre él, deseosa por su boca, y nos volvemos a besar. Estamos desnudos, así que puede jugar con mis pezones y arrastrar las manos por mis brazos y, luego, por mi espalda. Nos movemos mientras se endereza y tira de mis piernas para que le rodee las caderas. Me excita tanto sentir que está empalmado debajo de mí que no puedo dejar de besarle la mandíbula y la boca. Está tan duro que gruñe cuando meneo las caderas un poquito.

Dios, me desea de verdad...

—Esto no significa nada, ¿no? —pregunto, jadeando, lista y tan empapada que estoy un poco avergonzada porque sus dedos ya están vagando por mis partes íntimas.

—Exacto. —Me pasa la lengua por la oreja y desliza la mano por los labios de mi sexo.

Observo la dura expresión de su rostro mientras me muevo lentamente sobre su regazo para excitarlo más con mi humedad hasta que me dice en un tono áspero al oído:

—Cualquier chico mataría por vivir aquí.

Me agarra por las caderas y me empuja hacia él. En esta posición, me penetra y entierra todo el pene en mi interior. Le sostengo la mirada. Me paso la lengua por los labios y él dirige su aguda atención masculina a cada parte de mi cuerpo que puede. Me desliza las manos por el culo, descendiendo por la parte trasera de las piernas hasta llegar a los tobillos, donde frota el hueso con los pulgares mientras yo hago el resto del trabajo.

Me rebotan los pechos a causa del movimiento y él se tiende en la cama a observarlos, mientras dirige una mano hacia mi vientre plano y me acaricia el clítoris.

—Mírate —canturrea con voz ronca mientras agacha la cabeza para chuparme los pechos de una forma que hace que los ojos se me salgan de las órbitas. Simplemente pierdo el control.

—Malcolm —gimo mientras le rodeo los hombros con los brazos y me deleito por lo marcados que están.

Oímos la puerta abrirse.

Dejo de montarlo por un instante, pero la tiene tan grande y está tan enterrado en mí que no quiero parar.

—Chist. —Se endereza, con las manos en mis caderas y me mira encima de él—. Solo son los chicos, no van a entrar.

Me chupa el pezón. Dejo caer la cabeza hacia atrás de puro placer, ardiente y apasionado, mientras me vuelvo a mover.

Más ruido.

—Mmm —gimo, deleitándome con él. Siento cada palpitación de su cuerpo.

—¡Saint! —gritan.

Levanta la cabeza.

—¡¡OCUPADO!!

Oh, Dios. No puedo. Me levanto y lo saco de mí, demasiado nerviosa por si me escuchan como para continuar.

—No, ven aquí. —Me atrapa entre sus brazos y tira de mí suavemente.

—¡Van a ver que estoy aquí contigo! —susurro mientras me libero y recojo la ropa.

—¿Y? —Mientras me pongo el bonito tanga y el sujetador, adopta una actitud más seria.

—Que no quiero que todos me vean como tu nuevo ligue. Esto queda entre tú y yo.

Me pongo la camiseta y la falda y él se coloca los vaqueros, todavía erecto, con una expresión completamente distante. Se acerca y me rodea la cintura con los brazos.

—Quédate aquí y me desharé de ellos.

Cierro los ojos. Su caricia, firme y persuasiva, me invita a quedarme para abrirme camino por su cabello, por su boca, por él.

—Vale —susurro.

—¿Estás segura? —El mero tacto de su mano en mi barbilla envía un escalofrío que me recorre de arriba abajo y asiento con la cabeza.

Salimos en silencio. Me da una taza de café y luego trae una botella de vino de la bodega.

—¡Hola, tío! —Los chicos le chocan la mano y él les lanza una mirada silenciosa que sin duda lo dice todo. Una mirada con la que pregunta: *¿Por qué estáis aquí?*

—Bueno, hola, Rachel. —Tahoe mueve las cejas mientras Callan y él se acomodan en los enormes sofás de cuero de la sala de estar—. ¿Sabes, Rache? La gente me ha estado preguntando por ti. Sobre todo viejos conocidos de Saint —añade Tahoe.

—Ya me lo imagino. Desde la inauguración de Interface he recibido un montón de peticiones de amistad en Instagram, Facebook y Twitter —respondo.

—Hasta Callan ha recibido más peticiones que yo —añade Tahoe.

—Porque tú eres un bestia y medio asustas a las chicas. —Callan asiente con la cabeza y me mira—. No llegó a la pubertad, se estampó con ella.

Me río.

Los dos me miran como si estuvieran esperando que les explique la situación, pero no lo voy a hacer. Creo que están demasiado asustados como para interrogar a Saint. Entonces empiezan a hablar.

Intento no tomar notas mentales, pero principalmente hablan de los White Sox.

Me acurruco en el sofá, coloco mi taza a un lado y agarro un pequeño cojín. Pecado se sienta frente a mí, tal vez porque le dije que no quería que pensaran que era su ligue. Le sonrío para darle las gracias en silencio.

Me devuelve la sonrisa y se bebe el vino.

Intento convencerme de que sería mejor marcharme a casa, aunque mi cuerpo protesta ante la mera idea de no verlo hasta Dios sabe cuándo, cuando escucho a Tahoe decirle a Malcolm despreocupadamente:

—Van a venir sus amigas.

La taza de café se me cae al suelo con un estrépito.

—¿Qué?

—Sí. Las he invitado.

—¿Tú? ¿Cómo es que conoces a mis amigas, Tahoe?

—¿A Gina la Suculenta? —Sonríe—. Saint te pidió y tiene tu número de fijo.

Miro a Malcolm y me pongo roja cuando él me devuelve una mirada directa, impávida.

Para corroborar la afirmación de Tahoe, quince minutos después aparecen Wynn y Gina en casa de Saint, vestidas para matar. Se quedan boquiabiertas al mirar a su alrededor y yo casi siento vergüenza ajena por el tiempo que tardan en recuperarse. Los chicos las llevan a la sala de estar, donde hay una enorme pantalla del tamaño de la de un cine.

—¿Qué pasa con vosotras, chicas? —pregunta Tahoe mirando directamente a Gina—. ¿De qué discutíais tan acaloradamente cuando salíais del ascensor?

—Mmm... —Wynn vacila—. Estábamos hablando de la vida sentimental de Rachel —suelta—. Que ha vivido perfectamente bien sin un hombre en su vida. Ni un solo novio, nunca, en serio.

—¿En serio? —pregunta Tahoe—. Entonces, ¿es virgen o qué?

El silencio procedente de la proximidad de Malcolm parece pesado y, acto seguido, gruñe:

—Tío, Rachel y yo...

Se queda en silencio ante mi mirada y luego el silencio se hace interminable.

—¿Vosotros qué? —pregunta Tahoe.

Arquea las cejas y me mira de forma inquisitiva.

—¿Vosotros qué? —repite Gina.

Malcolm sigue mirándome, como si ahora se acabara de dar cuenta de que tampoco quería que mis amigas lo supieran. Me pregunto sin parar qué narices va a decirles que *estamos* haciendo. Bueno, ¿qué estamos haciendo?

—Os estáis acostando, madre mía, ¡mejor me meto un calcetín en la boca y no hablo! —dice Wynn.

—Puedo metértelo si te pone —se ofrece Tahoe.

—De verdad, no es nada —digo enseguida para apaciguar a mis conmocionadas amigas—. Nos hemos liado dos veces o así.

Soy consciente de la forma en que me miran mis amigas, confundidas, y de Malcolm, que me observa en silencio.

—¿Solo dos veces, tío? ¡Y parece que igual no hay una tercera! —Tahoe se ríe.

—Cállate, gilipollas. Lo tengo controlado. —Malcolm se acerca hasta mi sofá y se deja caer junto a mí, extiende la mano y me besa en la frente. Luego susurra en voz baja y ronca para que solo yo lo escuche—: Este bombón es solo mío.

—*Malcolm*. —Juro que acabo de ruborizarme desde la raíz del pelo hasta los dedos de los pies.

—Mira el color rosado de tu piel. —Se ríe con suavidad; sin duda le divierte. Tiene una sonrisa en la cara y los ojos oscuros y brillantes.

—¿Dos veces? —explota Gina con retraso debido a la impresión—. ¿Y no pensabas decírselo a tus mejores amigas?

Saint se dirige a la bodega, un frío espacio acristalado cerca del final de la barra, y saca una botella de vino y un puñado de copas, todo eso mientras me mira con curiosidad.

—No me pareció importante —contesto con incomodidad.

—Teniéndolo en cuenta... —Gina frunce el ceño—. Teniéndolo en cuenta... —Señala a Malcolm—..., *era* importante.

Gina lo mira.

Luego me mira a mí.

—No es importante —repito.

—Oooh, eso es malo, tío. —Callan le toma el pelo a Saint.

—Eres un zorro —dice Tahoe. Dios, juro que ese hombre está obsesionado con las referencias a animales—. Habéis estado follando todo este tiempo. Apuesto a que estabais follando justo ahora, cuando hemos llegado.

Malcolm me lanza una mirada, evaluándome de forma silenciosa, y luego susurra:

—Rachel es una dama.

Estoy roja como un tomate.

Malcolm me habla con los ojos. ¿De qué va esto?

—Joder, ¡apuesto a que te vas a follar a la dama cuando nos vayamos!

—Ya basta, T —murmura Saint mientras se termina el vino y me observa todavía con esa preocupación silenciosa. Intenta saber qué hacer. Sé que quiere que le dé una pista, pero no se me ocurre nada. Oh, mierda.

—Vamos a apostar —le dice de repente Tahoe a Callan, y luego se gira hacia Malcolm—. Si seduces a la dama con tus encantos, te doy mi buga. Si no, tú me das uno de los tuyos.

Saint baja la copa y lo observa, expectante.

Mis amigas también lo miran.

Parece que va a responder a la única pregunta que todos se están haciendo: si Saint y yo estamos acostándonos.

Y Saint me mira, una mirada en parte desafiante y en parte exigente, y contesta:

—Hecho. Cuando lo haga, me quedaré con vuestros bugas.

Los chicos lo celebran.

La sangre que me corre por las venas está caliente por la excitación, pero también por la humillación.

—¡Saint! ¡Dijiste que era demasiado buena para ti! —Tahoe lo amenaza con un grueso dedo—. La has agotado al estilo Saint.

Miro a Malcolm. Todavía me observa con una leve sonrisa de victoria en los labios mientras se sirve una nueva copa de vino y le da un trago. Como si ahora todo estuviera bien en el mundo porque él está en la cima una vez más.

Exploto.

—No ibas en serio con eso de apostarte los coches a que vas a... —Me detengo, y cuando asiente con la cabeza, me dirijo a por mi bolso—. De acuerdo, ya he tenido suficiente. Nos vamos. Gracias por la fantástica velada, Pecado —murmuro mientras me dirijo al ascensor.

Se me acerca.

—Vuelve aquí, Livingston. Se van todos, excepto tú...

Sigo mi camino y él mueve su gran cuerpo para que no pueda marcharme.

—¿No has escuchado lo que acabo de decirles a los chicos? —me pregunta con suavidad. Tiene una mirada llena de curiosidad y completamente desconcertada, como si creyera que

debería estar eufórica porque él me haya reclamado así.

—Claro, y eso es exactamente por lo que me voy.

Me alejo y, ya en el ascensor, me doy la vuelta y le echo un vistazo por última vez. Su mirada es infranqueable e ilegible, como su expresión.



Las chicas me siguen hasta el ascensor.

—Rachel, te has metido en un buen lío. Ya le has prometido la historia a Helen.

—Lo sé, Wynn. —Niego con la cabeza porque mis amigas parecen muy preocupadas por mi situación. Acabo de darme cuenta de que me he convertido en una imprudente.

Doy vueltas de un lado para otro. Sufro por la forma en que me he marchado.

No puedo creer que, en el fondo, los hombres de negocios poderosos no sean más que unos niños. Pero, *aun así*, me gusta mucho uno de esos niños: el chico despiadado y demasiado ambicioso al que no le gusta perder. *Me gusta*, deseaba estar con él hoy y, antes de que sus imbéciles amigos llegaran, sé que él solo deseaba estar conmigo.

—Os estáis acostando, ¿verdad? —dice Gina como si pudiera leerme la mente, y se gira para ver si Wynn está con ella—. Es una mala idea, Wynn. ¿Estás de acuerdo conmigo?

Ni siquiera dejo que conteste Wynn.

—Siempre me habéis presionado para que me enrolle con alguien. Bueno, pues me he enrollado con Saint.

—A quien también estás investigando —añade mi compañera de piso.

—Gina, gracias por recordármelo. De acuerdo, he tenido un momento de debilidad. O... varios. Es que es tan fácil estar con él... Es diferente de lo que esperaba y me tiene hecha un lío. —Frunzo el ceño—. Mirad, es presa fácil. Está soltero, ¿no?

Se quedan en silencio.

Entonces Gina susurra:

—¿Te has acostado con él y no me lo has dicho? Estoy muy dolida ahora mismo, Rachel.

—¿Qué puedo decir? ¿El poder de Pecado me obligó a hacerlo?

—¡Os pasasteis toda la noche jugando a los médicos y nosotras no sabíamos nada!

Gruño cuando llegamos al vestíbulo y me doy cuenta de que no quiero marcharme. Me detengo y digo:

—Voy a volver.

Mis amigas me rodean junto al ascensor.

—Rachel, apruebo completamente lo del rollo, pero hay una razón por la que siempre lo hace solo tres veces... —dice Wynn.

—En realidad, cuatro. Es fan del número cuatro.

—Y no hago esto porque sea una capulla —añade Gina—. Lo hago porque eres mi mejor amiga y te quiero. No tienes muchas citas, nunca has querido tenerlas, pero ahora te digo que nunca jamás quiero que te sientas como yo cuando Paul me dejó. No le desearía ni a mi peor enemigo que se sintiera tan usada, inútil, pequeña, fea y completamente idiota como yo por

haberlo amado.

Nos miramos.

—Sabes que, si vas a por Saint, estaré a tu lado para ofrecerte pañuelos de papel, como tú hiciste por mí. Pero espero que sepas que me preocupo tanto por ti que, cuando salgas ahí y te rompa el corazón, también me lo va a romper a mí.

Me escuecen un poco los ojos. Está el tipo de apoyo que pides y el que simplemente te brindan. Nos abrazamos, les aseguro que lo entiendo y me vuelvo a montar en el ascensor que me lleva al ático.

Entro en la vivienda. Me pica el cuerpo por todas partes cuando el chico de ojos verdes y sensuales levanta la mirada de lo que parece ser el comienzo de una partida de póker y se centra en mí. Deja las cartas sobre la mesa y se levanta con un brillo de pura necesidad primitiva en esos ojos que siento en las *entrañas*.

Tengo la voz ronca cuando susurro:

—Caballeros —me dirijo a los dos hombres atónitos—. Si no os importa, dejadle las llaves al conserje.

Nunca olvidaré la sonrisa diabólica de Saint.



La niña que hay en mí pide clemencia a gritos cuando Malcolm les dice a los chicos que tienen que marcharse.

—Ahora.

La niña que hay en mí pide clemencia a gritos, y lo pide a él. Grita cuando Saint me señala el dormitorio mientras los ve marcharse en el ascensor y luego pulsa un código de seguridad para que nadie nos interrumpa mientras estemos aquí. Todavía tengo los sentidos a flor de piel mientras me sigue al dormitorio y, cuando vuelvo a la cama, él camina directamente hacia mí.

No dice nada, solo me mira, y luego me desliza una mano por la cintura y tira de mí. El ligero roce de su cálida boca y, a continuación, la presión cuando la posa sobre la mía me recuerda a la caricia de una pluma. Nuestras bocas encajan a la perfección, tanto que silencia mi «Dios...». Es un beso que va de seco a húmedo, de lento a rápido, de ligero a profundo...

Empiezo a jadear y deslizo los dedos por las solapas de su camisa.

Sigue besándome, un beso más largo y húmedo. Un beso abrasador. Un beso con el que puedo afirmar que Saint va en serio. Me envuelve el pecho con sus manos, lo acaricia y frota ligeramente el pezón con el pulgar. Su experta caricia me promete que nadie me saciará, me poseerá ni me complacerá como él.

—¿A cuántas mujeres has besado? —le pregunto contra la boca, su gloriosa boca. Estoy celosa de todas las mujeres del mundo que les preguntan a sus amigos por él. Cuando simplemente me mira los labios húmedos, enrojecidos y besados por él, me libero y me dirijo a la cama.

¿Cuántas mujeres preguntan por Saint...?

Me muerdo el labio inferior y siento que el deseo me sube desde la entrepierna. Me pregunto si alguna de estas mujeres ha hecho lo que yo misma quise hacer en secreto cuando lo conocí:

arrancarle por completo la camisa. Exuda todo tipo de feromonas sexuales que me hacen sentir este inmenso deseo de oler, tocar y saborear su amplio y plano torso, esos brazos grandes y cuadrados, su boca totalmente masculina. Apuesto a que esas mujeres han saboreado más de lo que yo me he *atrevido*. Apuesto...

—Ven aquí.

Toma mi mano en la suya y me impide retroceder. Me quedo sin aliento. Me mira a los ojos con sus ojos verdes brillantes y los párpados entrecerrados... Contempla mi cabello, mis ojos, mis labios y nuestras manos unidas.

—¿Besar a quién? —pregunta al fin. Me acaricia lentamente la parte superior de la mano con el pulgar mientras me acerca a él de un tirón y me roza la frente con los labios—. ¿Besar a quién? ¿Dónde? ¿Aquí? —Me toma el pelo con una voz pastosa y ronca.

—No. —Gimo y me río un poco, luego entierro el rostro en su pecho. Huele a limpio, a menta y..., simplemente, a hombre. Sigue sosteniéndome la mano y entrelazamos los dedos. Extiende la otra mano y me sostiene la mejilla al tiempo que me besa la punta de la nariz.

—¿Qué tal aquí? —Hunde la cabeza y empieza a besarme el cuello, saboreándome ligeramente con besos desde la clavícula hasta el borde de la mandíbula.

—No —susurro. El pecho me sube y baja a toda velocidad y tiemblo de la cabeza a los pies. Solo quiero que siga tocándome, sosteniéndome y besándome.

—¿Cuántos hombres han besado esto? —Su sonrisa desaparece y los ojos le arden con gran intensidad mientras me frota los labios con el anillo de plata que lleva en el pulgar.

Inclino la cabeza hacia atrás y le ofrezco la boca.

—Dos... y tú.

—Pero ¿nadie ha estado aquí? —En un movimiento sinuoso, sumerge el pulgar en mi interior—. Nadie ha entrado en esta boca.

—No... —Le saco la camisa de la pretina de los pantalones—. Quiero que *tú* lo hagas.

Se la levanto y él se la saca por la cabeza de un tirón. El cabello termina desgredado y con un aspecto glorioso mientras se la quita, le da una apariencia de recién levantado que lo hace aún más valioso a mis ojos, porque parece accesible. Poderoso pero humano. Tan humano que siento su cálido cuerpo. Intento respirar mientras extiendo la mano, le acaricio los duros pectorales y el pecho y le chupo el pezón. Le paso los dedos por los bíceps.

Me levanta la cara con las manos para besarme. Le ofrezco la boca sin protestar, dejándole que la mueva como quiera.

El beso me hace sentir la sangre como si fuera gasolina corriendo por mis venas. Los labios de Saint son el fuego que me enciende.

Dejo que me acaricie, que me roce despacio la lengua con la suya y, entonces, me besa apasionadamente el cuello y los pezones. Siento que me pesan los pechos y es increíble cuánto me duele la entrepierna.

Me besa justo en el canalillo y, luego, juguetea con un pezón por encima de la camiseta. Siento que el lametón me excita. Me estremezco sin mover un músculo para que no se detenga.

Se abre camino de nuevo hasta mi boca. La abro enseguida y le rodeo el cuello con los brazos. Le devuelvo el beso con desenfreno, sin contenerme, mientras sus manos se cuelan por debajo de mi camiseta.

Retrocede a la cama sin soltarme y se deja caer, llevándome con él. Enseguida nos mueve

para ponerse encima. Se apoya sobre los codos, que coloca a ambos lados de mí, y me mira. Qué hermoso es. Lo contemplo. Tiene los ojos entrecerrados y oscuros por el deseo. Levanto la cabeza y entrelazo mi lengua con la suya dibujando círculos, presionando y saboreando. Se inclina sobre mí e intenta no aplastarme, pero se acerca, se acerca con sensualidad. Qué sensación tan placentera y qué bien sabe. Extiendo un brazo y deslizo los dedos por sus abdominales con la necesidad de tocarlo.

Su pene está hecho para chuparlo y follar. Siento su dura longitud entre los dedos. Relaja la mano que tiene en mi entrepierna y me atormenta con los dedos. Me pregunta:

—¿Lo deseas?

Muevo las caderas para que me toque y jadeo.

—Sí.

Me muerde los labios despacio, tomándose su tiempo.

—Hueles bien —me susurra al oído. Me desea, la lujuria es palpable a nuestro alrededor. Huelo a mujer preparada para que la posean, a una mezcla de perfume, champú y jabón con la esencia de Saint que me vuelve loca.

Jadeo en busca de aire; cada respiración huele a él, cada parte de mí me recuerda la sensación de tenerlo en mi interior. Ahora deslizo las manos por su cabello y abro las piernas para sentirlo justo donde más lo necesito. Me levanta contra él por el trasero y se apodera de mi boca sin prisas. Me doy cuenta de que va a tomarse su tiempo; va a tomarse toda la noche, hasta que haya acabado conmigo. Cuando soy consciente de que va a seguir con esta tortura sexual, gimo de desesperación.

Me inclina hacia atrás para que nos miremos a los ojos. Me acuna la cabeza mientras, con el pulgar de la mano libre, me acaricia la zona del cuello donde se toma el pulso.

—¿Qué quieres, Rachel? —susurra—. Dime cómo lo quieres. ¿Lo quieres ya?

Me observa y desliza la mano por mi cuello hasta llegar a la clavícula. Me abre el sujetador y se deshace de él con facilidad.

—Eres tan receptiva cuando te toco que me vuelvo loco cuando te veo romperte en pedazos.

Extiende el brazo hasta mi cintura para abrirme la falda y luego me la baja. Parece que no tiene prisa, pero yo sí. Tengo tanta prisa por verlo desnudo que le doy una patada a la falda y extiendo el brazo como una ninfómana desesperada, con los dedos temblorosos, para desabrocharle la cremallera de los pantalones.

—Desnúdate, desnúdate, Saint —ruego con la voz pastosa.

Cuando su piel suave y ardiente entra en contacto con la mía, me siento en el cielo y en el purgatorio al mismo tiempo. Le recorro la espalda con las manos y le agarro del duro trasero para colocarlo sobre mí. Saint arrastra la lengua, caliente y húmeda, por mi pezón. Gimo. Su olor me cautiva y un ligero toque de su sabor se me queda en los labios. Si esta no es la tortura más deliciosa, no sé cuál es.

Agacha la cabeza y me acaricia el otro pezón con la lengua. Me estremezco, separo las piernas cuando me provoca con dos dedos en mis pliegues y le ruego:

—Por favor.

Entierra la punta del dedo corazón en mi interior, pero la saca enseguida. Un fiero deseo me inunda la entrepierna mientras levanto las caderas y, dolorida, intento seguir el dedo. Me mantiene ahí, donde me quiere. Debajo de él, indefensa y temblorosa. Me mordisquea el labio

inferior y tira de él de una forma tan delicada que duele.

Maúllo con suavidad y, a continuación, él se coloca encima de manera que su duro cuerpo queda alineado con el mío. Dios, ayúdame, soy suya.

—Pecado..., *Pecado*...

Mis pensamientos se dispersan mientras sumerge la lengua de forma sinuosa en mi oreja. Este hombre va a llevarnos a todos a cometer pecados.

Me observa los pezones enrojecidos. Gruño cuando se agacha para saborearlos mientras me acaricia la vulva con suavidad y pericia. Primero me roza el exterior. Me lo recorre entero con el dedo corazón y dibuja pequeños círculos con la yema del pulgar. Luego me frota con el pulgar, me penetra con el dedo corazón y me rompo en mil pedazos.

Le acerco el rostro, temblando de deseo, mientras lo beso e inclino la cabeza para succionarle la lengua con fuerza. Gruño cuando le dejo deslizarse arriba y abajo entre mis piernas. Estoy tan hambrienta que, si entra en mí, voy a correrme antes que él. Pero él saborea lo que me está haciendo y parece que quiere que dure. Me masajea el exterior de la vulva con el prepucio.

Es hermoso, indomable y poderoso, y quiero que se corra dentro de mí. Pero sé que sería imprudente, por eso jadeo y lo observo ponerse un preservativo mientras me mira, con el pecho moviéndose arriba y abajo por las profundas respiraciones.

Nos sostenemos la mirada mientras abro las piernas y se restriega de nuevo contra mí. Se vuelve a extender sobre mí. Con un solo movimiento, me coloca una pierna alrededor de su cadera, me abre y me penetra. Gruño y le clavo las uñas en los músculos. Me mira a la cara mientras empieza a penetrarme. Se estremece y se me corta la respiración cuando saca el miembro y luego lo vuelve a meter, húmedo por mí y muy duro. No puedo pensar ni hablar, solo lo acojo, le como la boca y me embebo de la emoción que hay en su mirada, así como de cada movimiento, cada jadeo y cada gemido de abandono indefenso que emito.

Estira el brazo para frotarme ligeramente el clítoris con la yema del pulgar. Me mira, respirando con dificultad, dibujando pequeños círculos con el pulgar mientras introduce el pene tanto como puede, listo para disfrutar de las contracciones y las dilataciones de mi cuerpo.

Un orgasmo fiero y salvaje me arrasa como un fuego forestal, ni un rincón de mi cuerpo queda intacto. Saint me gira las caderas y me monta así, alargando el orgasmo con los envites más deliciosos de mi vida, mientras me retuerzo buscando su boca con la mía. Me ofrece un beso devastador y noto que alcanza ese punto, ese punto mágico, porque la energía parece envolver su cuerpo, que se tensa con cada embestida.

Todavía estoy disfrutando de las réplicas del terremoto cuando se endurece y siento los espasmos de su miembro mientras se corre en mi interior. Me sostiene el rostro por las mejillas mientras baja el ritmo y compartimos un lento pero profundo y apasionado beso al tiempo que nuestros cuerpos se relajan.

—Guau —digo entre jadeos.

—Sí —contesta. Le sigue una suave risa y un brillo de satisfacción en los ojos. Parece complacido por mi sinceridad. O tal vez, simplemente..., por haberse acostado conmigo.

Se mueve para mirar al techo y yo me quedo a su lado, rodeada por uno de sus brazos. Flexiona el otro bajo la cabeza, el pecho le sube y le baja por la falta de aire. Mira hacia abajo y me acaricia un mechón de cabello húmedo de la frente.

—Estoy casi preparado para un segundo asalto. ¿Y tú?

No puedo respirar, pero ¿quién necesita oxígeno?

—Yo también.

¿Qué estoy haciendo? ¿Qué estoy haciendo? ¿QUÉ ESTÁS HACIENDO, RACHEL?

—Una vez más antes de que me vaya —digo mientras ruedo para colocarme encima de él. Y, oh, Dios mío, es tan bueno, que me lo quedaría si pudiera.



Un maratón de sexo con múltiples orgasmos después...

—¿Por qué no les has hablado a tus amigas de mí? —pregunta Malcolm.

Vacilo mientras me visto.

Su expresión no refleja enfado, pero tampoco parece contento, sino algo ensimismado, con los párpados pesados tras el último orgasmo y una mirada impenetrable.

—Por la misma razón por la que no quería que tus amigos lo supieran.

—¿Qué razón? —pregunta.

—Solo estábamos tonteando. No significa nada. —Me cierro la falda y luego me quedo de pie, mirándolo—. ¿Estás enfadado?

—Tengo curiosidad.

Lo observo.

—Estás acostumbrado a desfilas con tus amantes y a ellas les encanta haberse acostado contigo. Yo no soy así.

—¿No somos un poco mayores ya para jugar al escondite, Rachel?

—¿No somos demasiado mayores ya para apostar que te vas a acostar conmigo?

Retuerce los labios, pero la sonrisa no le llega a los ojos.

—No puedes soportar que piensen que me deseabas y no me tuviste.

—Cierto, no puedo.

—¿Por qué?

—Porque dije «Me la pido».

—No te entiendo, Malcolm. Por eso mismo no quiero una relación. Me mataría no entender a mi pareja.

—A él le está matando tratar de entenderte a ti.

Parpadeo.

Continúa, como si lo que ha dicho no fuera algo muy importante. Como si mi corazón no acabara de quedarse congelado con una extraña sensación de miedo y esperanza en el pecho.

—Verás —continúa—, a las chicas les suele *gustar* que la gente sepa que han estado en mi cama. Algunas chicas afirman que han estado aquí y ni siquiera las conozco. Tú eres la primera que ha estado aquí pero no quiere estarlo.

Agacho la cabeza cuando una horrible sensación de traición y deshonestidad me inunda.

—Si no quisiera estar aquí, no estaría aquí —murmuro—. Estoy aquí a pesar de... a pesar de que no debería estar aquí bajo ningún concepto —explico, y levanto la mirada hacia él. No

debería estar aquí, Saint, pienso abatida.

Pero solo me mira con esa expresión desconcertada que tiene cuando trata de entenderme. Cojo la camiseta y siento que me observa mientras me visto. Este es el tipo de conversación que no esperas tener con un rollo de una noche, pero él no es un rollo de una noche. ¿Qué es?

—No quiero ser un número en esa lista. Solo de pensar en todas las mujeres con las que te has acostado me dan ganas de apuntarme a un curso de baile en barra.

Se ríe.

—¿Por qué?

—Porque soy del montón. Una chica... normal. Y tú eres tú.

Y soy adicta a ti.

Son más de las tres de la madrugada. Estamos completamente despeinados y se supone que estamos relajados después de follar como locos. Pero tiene la mandíbula apretada y yo también tengo los músculos agarrotados. Quiero saltar encima de él de nuevo y deshacerle de la tensión como antes, pero esta adicción, él, empieza a asustarme. Me quedo junto a la puerta y me giro para despedirme, pero él ya está poniéndose unos sensuales bóxers negros y los pantalones.

—No es seguro que te marches a estas horas de la noche —murmura.

—La calle nunca es segura —murmuro.

Con el pecho descubierto y descalzo, todavía provocándome mariposas incluso después de haber tenido sus manos por mi cuerpo desnudo, me acompaña al ascensor y espera junto a mí a que llegue. Cuando se oye el sonido al detenerse, me gira para ponerme frente a él. Permito que me bese solo durante un segundo. Dos. Luego me aparto y entro en el ascensor.

—Adiós.

Hay algo íntimo en sus ojos mientras me observa y me sostiene la mirada hasta que se cierra la puerta.

Dios, nunca creí que un hombre pudiera mirarme así.

Salgo del edificio cuando veo al chófer bajar del Rolls-Royce.

—Señorita Rachel —saluda, y abre la puerta.

—Oh, Pecado, ¿en serio?

Echo un vistazo a lo alto de la torre, pero ni siquiera lo veo. Estoy a punto de discutir con Otis, pero son las tres de la madrugada.

Cuando me deslizo en el asiento trasero del coche, alguien dice:

—Señor Saint, buenas no..., *buenos días*.

No me ha dado tiempo ni a sentarme cuando veo su cara y lo *que* ocurre; el corazón me da un vuelco.

—Rachel —dice mientras me agarra del brazo y me saca del coche.

—¿Qué... qué estás haciendo?

—Algo que debería haber hecho antes.

Me niego a dar un paso mientras me da la mano y tira de mí hacia él. Abro los ojos como platos.

—Has perdido la cabeza.

—Así es —acepta y luego arquea una ceja—. ¿Vienes o quieres que te lleve a cuestas?

—Por favor, no lo hagas —ruego, consciente de la mirada de *absoluto asombro* de Otis.

—Entonces ven conmigo.

Doy un paso adelante, con la mano entrelazada con la suya, y volvemos al ascensor. Cuando la puerta se abre, cuando nadie puede vernos, me toma en brazos y me echa al hombro.

—¡Saint! ¡Malcolm SAINT! Bájame, ¿qué estás haciendo?

—Te bajaré pronto. —Me quedo inmóvil y empiezo a derretirme por dentro, con el corazón deshecho—.

—No estás haciendo esto... —digo con una incredulidad exagerada mientras me deja caer en la cama.

—Sí, lo estoy haciendo. Te vas a quedar a dormir. Pasarás la noche aquí.

Parece que va en serio mientras me saca la camiseta por la cabeza para ponerme cómoda, y sé que quizá no debería quedarme, sé que no debería gustarme que pasemos juntos tanto tiempo y sé que ahora mismo no pienso con claridad (no, simplemente *no* pienso), pero eso no me impide desabotonarle la camisa a una velocidad imperiosa hasta que se la quito y suspiro cuando extiende su cuerpo sobre mí.



@MalcolmSaint, ¿es cierto que tienes novia? #estoytriste #porfavordiqueno

Bajo el teléfono y me giro en la cama dos horas después para observar al hombre que duerme a mi lado.

Extiendo el brazo y le acaricio la mandíbula. Observo su sexy boca, completamente inmóvil mientras descansa. Me quedé dormida después de las sesiones de sexo salvaje y ardiente. Yo. Durante toda mi vida, el miedo al rechazo y a ser herida por un hombre me ha hecho centrarme únicamente en cosas que puedo controlar. Los estudios y el trabajo. El cerebro ha dominado el cuerpo y sus necesidades durante años, es cierto. Pero no ahora, no esta noche, no con este hombre.

Cómo me desea... me deja sin respiración.

Antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, le acaricio la cara con los dedos, trazando primero los contornos de la mandíbula y maravillándome con la sensación abrasadora de su barba incipiente.

Tiene los labios carnosos, firmes y tan rosados que se me acelera el pulso mientras me hormiguea la boca por la envidia que tiene de mis dedos.

Sin ni siquiera pensarlo, contengo la respiración e intento no hacer nada de ruido mientras inclino la cabeza. *Estás haciendo que mi mundo gire muy rápido y fuerte.* Las palabras tiemblan en mi corazón mientras le cubro la mandíbula con las manos y le doy un beso tan suave como puedo sin despertarlo.

Algo pegajoso y cálido me inunda. *Oh, Dios, Malcolm...*

Me acerco más a él, lo siento, lo miro. Nunca pensé que lo vería así, dormido conmigo, después de hacer el amor. He estado admirando sus sonrisas, el brillo que tiene cuando me toma el pelo o se divierte a mi costa y lo protector que se pone cuando sus amigos quieren tontear conmigo. Nunca pensé que conectaría así con un hombre.

Me encanta que sea sensato y lógico pero que con sus amigos a veces solo sea un adolescente, un adolescente muy grande y muy guapo con juguetes muy caros y poderosos. Me encanta que sea mi trabajo y entrevistarlo, porque quiero aprovechar cada oportunidad que me ofrezca. Me encanta ser solo una pequeña parte de su vida y, ahora mismo, al verlo como nunca pensé que lo haría, desnudo en la cama, durmiendo, me siento mucho más enganchada a él de lo que jamás creí posible.

Cuando me rodea con los brazos, abre la boca bajo mis labios, desliza su cálida y húmeda lengua en mi interior y un millar de olas de placer me recorren las terminaciones nerviosas, lo único que puedo hacer, lo único que quiero hacer, es dejar que me posean, tanto él como las horas de placer.

22. Excitación, éxtasis y exposiciones

Pasamos el domingo con los chicos viendo otro partido de los White Sox.

Tenía toda la intención de escribir notas en el teléfono para añadirlas al archivo, pero estoy tan relajada que me dejo llevar un rato.

Empiezo a sentirme cómoda con ellos, son como los hermanos mayores molestos que nunca he tenido. Parece que vienen de algún acto porque llevan traje y la corbata desanudada a un lado. La chaqueta de uno cuelga en una silla y la del otro, en un sofá.

La voz del locutor dice algo sobre un gol, tal vez era un *touchdown* o algo así, y los chicos están pegados a la pantalla de la televisión. Estoy sentada cerca de Malcolm, que lleva una camiseta de algodón azul claro que se le pega a los hombros y unos vaqueros desgastados. Se le ve cómodo y tiene un aspecto imponente despatarrado en el sofá. Callan y Tahoe comentan algo sobre un jugador; Malcolm sigue con la mirada puesta en la tele y, de vez en cuando, da un trago de vino. Así es, nada de cerveza. Ven los partidos con pinot noir.

Un día en la vida de Malcolm Saint. Me río por dentro e intento centrarme en el partido, pero lo único en lo que puedo pensar es en el brazo que tiene Malcolm detrás de mi espalda. Está tan atractivo con esa camiseta que lo único que deseo es acurrucarme más cerca de él, enterrar mi cara en su pecho y que me abrace con esos brazos tan fuertes. En vez de eso, nos separan unos siete centímetros de sofá que he dejado de forma deliberada por la misma razón por la que quiero arrastrarme hasta su regazo. Necesito calmarme.

Justo entonces Malcolm deja caer el brazo para rodearme las caderas y me acerca a él con un movimiento rápido. Termino tocándole el muslo con el mío y rodeada por su brazo.

—Eso está mejor —dice, satisfecho consigo mismo, mientras vuelve a echarse hacia atrás y sigue viendo el partido. Otro trago de pinot noir.

Tahoe parece haber percibido un minúsculo movimiento por parte de Malcolm porque empieza a reírse. Malcolm le lanza una mirada y me acerca a él.

Hombres. Pongo los ojos en blanco y me muerdo la parte interna de la mejilla para evitar reírme. Me giro y veo que Malcolm me mira a la boca; tengo los labios fruncidos en una sonrisa que apenas controlo.

—Esa boca —dice bajando la mano y utilizando la yema del pulgar para abrirme los labios. Todavía me observa mientras retira la mano. Se inclina para besarme y yo alucino y giro la cabeza. Él solo se ríe y me da un besazo en la mejilla.

—Maldita sea, nunca he visto eso antes —dice Callan.

—¿Qué? —pregunto.

Se gira hacia Malcolm.

—Una mujer rechazando al rey.

—¡No lo he rechazado! —replico enseguida.

Sé con certeza que me estoy ruborizando. Me giro para mirar a Malcolm y él frunce ligeramente el ceño. Estoy segura de que está apuntando mentalmente darle una patada en el culo a Callan más tarde.

—Lo has hecho —insiste Callan—. Vas a tener que curar esa herida más tarde. —Me guiña un ojo y siento que la tensión de Malcolm aumenta.

—¿Qué? ¿Qué me he perdido? —dice Tahoe con los ojos todavía pegados a la tele.

—Oh, nada, solo que a nuestro chico aquí lo acaban de...

—¡OH! ¡JODER, SÍ! ¡¡ESO ES!! —Tahoe se levanta de la silla y aplaude—. Vamos, vamos, ¡vamos!

Creo que ha ocurrido algo bueno. Callan y Malcolm vuelven a mirar la pantalla y se unen a la leve celebración de Tahoe. El pecho de Malcolm vibra con su voz profunda y yo hundo la cabeza un poco más cerca de él de forma instintiva.

Malcolm inclina la cabeza hasta mi oído y me explica lo que ha pasado. Asiento con la cabeza, pero lo único en lo que puedo pensar es en cómo suena su voz. Profunda y masculina. Solo quiero volver a arrastrarme hasta su regazo.

Me planta un beso en la frente y vuelve a mirar la pantalla.

Esto es demasiado. Intento apartarme de él, pero se limita a tensar el brazo a mi alrededor. *Joder.*

Nunca me ha interesado el béisbol hasta ahora y, a pesar de que estoy tan relajada que podría desconectar, Malcolm sigue recordándome que sabe que estoy aquí con sus estúpidas y ligeras caricias. A veces es un beso en la cabeza, una mano en el muslo o una caricia en el dorso de la muñeca con el pulgar. Cada una de las caricias me hace trizas una y otra vez. Son caricias insignificantes, pero hacen que me dé vueltas la cabeza y se me revuelva el estómago.

Me prometí a mí misma que no lo haría, pero al final del partido tengo la cabeza en su pecho y me sostiene con el brazo contra él. Callan y Tahoe siguen mirándonos A) como si fuéramos algún tipo de dinosaurio/animal extinguido que no pueden creer que esté ahí, ante sus ojos, y B) como si fuéramos algún tipo de espectáculo mágico que podría desaparecer en un abrir y cerrar de ojos. Estoy segura de que no están acostumbrados a ver a Malcolm así. Siento que estoy jugando con fuego, que cuanto más cerca estoy de él, más me relajo y que, cuanto más apoye la cabeza en el hueco de su hombro, con más intensidad arderé después.

En un momento del partido, me levanto para tomar aire porque me parece que estoy haciendo algo que en realidad no debería estar haciendo. Uso cada gramo de autocontrol que tengo para alejarme del enorme pecho de Malcolm y marcharme a la cocina. Es como salir de la cama un domingo por la mañana, Malcolm es mi colchón extragrande personal. En cuanto me marchó, echo de menos su calidez, sus brazos, el sonido de su voz cerca de mi oreja cuando habla. Recuerdo que notaba hasta el movimiento de los abdominales debajo de mi cabeza. Tiene el torso duro como una piedra. Me estremezco y me centro en calmarme.

Cuando regreso, me siento de nuevo y dejo veinticinco centímetros de distancia en el sofá,

con la esperanza de que eso le envíe un mensaje. Ni siquiera piensa en ello esta vez, solo me mira como si estuviera haciendo algo gracioso, me rodea las caderas con el brazo y me arrastra hasta mi sitio. Que según él es debajo de su brazo y contra su pecho. Y así nos quedamos durante el resto del partido. Tahoe se pone de pie en un momento dado y me da un leve empujoncito en la pierna porque, al parecer, me estoy quedando dormida.

Bromean diciendo que es hora de mi siesta y Malcolm solo les dice que se callen la puta boca y vean el partido. El hecho es que me *estaba* quedando dormida de verdad. El muy idiota tiene un pecho muy cómodo. Odio que me haga sentir estas cosas. Odio lo desnuda que me noto cuando no estoy a su lado. Odio sentir que me han arrancado una parte de mí cuando no estoy tumbada sobre su pecho o cuando no me rodea con los brazos. Odio que la culpa avance y empiece a corroerme.

—¿Tus padres saben que estás aquí? Camarero, tal vez quiera volver a comprobar el documento de identidad de esta chica —dice Tahoe.

Lo miro.

—¿Por qué sigues haciendo bromas sobre mi edad?

—T.

Tahoe sonríe.

—¿Sí, Saint?

—Déjala en paz.

Me recojo el pelo en un moño y de repente me siento muy femenina bajo la protección de Saint. La química sexual que hay entre nosotros es innegable. Cuanto más trato de suprimirla, más consciente soy de que está ahí.

Tahoe se ríe y extiende un brazo para darme toquecitos en el hombro y decirme algo.

—No la toques, Roth —dice Saint.

Tahoe se echa hacia atrás.

—Tío, ¿tienes que tenerlas a todas?

—Puedes elegir a cualquiera.

—Bueno, entonces...

—Excepto a ella —dice sin ni siquiera mirarme para ver si estoy de acuerdo con él—. No lo voy a repetir.

Se levanta a por más vino y Tahoe sonríe mientras Callan se inclina en la mesa de centro.

—Está de mala leche.

—¿Por qué?

—El padre va a celebrar un evento conmemorativo en honor de su madre. Si Saint tiene un punto débil, es ese.

—¿Su madre o su padre?

—La combinación de ambos —dice Callan.

No puedo preguntarle nada más porque Saint vuelve y me echa un vistazo con toda la concentración de un torpedo. Se sienta, me rodea con un brazo y me recorre el lateral del cuello con el pulgar. Me pongo roja como un tomate, me arde todo el cuerpo.

—Me gusta cuando te recoges el pelo —me dice.

—Gracias.

Sonríe y me pasa el dedo por la mandíbula como de costumbre.

Suspiro. No puedo creer que me encienda tan rápido, por completo. Que encienda todos mis sentidos: oído, vista, olfato, gusto y tacto.

—Déjate de cursilerías, Saint, se le va a caer la oreja. —Tahoe se mofa de él.

Estudio la expresión melancólica y sombría de Malcolm mientras se sienta en silencio a mi lado.

—¿A que sí? Es palabrería barata, pero muy muy *sexy* —le contesto a Tahoe para tratar de que Saint salga de su cueva—. No tiene por qué preocuparse. No tiene ni idea de lo ocupada que estoy ahora mismo emocionalmente hablando —añado de forma dramática.

—¡Créeme! Conoce todas las cerraduras y cerrojos que hay que atravesar para que una chica como tú se abra.

—No soy una cámara acorazada normal y corriente.

Malcolm no dice nada. Lo miro, luego me inclino y susurro mientras le recorro el pecho con los dedos:

—Quiero animarte, Malcolm.

Lo único que consigo es que me frunza el ceño.

—¿Quién te ha dicho que necesitaba animarme?

—No te enfades. Veo la diferencia entre tú en silencio y relajado y tú en silencio y enfadado. Me toma la barbilla.

—No estoy enfadado contigo.

Sí, supongo. Pero quiero que la sonrisa le llegue a los ojos. Quiero lamerle las heridas, pero sé que a algunas no se les puede poner tiritas. ¿Qué tipo de heridas hicieron a un hombre tan duro y poco emotivo?

Cuando me lleva a casa esa noche, sigo pensando en ello en silencio.

—Tengo que hacer algo mañana. ¿Nos vemos otro día? —me pregunta mientras me acompaña en silencio a la puerta de mi apartamento.

Eso me duele un poco. Quiero que comparta sus cosas conmigo, pero es un hombre y solo tenemos... ¿Qué? ¿Un rollo de una noche prolongado en el tiempo?

—Claro, buenas noches —susurro.

Pero antes de entrar, me apoyo contra la puerta, deseando que me bese.

Así que cuando me agarra por la nuca, me pongo de puntillas al instante, le rodeo los hombros con los brazos y me encuentro con él a medio camino. Sus besos son mi adicción número uno. Un minuto se convierte en dos y, luego tres, hasta que se aparta y me mira.

—Tengo que irme. —Se pasa la mano de forma nerviosa por su cabello y se marcha.

Quiero decirle que vuelva. Parece estar al límite, como si no confiara en sí mismo para estar conmigo y controlarse como está acostumbrado a hacer.

—Saint —lo llamo mientras se mete en el coche. Contemplo la idea de pedirle que pase la noche conmigo, pero no me escucha.

Frunzo el ceño y entro, luego me paso la mano por el pecho. ¿Querías que pasara la noche aquí, Livingston? Ningún hombre ha pasado la noche aquí y Gina *perdería la cabeza*. Era mejor que se marchara, ¿no?

Entonces, ¿para qué haces esos pucheros? ¿De verdad esperabas que te invitara mañana,

Rachel? ¿En serio? ¿Al evento conmemorativo de su *madre*?

Bueno, tal vez sí. Al día siguiente odio sentirme como una mirona contemplando su dolor en las fotos que aparecen en internet. Saint, su padre, sus rostros, la tensión. El evento se lleva a cabo en recuerdo de su madre, que murió de leucemia; su padre celebra la gala cada año para recaudar dinero para una fundación en su nombre.

—Noel y Malcolm Saint, como podemos observar, siguen sin hablarse...

Cierro el portátil de un porrazo y voy a hacer algo productivo para variar. Empiezo a escudriñar todas las revistas de moda de Gina.

—No despliegues las esquinas dobladas —advierde desde el sofá de la sala de estar, donde está escuchando música con el portátil. Descubro una esquina doblada y me pregunto por qué ha marcado la página. ¿Tal vez por el bonito bolso boho? ¿O por los zapatos amarillos que lleva puestos la modelo? Paso las hojas sin pensar y luego veo el mensaje que me ha enviado Saint.

¿Estás ocupada?

El corazón me da un vuelco con tanta fuerza en el pecho que olvido las normas fundamentales de no contestar demasiado rápido. Le respondo al instante.

No

Espero con el corazón a mil por hora mientras me viene a la mente una imagen suya de pie y tenso por culpa del capullo de su padre.

¿Paso a recogerte?

¿Dónde vamos?

A cualquier sitio

Dame cinco minutos

Me pongo en pie de un salto y corro a cambiarme.

—Oh, no —gruñe Gina desde la sala de estar.

Me pongo una ropa interior más *sexy*, de encaje blanco. Encaje blanco para Malcolm. Luego elijo una falda corta y una camiseta muy bonitas. Sé que Saint es una persona hermética. Nada de lo que he leído en la red deja entrever ninguna pista de su psique interior, aparte de su naturaleza rebelde. Que me haya mandado un mensaje cuando sé que ha pasado una noche difícil hace que, de algún modo, me sienta protectora con él. Y eso que yo nunca he sido así con nadie, excepto con mi madre, Gina y Wynn. Estoy a punto de salirme de mi propio cuerpo cuando veo el Rolls-Royce por la ventana.

—¡Hasta mañana! —le digo a Gina.

—¡Rachel! —contesta en un tono preocupado detrás de mí, pero intento no escucharla en

este momento. No puedo. No hay lugar en todo Chicago donde preferiría estar más que a su lado, y eso es lo que voy a hacer.

Me subo en el coche y, al verlo al otro lado, me duelen los ojos. Está envuelto en sombras, pero algunas luces del exterior atraviesan la ventana y le caen en el cuello, en la mandíbula, cuadrada, y en la boca. Cuando me acostumbro a la oscuridad, estudio despacio las líneas bien definidas de sus rasgos. Es tan guapo, con esos ojos verde esmeralda y esa expresión impenetrable... De repente, el gélido hielo de su mirada se calienta cuando me mira.

—Estás para comerte.

Su voz me acaricia el cuerpo. Es tranquila, pero no fría como suele serlo, sino cálida. Una calidez inesperada, como si acabase de calentar toda su existencia.

—¿Sí? Tengo noticias para ti —digo con una ligera sonrisa sensual. Sopeso las palabras, pero Saint es un hombre que valora la acción, y esta noche quiero pasar a la acción. Levanto los dedos y tiro un poco de la manga haciéndola a un lado para exponer una cremosa extensión de hombro—. Soy comestible.

—Y quiero un bocado.

Asaltada por mi propia hambre creciente y desesperada, me bajo la camiseta. El rostro de Saint está lívido de lujuria.

—¿Dónde? ¿Aquí? —pregunto en un susurro sensual mientras le acaricio el hombro con los dedos. Soy incapaz de describir cuánto me gusta cuando su voz se vuelve áspera, como la corteza de un árbol.

—Justo aquí. Voy a recorrerte el cuello con la boca para luego bajar por los hombros y los brazos.

Se me corta la respiración.

Como un ser vivo que respira, preparado para devorarnos a ambos, el deseo nos asalta, pasando de él a mí y de mí a él.

—¿Qué más vas a hacer? —Hay necesidad en mi voz; excitación. No puedo esconderla, no de él.

—Voy a hacerte el amor a lo bestia y luego te poseeré con delicadeza. Enséñame el otro hombro, Rachel.

Obedezco.

El coche está en marcha, pero si me preguntaras, te diría que todo el universo está en este coche, mirándome.

La felicidad me corre por las venas cuando me mira mientras dejo caer la manga de la camiseta todo lo que puedo para dejar el hombro al desnudo. Mi deseo por él aumenta día a día y se hace más profundo, lo que magnifica mi atracción por él a un nivel que jamás habría podido imaginar. Ahora me lo sé de memoria, conozco las diferentes sonrisas que esboza...

—Voy a recorrer esta curva con la lengua y luego la hundiré justo aquí, donde el corazón te late a toda velocidad —dice el universo—. Muéstrame más —me insta.

—Mmm. Eres muy avaricioso. ¿Alguna vez tendrás bastante, Malcolm Saint?

Niega con la cabeza muy despacio, como si fuera una advertencia, y entonces contesta con un dejo de diversión en la voz.

—Nada es suficiente, sobre todo si tiene que ver contigo. Muéstrame más, un poco más.

Me bajo la camiseta un centímetro, lo bastante como para atisbar mis pechos, cubiertos por

el sujetador de encaje. Gruñe de forma gutural. Me sonrojo y me acaloro mientras me enderezo.

—Me alegro de que me hayas escrito, grandullón.

Se ríe. Entonces contesta como si se tratara de la corteza de un árbol que me rasca la piel:

—Me alegro de que hayas venido a verme esta noche...

Muevo la cabeza un poco para estudiarlo. Una energía turbulenta gira a su alrededor. La sed, el deseo y la frustración se evidencian en los puños cerrados a los lados.

—¿Una noche dura? —pregunto con suavidad.

—Está mejorando.

El hielo que suele encontrarse en los iris de sus ojos se ha desvanecido del todo cuando extiende el brazo hasta mi mano para tirarme hacia él desde el asiento de enfrente. Me sienta lo más cerca posible a su lado, empieza a besarme la boca y a dejar un reguero de besos por el hombro desnudo mientras me recorre la curva con los dedos. Siento calor, humedad y la suavidad de sus labios, que contrasta con los fuertes movimientos de su boca.

—Sin duda está mejorando —comenta con voz áspera—. ¿Y tú? —Se abre paso hasta la boca con mordiscos—. ¿Qué estabas haciendo antes de que te llamase?

—Mmm. Déjame pensar —digo fingiendo pensar mucho en ello—. ¿Quieres la verdad? ¿O lo que más te gustaría?

Me muevo para observar cómo deslizo los dedos por su cuello. Le recorro la mandíbula cuadrada, una mandíbula que es muy obstinada, tanto como él. Me gusta mucho que me permita acariciarlo así.

—Las dos cosas. —Mientras me acaricia los hombros con las manos, hunde los pulgares en mi camiseta y recorre lentamente la clavícula.

—Estaba trabajando. —Ahora le acaricio la barba con los pulgares—. Pero mientras lo hacía, estaba esperando *ansiosamente* que me mandases un mensaje para llevarme a alguna parte.

—Cualquier parte —corrige con voz ronca.

—Exacto. —Le doy un beso en la comisura de la boca sin ni siquiera pensar en lo que estoy haciendo, actuando por puro instinto—. Ya que estamos, ¿puedo devorarte yo también?

Tensa los brazos a mi alrededor y desliza una de sus manos por debajo de mi camiseta para explorar el hueco de mi espalda.

—Rachel..., no quería que me vieses cuando no estoy en mi mejor momento.

—Pero quiero verte así. Te deseo, te anhele y quiero consolarte y ofrecerte lo que quieras.

Me mordisquea el hombro.

—Te quiero a ti.



«Cualquier parte» resulta ser *El Juguete*. Lejos de miradas indiscretas y del público, para mi total alivio y placer, como si estuviéramos en otro mundo. El yate está atracado y la tripulación no está a bordo, así que solo estamos Malcolm y yo, sentados en silencio en la cubierta superior, los dos todavía un poco sudorosos del polvo apasionado y, luego, lento que me acaba de echar.

Lleva los pantalones negros, pero nada arriba, mientras que yo llevo la camisa que él tenía puesta no hace mucho. Está melancólico y callado, es la primera vez que me siento tan protectora con algo tan grande y fuerte.

—M4 —susurro con la mejilla descansando en su pecho mientras el resto de mi cuerpo encaja con sus líneas duras—. He notado que haces cosas cuatro veces muchas veces, ¿por qué cuatro?

Casi llegamos a nuestra cuarta vez juntos. ¿También lo vamos a dejar cuando lleguemos a ese número?

Suspira, da un último trago al vino, coloca la copa a un lado y observamos el perfil urbano de Chicago.

—Tengo temperamento. —Mira a la distancia con una expresión pensativa.

Extiendo el brazo para tomar la mano que tiene en la rodilla y entrelazo los dedos con los suyos.

Contempla el paisaje y continúa en voz baja, ronca y casi arrepentida.

—Era peor cuando era joven. Siempre me ha costado controlarme. El personal no dejaba de dimitir porque nadie podía hacerlo; cuanto más lo intentaban, más me enfadaba. Pero mi madre era la personificación de la paciencia. Supongo que por eso toleraba a mi padre. Era paciente, mucho más comprensiva de lo que probablemente debería ser nadie. Cuando yo perdía los nervios, mi madre me decía que contara hasta tres y yo le explicaba que lo hacía. Que había contado hasta tres y que no había funcionado. Así que un día me llevó a un lado, preocupada porque mi padre también tiene temperamento; ella sabía lo que era peor para mí y las formas en que parecía poner a mi padre al límite. Y me dijo que tenía que contar hasta cuatro. Y eso es lo que hago. Eso es lo que me ha tocado por ser un Saint. Si me pidieran tres minutos, daría cuatro. Si tuviera que contar hasta tres, contaría hasta cuatro. Hago las cosas en cuatro.

—Hasta te gustan los cuartetos.

Arquea las cejas.

—Contigo no. Contigo me gusta tomarme mi tiempo.

Me recorre la espalda con la mano, por debajo de la camisa. Me estremezco.

Me estremezco, me derrito y me muero de ganas.

Pero sobre todo, me desmorono por dentro y la culpa me reconcome por conocer ese detalle íntimo de él.

Cargada con sensaciones que ni siquiera puedo procesar, me doy la vuelta para poner algo de distancia entre ambos. Él se levanta, se apoya en un codo y me abre el botón de la camisa y, oh, Dios mío, socorro, sin duda me *derrito* cada vez más y más. No protesto, no me muevo, solo lo observo impotente abrir un segundo botón, luego un tercero y un cuarto mientras el cuerpo bajo la camisa que está abriendo empieza a temblar de arriba abajo.

Quiero tomarle el pelo para aliviar la intensidad del deseo salvaje que crece en mí. Susurro sin apenas controlar la voz:

—Tómate tu tiempo conmigo. No me aburre para nada.

Cuatro botones, cinco y seis. Hasta que me abre la camisa y se inclina hacia delante para besarme el centro del cuello, el canalillo, el centro del vientre y el centro del sexo. Cuatro besos, luego me acaricia entre las piernas.

—Yo tampoco me aburro de ti en absoluto, Rachel.

Recuerdo lo tímida que me sentía antes. Esta vez, cuando juguetea con mi clítoris con la lengua, gimo y separo más los muslos, balanceando las caderas libremente mientras susurro:

—*Malcolm, Malcolm, Malcolm...*



—Mmm —murmuro una hora después mientras me mordisquee la oreja y me despierto de una ligera cabezada que estaba echando en el camarote.

—Tu oreja... —dice con voz áspera contra el objeto de su deliciosa atención—. Soy imparcial, es exactamente igual que la otra.

Me estiro con una sonrisa y se echa hacia atrás para mirarme.

—Me encanta estar aquí, en tu yate, hay tanta paz... —digo al tiempo que le acaricio el pecho bronceado con los dedos.

—Nunca estoy aquí solo. Demasiada paz. Oigo mis pensamientos demasiado bien. —Frunce el ceño, se levanta de la cama y se dirige a por la ropa. De forma soñadora, ruedo a un lado y observo su físico absolutamente maravilloso mientras se pone los pantalones—. ¿Eres feliz en *Edge*?

Me sacudo la neblina del sueño y me siento con la sábana apretada contra el pecho mientras busco la ropa interior por la cama.

—¿Por qué lo preguntas?

—Se rumorea que está a punto de quebrar. —Mete los brazos en las mangas de la camisa mientras mide mi reacción cuando empieza a abotonársela despacio.

—Espero que no. Me gusta mucho *Edge*. —De alguna forma logro encontrar las braguitas y el sujetador y tengo que dejar caer la sábana para cogerlos—. ¿Por qué? ¿Vas a aventurarte en el mundo editorial...? —pregunto aterrada.

Se queda en silencio mientras se pone la camisa y el cinturón; se convierte en Malcolm Saint justo delante de mis ojos.

—No, no voy a comprar la revista, no me parece una buena inversión. Los negocios requieren tiempo y visión. Revivir negocios no es mi pasión. —Me observa un momento—. ¿Sueñas con tener tu propio negocio?

—No, quiero escribir. Y tener una buena vida para poder escribir más. Más y más.

Sonríe.

—Eres tan pequeña... Me encanta imaginar esas manitas escribiendo ideas brillantes.

Que piense en mí me derrite como la mantequilla.

Me observa mientras me visto.

—Entonces, ¿te ves en el futuro en esa revista, aunque tuvieras diversas opciones? —pregunta.

Me quedo sorprendida. De repente, siento una punzada de preocupación, como si se me hubiera clavado un diminuto e incómodo alfiler en el vientre. Pienso con cuidado la respuesta.

—Supongo... En *general*, mi futuro ideal sería sentirme segura en el trabajo y supongo que en la vida. Quiero que mi madre esté y se sienta a salvo y, si pudiera ayudar a conseguir una ciudad más segura para los demás, también sería un sueño. De ese tipo de cosas es de lo que

quiero escribir. Pero ese tipo de periodismo requiere tiempo y *Edge* me ha dado mejores oportunidades que otras empresas. En cierto modo, me siento conectada a ella. Sería un sueño que la revista creciera y que yo pudiera crecer con ella, sí lo sería —admito.

Se acerca para sentarse en la cama y se inclina hacia delante con una expresión intensa.

—¿Qué te gustaría hacer por la ciudad? ¿Qué planes tienes? —Me aparta el pelo de la frente con una gran mano, buscando mi cara.

—No sé. El cambio no ocurre a menos que haya un enorme esfuerzo colectivo, a menos que seas muy poderoso.

Sonríe con ojos brillantes y una luz depredadora que nunca deja de emocionarme.

—Te acuestas con un hombre muy poderoso.

Me muerdo el labio.

—Sí, es cierto. —Me río y siento que me ruborizo. Coloca las manos en mis mejillas y, de nuevo, esconde la cara en su palma, en busca de su tacto—. No eres como había imaginado, y tengo una gran imaginación —susurro.

—Eso es porque no hay *nada* malo en ti. Soy como soy porque he vivido cosas terribles.

—Oh, no. —Me río, pero él no. Malcolm permanece en silencio—. Todos estamos hechos de cosas terribles y buenas.

—¿Sí? —Me vuelve a estudiar—. ¿Qué ves en mí?

Frunzo el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Soy un hombre difícil, no soy fácil de manejar, algunos afirmarían que me niego a que me manejen. Nunca me comprometeré con nadie, nunca lo he hecho y no creo que pudiera hacerlo jamás. No quieres mi dinero, no quieres irte de fiesta conmigo, no de la forma en que otras quieren. Has estado a punto de no acostarte conmigo. Pero entonces vienes a buscarme, como si quisieras mi protección, y eso me hace desear ser ese hombre.

Lo observo en silencio.

Siempre ha dicho que lo confundo y parece tan desconcertado ahora mismo que yo también lo estoy por su perplejidad.

—Malcolm —empiezo, pero ¿qué puedo decir? Hay demasiadas verdades y, al final, pensará que todas son mentira. Me parte en dos pensar en todo eso de repente.

—Cuando le diagnosticaron la enfermedad a mi madre... —se detiene—. Le prometí que estaría a su lado. Junto a ella. Le dieron dos años. Todavía le quedaba año y medio... —Se vuelve a detener, pero en ningún momento aparta los ojos de mí—. No quería que supiera que volvía a tener leucemia. Y cuando era solo cuestión de horas, mi padre se negó a que nadie me lo dijera. Pensó que tenía que castigarme por haber salido del país para el cumpleaños de Tahoe. —Siento que la sangre me abandona el rostro—. ¿Ves? No se me dan bien las promesas. Pero defenderé tu causa como si fuera mía.

—Lo siento mucho. Yo... Cuando mi padre murió, era muy joven. Pero a veces tengo pesadillas sobre la forma en que murió, solo.

Nos sostenemos la mirada.

—Mi madre murió preguntando por mí. —Aparta la mirada y luego se dirige a por los teléfonos y otros artículos con la mandíbula muy tensa.

—Sabía que la querías —susurro.

—¿De verdad?

—Las mujeres saben esas cosas. Mi madre decía... que ella supo que mi padre la quería incluso antes que él. Las mujeres saben esas cosas. Los hombres no apreciáis las sutilezas, necesitáis que os aporreen en la cabeza con ellas, y a veces el amor se cuele sin más cuando todas las puertas y ventanas están cerradas. —Me mira y añado—: Todos nacemos sintiendo un amor natural por nuestros padres.

—Sobrevaloras ese amor. No tiene sentido amar. La sinceridad y la lealtad son cosas que perduran.

Me quedo sin palabras. No estoy segura de si me sorprenden más las palabras o su tono despreocupado, que solo deja entrever que ese sentimiento es completamente natural en él.

Que no confíe en el amor, en *cualquier* tipo de amor, me sorprende.

Dejo caer levemente la cara para esconder la tierna emoción que estoy segura que ve reflejada en mis ojos. De repente, siento el pecho henchido de ella.

Sin embargo, Saint y yo tenemos muchas cosas en común. Nos encanta trabajar. Trabajamos duro. También nos gusta divertirnos, pero sin excedernos. Los dos somos orgullosos, tal vez reservados. Yo también pensaba que no creía en el amor, no en el amor romántico como Wynn. Entonces, ¿por qué de repente siento que estoy cambiando de opinión?

Termino de vestirme, incapaz de mirarlo de nuevo.



Tras el comentario de «sinceridad y lealtad» me he quedado callada, muy pensativa, porque, naturalmente, me pregunto qué narices estoy haciendo con él ahora mismo. ¿Qué creo que va a salir de esta aventura?

Supongo que no he pensado en ello. Solo me he dejado llevar por el deseo. El deseo, la obsesión y la necesidad, como una joven imprudente. Como una chica que él saca a la luz, alguien que nunca había sido hasta ahora. Soy muy consciente del efecto que tiene en mí cuando me lleva a casa.

Debería sentirme saciada, contenta y alegre por ahora. En vez de eso, no quiero despedirme y cuando le dice a Otis que lo espere mientras me acompaña, desespero, porque no se va a quedar. No soy leal ni sincera, y pronto se alejará.

—Mañana tengo que trabajar —digo solo para darle una salida fácil.

—Yo también tengo que trabajar —comenta, pero me sigue hasta la puerta y espera detrás de mí mientras abro.

Me estremezco cuando me mordisquea el dorso de la oreja y me recorre el brazo desnudo con la mano hasta acariciarme el hombro con el que lo provoqué hace unas horas, cuando me recogió.

—¿Te apetece entrar?

—Sí. —Me besa la oreja.

Ni siquiera puedo explicar la forma en que el corazón se me deshace en el pecho, extendiendo calidez por todo el cuerpo.

Como no quiero que Gina me encuentre así, le silencio la boca con un dedo, le enganchó el

meñique con el mío y tiro de él hacia mi dormitorio. Cerramos la puerta. Se le ve grande y hermoso.

—Siéntate. —Le señalo la cama, con las hormonas ya uniéndose a la fiesta.

Empieza a desabotonarse la camisa mientras me pongo la camiseta de las Wildcat. Regreso a la cama. Me observa con una sonrisa lasciva en los labios. Por su expresión, pensarías que soy lo más sexy que ha salido de mi universidad. Tengo un aspecto de lo más normal mientras que él está exquisito, con la camisa estirada en los lugares adecuados.

En silencio, me siento a horcajadas sobre él y le desabotono el resto de la camisa mientras él desliza las manos por debajo de mi camiseta y se aferra a mis nalgas.

—Malcolm, no tengo condones...

Me besa lenta y profundamente, saboreándome.

—No te preocupes, yo tengo.

En menos de un minuto, estamos listos, desnudos y lo estoy empujando a la cama, encantada de que me deje que lo monte a horcajadas. Le recorro el amplio pecho con las manos. Observo cómo me mira mientras me muevo encima de él. Lo tomo en mi cuerpo. Siento los pechos pesados por la necesidad, sensibles por las caricias que me proporciona con los dedos. Levanta la cabeza para lamirme y limpiarme los pezones, sensibles. Se endereza conmigo y, entonces, mirándonos a los ojos, nos movemos juntos. Me embiste con las caderas, tirando de mí hacia abajo más fuerte. Se corre ferozmente y, al mismo tiempo, mi propio orgasmo me atraviesa.

Tenemos la respiración acelerada. Parece confundido, asombrado y agradecido. Quería romperme, pero me ha parecido ver una grieta en sus enormes muros mientras hacíamos el amor. Porque esa ha sido la sensación. Somos unos desconocidos que deberían estar acostándose sin más y han acabado abriéndose más de lo planeado. Feliz, me apoyo sobre las duras y cálidas líneas de su cuerpo durante un buen rato mientras me acaricia de forma perezosa la espalda con las manos.

Me la juego y susurro:

—Me gusta estar así contigo.

—¿Sí? —pregunta con una expresión suave, coqueta y tierna.

Asiento con la cabeza y se da unos toquitos en el pecho.

—Entonces vuelve aquí.

Le rodeo el cuello con las manos y me acurruco en su pecho. Huele a seguridad, a fuerza. Como la camisa que ahora he metido en el armario. Huele a control y a poder, y también a sexo, conexión y felicidad. Le doy vueltas a las sensaciones que me atraviesan el alma y el cuerpo, pero no voy a escribir estas palabras en mis notas. Estas son solo mías y, aunque abandonasen mi mente, sé que las sensaciones que las siguen permanecerían en mi interior.

Malcolm dice:

—Espera. —Toma el teléfono y envía un mensaje—. ¿Te parece bien que pase la noche aquí?

Sonrío y asiento con la cabeza.

—¿Se lo has dicho a Otis?

—Sí. ¿Seguro que te parece bien? —Le brillan los ojos—. No vamos a dormir mucho si me quedo.

—¿Quién necesita dormir contigo en la cama? —sonrío. Entonces, esta chirría cuando se

gira a un lado para ver cómo me acaricia de abajo arriba el vientre con la mano. Veo que mis propios dedos se arrastran por su cuello y su mandíbula y le susurro al oído—: Ayúdame a seguir en silencio. No quiero que hagamos ruido.

Me gira hasta colocarme bocarriba y hunde las caderas entre mis muslos, con una mano extendida por mi mejilla. Coloca el pulgar entre mis dedos y me lo pasa por la lengua para que pueda chuparlo en vez de hacer ruido. Sus ojos reflejan una necesidad salvaje. De repente me pongo celosa pensando en él haciendo lo mismo con otra persona. Estoy tan celosa que no puedo acercarme lo suficiente. Se me escapa un gemido mientras levanto el cuerpo hacia él.

—Acércate. Acércate y dime lo que quieres, sin rodeos —le suplico al oído.

—¿Que te lo diga? —responde con voz tranquila—. Voy a mostrártelo.

Sin dejar de mirarme, desliza el puño por la longitud de su erección hasta que agarra la base. Despacio, introduce el prepucio en mi cuerpo.

—¿Sin rodeos? —me provoca con unos ojos brillantes a la luz de la lámpara—. ¿Rachel? —El deseo de su voz me excita todavía más—. ¿Cómo quieres que te folle? ¿Cómo de duro?

Se desliza centímetro a centímetro entre mis piernas y se detiene a medio camino. Con las manos calientes, me agarra de las corvas y me coloca las piernas sobre los hombros, cuadrados. El movimiento me abre como una flor y mi sexo queda totalmente expuesto. Entierra las caderas entre mis muslos aún más y me penetra hasta el fondo. Lo tomo con un gemido largo y erótico; la presión de su miembro al entrar en mí me roba el aliento.

Mi cuerpo arde en llamas por el exquisito placer, palpita por él. Empezamos a movernos al unísono en busca de una mayor cercanía.

Le clavo las uñas en la nuca mientras relajo las piernas para que pueda flexionarme y metérmela lo más hondo posible. Su poderoso cuerpo se mueve sobre el mío; sus músculos se tensan y flexiona las caderas y los brazos. Dios, qué fricción. La fricción hace que también me acaricie con los testículos. Cada envite de su cuerpo estimula mi clítoris. Despacio pero con pericia y unas embestidas poderosas, se mueve encima y dentro de mí.

El placer es un tormento exquisito: mis sentidos están en sintonía con su aliento, calidez y peso, y no quiero que termine.

Me folla duro, cada embestida controlada está cargada de potencia. Los gruñidos guturales que emite le vibran en el pecho hasta que no le queda otra elección que agachar la cabeza y ahogar los sonidos bruscos contra mi pelo y contra mí, en su garganta. Nos balanceamos juntos, esforzándonos por acercarnos. Es una sensación tan placentera, siento tan bien, que en vez de reducir el ritmo, dejo que mi cama, hasta ahora virgen, pida piedad a gritos.



Que lo primero que veas cuando te despiertas sea a un hombre observándote mientras duermes es algo sumamente agradable; existe una poderosa conexión, invisible pero íntima. No es la primera vez que sorprende a Malcolm observándome, pero esta es la primera vez que no empiezo yo. Cuando abro los ojos, me encuentro con su mirada tranquila y siento una oleada de calor en el vientre que crece cada vez más mientras comienzo a sonreír poco a poco.

—Hola —digo.

—Hola. —Me cubre las mejillas con las manos y me pasa el pulgar por los labios, lo que provoca que gire la cabeza ante la caricia y lo saboree ligeramente.

—Mmm —digo mientras admiro lo guapo que está cuando se despierta.

Hemos llegado al «cuatro» de forma oficial en lo que a sexo se refiere y una parte de mí se pregunta si hemos llegado al final.

Esta mañana me observa con respeto, como si le gustaran todas las partes de mí que le mostré ayer. No se me escapa ese brillo en su mirada que me dice sin palabras: *Sé cómo te gusta*. De forma perezosa, me pregunta por el trabajo; en concreto, me pregunta en qué estoy trabajando. Es la segunda vez que me lo pregunta, la primera fue en Tunnel. Me da un vuelco el corazón, pero está demasiado relajado después de toda la noche de sexo como para notarlo.

Cambio de tema con el ceño fruncido y una sonrisa.

—¿Tú no tienes que trabajar también? ¿Qué estás haciendo en la cama conmigo?

—Empalmándome.

Me río.

Con una sonrisa irónica, me inclina la barbilla.

—Anoche me lo pasé muy bien. —Me besa con suavidad, sin lengua, pero la sensación es tan intensa como si lo hubiera hecho con.

Cuento hasta diez. Luego gruño en protesta mientras me libero de su brazo.

—Sé buen chico y espera —digo—. No quiero que le dé un infarto a Gina.

Aparto las sábanas con los pies, me pongo la bata de felpa y salgo a la cocina a preparar el café. Regreso a la habitación para cepillarme los dientes y lavarme la cara, entonces me miro al espejo y barajo la idea de maquillarme. Parezco desnuda... Tengo la piel pálida y unas ojeras oscuras por el cansancio después de lo de anoche. Pero los iris me brillan y no puedo dejar de sonreír. Cojo un pintalabios y un cepillo, pero luego me detengo. Esto no va a ninguna parte, ¿no? No quiero que se enamore de mí, solo es un rollo. Así que me obligo a soltar el cepillo y a dejar el pintalabios donde estaba. Niego con la cabeza para mí misma; no me molesto en acicalarme. Salgo para comprobar el café y regreso a la habitación con una taza para cada uno.

Pecado está tumbado en la cama; es un verdadero hombre, cansadísimo y claramente exhausto después de haberse acostado con la menda. Tiene el edredón en los tobillos y está completamente desnudo, con un musculoso brazo detrás de la cabeza y el otro extendido por debajo de la almohada, donde yo tenía la cabeza. Joder, está tremendo. Quiero memorizar cada detalle suyo; sé que Gina querrá saberlo todo..., y también Wynn..., pero está en mi cama y ni siquiera quiero compartir los detalles de su apariencia con la periodista que llevo dentro.

—¿Qué es eso?

Cuando se reincorpora para comprobar lo que llevo, se le contraen los músculos de los brazos y me sonríe. Cuando le devuelvo la sonrisa sin pensarlo, me siento vulnerable, real... y humana. La razón por la que he elegido abrirme a un chico como él va más allá de toda lógica. Pero siento que mis muros se han derrumbado y no quiero volver a levantarlos.

—¿Café o yo? —Levanto la taza de café y la ceja al mismo tiempo.

Sonríe de forma dulce y áspera mientras se pasa la mano por el cabello revuelto. Está aún más hermoso. Chasquea la lengua y niega con la cabeza.

—¿No lo sabes ya?

—¿Lo codicioso que eres? Tienes razón, lo sé. Apuesto a que quieres las dos cosas.

Esboza una sonrisa traviesa mientras da palmaditas a un lado de la cama para que me siente con él.

Me aproximo con el café y, cuando toma la taza, me meto en la cama con él. Nos lo bebemos en silencio.

Antes de acabarme el mío, agarra mi taza y la coloca en la mesita de noche que tiene más cerca. Con un movimiento fuerte y tranquilo, tira de mí hasta que caigo de espaldas, sin aliento, mientras se coloca encima, con los brazos largos y tensos. Me quita los calcetines y me acaricia la planta de los pies con los dedos. No puedo contener una risita ahogada.

—¿Tienes cosquillas en los pies, Rachel? —Se divierte. Me encanta cómo pronuncia mi nombre.

Asiento con la cabeza, me falta el aire.

Me besa con pasión, sin forzarme a abrir la boca. Sus labios son suaves, cálidos y exigentes. Siento que me rindo y me encanta cómo suaviza el beso cuando siento que mi resistencia desaparece. Y me encanta lo que me está haciendo ahora en el lóbulo; me lame, tira de él y lo besa, y noto su cálido aliento en la oreja.

—Eres una devoradora de hombres, Rachel. Aunque me decepciona que no hayamos roto la cama.

Se levanta. Está guapo, viril y para comérselo mientras se viste.

—Entonces, ¿nos vemos el sábado? —pregunta.

—¿Perdona?

—Que si nos vemos el sábado.

—Mmm... ¿Para romper la cama? Podría estar libre el sábado.

Esta mañana se ríe perezosamente y está muy relajado; no hay rastro de la tensión que rezumaba anoche después del evento con su padre. Se ha deshecho por completo de ella.

—¿Te recojo por la tarde? Ponte algo cómodo.

—Espera. ¿Qué? ¿Dónde vamos a ir?

—Ya lo verás.

Siento mariposas en el estómago, seguidas de cuerdas enredadas que me recuerdan que no puedo sentir esto. Ya no soy una niña, no puedo enamorarme de chicos como este. No de este chico. No podría haber elegido un peor momento ni una peor circunstancia ni un hombre más difícil de conseguir para enamorarme.

—Pecado, no, acabo de recordar que tengo planes. No puedo.

Me estudia. Luego asiente con la cabeza en silencio.

—Entonces te llamaré.

—Estaré ocupada toda la semana —miento.

Necesito espacio, necesito volver a la rutina del trabajo. Me detengo junto a la puerta y ya lo echo de menos; de repente, la distancia entre mi cuerpo y el suyo es demasiado. Maldita sea, ¿qué me pasa?

Un minuto más tarde, se dirige a su oficina, supongo, y cuando me doy cuenta de que no puedo trabajar, desconecto el teléfono del cargador, lo enciendo y, como una adicta inquieta por saber cuándo tendrá su próximo chute...

Al final ha habido cambio de planes. El sábado me viene genial.

Me meto en la ducha y, cuando salgo y me envuelvo en una toalla, leo su mensaje.

Vale

Vaya, típico. ¡Qué parco en palabras es! Rápidamente, me envuelvo el pelo con una toalla y le respondo:

¿Sabes una cosa? Me gustan las palabras. Puedes usar unas cuantas más sin problema

Buena chica

Ja, ja, ja, vale

Me lo he pasado muy bien

Yo también. Ya te echo de menos

Oh, no. ¿He dicho eso? Me agobio. Antes de que pueda responder o sentirse obligado a decir algo así, escribo deprisa:

Bueno, tengo que volver al trabajo. Un beso

Dejo el teléfono a un lado y luego saco el bloc de notas e intento escribir algo, pero empiezo a garabatear su nombre.

Malcolm Saint

23. Estado

Ha cambiado su estado.

De hecho, ha *cambiado* su estado en Interface, Facebook y el resto de redes sociales.

Debería haber una alerta, como cuando hay un terremoto. Si algo he aprendido de acecharlo, es que nunca ha hecho esto antes. Dice que *tiene una relación*. Y dado que en mi estado pone que estoy soltera, me pregunto si Malcolm lo ha cambiado por mí.

Estamos a sábado, un fin de semana después de la noche que se quedó a dormir, cuando le mando un mensaje a Gina.

¿LO HAS VISTO?

No responde. La llamo por teléfono.

—¿Lo has visto?

—Mmm.

—¿Dónde estás? —pregunto.

—Rachel, estoy durmiendo. En la puerta de al lado.

—¿Estás sola?

—Claro que estoy sola —contesta Gina.

—Voy para allá.

Abro el portátil y cruzo el apartamento hasta llegar a su habitación, donde la insto a moverse para subirme a la cama y mostrárselo. Gina lo lee y frunce el ceño como si no entendiera la emergencia y luego se queda boquiabierta.

—Guau.

—Vamos, es más que un guau.

—Doble guau.

Me mira con el ceño fruncido de forma sombría.

—¡Guau! —explota—. Esto es un nivel completamente nuevo de seducción..., al estilo Paul.

Frunce el ceño de nuevo. Está inquieta y enfadada. Normalmente estaría de acuerdo con ella. Ha sido una estupidez. Pero ella no conoce los detalles, que Saint también es un ser humano. Que, por increíble que parezca, sus padres nunca lo han aceptado.

No ve las cosas con mis ojos. No ve su sonrisa genuina, completamente diferente cuando lo divierto.

—¿No estás indignada? —explota Gina.

—Yo... Bueno, yo...

—Rachel. Rache. No te pongas como Wynn conmigo.

—Wynn es adorable. Siempre consigue al chico. ¿Sabes por qué? Porque piensa que se lo merece y que es posible. —Saco el teléfono con el corazón agitado, excitado y haciendo cosas extrañas—. Voy a escribirle.

—¿Escribirle qué? Puede que esté en la cama con la chica con la que tiene una relación.

—Entonces voy a llamarlo.

Marco el número y espero a que conteste con su habitual *hola*.

—Quiero llevarte a algún sitio esta noche. Pero como veo que tienes una relación, quería comprobar que estabas disponible.

Se ríe.

Madre mía, qué risa.

Siento mariposas.

—¿Dónde estás?

—Jugando al golf con los chicos.

—¿Cuándo has cambiado tu estado?

—¿Qué?

—En Facebook.

—Yo no lo he cambiado. Una de mis asistentes debe de haberlo hecho.

—Oh.

Se ríe y me siento como una estúpida.

—¿Decepcionada, Rachel?

—No, no espero que mantengas una relación monógama. —Supongo que lo estoy poniendo a prueba con ese comentario. Estoy haciendo algo típico de chicas, necesito consuelo, escucharlo definir lo que hay entre nosotros.

No me ofrece mucho, pero dice:

—Yo sí lo espero de ti.

—¿Qué? ¿Crees que puedo estar con otro chico al mismo tiempo que contigo? —pregunto.

Oh, el corazón...

—Tahoe está jugando con el carrito de golf, después te llamo.

—Puto Tahoe —murmuro para mí misma cuando cuelgo.

—Tahoe. Juro que necesita *entretenerse* con algo —comenta Gina.

—Como tú. No te andes con rodeos y dilo.

—Nunca.

—Es el producto de todas tus fantasías.

—Es un animal.

—Él piensa que eres succulenta.

—¿Qué?

—Sí, me preguntó tu nombre. «Esa succulenta amiga tuya».

—No. ¡Menudo cabrón!

Me quedo sentada mirando tristemente mi estado: *soltera*.

Gina está perpleja porque Tahoe cree que es suculenta.

Ella se recupera primero.

—Me siento fatal por ti, pero te metiste en esto con los ojos cerrados y, al parecer, con las piernas abiertas, Rachel.

Me giro para enfrentarme a ella.

—Gina, el mero hecho de tener sentimientos por él me hace sentir como si te estuviera traicionando, y a mí también. Dijimos que no haríamos esto.

—Y ahora tienes que tomar una decisión, Rachel: el trabajo o el chico.

—¡No hay ninguna elección posible! Si lo elijo a él, saldrá volando como un halcón salvaje antes de que pueda tenerlo amarrado mucho tiempo.

Gina hace una mueca.

—Entonces reza por que termine pronto contigo.

—Duele rezar por algo que no quieres que pase.

—Entonces, térmalo tú. Ponle fin y supéralo.

Suspiro.

—Rache, ¿de verdad ha dicho eso?

—¿Tahoe?

—No, su polla. Claro, Tahoe. Bueno, Tahoe y su polla.

—Sí, pero no lo quiero cerca de ti.

Frunce el ceño.

—Espero que se mantenga lejos de mí el mes que viene. Es el aniversario de mi ruptura con Paul y siempre me siento especialmente vulnerable.

Gruño y caigo en la cama. Me froto la cara.

—¡Gina! ¿Qué nos está pasando?

—Hombres. Hombretones. Hombría.

Suspiro.

—Saint y tú. —Me estudia de forma vacilante—. ¿Te has preguntado alguna vez si podrías tener una relación épica?

—Querrás decir un desastre épico.

—No, hablo en serio. —Se encoge de hombros—. Él es todo excitación y tú podrías obligarlo a tener los pies en el suelo. Podría ser una relación épica si no la caga... o no la cagas tú.

—¿Me lo dices en serio? Me sorprendes mucho, Gina.

—Solo estoy preguntando. Tienes que habértelo planteado. Ya sabes, como una fantasía sexual, pero sin el sexo.

—Lo he hecho —admito—. Me pregunto cómo sería formar parte de su vida, no solo de su cama. Sé que fui yo quien decidió que nuestra relación sería así... No quería que fuese pública. Pero en el fondo también sé que nunca funcionaría. Saint no puede ser de nadie, G. —Niego con la cabeza—. Nadie poseerá nunca a Saint. —Y aunque así fuera, me imagino una situación hipotética—. Además, viviría con miedo a todas las mujeres solteras del mundo y a la naturaleza

de Malcolm de follar a diestro y siniestro solo porque puede hacerlo.

—Entonces disfrútalo, Rachel. —Suspira y me da palmaditas en la coronilla mientras dice con dramatismo—: Tienes mi bendición, nena.

—¿Lo dices en serio, Gina?

Sonríe.

—Ojalá no lo hubieras hecho, pero ya has ido demasiado lejos. Además, si digo que no, vas a seguir haciéndolo a mis espaldas. Por favor, no lo hagas. Soy tu amiga, para eso estoy aquí.

—Gracias.

Dios, es como si me hubiera quitado un enorme peso de encima. Es una tortura estar en una montaña rusa sin poder gritar. Y eso es exactamente lo que he sentido al ocultar lo ocurrido.

Miro al techo impávida y simplemente sonrío porque...

Bueno. Su asistente ha cambiado el estado de Facebook. ¿Tal vez ha sido Cathy? Oh, ojalá pudiera tomarme un café con Cathy algún día y enterarme de todo.

Todo.

Agarro el teléfono y le envío un mensaje:

Si estuvieras ahora a mi lado, mis manos estarían muy ocupadas

Mi madre responde:

Hola, cariño. ¿A qué te refieres?

Le escribo un mensaje a Malcolm:

Joder, acabo de enviarle un mensaje guarro a mi madre

Entonces, contesto a mi madre:

Sí, mamá, me encantaría darte un masaje en el cuello. He aprendido una nueva técnica

Mensaje de Pecado:

Reenvíamelo

Yo:

¡Pecado! Me has cortado todo el rollo. Tendrás que quedarte con la duda de qué es lo que decía ;)



Al día siguiente estoy rendida tras hacer senderismo con él. También duermo en su casa. Apoyada sobre el brazo, hago inventario.

Cada rasgo cincelado de su bronceado rostro. ME GUSTA.

Su pícara boca. ME GUSTA.

Sus hermosos pezones. ME GUSTAN.

Dios. ME GUSTA mucho.

Suspiro y vuelvo a sus brazos. Esto también ME GUSTA mucho.



Dos días después me recoge con el Rolls-Royce. Otis me abre la puerta. Saint acaba de llegar de una conferencia importante en Nueva York. Es el arquetipo de un dios *sexy* y bronceado de cabello negro y vestido de traje.

UN PECADO VESTIDO DE TRAJE.

Me muevo inquieta en el asiento y, lentamente, me deslizo por el suelo del coche, acercándome a sus duros muslos. Le sonrío cuando deja de hablar por teléfono. Porque, sí, está hablando por teléfono. Haciendo negocios. Qué raro, ¿no? Ja, ja.

Le restriego la cara por el muslo y le deslizo las manos por el duro músculo.

—Sí, Charles —continúa. El misterio que refleja su mirada cuando me observa me atrae. Sonríe de forma maliciosa y restriego la mejilla por el otro muslo y luego los labios. Entonces me abro camino hacia arriba hasta que le acaricio la erección con la boca y la mandíbula. Está tan duro como una piedra bajo mis labios mientras paso rozando la boca por la tela. Su voz pastosa me emociona—... la venta corta... —Lo escucho y, cuando levanto la vista para ver si le gusta lo que estoy haciendo, tiene los ojos brillantes, como piedras volcánicas vidriosas.

El sonido de mi respiración retumba en el silencio mientras Saint permite al tal Charles que hable. Llego a la *cremallera*, se la bajo y le abro el cinturón, todo ello sin apartar la vista ni una vez de su cara. Su hermosa cara. Tiene los párpados pesados mientras observa cada movimiento y su mirada es ardiente y tierna cuando se la saco. Carne aterciopelada y suave, dura y gruesa. Tan fuerte, tan vital, tan *preparado*.

La lamo, desde la base hasta la punta. Le rodeo el miembro con la boca mientras dejo vagar la lengua, presionando y saboreando hasta llevar los labios al prepucio. El sabor es exquisito. Su pene está hecho para chuparlo y para follar, y ahora mismo nada me convencería de que no está hecho para mí.

Desliza los dedos por mi cabello mientras se le hincha y agranda entre mis labios.

Lo chupo con más fuerza; el prepucio me roza la garganta.

—Eso suena bien —dice tranquilamente al teléfono. Mientras habla, me pasa el cabello por detrás de los hombros. Me doy cuenta de que *quiere verme la cara*.

Quiere verme, y yo también a él.

Le sostengo la mirada y continuo saboreándolo, perdiéndome en el momento. Malcolm tensa la mano, enterrada en mi cabello. Me dedico en cuerpo y alma a ello. Quiero que sea la mamada más memorable que le hayan hecho en la vida, al igual que a mí me encanta recordar mentalmente las veces que me lo ha comido.

La tiene enorme, su carne rosada se esfuerza por estar dentro de mí, por que le complazcan. Ahora mismo solo tengo un objetivo: hacer que Saint se corra dentro de mí. Es hermoso, poderoso y todo control, y quiero que se corra en mi boca.

Siento que el sexo me palpita y le escucho decirle a Charles que lo mantenga informado. Entonces cuelga y deja el móvil a un lado.

—Rachel —dice en tono de aprobación mientras me coloca las manos en el rostro y me dedica una sonrisa que es puro calor.

Me acaricia los pómulos con los pulgares mientras tira de mi cara hacia arriba y hacia abajo y se inclina hacia delante para darme un beso en los labios.

—¿Te gusta? —pregunta.

Asiento con la cabeza. Le acaricio los muslos, llego a sus abdominales y susurro:

—Quiero saborearte... —Estoy más que feliz cuando coloca las manos a mis lados y me deja que vuelva a agacharme.

Acaricio la longitud de su falo con los dedos y beso la humedad de la punta. Mi cuerpo es un manojo de nervios mientras me deleito con su respiración irregular. Extiende el brazo, me agarra del pelo y me murmura cosas mientras empieza a empujarme y a perder el control.

—Así, Rachel... Joder, así... ¿Te gusta...?

Ni siquiera me doy cuenta de que estoy acariciándole el pecho, arañándole y subiendo las manos hasta el cuello y la cabeza de forma salvaje, mientras intento acercarme para intensificar la felación, para darle el tipo de placer que él me da a mí.

Mientras se la chupo con más vigor, susurra con voz salvaje y baja:

—Me voy a correr *contigo*, Rachel.

Me detiene, lleva las manos a mi cara y, luego, me empuja al asiento del coche mientras empiezo a tirar de los vaqueros en un tiempo récord. Me los quita y, con su boca hambrienta, me deja un reguero de mordiscos por el vientre hasta los pechos al tiempo que me levanta la camiseta y me baja el sujetador para liberar los pezones. Dejo escapar un suave e indefenso gemido mientras arqueo el cuerpo, ofreciéndole todo lo que tengo y más.

—Oh, sí —jadeo mientras le paso las uñas por la espalda, deseando sentir su piel en la mía.

Reclama mis labios. No estoy segura de que podamos enfrentarnos a esto, a lo que sentimos. No. Tal vez solo yo me siento así, pero él también siente algo por mí, lo noto en sus manos y sus expresiones. Así que esto es lo que hacemos. Me mordisquea los labios, me abre las piernas con las manos y yo dejo de respirar cuando agacha la cabeza. Me saborea y me acaricia con la lengua.

Me convierte en una masa burbujeante, torturándome, empujándome al borde del orgasmo y, luego..., me hace esperar mientras rasga el envoltorio de un preservativo y enfunda el glorioso miembro.

Me cubre con el cuerpo y, al instante, nos fundimos y gruñimos aliviados. La tortura no acaba ahí. Me embiste hasta el final y lentamente, obligándome a saborear cada palpitante y delicioso centímetro de sus completas y perfectas penetraciones. No puedo quedarme quieta. No puedo contener la fiera sensación de que algo crece en mi interior y se esfuerza por liberarse. Le chupo la hermosa y exuberante boca, la oreja, el cuello y la mandíbula, que me raspa la boca.

Me da mucho miedo pensar en lo que tenemos. Me da mucho miedo que me haga daño. Me da mucho miedo hacerle daño. Contengo un sollozo mientras me corro, sacudiéndome y

temblando por el placer insoportable y el dolor silencioso en mi interior.

Se me nubla la vista. Oigo su fuerte rugido cuando llega al orgasmo y noto los espasmos largos y profundos de su cuerpo al correrse sobre el mío. Aprovecho para limpiarme los ojos y besarle por todas partes.



Saint me invita a cenar a un restaurante elegante de renombre donde es difícil conseguir reserva, pero le digo que no quiero ir a un lugar con mucha gente. Entonces hace algo que no espero: me lleva al muelle Navy Pier, que está cerrado a estas horas. Paseamos por el largo y tranquilo paseo, que suele estar lleno de gente; esta noche está tranquilo y vacío, excepto por nosotros. A un lado están los almacenes, las salas de juego y las tiendas pequeñas y al otro, el muelle.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Otis conoce a uno de los guardias nocturnos. —Se ríe.

—Vamos a subirnos ahí. —Señalo la noria y nos sentamos en una de las cabinas vacías, protegidos del viento, mientras me pregunta si alguna vez he venido aquí de pequeña.

—A veces, con mi madre —contesto—. ¿Y tú?

—Mi madre no habría venido aquí ni muerta.

—Pero aquí estás tú. Estás tan guapo con esos vaqueros como con el traje. —Le toco el cuello de la camisa blanca de botones y almidonada—. Me encantan estas camisas que tienes. A veces me gustaría ver la mancha de mi pintalabios en una, solo porque sí.

Se ríe, y su risa es un sonido pleno y con cuerpo. Me inclino y le doy un beso al cuello de la camisa de forma traviesa. Se le desvanece la sonrisa.

—Tienes una vena rebelde, Rachel. —Me observa con una admiración que me acalora.

—Eres tú el que me la saca... —lo acuso, y me río mientras me echo hacia atrás. Juro que parece incluso más poderoso, inalcanzable y hermoso con el pintalabios en la camisa. Ahora me pertenece aunque sea un poquito.



Me pide que vaya a verlo a su oficina y me toma el pelo por teléfono diciéndome que tiene un hueco, que si quiero hablar de Interface.

Yo le contesto que por qué, que sí.

Me paso por allí a la hora que me indica y lo encuentro de pie, contemplándose con la camisa arremangada hasta los codos como si hubiera estado inmerso en el trabajo y despeinado. Su voz suena cansada cuando le dice a Cathy que nos deje solos. Entonces, me pregunta:

—¿Cómo estás, Rachel?

—Ahora bien —susurro, y empezamos a besarnos. Aparta los papeles del escritorio con uno de los brazos para subirme, como si fuera su proyecto más apremiante, y a continuación se centra en ello.



Le envío un mensaje por la tarde para preguntarle qué va a hacer esta noche. Justo entonces aparece en las oficinas de *Edge*; todo el mundo está sorprendido. Abro los ojos como platos, segura de que se me acaba de salir el estómago por la boca, y echo un vistazo para ver si Helen lo ha visto. Está pálida y sonrojada al mismo tiempo. Me apresuro a preguntarle:

—Helen, ¿puedo...?

—¡Ve!

Agarro el bolso y salgo del cubículo.

—Hola —le saludo.

Me sonrío, especialmente por el bolso.

—Espero que esto signifique que te vienes conmigo —dice con los ojos brillantes, y toda la oficina se derrite conmigo. Hasta Valentine.

—¡Adiós, Rachel! —se despide este, emocionado.

—Adiós, Valentine —contesto, y entrelazo el brazo con el de Malcolm.

—¿Un amigo? —me pregunta Malcolm sobre Valentine. Lo evalúa. La chica que hay en mi interior se estremece mientras me pregunto si está celoso.

Asiento con la cabeza.

—Es fan tuyo —susurro.

Arquea una ceja.

—¿No es heterosexual?

—No del todo. Más bien bisexual.

Rompe a reír y el sonido es tan intenso que hace que me tiemblen las piernas. Lo agarro por la cara y le planto un beso en el ascensor para llenarme de esa risa.

—Me gusta escucharte reír —susurro.

No dice nada, pero siento que le ha gustado mucho el comentario cuando me observa con una sonrisa y una mirada ardiente y llena de admiración.



Observo la pantalla del ordenador.

En cada página en la que se habla sobre Saint se rumorea que quizá tiene una relación CONMIGO.

La especulación es brutal.

Es como si ahora la gente estuviera más interesada en saber si tiene novia o no que en sus ligues cuando llevaba una vida libertina.

Tiene la cuenta de Twitter plagada de preguntas sobre su novia.

Me estoy agobiando. Me pregunto lo que tengo yo en mi cuenta hasta que veo un nuevo tuit de Tahoe.

Entonces veo que me ha etiquetado.

Esta noche salgo con mis colegas, a menos que @RachelLiv, la novia de @MalcolmSaint, tenga algo que objetar

Joooder.

En los siguientes segundos, aparecen un montón de respuestas:

Les doy una semana

Saint no podría ser monógamo aunque quisiera, necesita variedad

¡No es lo bastante guapa!

¿Esto es cierto? Pensaba que era una especie de estrategia publicitaria

¿De verdad que Saint tiene novia?

Horas después, veo que Tahoe ha borrado el tuit; me juego la vida a que ha sido gracias a Malcolm.



Esa misma semana, Saint me invita a salir.

—No puedo, las redes sociales están llenas de comentarios sobre nosotros.

Termina llevándome a *El Juguete* y salimos al lago por la tarde.

Se pasa la primera hora trabajando.

—¿Cuántas horas puedes estar al teléfono? ¿Con quién hablas? —Intento arrebatarle el teléfono desde la tumbona, pero se lo coloca por encima de la cabeza, fuera de mi alcance.

—¿Ves a la rubia de ese yate? —señalo para distraerlo.

Lleva gafas, por lo que no veo lo que está mirando, pero sigue con el teléfono en la mano y se apoya de forma despreocupada sobre un brazo flexionado. El sol quiere a este hombre. Es puro oro, le brilla hasta el pelo. Mi propio reflejo, con un bikini azul, me devuelve la mirada en sus lentes de espejo. No se molesta en girarse para mirar a las chicas del yate que hay cerca.

—Veo a la que está delante de mí —murmura con voz ronca.

—Las rubias son tu tipo, ¿no? —La vuelvo a señalar. Se encuentra en la cubierta superior del otro yate y lleva un bikini a rayas azul marino y blanco. Mira hacia nosotros—. Mírala. Es guapa. Tu tipo.

Mete el móvil debajo de la tumbona.

—No tengo tipo, de verdad.

—¿Yo soy tu tipo?

—Tú eres la primera de un tipo.

Me río.

—Tú eres el primero de tu tipo. Por desgracia, no creo que haya nadie como tú. —Vuelvo a mirar a las chicas—. La otra también es guapa. ¡Malcolm! ¡Míralas!

Ahora se endereza y baja los codos hasta las rodillas mientras se acerca a mí, esbozando una ligera sonrisa.

—Lo que me gustaba de las mujeres ha perdido su encanto.

—¿Por qué?

Le quito las gafas. Los ojos le brillan bajo el sol y esconden muchos secretos. Se me sale el estómago por la boca y se me corta la respiración cuando le sostengo la mirada.

—Las miro y veo un fallo flagrante en todas ellas —me contesta con seriedad. Entonces, chasquea la lengua y niega con la cabeza. Su piel dorada brilla bajo el sol—. Una pena, de verdad.

—¿Qué?

—Que no sean la rubia que quiero.

Lo miro.

El nudo del estómago es más grande que nunca.

—No son tú, Rachel —especifica.

Se inclina hacia delante para tomarme la barbilla y me obliga a mirarlo.

—Ahora dime, ¿por qué quieres que las mire? ¿*Te gustan* las chicas?

Me echo a reír y le aparto la mano.

—Malcolm —le reprendo.

—¿Te gustan? —bromea mientras se ríe y me vuelve a tomar la barbilla.

—¡No! ¡Nunca compartiría a mi chico!

Con una risa grave, se reclina en la tumbona, me arrebató las gafas y me las pone. Me río con nerviosismo y poso; se ríe y se me pone la carne de gallina cuando me las quita y las cierra con sus grandes manos.

—Eso debe de sonar muy aburrido para un hombre como tú —digo—. Lo de que no voy a compartir a mi chico.

—No voy a refutar eso.

—¿La parte de que es aburrido?

—La segunda parte.

—¿Serías monógamo por una chica?

—Sí, por *mi* chica. —Se inclina hacia delante de nuevo—. Verás, nunca he estado con una chica a la que he considerado mía. Todas han sido propiedad pública. —Sonríe, coloca las gafas al lado del teléfono, bajo la tumbona, y luego me observa con la misma mirada brillante y profunda, enmarcada por unas espesas pestañas que aparecen sin cesar en mis sueños—. Pero hay una chica que es de mi propiedad.

—No sé de quién estás hablando, pero si tuviera algo de cordura, huiría lo más rápido posible. No es *sexy* que alguien considere que eres de su propiedad, Malcolm.

—Ven aquí. Sabes que estoy hablando de ti. —Extiende el brazo y me agarra por la cintura.

—No, no lo sé, porque dijimos que solo estábamos acostándonos, solo...

Me retuerzo un poco mientras me arrastra hasta su regazo.

—¿Por qué discutes conmigo por esto? —Sonríe y frunce el ceño al mismo tiempo, y luego me acomoda en su regazo y me mira muy seriamente—. Se me da bien lo de tener un rollo de una noche —añade—. Se me da muy bien tontear. Estoy hecho para ir de mujer en mujer. Si alguien sabe la diferencia entre eso y tomarse algo en serio, ese soy yo.

Oh, Dios. Me estoy derritiendo.

Extiendo las manos por su mandíbula.

—Estás hecho para hacer grandes cosas. Todos lo saben.

—Quieres estar conmigo —murmura—. Veo cómo te sonrojas, oigo cómo se te corta la respiración y me gusta ser la causa de todo eso. —Me mira con seriedad y me asusto. Estoy aterrada y tiemblo en sus brazos, en su regazo.

—No soy tu chica, Saint. Es posible que sea la única chica que conoces que no quiere ser tu novia. Creo que simplemente quieres lo que no puedes tener.

Me lanza una mirada tierna, como si entendiera la batalla que libro en mi interior. Como si hubiera pasado por ello o supiera de forma instintiva que voy a perder, pero no le doy ninguna pena.

—No lo creo, Rachel. Estás justo donde quiero que estés.

—En tu gran yate. —Pongo los ojos en blanco.

—Nah. A mi lado. —El comentario hace que me tiemblen las piernas y me ardan las orejas.

—Me estás tomando el pelo.

—Estás sonrojándote.

—Es el sol. Ahora mismo, me estoy bronceando. Ya sabes, en tu gran yate. Has perdido la habilidad de hacerme sentir tímida. Ya no me ruborizo.

Me abre la parte de arriba del bikini y grito:

—¡Malcolm!

—No es el sol —dice con la mirada ardiente fija en mis pechos mientras lucho por volver a atar la parte de arriba del bikini—. Te estás ruborizando por todos lados, en cada centímetro —añade como si lo aprobara.

Antes de darme cuenta, nos besamos de forma apasionada y perezosa durante lo que parece ser una hora. Estamos tan cachondos para cuando nos apartamos que estoy segura de que lo retomará en el dormitorio, pero tiene una cena y debemos regresar al muelle.

—¿Estás segura de que no quieres venir? —Me revuelve el pelo mientras pasa a mi lado.

—¿Y ser la comidilla de todos esos periodistas? No, gracias —murmuro, y atisbo retazos de él mientras cubre su cuerpo celestial con un traje sexy.

Se sube la cremallera de los pantalones y empieza a abrocharse los botones con dedos rápidos y ágiles.

—¿Te molesta que te persigan?

Me encojo de hombros mientras lucho por subirme los vaqueros, ceñidos.

—¿Cómo vives con ello?

—No tengo elección. —Me mira y me observa pelearme con los vaqueros—. Eres una novedad para ellos porque tú eres mi novedad. ¿Estás incómoda, Rachel?

—Un poco. No con los vaqueros, sino con esos gilipollas que te persiguen y que ahora me

persiguen a mí.

Se ríe de forma deliciosa. Luego niega con la cabeza y se rasca el cabello con los dedos.

—Entonces me ocuparé de ello.

—No, se desvanecerá junto con tu interés —respondo.

—Eso no va a pasar pronto —me contesta tajantemente, ya fuera de la habitación.



Por la noche, recibo un montón de mensajes de Helen.

Rachel, necesito algo esta semana

Lláname cuando puedas

Espero que todo vaya bien

Experimento el peor caso de bloqueo del escritor. Tengo un ladrillo en la cabeza en vez de cerebro, que está absolutamente en blanco. Miro la pantalla, incapaz de escribir ni una sola frase. Nada. Abro la caja de tarjetas y notas y vuelvo a la lista de enlaces de internet.

Nada.

Estoy tan inquieta que no puedo escribir y la fecha de entrega se cierne sobre mí como un HACHA. Pensaba que las cosas ya se habrían enfriado con Saint, pero en vez de eso... ¿Adónde va esto?

Para distraerme, empiezo a buscar nuevos enlaces cuando veo un artículo en internet.

La cabra tira al monte: Saint vuelve a las antiguas costumbres después de los rumores de ruptura con su posible novia

Y veo una imagen suya vestido con un traje elegante y con la pancarta publicitaria del evento en la distancia. La pancarta publicitaria del evento de hoy para ser exactos. Y una hermosa rubia que se parece a *mí* de pie junto a él, mirándolo de forma cariñosa.

Palidezco y empiezo a sentir un dolor en el estómago. Levanto el dedo hasta su rostro. Parece distante y remoto. No puedo creer que este sea el mismo hombre que estaba bromeando conmigo hace solo unas horas.

Permanezco sentada y la observo agarrada del brazo de él, que está guapísimo. Ese brazo es el lugar más codiciado de Chicago. ¿Quién no estaría contenta y orgullosa con Saint al lado?

Tú, porque ese no es tu sitio. Tu sitio está en *Edge*, en tu propia vida segura, no en el loco torbellino de la suya. Cierro el portátil de un golpe y me dirijo a la sala de estar. Esta noche no tengo tiempo para celos ni nada que no sea el bloqueo del escritor. No, gracias. Ser egoísta con un hombre que ha demostrado ser inalcanzable durante años no es lo que necesito ahora mismo.

Lo que necesito es dejar que mi cerebro descanse para que mi musa regrese.

Lo que *también* necesito ahora mismo es empezar a centrarme en el proyecto, no en el sexo y en Pecado.

—¿Qué ves? —Me siento junto a Gina.

—*Moulin Rouge* —dice resoplando.

—Oh, ¡no puedo ver *Moulin Rouge* ahora! —Le doy un puñetazo al asiento. Toda la ira que hay en mí sale a borbotones con esa frase y termino dirigiéndome a mi dormitorio mientras la canción *Come What May* me sigue.

Me acurruco en la cama con el móvil en la mano y observo su nombre. *No le envíes ningún mensaje, Rachel*. Está con otra chica, es la excusa perfecta para que dejes de verlo y vuelvas al trabajo.

Me acuesto en la cama un poco después de medianoche y entonces lo veo.

PECADO

¿Puedo ir a tu casa?

Frunzo el ceño. No respondo, pero sigo con el teléfono en la mano, incapaz de apartarlo.

Vibra.

El nombre de PECADO parpadea en la pantalla.

Me da un vuelco el corazón cuando me enderezo, tomo aire y respondo todo lo despreocupada que puedo.

—Hola, pensé que tenías algo esta noche.

—Para ti sí. —Gruñe suavemente con la voz ronca por la lujuria—. *¿Puedo ir a tu casa?*

QUIEEEROOO.

Lo deseo, lo deseo. LO DESEEEEO. Su simple voz al teléfono me corre por las venas como un torrente de excitación.

—Estoy durmiendo.

—Qué suerte.

—¿Te lo has pasado bien esta noche? —pregunto.

¿Ahora ella va a ser tu favorita?

—Ha estado bien.

—Oh.

—He puesto fin a los rumores sobre nosotros. La prensa te dejará tranquila durante un tiempo.

—Vaya. —Me atraviesa una sorpresa placentera. ¿Por eso estaba con ella?—. Supongo que debo darte las gracias.

—Tal vez ahora vengas conmigo alguna vez a uno de esos eventos, Rachel.

—No puedo —contesto. La cama chirría cuando me pongo de lado para estar más cómoda—. Pero ¿qué has hecho esta noche? Dime lo que me he perdido. —Me cubro con el edredón y espero a que su voz me calme como siempre lo hace.

—Lo mismo de siempre. Lo más interesante de la noche ha sido encontrarme con uno de mis empleados. Un hombre que entró en coma y, cuando despertó, hablaba varios idiomas.

Me río.

—¡Eso es increíble! Me encanta escuchar ese tipo de cosas fascinantes e inexplicables.

—Creí que te parecería interesante —añade con placer. Oigo el sonido de la puerta de un

coche. ¿Acaba de llegar a casa?

—¿Qué idiomas?

—Alemán, francés y ruso. —Silencio. Entonces... ¿se oye el sonido del ascensor?—. Verás, Rachel —dice en tono de broma—, habrías disfrutado. Habría cuidado de ti esta noche.

—Oh, seguro que sí. Además, tengo debilidad por los idiomas. Un hombre hablando alemán, uf.

—Puedo hablarte en alemán al oído esta noche.

Me río y entonces me pongo seria. Oigo unos pasos y luego la puerta. Me lo imagino en su habitación; cada centímetro de mi ser quiere estar ahí, con él.

—No, de verdad que no puedo —susurro.

Oigo un crujido.

¿Acaba de saltar a la cama?

—Sí puedes, pero tienes miedo —murmura.

—¿Tú no? ¿No tienes miedo? ¿No estás preocupado?

—No estoy preocupado, estoy fascinado por esto. Por lo nuestro.

Siento que regresa toda mi timidez. Saint es muy perceptivo.

¿Siente esta atracción tan fuerte como yo?

Cuando lo escucho de nuevo, su voz me sorprende con esa profunda y casi reconfortante cualidad, con ese timbre tan denso como el sirope.

—Teniendo en cuenta que jamás esperé ser adicto a ti, y mucho menos que durara una semana, no voy a dejarlo pasar, Rachel —susurra.

Excitada de la cabeza a los pies, observo el techo, acalorada y asustada, sin saber qué decir ni dónde acabaríamos si admitiese lo enganchada que realmente estoy a él. Todavía lo siento en mi cuerpo, en mi interior. En lugares que no puedes tatuarte. En lugares en los que nadie se ha aventurado.

—Un desafío —digo—. Soy un desafío.

—Puede ser —contesta, todavía ronco—. El desafío de mi vida.

Me río.

—Ahora me estás tomando el pelo.

No se ríe.

Nos quedamos en silencio un rato, tanto que casi oigo el latido de su corazón a través del teléfono y su lenta respiración.

—Buenas noches, Saint.

—Malcolm —me corrige con calma.

—Malcolm.

Entonces se ríe, por fin.

—Buenas noches, Rachel. Piensa en mí.

Oh, joder. Gruño.

¿Qué quiere de mí? ¿Qué quiero de ÉL?

Tengo que desahogarme con alguien que no me recuerde el lío en el que me he metido.

24. Las madres son sabias

Tengo que ver a mi madre. Primero, porque tengo que comprobar que tiene buen aspecto y que no ha ganado ni perdido peso por la inestabilidad de azúcar en sangre. Segundo, porque sé que me dará algún consejo sabio, algo que me ayudará a ver que tal vez se puede sacar algo positivo de todo este puto lío en el que me he metido. Les pido a las chicas que vengan conmigo. Necesito un día de chicas, eso suele hacerme sentir de maravilla. Té, carbohidratos, hablar de la tienda de aromaterapia de Wynn, de Emmett, de las anécdotas de Gina en los grandes almacenes, mi madre diciéndome que ha sacado algo de tiempo para pintar en mi antigua habitación y los temas de mi columna.

Mi madre parece perfectamente estable. Me jura que la insulina está funcionando como un reloj y que últimamente no le ha subido la glucosa en sangre ni ha sufrido episodios de hipoglucemia.

Disfruta de las noticias de las chicas con una amplia sonrisa y unos ojos que abre cada vez más.

—Así que ahora va a desenmascararlo —termina de informar Wynn a mi madre.

Mi madre me mira sorprendida y luego se ríe.

—Oh, pero esos jóvenes solo actúan como chicos de su edad. Solo son ellos mismos, no son malos. Malcolm Saint ha sido una especie de héroe soltero desde que nació, teniendo en cuenta lo mala persona que es su padre.

—Yo no he dicho que fuera malo —lo defiende enseguida—. Esta historia... es un encargo, es como retirar una cortina o revelar algo nuevo sobre un tema que a la gente le encanta. ¡Estoy segura de que no voy a escribir que es malo! —Me estoy poniendo a la defensiva, así que frunzo el ceño—. No soy mala persona, mamá, solo intento hacer mi trabajo.

—Entonces, ¿qué vas a decir? ¿Qué es un mujeriego? Las chicas tal vez *quieran* aprovecharse de eso. Lo sé porque yo lo hice. Tu padre...

—¡Para!

Abre mucho los ojos ante mi arrebato.

—Tengo que escribir este artículo para desenmascararlo y ¿sabes por qué? Porque si no lo hago, me despedirán, y no sé cómo me las voy a arreglar. Y aunque no me despidan, *Edge* está al borde del *colapso* y decenas de personas van a acabar en la calle. Y esta, mamá, es mi oportunidad para conseguirte una casa, una casa propia para que puedas pintar el resto de tus

días y, tal vez, tenerme de apoyo. Así que *escribiré* este artículo porque soy una profesional, y entonces *Edge* saldrá de la crisis y mi trabajo se estabilizará o incluso me catapultará a otro nivel. Te compraré un cochazo y un casoplón con el dinero que gane y Saint estará en su yate con un puñado de amantes y ni siquiera le importará. —Se me rompe la voz y se me saltan las lágrimas.

Gina y Wynn, que habían estado ocupadas ojeando las revistas de mi madre levantan la vista de repente y fruncen el ceño.

Mi madre suaviza la expresión del rostro.

—No quiero una casa, Rachel —contesta mientras coloca despacio la caja de té que ha sacado de la vitrina.

Una lágrima se me salta por el rabillo del ojo y cierro los ojos con fuerza.

—Bueno, vas a tener una. Te la mereces, mamá.

—Rachel, ¿has echado mucho en falta tener un padre? ¿Te ha dolido mucho? —Se acerca y se sienta a mi lado. Extiende un brazo para tomarme la mano con la suya, suave y cálida.

—No me ha afectado. Te he tenido a ti —le aseguro, parpadeando porque nunca en la vida he vivido un episodio así.

—Entonces, ¿por qué necesitas hacer algo que está claro que no te concierne a ti? —añade mostrando comprensión.

Se me escapa una lágrima del otro ojo. Me libero de la mano de mi madre y me la enjugo, consciente de que Wynn y Gina están muy calladas; todas están muy silenciosas, excepto yo, que respiro rápido mientras intento no estallar en lágrimas.

—Bueno, ¿no consiste en eso la vida? —le pregunto—. ¿En tomar decisiones difíciles? ¿No es eso por lo que elegiste dejar de pintar para conseguir trabajo? Fue una elección que te rompió el corazón, pero tuviste que tomarla porque no tenías alternativa. En realidad no. ¿O la tenías?

—Este chico, ¿qué siente por ti?

—No está enamorado de mí, mamá. No es mi padre. No fue amor a primera vista, no somos dos almas gemelas que han conectado. No quiere estar conmigo como papá quería estar contigo. No me vio y pensó: «Es mi alma gemela, la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida, el tiempo que eso sea».

No puedo seguir. Me arde la garganta y me duele el pecho.

—Solo me ve como un desafío —añado en voz baja—. Un simple desafío. No es un hombre que se enamore de una mujer, no está hecho para eso. Él y yo... —Siento el pecho tenso, como una soga, y me arden los ojos—. No duraríamos ni tres meses. Igual que mi padre, en un segundo, puf, se habrá ido y solo estaremos tú y yo. Tú y yo, mamá. Como siempre.

No creo que pueda soportar escuchar una respuesta, ya sea para tranquilizarme, para reconfortarme o para darme la razón, y como las tres me están mirando como si me acabaran de salir un millar de gusanos de la cabeza (porque soy malvada y eso es lo que les pasa a las zorras malvadas como yo), me pongo de pie, me dirijo hacia el pasillo y mi antigua habitación y cierro la puerta. Respiro hondo cuando me siento en un taburete ante el lienzo inacabado de mi madre, con lágrimas en los ojos. Ni siquiera sé por qué estoy llorando. No debería haber sido tan duro. Nunca esperé que fuera tan duro. Pero mis amigas y mi madre empiezan a pensar que estoy cometiendo un error.

Gruño y me tumbo en el suelo donde antes estaba mi cama, con la vista fija arriba. Miraba el

techo cuando solo era una niñita que quería un padre, que tenía sueños, que quería marcar la diferencia, que quería escribir porque con eso sacaba algo... sacaba algo de la nada.

Me tumbaba aquí cuando era una niña, antes de conocer a Gina, de que esta conociese a Paul, y me preguntaba si algún día me enamoraría de un hombre como mi madre se enamoró de mi padre. Mi madre se enamoró de mi padre antes de que él tuviera la oportunidad de decepcionarla o romperle el corazón. Mi madre tiene la visión más pura del mundo de los hombres; opina que son buenos por naturaleza, que son el yang del mundo, el complemento perfecto para nuestro yin. Cuando era pequeña me preguntaba quién sería mi yang. Qué haría. Cómo sería. Cuánto me amaría.

Nunca me imaginé unos ojos verdes brillantes y decenas de sonrisas, ni un hombre que me desafía, me toma el pelo, que es al mismo tiempo perfecto e imperfecto, y que me hace querer conocer hasta su último pensamiento.

Mi chica...

Dios. He cometido un tremendo error.

Al luchar contra él, solo he despertado su interés más.

Al rendirme a él, solo me he condenado al dolor.

Mi error no ha sido aceptar el encargo, sino derribar mis muros y acercarme a él hasta el punto de que ya es parte de mi alma. Mi error ha sido aceptar la camisa, ir a la discoteca, al yate y besarlo, ir a su casa y rogarle que me hiciera el amor incluso después de haberme prometido que nunca lo haría.

Necesito poner punto y final a esta historia, pero no puedo razonar ahora mismo. El mero hecho de pensar que tengo que terminar con esto me hace anhelarlo más.

En un impulso, saco el teléfono y marco. Me responde el buzón de voz. Seguro que se está tirando a otra tía, me digo a mí misma de forma negativa. Le dejo un mensaje:

—Hola, soy yo. Supongo que... En realidad, da igual. Llámame. O no. Adiós.

Cuelgo. Luego me enjuago las lágrimas y me calmo. Tenía un objetivo, una oportunidad para escribir un artículo para desenmascararlo, para darme a conocer, avanzar en mi carrera, revelar al verdadero Saint y no la leyenda. Tal vez pueda abrir los ojos a alguna chica y evitar que le rompa el corazón a alguien. Quizá se den cuenta de que Saint no las va a amar. Nadie va a amarlas, excepto ellas mismas, si se esfuerzan en ello. Sus amigas, si las eligen sabiamente. Y sus familiares, si tienen suerte. Esta es mi parte de la historia, la parte de una chica que creció preguntándose cómo sería vivir con el amor de un hombre y luego creció decidida a demostrarse a sí misma que no lo necesitaba. Sé que hay muchas chicas como yo. Chicas que no tuvieron al chico a los siete, ni a los trece ni a los quince, que ni siquiera lo tuvieron al nacer. ¿Por qué tenerlo ahora que ya hemos crecido? *Ahora no lo necesitamos.*

Me devuelve la llamada.

—Hola, ¿estás bien? —pregunta.

—Yo... —Al escuchar su voz, algo se desanuda en mi estómago. Nunca me he sentido tan vinculada a un chico. Nunca he experimentado una conexión como esta, que me permite advertir la preocupación en su voz y estar segura de que él percibe la tristeza y la frustración en la mía. ¿Cómo es posible? Me seco el rabillo de los ojos. Odio, odio, odio llorar—. Sí, estoy bien. Solo quería hablar contigo.

Me aclaro la voz y odio como vacilo un poco al final. Hay un silencio tenso. Así se hace,

Rachel. Despídete ya de Saint. ¿Crees que quiere encargarse de una llorona ahora mismo?

—¿Dónde estás? —pregunta.

—En casa de mi madre. A punto de volver a mi apartamento.

—Otis va a recogerte. Pasa la tarde conmigo.

Mi voz se vuelve tímida y admito:

—Eso me encantaría, Malcolm.

Está callado, como si estuviera asombrado por lo vulnerable que sueno. Y entonces, él también me sorprende con una voz baja, fiero, ronco y tierno.

—A mí también. Te veo después —contesta.

Cuelgo y miro el teléfono. Me duele el corazón, literalmente. ¿Estoy enamorada de él? ¿Por qué me siento tan consumida y confusa? Parece que mi cerebro me señala la lógica y el sueño de toda mi vida (el trabajo), pero el resto de mí no quiere ir allí si eso significa tener que dejarlo.

Echo un vistazo a la pintura de mi madre; me maravilla su belleza salvaje. No se parece en nada a lo que ha pintado hasta ahora, como si todos esos años que no ha podido pintar simplemente hirvieran a fuego lento en su interior y crearan una fuerza poderosa que, una vez liberada, se ha activado y se ha apoderado del lienzo. Incluso de la propia habitación.

Igual que esta aventura con Saint se está apoderando de mí.

25. Necesito a Saint

Dos horas después llego al muelle y, cuando lo veo esperándome en la cubierta de *El Jugete*, respiro hondo y despacio. Llevo un vestido amarillo bastante informal porque no había planeado verlo hoy y tengo que plantar las manos en los muslos para evitar que se me suba cuando lo que tiene que hacer es caer hacia abajo.

El viento me sacude el cabello cuando subo a bordo y a él le pega el polo blanco contra los pectorales. Además, lleva unas bermudas holgadas blancas, que dejan a la vista unas piernas anchas y musculosas.

Me levanta y me hace girar en la cubierta, luego me da la mano y me lleva a la cubierta superior. Ni siquiera nos hemos saludado. No hace falta. No me había dado cuenta de que habíamos llegado a esa fase telepática a la que solo he llegado con mi madre y mis amigas, cuando sabes lo que la otra persona necesita y no dices nada, solo te quedas ahí y estás su lado. Y eso es exactamente lo que hace mientras sostiene mis dedos con los suyos y me lleva a la zona de estar. Me siento frágil, como si me fuera a romper si me sigue tocando. Así que me libero, tomo asiento en una silla frente al sofá y permanezco en silencio mientras el motor del barco ruge y nos dirigimos a mar abierto.

—¿Quieres hablar? —pregunta Malcolm desde donde está sentado, frente a mí, mientras extiende un brazo para echarme el cabello hacia atrás. Sus ojos son cuchillas que resquebrajan mis muros.

Malcolm es un dios del sexo. Es un donjuán y un casanova, pero nadie ve más allá de eso. Es divertido y también, de alguna forma, muy reservado. Es amable... Lo he visto con mis propios ojos. Es amable conmigo y con sus amigos. Nunca niega nada a organizaciones benéficas ni a nada. Si no quiere acostarse conmigo de nuevo, me sentiré honrada de tenerlo como amigo. He llegado a respetarlo mucho.

También siento celos por él. Saber que tengo que dar un paso atrás para que otras lo tengan me mata.

—Hoy ha sido uno de esos días en los que mi familia... Bueno, mi madre y mis amigas y yo no estamos de acuerdo —murmuro.

La preocupación de su mirada en este preciso momento casi me resulta demasiado; ahora, cuando me odio a mí misma por el trabajo que tengo. Por lo que he estado haciendo.

—Malcolm. —Se me escapa su nombre con un suave gemido.

Extiende el brazo y tira de mí hasta colocarme entre sus amplias rodillas.

—Nunca estuve de acuerdo con mi familia —me dice mientras me sienta sobre su muslo. Me sorprende que esté dispuesto a hablar de ello otra vez. Por iniciativa propia. Una vocecita en mi mente me dice: *Lo está haciendo por ti, Rachel. Por conectar contigo*—. Eso me hacía sentir como una mierda. Como que había algo mal en mí. No importa lo que piensen. ¿Qué piensas tú?

¡*Que doy asco!* Quiero llorar. Miro su mano, sobre mi cadera, y deslizo la mano por la suya solo porque no quiero que la retire y porque sé que, cuando entregue el artículo, nunca volveré a sentir esta mano grande y fuerte agarrándome las caderas. ¿De verdad puedo hacerlo?

—No estábamos de acuerdo en nada —continúa. Me coloca el pelo por detrás de las orejas cuando el viento lo agita y luego lo agarra en un puño y lo mantiene en la nuca para que nos veamos—. Nada de lo que hacía era lo bastante bueno. Nunca estuve a la altura del apellido Saint.

—Entonces, ¿como no podías estar a la altura del apellido Saint, le diste una reputación completamente nueva?

Le brillan los ojos con un tono todavía más verde.

—Nah. Solo hice mi vida, traté de ser feliz a pesar de todo.

Me observa como si se preguntara por qué no soy feliz.

No. Me observa con intensidad, como si se preguntara qué puede hacer él para hacerme feliz.

—La mayor parte del tiempo soy feliz —admito—. Otras veces es como si siguiera esperando algo. Siento que he vivido con este agujerito toda la vida.

—Conozco ese agujero.

Cuando asiente con la cabeza, le tomo el pelo un poco y extendiendo el brazo para darle con el dedo.

—Pensaba que todos tus juguetes lo llenaban bastante bien. Y tus rubias.

—Los juguetes no. —Se ríe y luego me agarra del brazo antes de levantarme para colocarme sobre su regazo con un contundente tirón. Cuando caigo, bueno..., digamos que no es un aterrizaje suave—. Solo una rubia.

Me desea.

La tiene tan dura que palpita prominentemente contra mi trasero. Empiezo a acalorarme mientras desliza los dedos por mi cabello. Me susurra al oído:

—Pareces herida y lista para ser amada.

—Y tú no malgastas una erección —bromeo.

Se ríe y nos quedamos serios cuando nos miramos a los ojos.

—Vi... cómo te deshiciste de los rumores que nos relacionaban —le digo al fin.

Me mira como si esperara la pregunta.

Quiero preguntar, pero no puedo. Sería muy hipócrita por mi parte preguntar si se ha acostado con ella cuando, al mismo tiempo, intento mantener esta relación esporádica.

—No, no lo hice —responde sin apartar la vista de mí, y estoy segura de que advierte en mi mirada el tumulto de emociones que siento por él.

Soy consciente de que me estoy enamorando, tan profundamente que me cala los huesos. Estoy jugando con fuego, he dejado el corazón justo en las vías del tren para que lo aplasten en un segundo. Pero ni la amenaza de quemarme ni la del tren que se aproxima pueden detenerme.

—Podrías haberlo hecho —digo lo más despreocupada que puedo.

—Sí, lo sé. —Hace una mueca y le brillan los ojos con ternura, como si le divirtiera el comentario.

Con el corazón a mil por hora, le rodeo el cuello con los brazos y susurro:

—Me alegra que no lo hicieras.

Acto seguido, le dejo un reguero de besos lentos, apasionados y ansiosos por el ancho cuello mientras le saco la camisa por la cintura.

—No lo haré —contesta con voz áspera y, para ser un hombre que no hace promesas, esta parece una. Una cálida promesa al oído mientras deslizo los dedos por la tableta de sus abdominales. Deshace todos los nudos de mi interior con tanta habilidad y tan rápido que un temblor me atraviesa el cuerpo y él lo nota y sonrío.

—Malcolm —susurro. De repente estoy más húmeda que nunca, siento que ahora es mío, solo mío. Me permite besarlo por un momento mientras entierra la nariz en mi cabello y enreda las manos en el mismo.

Deslizo los dedos por debajo de su camisa, se la subo para darle un sinfín de besos desde el vientre hasta los pezones y, luego, lamerle mientras él me sube el vestido hasta la cintura, me agarra las braguitas con una mano y tira de ellas hacia abajo. Me levanto para quitármelas y aprovecha el momento para bajarse la cremallera de las bermudas y deshacerse de ellas.

El deseo se apodera de mí mientras se pone el preservativo. Me alcanza, levanto las piernas, las flexiono, una a cada lado de él, y descendo, dejando que la falda del vestido caiga sobre los dos para que ningún yate o barco que pase vea con exactitud lo que estamos haciendo.

La tiene tan grande que gimo cada vez que me embiste, pero le gusta, le gusta hacerme gemir.

Le gusta hacerme el amor.

Despacio, nos fundimos en un solo ser sin dejar de buscarnos con la boca y el placer aumenta. La ropa nos separa, pero tengo su miembro en mi interior y me aferro con fuerza y sensualidad a él. Con cada movimiento de caderas, intento llevarlo más adentro.

Murmura algo sexy y lascivo contra mi cabeza y asiento sin ni siquiera estar segura de lo que ha dicho.



Nos dirigimos al camarote después de una deliciosa comida. Se duerme desnudo y eso hace que dormir con él sea mi primera adicción. Me meto bajo las sábanas, apoyo la mejilla sobre su pecho y escucho los latidos de su corazón mientras flexiono la pierna y le rodeo el duro y largo muslo.

Ni siquiera puedo expresar lo segura que me siento ahora mismo.

—¿Te encuentras mejor? —me pregunta al oído.

—Mucho —admito.

Empiezo a relajarme y pienso en lo que me preguntó Gina. Si podríamos tener futuro como pareja. Si podríamos tener algo remotamente parecido a una historia de amor. No quiero hacerme ilusiones con que tendríamos algo si resolviera el problema del trabajo. Pero es difícil

no hacerlo mientras arrastra la mano hacia arriba y hacia abajo por mi espalda y estamos en silencio y cómodos, como si hubiéramos hecho esto mil veces y pudiéramos hacerlo un millar más.

Estoy exhausta, pero, al mismo tiempo, esta noche no puedo dormir. Da igual lo mucho que me haya preparado, el número de chalecos antibalas emocionales que me haya puesto, lo mucho que haya luchado contra mí misma o el número de «historias» de Malcolm Saint que haya utilizado como munición contra el Saint de verdad. No soy inmune. Me afecta como nadie lo ha hecho. Conocer todos los defectos de Malcolm no haría que dejara de encariñarme con él. Al contrario, lo quiero más.

Estoy conectada a él. Conectada *con* él.

El artículo... ¿Qué voy a sacar a la luz ahora? Vine con la intención de descubrir y desenmascarar a una leyenda, pero lo que encontré ahora está tumbado, sudoroso y saciado, en mis brazos, en carne y hueso, imperfecto e irresistible. Y este es el primer lugar en el que he estado en mi vida del que no quiero marcharme.



Por la noche hicimos un prolongado maratón de sexo, por lo que esta mañana nos hemos quedado descansando mientras *El Juguete* se desliza por el agua.

Me pica la piel bajo la calidez del sol, el viento juguetea con mi pelo y el yate se balancea con suavidad. El motor suena ligeramente, arrullándome hasta casi quedarme dormida.

Saint acaba de colgar el teléfono tras otra llamada de negocios. Ahora descansa a mi lado.

La luz del sol baña el lago y hace que la sombra del yate brille sobre el agua. Me estiro, me doy la vuelta y me desato la parte de arriba del bikini para que no me quede marca.

Malcolm me acaricia al instante ahí y extiende la mano por mi espalda desnuda.

—¿Se me va a quedar la marca de tu manaza! —digo entre risas.

Se ríe y la mueve para agarrarme del cuello y luego del cuero cabelludo. Le vuelve a sonar el teléfono. Se levanta y camina de un lado a otro mientras habla. Observo la sonrisa que le cruza la cara.

Se pasa los dedos por el cabello, despeinado y *sexy*.

—¿Sí? Bien.

Sonrío como una tonta, adicta a verlo trabajar, y me pregunto qué está haciendo. Cuando estoy con este hombre, nunca puedo pensar en nada excepto en todo lo que le hace ser quien es.

Me echa un vistazo con el teléfono a la oreja y me hace señas con el dedo para que me acerque. Dios, qué mandón es. Frunzo el ceño, pero me siento e intento atarme la parte superior del bikini. Tengo curiosidad por saber qué ocurre.

Me aproximo a él y cuelga. Susurra:

—Tengo que enseñarte algo. Ven aquí.

Mete un dedo en la tira lateral de la parte inferior del bikini y lo usa para que lo siga. Vamos a la zona de estar de la cubierta donde se encuentra la fruta y la crema solar, junto con el portátil y otros dispositivos tecnológicos. Abre el portátil y escribe algunas contraseñas.

Me siento en su muslo de lado para dejar que escriba. Inicia sesión en una página

administrativa, hace clic en un botón y aparece una ventana con la imagen de una calle.

—¿Qué es eso? —Frunzo el ceño y miro la pantalla.

—Algo —contesto en voz baja—. Creo que a la dama le gustará. Mira la pantalla.

La pantalla muestra varias imágenes: la entrada de una tienda de alimentación, la esquina de una calle...

—Acabemos con la Violencia se ha manifestado para que haya vigilancia ciudadana —explica.

Me quedo boquiabierta.

—Lo sé.

—He financiado el proyecto. El Gobierno tiene varios satélites ya y le siguen unos pocos.

Estoy tan impresionada que me cubro la boca abierta con una mano. Malcolm tiene la mirada cargada de diversión ante mi obvio escepticismo.

—¿No tienes nada que decir? —pregunta.

Me obligo a cerrar la boca y lo miro con los ojos abiertos como platos: a él, un misterio en constante cambio. Siempre me sorprende, me toma el pelo, me molesta, me seduce y me hechiza.

—Esto solo me acerca un paso más cerca a esa codiciada luna que dices que quiero —bromea suavemente cuando no digo nada, todavía *impresionada*.

Me contempla con una sonrisa en los labios mientras me recorre la mandíbula con los nudillos.

—Sacas un lado de mí que pensé que no tenía. —Su voz es grave y, de alguna forma, reverencial, y tiene una mirada de complicidad y agradecimiento—. Me han dicho que soy imprudente, que no se puede confiar en mí, que no podría marcar la diferencia por mí mismo. Mi padre me miraba como si tuviera la culpa de todo y mi madre como si fuera a hacer que me asesinaran. La gente me mira como si pudiera conseguirles la luna, pero tú me miras como si ya lo hubiera hecho. Como si lo único que tuviera que hacer para hacerte feliz es existir —murmura mientras me acaricia el lóbulo de la oreja con el pulgar y me sonrío con unos ojos brillantes que expresan alegría—. Me *gusta*, Rachel.

—Me siento tan viva contigo... —susurro sin poder pensar siquiera en las palabras antes de soltarlas—. Me haces sentir muy viva, iluminas todos mis días, haces que todo sea más emocionante.

—Ah. —Echa la cabeza atrás y se ríe de forma deliciosa. Luego se rasca la barba de tres días con la mano y esboza una sonrisa sexy y divertida—. Eso me hace sentir bien de una manera totalmente distinta.

—Porque eres arrogante y nada es suficiente para ti, ni un poco de admiración o respeto. Esto... me gusta. Me gusta demasiado, Malcolm.

Agacho la cabeza y me sonrojo porque he barajado la idea de decirle «me encantas» antes que «esto... me gusta». Se me ha pasado por la cabeza ser sincera y hablar sin filtros. Me ruborizo mientras intento soltarlo:

—Esto me encanta —añado, y me centro en la pantalla de nuevo.

Me gira la cabeza y me mira los labios, frotándolos un poco.

—Bien. Mi novia quiere cambiar el mundo y yo quiero gobernarlo.

—¿Por qué insistes en que sea tu novia? —pregunto, pero cuando desliza la mirada desde mi

boca hasta mis ojos, resurge con fuerza la timidez que suele provocar en mí.

—¿Por qué queremos algo? —dice con la ceja arqueada.

—Porque nos da placer, satisfacción, nos hace feliz.

—Entonces, ¿cuándo puedo llamarte novia? —insiste.

¡Qué cabezota es! Me río porque pregunta «cuándo».

En la mente de Saint, no es imposible. Sabe que está pasando, que está esforzándose por hacer que suceda, y tiene curiosidad por ver cuánto tiempo tiene que esperar.

Siento el deseo de decir ¡Ya!, pero no puedo.

—Hablémoslo más tarde —propongo.

Me agarra la cabeza con una mano abierta.

—La semana que viene.

Nudos, nudos y más nudos en la tripa, el pecho y la garganta.

—Puede que necesite más de una semana para salir de la caja —empiezo a decir cuando la tensión de su mandíbula y el tumulto de su mirada me encogen el corazón. A eso hay que sumarle el dolor que ya siento. Resistirme a él me está matando—. Pero... ¿vas a esperarme?

—Estoy esperando, Rachel —me asegura con un tono firme, como si no hubiera duda de que esperará lo que sea necesario. Se inclina hacia delante y me da un beso muy dulce y sexy en la comisura de los labios.

Suspiro para mis adentros, un suspiro que no oye, que ni siquiera nota.

Vuelve la atención al ordenador mientras empieza a comprobar el *software* y me doy cuenta de que escribe en el teclado con esos dedos largos y contundentes tan rápido como yo, y eso que yo escribo a la velocidad de la luz. Su aroma me llega a la nariz y lo inhalo, lo que provoca que me humedezca y que el corazón me dé un salto de felicidad.

—Te deseo otra vez —le susurro a la oreja.

Levanta una mano para colocarla en mi sexo, me mueve y empieza a acariciarme.

—Ese era el objetivo de todo esto —susurra, y me acaricia la oreja.

Me giro y le acaricio la nariz con la mía, con el aliento en su boca mientras hablo.

—Estoy muy húmeda —admito—. Déjame ponerme guapa. Quiero estar muy guapa para darle un nuevo sentido a «tu tipo de chica».

Cuando me levanto, tira de mí como si estuviera actuando como una boba, y ríe entre dientes.

—Ven aquí.

—¡No, en serio! —Me río y luego digo—: Ahora vuelvo. —Y me dirijo deprisa al baño para ponerme mona. Veo los mensajes en el teléfono.

Wynn: Oye, estamos preocupadas, ¡¡llama!!

Gina: Rachel, ¿dónde estás? ¿Estás bien? Estamos preocupadas

Les respondo a las dos.

Estoy físicamente bien, pero me he metido en un lío muy gordo

Dejo el teléfono a un lado y, cuando salgo, Saint está tumbado en la cama con los brazos cruzados por detrás de la cabeza y la sábana hasta la cintura. Ya está desnudo y la ropa está tirada a un lado. Siento un nudo en el estómago por el hambre, el fiero deseo que me araña por dentro ruega que lo libere. Ruega por él.

Me tiemblan las manos por la excitación que ya corre por mis venas mientras tiro despacio de la tira del bikini y empiezo a desnudarme para él. Prolongo el momento a pesar de la agotadora necesidad de acercarme a él. Cada segundo que no paso en la cama con él es una tortura, cada poro de mi piel tiembla bajo la oscura y tumultuosa expresión de su mirada, una mirada que me hace sentir poseída, querida y absolutamente desenfrenada y *sexy*.

26. Amigas y fantasías

Gina y Wynn están preocupadas por cómo exploté en casa de mi madre ayer por la mañana.

Después de que Malcolm me traiga a casa, le pido a Gina que me dé media hora para ducharme y cambiarme. Me meto en la ducha y sueño despierta un poco mientras me froto el cuerpo. Me doy cuenta de lo sensible que tengo la entrepierna. Cuando salgo, Gina frunce el ceño, sin duda preocupada.

—¿Qué ocurre? Habla conmigo —me dice con indignación cuando esa tarde quedamos con Wynn—. ¿Has estado con Saint todo este tiempo?

—Sí —admito.

—¿Y? ¿Has roto con él? ¿O has llamado a Helen? ¿Qué ocurre? He estado reflexionando y no creo que tirar por la borda tu carrera por un hombre sea una buena idea. Especialmente por un hombre con su reputación. ¡Cuando te rompa el corazón ni siquiera podrás decir que no lo viste venir, Rachel!

Me evado un poco mientras ella continúa porque, en este momento, tengo el estómago lleno de bilis por la decisión que tengo que tomar en breve.

Al no darle la razón ni quitársela, Gina cambia de tercio y, de repente, no puede dejar de hablar de lo fantástico que es estar soltera. ¿Quiere hacerme sentir mejor porque está claro que lo mío con Saint no va a ninguna parte? ¿O está preocupada y piensa que me atrevería a salir con Saint públicamente y a exponerme al mismo escrutinio al que se expone él?

No. Está en modo protector a tope y quiere que le ponga fin a esto y que lo haga ya.

—Tengo pensado pasarme la vida comiendo pasteles sin ser juzgada, pintarme las uñas de colores llamativos, gastarme el dinero en lo que me dé la gana y endeudarme. Ese es el camino que quiero seguir. Significará que me he arriesgado —dice Gina.

—Mucho, Gina —contesta Wynn de forma sarcástica. Parece que en el debate de hoy, sentadas en el reservado habitual, están en bandos opuestos—. Pintarte las uñas, comer pasteles y gastar dinero es arriesgarse mucho. Lo que de verdad es un riesgo es salir ahí fuera incluso después de que el gilipollas de Paul rompiera contigo. Desde hace tiempo, la única persona que te toca es la que te hace la manicura. Esa es la única forma en la que os acarician tanto a ti como a Rachel, búscate a alguien que te toque por *todos* lados.

—Para tu información, Rachel y yo hemos estado follando a diestro y siniestro. Verás, Rachel casi nunca deja marchar a nadie. Está enamorada de un tío que apuesto a que se habrá

acostado con alguna camarera de aquí o algo. Y tal vez con unas pocas más. ¡Tal vez incluso con una de nosotras!

—¡Gina! —grito.

—¿Y tú con quién te estás acostando? —se atreve Wynn.

—¡Con mi vibrador!

—Yuju.

Entrecierra los ojos.

—¡Me rompió el corazón, Wynn! Tú eres la única que siempre deja a *tus* chicos. Perdéis fuelle y te marchas. ¡Yo amo con toda el alma! Se llevó mi corazón, todas las cálidas camisas con las que me encantaba acostarme y toda mi confianza. Hasta la cafetera salió por esa puerta con él.

—Gina, Wynn, ya está bien —intento aplacarlas.

Gina se levanta.

—Pensé que no nos juzgábamos entre nosotras. ¡Me voy a que me den un masaje y a continuar viviendo mi vida ideal os guste o no!

—Wynn, has sido muy dura —la reprendo cuando Gina se marcha.

—¡Yo no juzgo, Rachel! Simplemente he explicado que yo sí que me he esforzado por tener una relación con alguien y vosotras no.

—*Todas* lo hacemos. ¿Qué hay de malo si a veces da tanto miedo que queremos hacerlo en privado por si la cagamos? En alguna ocasión nos arrastran fuera del caparazón lo queramos o no.

—Nunca he conocido nada que te arrastre fuera del tuyo. Tienes tus ideas y tu zona de seguridad, y ya está.

—Estoy enamorada, Wynn.

Aquí sentada y una vez que han salido las palabras, ese sentimiento, que lleva tanto tiempo dentro de mí, de repente tiene nombre y es real. Y me hace daño. Toda esta charla de las camisas del chico y las cafeteras ha servido para darme cuenta de que yo duermo con su camisa puesta, pero que haría cualquier cosa por dormir en sus brazos más que unas cuantas veces. Por tener más de una camisa con la que dormir. No comparto la cafetera, pero haría cualquier cosa por levantarme otra mañana con él y tomar café mientras tiene el cabello enmarañado.

—Estoy enamorada de Saint —digo despacio.

Wynn me mira con una mezcla de preocupación y confusión, con los ojos azules muy abiertos por la impresión. Hace unos minutos le caía un mechón de pelo rojo por encima del ojo, pero de repente tiene que recogerlo y echárselo hacia atrás para mirarme directamente.

—Me he enamorado por completo. Hasta las trancas. Si quieres un asiento en primera fila para asistir a la debacle, estoy segura de que habrá sangre.

Wynn suspira y luego me da la mano.

—No hay momento adecuado para enamorarse. Ocurre sin más. Es un accidente, sucede en un segundo. Reza para que no estés sola cuando todo termine.

—Wynn, ni siquiera sabía que lo deseaba. Que deseaba ser adorada así. Sin maquillar y completamente desnuda. Nunca había deseado que alguien me tocara a la primera oportunidad. Nunca había deseado tener excusas para tocar a alguien solo para sentir su calidez y su fuerza y saber que no me lo imaginé. Me he pasado la vida dentro de esta caja y, entonces, se presenta él,

tan fuerte, y me hace sentir algo que es infinito... Creía que sabía lo que quería, pero, después, lo conocí, y ahora ya no sé nada.

—Quieres algo más y eso está bien —contesta Wynn como si fuera tan fácil como cambiar el color de uñas.

—No *está* bien. ¿Te das cuenta de quién es? ¡Me estoy engañando! Quiero algo imposible. Los hombres como él no cambian.

—¡Siento disentir! La gente siempre cambia, es la ley de la evolución. Cambiamos a mejor para sobrevivir.

—¿Quién dice que es para mejor?

—Lo será. Porque estar contigo significa algo, significa que es un buen chico. Puedes darle un objetivo y él puede brindarte seguridad. Una chica que te desafía y saca lo mejor de ti..., eso es lo que un hombre inteligente valora..., aunque no lo sepa hasta que conozca a la chica. Y Saint es inteligente, Rachel. ¿Crees que no sabe lo que el noventa y nueve por ciento de las personas que le rodean quieren de él? Eres una buena chica, Rachel. No sabes cocinar, pero cualquier chico tendría suerte de tenerte. —Se detiene—. ¿Lo sabe él?

Niego con la cabeza y respondo con suavidad:

—Todavía no.

Siento una infinidad de bichos en el estómago al pensar en decírselo y el mayor de ellos se llama miedo.

—Como acabas de decir... Tengo miedo de arriesgarme y darme cuenta de que estoy sola —añado.

—¿Está viendo a otras chicas? —pregunta Wynn, preocupada.

Espero a que la camarera deje una cesta de *focaccia* italiana con un platito de aceite de oliva al lado antes de continuar.

—Nunca esperé que fuese algo exclusivo, pero... No creo que esté viendo a nadie más. Sigue saliendo acompañado de chicas, pero... Él y yo nos acostamos mucho. Lo hacemos *mucho*, Wynn.

Le brillan los ojos.

—¡Para un animal polígamo como él esto es algo muy importante! ¿Solo se acuesta contigo?

Me ruborizo muchísimo. La charla sobre sexo solo me recuerda el potente *subidón* de tener a Saint en mi interior.

—No te dejes refrenar por las normas —me reprende—. Déjate llevar por las emociones. Todas las historias de amor fantásticas no son planeadas, simplemente ocurren.

—Eso es lo que pasa, que aunque parezca una locura, quiero dejarme llevar. De verdad. Quiero creer que por una vez podría sucederme a mí.

—¿Entonces? —pregunta—. Ya vas por ese camino. ¿No preferirías seguirlo a luchar una guerra que tal vez no quieres ganar?

—No es tan sencillo, Wynn. —Me dejo caer en la silla con un suspiro de cansancio—. No sé cómo se lo va a tomar Helen cuando le diga que no voy a hacerlo. *Edge* está en las últimas. Aunque Saint pudiera cambiar y quiera algo de verdad conmigo. ¿Pondría mi propia felicidad por delante del puesto de trabajo de muchas personas? Esto me está matando por dentro.

—*Edge* está en las últimas de todos modos.

—No. —Niego de forma instintiva con la cabeza—. Esto la activaría...

—¿Y qué hay de ti, Rachel? —Me mira como si para ella mi bienestar valiese mucho más que el bienestar de decenas de empleados de *Edge*. Me mira como si una pequeña carta (yo) destacara sobre el resto—. ¿Qué pasa con mi amiga Rachel?

27. Al filo del abismo

La respuesta a la pregunta de Wynn se me escapa..., pero a la mañana siguiente sé que hay algunas cosas de las que somos capaces y algunas de las que no. Hay velocidades a las que no podemos correr. Y situaciones que no podemos resolver. Todos tenemos límites, y por fin he reconocido los míos. Siempre me han encantado las historias, a veces más que las personas. Amaba a las personas de las historias o por sus historias.

Pero ahora, el amor que siento por un hombre es más fuerte que el que siento por *su* historia.

Así que entro en la oficina de Helen segura de que va a despedirme. Esta vez de verdad. No solo eso, sino que no puedo soportar mirar a nadie a los ojos hoy. Valentine está en su escritorio buscando la selección perfecta de imágenes; Victoria no está hoy en su mesa y casi me siento aliviada de no tener que soportar su mirada cuando debo admitir que he fallado. Que *quiero* fallar.

Helen levanta la vista del escritorio con los ojos cansados tras las gafas. Tiene el pelo un poco más enmarañado de lo normal. Percibo el estrés en todo su cuerpo y noto que la tensión nos rodea mientras tomo asiento.

Ni siquiera me saluda. Creo que lo sabe.

—El artículo de Malcolm —digo.

—¿Malcolm? —repite con una expresión de completo y absoluto desconcierto. Se quita las gafas de leer y se pellizca el puente de la nariz. Luego exhala—. Rachel, he sido muy paciente contigo. Me pediste una oportunidad...

—Es diferente de lo que pensábamos.

—¿Sí? No lo creo. —Me lanza una mirada severa—. Verás, creo que es exactamente como pensábamos que era. Y creo que, al igual que cientos de mujeres antes que tú, te has enamorado. Piensas que bajo esa fachada de niño rico malote hay un hombre bueno y que cambiará cuando le den la oportunidad de hacerlo.

—No necesita cambiar. La prensa ha utilizado su imagen para su propio beneficio, pero no es quien creemos que es, quien todo el mundo piensa que es.

—Oh, y sabes esto porque tú... ¿qué? ¿Te has acostado con él? ¿Has ido a varios cócteles con él? Lo conoces desde ¿cuándo? ¿Desde hace unas semanas, Rachel? ¿Eso es suficiente para conocer a un hombre?

—Puedes conocer a un hombre con verlo una vez. Solo una. No se trata de una cuestión de

tiempo.

—Ah, qué profunda eres —contesta con sarcasmo. Luego, suspira—. La respuesta es no. Me debes un artículo para desenmascararlo. Tu trabajo se ha resentido bastante semanas. Necesito el material en mi despacho mañana.

—No puedo escribirlo —admito—. Ni siquiera puedo empezar. Me pongo enferma físicamente cuando me siento delante del ordenador.

—Escríbelo y punto, Rachel. No es un hombre de una sola mujer. Ha tenido demasiadas oportunidades para engañar y ser malo, podrá salir de esta. Puede tener a una rubia tonta al lado que no le importe que la engañe. Que lo inste a tener otras mujeres.

—Es demasiado inteligente. Puede jugar con la tonta, pero no será feliz con una. Necesita a alguien de verdad —susurro.

—Lo que necesita no nos concierne. Lo que *tú* necesitas es hacer tu trabajo. Fin de la historia.

Estoy sentada, temblando. Dimite. Dimite. *Dimite y ya.*

—Helen, pensé que este artículo me daría voz para hablar sobre un tema que la gente querría oír, que me escucharían cuando después hablara de otras cosas. También tenía que ver con mi padre y con demostrarme que todos tenemos los mismos problemas y altibajos en nuestras vidas, que nadie lleva una vida perfecta en todos los sentidos. Me he sentido subestimada y quería demostrar que podría hacer algo más. Puedo, estoy segura de ello, pero no, no lo voy a hacer. He conocido a un hombre poderoso y he aprendido que el hecho de que *puedas* hacer algo no implica que hacerlo esté bien. Saint podría hacer un millón de cosas con su poder. No lo hace. Lo utiliza para instar a otros a que actúen. Lo he visto hacerlo. No es el villano. Da tanto como consigue. Lo usan al igual que él usa a los demás. Para mí eso son negocios. No es un santo, pero tampoco un pecador.

—Bien, muy bien, escribe todo eso. Lo necesito en mi despacho.

—Dimito —susurro.

Helen me mira, suspirando.

—No puedes dimitir, Rachel.

—Acabo de hacerlo. Helen, lo siento.

—Te estoy diciendo que no puedes.

—¿Por qué?

—Porque Victoria acaba de hacerlo.

—Helen, siento que...

—Lo sentirás más si no escribes ese artículo ya. Victoria ha dimitido. Se ha ido a la competencia. Van a publicar un artículo sobre la novia de Saint que trabaja en secreto para desenmascararlo. Van a publicarla antes que nosotros.

—¿QUÉ? —Me quedo de piedra.

—Así que verás, si dimites ahora, todos tus colegas pronto se quedarán sin trabajo. *Edge* recibirá el golpe de gracia que terminará de destruirla. ¿Quieres vivir con esto, Rachel? A los veintitrés, ¿quieres vivir con esto a tus espaldas? Te he pedido una sola cosa. Una. Haz tu trabajo.

—Helen... —le ruego.

—Si alguna vez pensaste que podrías darte la vuelta y que todo estaría olvidado..., eso no

sucedará. La semana que viene, tu novio sabrá lo que has estado haciendo. Si pensabas que podrías salvar tu propia imagen a sus ojos sacrificando *Edge*... —Suspira y se da la vuelta—..., cometiste un error. Victoria utilizará lo que consiguió después de acceder a nuestros sistemas. Los de seguridad la sorprendieron fotocopiando material de tu escritorio, Rachel. ¿Querías una voz? Ahí la tienes. Lo necesito en mi bandeja de entrada el lunes para que salga a la vez que su artículo. Si queremos salvar la revista, necesitamos esta historia, y la necesitamos *ya*.



Mientras salgo de *Edge*, recojo el bolso y las notas que Victoria puede haber fotocopiado, cierro el ordenador y tomo el ascensor; lo único que escucho es mi propia voz diciéndole a Malcolm que no estaba recabando información sobre Interface.

Sino sobre él.



Me encuentro en la calle merodeando sin rumbo. ¿Cuánto tiempo llevo mirando la palabra *Pecado* en mis contactos? No lo sé. El viento me golpea las mejillas. Tengo las yemas de los dedos frías sobre el teléfono. Estoy caminando..., pero no voy a ninguna parte.

Miro el nombre de Pecado y me doy cuenta de que es el último contacto que marqué.

Apenas es por la tarde. Tiene mil cosas que hacer en M4 e incluso un vuelo a Nueva York, pero marco el número y me llevo el móvil a la oreja. Ni siquiera sé lo que voy a decir. Lo único que necesito ahora mismo es escuchar su voz.

Me lo coge con la boca muy cerca del altavoz, como si estuviera con gente.

—Hola.

Dios, ayúdame, su voz nunca dejará de hacerme sentir cosas.

Cierro los ojos cuando una serie de sensaciones me atraviesan hasta los dedos de los pies. Es toda una experiencia. Es curioso que sea conocido por ser claro, pues es un hombre de pocas palabras.

Esto parece fascinar al mundo y, por el contrario, el mundo habla de él casi *demasiado*.

Y ahora, Victoria va a hablar de *nosotros*.

—Hola —susurro apresuradamente—. Sé que estás ocupado. Solo quería escuchar tu voz. —Dejo de caminar, me apoyo en una farola mientras siento que me pongo como un tomate y miro mis pies y las grietas de la acera—. ¿A qué hora tienes el vuelo?

—En cuanto termine aquí, en dos horas como mucho.

Se queda a la espera durante un momento, como si quisiera que le explicara por qué lo he llamado.

—¿Ha pasado algo en el trabajo? —pregunta.

—No, solo quería llamarte. Estoy habituándome a esto, ¿no?

—No me quejo —contesta en un murmullo con voz ronca—. Pero me esperan.

—Por supuesto. Ve a conquistar el mundo. Mejor todavía, ¡ve a conquistar la luna! —*No es momento de tener esa conversación ahora, Rachel. Despidete, despidete y pídele una cita—*. Llámame cuando vuelvas. Me gustaría hablar contigo.

—Claro.

—Adiós, Pecado —susurro.

—Adiós.

Después de tomarme un minuto para recomponerme, miro a mi alrededor y, aunque sé perfectamente dónde estoy, me siento perdida.

Me siento perdida y no encuentro el camino a casa.



Estoy tumbada en la cama, despierta, cuando el móvil vibra en la mesita de noche y un número desconocido aparece en la pantalla. Veo que es casi medianoche y estoy a punto de no responder, pero lo hago y entonces la escucho.

La voz de Saint, algo pastosa, baja y ronca, a través del ruido de fondo de los motores del avión.

—¿Qué...? —Refunfuño y me desperezo—. ¿No estabas volando?

—Así es —responde con un susurro grave que refleja placer.

—Por supuesto —gruño—. Tu avión tiene teléfono. ¿Qué más? ¿Azafatas de vuelo desnudas?

—Te aseguro que están perfectamente vestidas.

—Oh, pero apuesto a que *tú* no —bromeo.

Rodeada solamente por la oscuridad de mi dormitorio, su voz lo es... todo.

Su voz y su suave risa.

Me brinda tal placer que no puedo dejar de sonreír.

—Me alegro que te divierta —digo suavemente.

—Y yo también.

Es mi turno de reírme.

Pero esta vez Saint no se une.

—Dijimos una semana, ¿no? —me pregunta.

—Una semana para... —Me siento confundida por un momento, pero luego recuerdo la conversación a bordo de *El Jugete* sobre él... y yo. Y sé exactamente a qué se refiere—. Oh, eso. —Un cálido rubor me baja por el cuerpo, extendiéndose por todos lados hasta llegar a los dedos de los pies—. Sí, eso es lo que dijimos —admito.

—¿Qué tal ahora? —pregunta para mi sorpresa.

Rayos y hormigueos corren por mis venas. La sensación me cubre el cuerpo de extremo a extremo. Intento suprimirla, está *mal*. Pero no puedo detenerla, no puedo detener lo que él me provoca.

—¿Qué ha pasado con tu legendaria paciencia?

—¿Qué tal ahora, Rachel? —insiste.

De repente, me pesa toda la culpa, la inseguridad y el miedo. Es muy difícil hablar mientras niego con la cabeza en la oscuridad.

—Estoy hecha un lío, Saint —contestó con dificultad.

—Entonces sé mi lío.

Suelto una risa muy triste y, por un momento, temo que se convierta en un sollozo.

—Madre mía. —Respiro hondo y parpadeo para deshacerme de la humedad que amenaza mis ojos—. ¿Cuándo podemos hablar de esto en persona?

—Cuando aterrice en Chicago el sábado. Ven a mi casa.

Asiento con la cabeza.

—Dios, necesito verte. —Me limpio el rabillo de los ojos—. Necesito verte —repito, y luego me río para esconder el temblor de mi voz y, qué digo, para ocultar esta desesperada necesidad de llorar y confesárselo todo—. De verdad, necesito verte, Malcolm.

—Te voy a enviar una foto.

¿Se está quedando conmigo?

Se está quedando conmigo, y me encanta, siempre lo ha hecho.

—¡Saint! —Gracias a Dios que no se me ha roto la voz ahora mismo porque el resto de mi ser quiere hacerlo.

Escucho su risa, grave, y saboreo el momento.

Lo peor de todo es que puedo afirmar que está disfrutando hablando conmigo. Y tomándome el pelo. Cierro los ojos con fuerza y disfruto de ello también.

—No cuélgues todavía, solo dime algo largo e importante... ¡Dime tu nombre! Tu ridículo nombre tan largo...

—Malcolm. —Me complace. Entonces, lentamente añade—: Kyle... Preston... Logan... Saint —Por último, dice con intensidad—: Te echo de menos, Rachel.

Me enjugo una lágrima perdida y me aclaro la garganta para responder algo.

—Vale.

—¿Eso es todo? —Se ríe, incrédulo.

—Te quiero —digo. La emoción saca lo mejor de mí y repito—: Te quiero, Saint.

Y antes de que pueda responder, cuelgo y me cubro la cara.

Dios, Dios, Dios, lo acabo de decir. ¡Y no tengo ni idea del efecto que va a tener! DIOS.

Me deshago de la adrenalina, dejo el teléfono en la mesita de noche y lo observo durante unos minutos.

¿Qué-acabo-de-hacer?



Vuelvo a caer en la cama con una mezcla de excitación, terror e... incredulidad. Bueno, le he dicho «te quiero» a un hombre por primera vez en mi vida. Un ¡zas!, pero por teléfono. A Malcolm Saint.

Le debe de haber parecido una tontería.

Seguro que le he parecido tan... ¡aj! ¡Estúpida!

¿Por qué no has podido esperar hasta hablar con él en persona, Rachel? ¿Por qué?

Ojalá no me hubiera perdido su rostro, su expresión. Debe de haberse quedado estupefacto. Aturdido. ¿Se ha sorprendido al escucharlo? ¿Para bien? ¿O para mal? Bueno, ¿se ha *reído*? ¿Ha fruncido el ceño? ¿Se ha quedado perplejo? Puta vida, ¿qué he *hecho*?

Me quedo despierta en la cama un rato en modo estrés total, con su camisa puesta. Mi cuerpo lo desea, me persiguen esos ojos, la última vez que estuvimos juntos y todas las veces que he estado a su lado. Me atormenta el terror de PERDERLO antes de que pueda ser su novia de verdad.

«*Me la pido...*», recuerdo.

«*Soy hijo único...*».

«*¿Vienes o quieres que te lleve?*».

Los recuerdos me inundan.

Me acuerdo de que se le cortó la respiración cuando me vio en el Ice Box, juraría que fue así.

Del primer beso que me dio en la comisura de la boca para luego darme un beso más apasionado.

De cuando salvó a un elefante.

De cómo me salvó a mí.

De él dándome uvas.

De cómo se abrió a mí.

Por favor, vuelve a Chicago y deja que me explique, deja que te diga por qué no te merezco... y aconséjame. Aconséjame qué hacer con tu sabiduría. Porque debería haber acudido a ti antes que a nadie. Debería haber confiado en que me ayudarías, porque eso es lo único que te he visto hacer, lo que sucede es que nunca he confiado en un hombre antes.

Oigo la notificación de un mensaje y lo leo.

Pecado

Me lo tomaré como un sí

28. Sinceridad y lealtad

—Despierta, Livingston.

Entierro la cara en la almohada mientras alguien que se parece mucho a Gina aporrea la puerta. Gruño.

—Voy a patearte el culo cuando salga de la cama.

—Vas a estar muy ocupada.

—¿Ocupada con qué?

—Rachel, la puerta está cerrada.

—¿Y?

—Ábrela.

Mmm. No creo. Mi vida es un caos. Mi vida es un caos y tengo que arreglarla y pensar en cómo arreglarla. Solo obtengo placer en pensar y recordar, recordar la llamada telefónica de hace solo unas noches. Soñé que él me dijo algunas cosas y que yo le dije *otras*. Entonces recuerdo que no fue un sueño, que de verdad le dije que lo quería.

Ostras.

—Raaa-chel —se queja Gina. Golpea con fuerza la puerta—. Abre, Livingston. ¡Tienes que ver esto!

—No quiero ver nada hoy. Voy a ver a Saint cuando vuelva de Nueva York y quiero soñar con algo bonito, ¿vale? Es sábado —refunfuño, pero cuando sigue golpeando la puerta, salto de la cama, abro la puerta y luego vuelvo deprisa a las cálidas sábanas—. ¿Qué pasa?

Wynn y Gina se tiran en la cama.

¿Wynn también está aquí?

Soy consciente de un silencio forzado mientras Wynn abre las cortinas y regresa. Tienen una mirada... de mal agüero.

Una sombra de pánico se cierne sobre mí.

—¿Qué?

Las expresiones de sus caras solo hacen que suene la alarma en mi cabeza. Salto de la cama, abro el portátil y empiezo a buscar en la red. Lo único en lo que puedo pensar es: no, no, no, *nooooooooooooo*.

En segundos, saltan a la pantalla decenas de resultados con las palabras *desenmascaramiento, operación encubierta, mentiras y traición* que vinculan a Pecado, mi

glorioso Pecado, conmigo.

—Rachel, estás en todas las páginas de cotilleos —dice Wynn.

Cada resultado es como un zarpazo. Uno tras otro.

—Entra aquí. —Gina señala una página web.

Nunca me han temblado tanto las manos con el ratón táctil. Obligo al cursor a moverse para entrar en la página y se me cae el alma a los pies cuando veo la firma de Victoria. Entonces sé que han seguido adelante y han publicado su artículo en el blog antes de imprimirla.

No veo a través de las lágrimas.

—¡Será ZORRA! —grita Gina.

Aturdida, como si alguien más estuviera hablando por mí, con mi voz y mis labios, escucho:

—Está haciendo lo que tiene que hacer. Quiere éxito, como yo.

Y mientras hablo, se me siguen saltando las lágrimas.

—¡Que le den! —grita Gina.

Me agacho para leer.

ENGÑADO: ¡La nueva novia de Malcolm Saint es en realidad una periodista encubierta!

Si has estado esperando el cotilleo de una de las «relaciones» más inesperadas de uno de nuestros solteros, prepárate para sorprenderte aún más cuando descubras el pastel. Al menos, el de la novia de Malcolm Saint...

No puedo seguir. Malcolm leerá cada palabra. Es mordaz, como las palabras de una cotilla de la vida real que se entretiene mientras mi mundo se rompe en pedazos.

Se me saltan las lágrimas.

—Seguro que ya lo ha leído, Dios.

—Rachel, cálmate...

—¡No lo entiendes! ¡La sinceridad y la lealtad son importantes para él! Son muy importantes para él... No puedo. —Me cubro la cabeza con las manos mientras empiezo a hiperventilar—. Voy a vomitar.

—Rachel. —Pretenden consolarme con sus abrazos, pero no lo consiguen.

Me empieza a vibrar el móvil de forma frenética. Respiro hondo y, cuando el teléfono se queda inmóvil, empieza a sonar el fijo. Gina levanta el teléfono de la cocina y lo sacude en el aire.

—Rachel, es Helen.

Al ver que no reacciono, mueve el teléfono.

—Te llama Helen.

—No hables con ella —susurra Wynn.

Gina tapa el micrófono.

—¿Hola? ¿Wynn? Es su JEFA.

Sé lo que quiere, lo que va a decir. Agarro el teléfono con las manos temblorosas y el resto del cuerpo entumecido. He decepcionado a todo el mundo.

—¿Lo has visto? —pregunta.

No puedo responder.

Helen gruñe:

—Capearemos el temporal aunque acabe con nosotros. Ponte a trabajar.

Apenas he colgado el teléfono cuando Gina levanta mi móvil con los ojos de par en par y una expresión de disculpa.

—Es tu madre.

Con un gemido de angustia, le lanzo a Gina una mirada que pide ayuda a gritos. ¿Qué puedo decirle? Bueno, veamos. Que he perdido el corazón y la cordura con esto. Que he perdido al hombre que amaba antes de tener el coraje de permitirme tenerlo de verdad. Que una colega me ha robado la historia. Que, si no encuentro el valor pronto, podría perder el trabajo.

Que he perdido todo el sentido de la orientación. No sé qué está bien ni que está mal. No sé quién soy ni qué quiero...

—¡Eyyyyy, mamá adoptiva! —Al final, Gina coge el teléfono por mí—. ¡Sí! ¡GINA! Oh... ¿Rachel? Está muy ocupada escribiendo el artículo que hará que la competencia muerda *el polvo*. Oh, ¡pff! ¡Solo es un artículo de un blog! El de Rachel estará IMPRESO y es mucho más importante en ese formato... —Empieza a ponerse poética con mi madre mientras vuelvo al ordenador y entro en la red social de Saint.

Veo algunas fotos.

Ahí está.

Veo una foto de él saliendo del Rolls-Royce y entrando en M4. Una foto de él *haciéndole una peineta a un periodista*.

Un par de gafas de aviador le cubren los ojos.

Va elegante y parece estar la cima del mundo mientras sale del coche y, justo así, le ofrece una peineta al periodista. La leyenda debajo de la imagen dice: «Cuando el periodista le preguntó fuera de su oficina qué pensaba de que su novia fuera una periodista encubierta, esta fue la respuesta de Malcolm Saint».

Saint ha vuelto a Chicago. Ha regresado del viaje de negocios y se ha encontrado con esto.

Lo han etiquetado. Lo están BOMBARDEADO.

¡¡@malcolmsaint, te mereces una mujer mucho mejor que esa hija de puta!!

—Voy a hablar con él.

Voy corriendo a mi habitación y me cambio todo lo rápido que puedo. Me pongo un par de pantalones negros y una blusa de ejecutiva blanca con botones. Me recojo rápidamente el pelo en una coleta y, a pesar de las reservas de Wynn y Gina, tomo un taxi hasta M4.

Cruzo el vestíbulo prístino. Si la primera vez que estuve aquí pensé que era difícil acercarse a las recepcionistas que están detrás del escritorio ovalado, ahora me resulta más dolorosamente insoportable.

Estoy segura de que saben lo que está pasando. Lo sé por sus miradas afiladas.

Tengo el pulso peligrosamente acelerado. No puedo imaginar lo que sentiré cuando lo vea.

—Soy Rachel Livingston, me gustaría ver al señor Saint, por favor.

Me sorprende que, después de varios segundos, ninguna quiera responderme.

—Disculpe —dice finalmente la de en medio, con el pelo recogido en un moño—, pero el señor Saint acaba de llegar a la ciudad.

—Sí, lo sé. —No puedo creer lo calmada que sueno teniendo en cuenta lo nerviosa que estoy—. Esperaré.

—¡Señorita! —me llama mientras camino hacia el ascensor—. Hoy no se le permite a nadie subir a la planta superior sin autorización.

Me detengo a mitad de camino, desconcertada.

—Oh. —Dudo y me doy cuenta de que, en efecto, el ascensor hoy está vacío—. Entonces esperaré aquí. —Intento mantener la calma mientras vuelvo hacia ellas. ¿Saint ha cancelado todas las reuniones de su «ajetreado» día? Me siento cada vez más ansiosa—. Por favor, solo dígame que a Rachel Livingston le encantaría verlo. Es muy importante.

—Como le he dicho, está muy ocupado.

—Esperaré —digo en un tono suave pero firme.

Me dirijo a uno de los sofás situados junto a la ventana. Me acurruco en el asiento y espero. Me entra frío al recordar la absoluta tormenta de chismes que circulan por internet. Me muevo con inquietud de lado a lado, mirando los ascensores y los coches del exterior.

Hay dos o tres personas fuera del edificio tratando de mantener las cámaras escondidas, pero de vez en cuando hacen fotos del edificio. Entonces, ¿también quieren una parte de él? El enfado arde en mi interior. Enfado, impotencia y odio hacia mí misma por haber causado esto. La recepcionista se aproxima instantes después acompañada de un intimidante guardaespaldas.

Me levanto lentamente.

—Lo siento, pero no puede estar aquí —dice la recepcionista—. Está ocupado, acaba de llegar a la ciudad. —Veo ira en su mirada. Dirijo la atención al hombre grande y... simplemente no puedo creerme que sea un guardaespaldas. No puedo creer que las escolte para acompañarme a la salida.

—Dígame que me he pasado por aquí —murmuro.

Les hago el favor deirme sola y utilizo el cabello como una cortina para evitar que me reconozcan, agradecida de que también pueda esconder la expresión absolutamente abatida de mi rostro. Me dirijo directamente a casa, donde parece que Gina y Wynn han estado esperándome junto a la puerta.

—¿Cómo ha ido? —Gina me agarra por los hombros y me obliga a sentarme en el sofá.

Todavía estoy aturdida porque no doy crédito. Tardo un momento en responder.

—Se está encerrando en sí mismo. No he podido verlo. Sus recepcionistas... Me han echado del edificio.

—¿Qué? —dice Wynn, indignada.

Y Gina:

—¿No me dijiste que tiene un personal excesivamente leal? Claro que iban a mostrarse sobreprotectoras con su Saint.

—¿Pero Saint sabía que Rachel estaba allí? —pregunta Wynn.

Empiezan a discutir sobre si Saint les había ordenado o no que me echaran, pero no puedo unirme a la especulación. Me siento cada vez más perdida mientras miro el móvil. El móvil en silencio.

Me encierro en el dormitorio, lo llamo y doy vueltas en la habitación mientras le dejo un

mensaje:

—Holaaa. Oye..., ¿me puedes llamar, por favor? Necesito hablar contigo. —No tengo claro qué decir a continuación, ya que se me agolpan las ideas en la cabeza—. Malcolm... —Me detengo, pero la voz se me rompe de forma tan abrupta que cuelgo, me seco las lágrimas y vuelvo a marcar—. Lo siento —susurro. Nunca he deseado tanto escuchar su voz—. Quiero decir que... No sé... Solo quería escuchar tu voz. —Pienso qué más decir cuando me salta el buzón de voz.

Vuelvo a marcar.

—Valoras la sinceridad y la lealtad y yo... Necesito hablar contigo, Malcolm, tienes que dejar que me explique. Por favor, deja que me explique aunque eso sea lo único que hagas.



Me está matando. No puedo dormir, no puedo comer. Me duele el pecho y, literalmente, no puedo respirar, y esta vez no en el buen sentido. Sigo deseando escucharlo y espero que me conteste.

Entro en el dormitorio de Gina como una bala.

—¿Crees que se ha acabado?

Da un respingo en la cama.

—Qué susto me has dado. ¡Pensé que teníamos un intruso!

—¿Crees que se ha acabado? Que no me hable y que haya pasado esta mierda significa que se ha acabado, ¿no? ¿A quién quiero engañar? Ni siquiera era su novia de verdad. Ni un solo día. No hay nada que terminar. —Me río con tristeza y lucho con las lágrimas, la conciencia y la necesidad desesperada que siento por él.

—Me siento mal por ti, pero Saint es un hombre poderoso. Cuando Paul me traicionó, no podía mirarlo, ni siquiera podía mirar algo que le perteneciese. Me partió en dos. Y esto es... esto es público, Rachel. ¿Cómo *te sentirías* si te viniera con algo así? Te desconcertaría. Dale tiempo para asimilar lo que se está diciendo. Tal vez solo quiere racionalizar.

Tal vez solo necesite contar hasta cuatro, pienso para mí misma.

—*Tengo temperamento...*

Un instante estoy tratando de ser positiva y decirme a mí misma que tendré tiempo para explicárselo todo en algún momento y, al siguiente, me muero de pena. Al siguiente, soy un nudo gigante de arrepentimiento. Al recordar esos momentos en los que se abrió a mí por completo me siento incluso más ansiosa por verlo para explicárselo todo. Para arreglarlo. Para abrazarlo. Para ROGARLE que ME abraza.

—Rachel, ¿qué vas a hacer con el artículo? —pregunta Gina con preocupación.

Miro por enésima vez su foto llegando a M4 después del viaje de negocios en la pantalla del móvil que tengo en la mano. Parece un multimillonario real de primera clase..., aunque le está haciendo la peineta al fotógrafo. El edificio de cristal y la tecnología aparecen de fondo, mientras que él luce un traje increíble y tiene la cabeza oscura inclinada y los ojos cubiertos por las gafas de aviador. *Sin comentarios*, dice la leyenda. Pero su gesto dice mucho.

29. Búsqueda

Poco tiempo después, entro en mi dormitorio y ahí me quedo, con los calcetines y su camisa, mirando el portátil.

Tomo aire y me lo llevo, junto con la caja de zapatos llena de tarjetas con notas, a la alfombra al lado de la cama. Me siento en el suelo y leo las notas, una a una. Notas sobre él.

Sinceridad y lealtad, había escrito.

Características que probablemente admira en sus mejores amigos. Que puede que nunca haya encontrado en las mujeres que lo persiguen. Sinceridad y lealtad...

Eso es de lo único sobre lo que puedo escribir. El resto de lo que he averiguado es demasiado íntimo como para compartirlo.

Sinceridad y lealtad.

Cosas que Saint valora por encima del amor.

Cosas que no encontró en mí. Leo el dorso de la tarjeta, la nota garabateada, que habla de mí.

DOY MUUUCHO ASCO

Ahí estaba él, hablando de sinceridad y lealtad, mientras yo estaba sentada conmovida por todo lo que hablamos, sabiendo con certeza que estaba enamorándome e incapaz de detenerlo.

Y, aun así, seguía tomando notas. Estudiándolo como una rata de laboratorio. Como si no fuera humano. Como si no lo guiara lo mismo que a todos los demás: un corazón, una mente, un cuerpo, sus hormonas. Como si no necesitara aire y agua y puede que ni siquiera amor. Como si fuera un robot, para escudriñarlo y diseccionarlo con el objetivo de entretener al mundo.

¿En serio? ¿Qué importa que haya estado con más de un millar de mujeres? ¿Qué importa que sea la obsesión de la ciudad y ahora también la mía? Es humano. Tiene derecho a la poca privacidad que disfruta. Es *tan* reservado que rara vez se abre a alguien y sé que es porque siempre lo están juzgando y examinando.

Se me saltan las lágrimas y, de repente, cojo las tarjetas y empiezo a romperlas una a una. Luego me tumbo con las notas dispersas a mi alrededor y sollozo. Entonces miro el caos que me rodea. ¿Qué acabo de hacer? Oh, Dios.

Si quiero salvar la revista, necesito entregar algo.

Tomo aire y lo suelto.

—¿Rachel? —dice Gina.

Se asoma a la habitación y observa el lío de tarjetas y luego a mí, tan rota como el papel que me rodea.

—Oh, Rachel.

Empiezo a llorar.

—Tengo que escribirlo.

—Rachel, dile la verdad. Dile la verdad. Si te conoce bien, lo entenderá.

—¿Qué? ¿Que soy una mentirosa?

—Dile que lo quieres —contesta.

—No quiere mi amor. Valora... la sinceridad y la honestidad, cualidades que no poseo.

—Las posees con creces. Eres leal y honesta con todo el mundo.

—Menos con él.

—En cuanto hables con él y lo aclares, lo serás. Haz que se ponga en tu lugar. Tal vez puedas tenerlo todo.

—¿Quién lo tiene todo, Gina? *Nadie*. Nadie.

—Pero, sin embargo, todos pensamos que podemos tenerlo. ¿No es esa la razón de todo lo que hacemos? Lo queremos todo. Así que escribe el artículo. Y si todavía lo quieres, deberías ir a por él.

Me detengo.

—*Claro* que lo quiero —susurro, limpiándome la cara húmeda con el dorso de la mano—. Un millón de cositas añadidas a lo de antes me dicen que no hay nadie en este mundo que tenga este efecto tan espectacular en mí, excepto él. A veces, simplemente no puedo verme a mí misma cuando estamos juntos, estoy muy perdida sin él. —Me limpio los ojos—. Es el único hombre con el que sueño por la noche y el único junto al que quiero despertar por la mañana. Todo el mundo va tras su fama o dinero, pero yo lo amo, no por lo que tiene, sino porque me *tiene*...

—Oh, Rache. No llores. Tal vez haya esperanza para vosotros dos.

—¿Cómo? Ya no quiere tener nada que ver conmigo.

—¡Está muy herido, Rachel! Y lo sé porque no hay *ninguna* foto suya sin unas putas gafas en los ojos. Esos ojos deben de reflejar un infierno, Rachel. No puedo creer que ahora me sienta mal por él.

—Porque yo he sido el Paul de nuestra relación. He mentido.

—Paul jugó conmigo. Tú nunca has jugado con él. Tus sentimientos son reales.

Gimo y entierro la cara en las manos. Recuerdo que Helen me lo advirtió desde el principio. Que era demasiado joven para jugar con adultos. No lo vi venir. Tenía razón. No estaba preparada para esto en absoluto.

Pero cojo el clínex que Gina me pasa, me limpio las lágrimas, conecto el portátil, lo enciendo y escribo con todo el corazón.



El día que entrego el artículo, Helen me dice que los servidores de correo electrónico de *Edge* están recibiendo sin parar correos que rezuman odio por mí y me aconseja que esta semana trabaje desde casa.

El día que se publica, no salgo de la cama. No respondo al teléfono. Mi madre se pasa a verme, pero termina hablando con Gina porque no quiero que me vea así. Hoy estoy demasiado triste como para fingir y me conoce muy bien. Antes de irse me dice:

—Me voy a pintar.

Me está diciendo que debería hacer lo mismo. Me está diciendo que soy libre para salir y hacer algo que amo.

Pero el objeto de mi amor me odia.



Twitter:

¿Has leído el artículo de tu novia? @malcolmsaint

En su Instagram:

@malcolmsaint no le daría a esa zorra una segunda oportunidad. ¡Ni de coña!

Y en los grupos feministas de internet:

Rachel Livingston, ¡nuestra heroína! ¡Hay que vengarse de los donjuanes! ¿Queréis jugar con nuestros corazones? Tened cuidado, pues con el tiempo probaréis vuestra propia medicina. ¡La venganza es dulce!



Esa semana, más adelante, reúno las energías suficientes para salir de la cama e ir a trabajar. En cuanto llego, Helen me pide que vaya a su despacho.

Hay tensión entre nosotras. A Helen no le hizo gracia el artículo que le envié. Comentó:

—No es lo que te pedí.

—No —dije.

Helen lo aceptó y lo imprimió de todas formas.

Hoy me sorprende que parezca contenta de verme, contenta de verdad.

—Se ha formado un circo ahí fuera —me dice Helen, haciéndome señas para que me acerque al escritorio abarrotado.

—No me he metido en internet. ¿Puedes culparme?

—No. Pero déjame que te informe. —Me señala una silla frente al escritorio, pero permanezco de pie—. Tu novio —empieza con obvia alegría— se ha deshecho del artículo de Vicky. Ahora no se puede publicar sin repercusiones legales. —Me mira con un nuevo brillo de

respeto y admiración y añade—: En caso de que te hayas perdido que he dicho «tu novio»... — Se ríe alegremente—..., Malcolm Saint se ha hecho con todas las ediciones impresas de la publicación de Victoria y la ha eliminado del blog. —Asiente de forma lenta y sombría.

Abro mucho los ojos.

—¿Qué? —digo al final.

—El artículo de Victoria. Tu novio tiene los derechos. No se puede volver a publicar, no sin su permiso.

—¿Qué? ¿Cómo?

Se encoge de hombros y luego se reclina en la silla con un ligero crujido de las ruedas.

—Parece que Saint no quiere que circule.

Oh, Dios mío, ¿ha hecho *desaparecer* el artículo de Victoria?

—Si se ha apropiado del artículo de Victoria, ¿por qué no de la nuestra? ¿Por qué no tiene la mía? —¿*Por qué no ha leído la mía?*!

Tengo el corazón en un puño, así como los pulmones.

—Supongo que no te odia tanto. —Se encoge de hombros de forma despreocupada, pero se detiene cuando parece darse cuenta, por fin, de que estoy enamorada. Que tengo el pelo hecho un asco, así como la cara y todo en general—. Tal vez le gustes, Rachel —dice suavemente—. Estoy impresionada, ¿sabes? No soy la única que lo está. El mundo también lo está. No se lo ha visto... acompañado de ya sabes qué tipo de chica. —Da toquecitos en el escritorio con un lápiz, medio ausente y con los ojos entrecerrados—. Pero ha estado buceando todos los días. Hace pensar que tiene el deseo de morir o que necesita deshacerse de algunos recuerdos muy poderosos.

Casi no la escucho. Necesito alejarme. De *Edge*, de ella, de esta oficina.

—¿Te importaría que trabaje hoy desde casa, Helen?

Aunque advierto su reticencia, accede. Voy a mi escritorio a por mis cosas, me duelen hasta los huesos.

Saint ha estado buceando.

Saint ha comprado el artículo de Victoria.

Saint piensa que lo he traicionado.



Esa tarde, ya fuera de la oficina, me detengo cuando *Edge* me devuelve la mirada desde un kiosko de prensa; queda una copia a un lado y unas cuantas al otro.

—¿La ha leído? —El hombre de detrás del mostrador silba y se ríe—. Esa periodista tiene el corazón en un puño por ese chico.

Levanto la cabeza, preparada para gritarle al hombre. En vez de eso, observo la imagen de Saint que Helen ha usado en la portada, sus ojos verde hielo me devuelven la mirada. Y sí, el hombre tiene razón. *Tengo* el corazón en un puño por Saint. No solo el corazón, sino todo el cuerpo. Toda la vida.

Lo extraño como a nadie.

Quiero besarlo.

Quiero estrecharlo. Con los brazos, con los muslos, con todo mi cuerpo, hasta que me ROMPA o lo haga él, y eso está bien, siempre y cuando venga a por mí.

—Chica lista —susurro finalmente con la voz pastosa por la emoción—. Creo que me llevaré una.

Compro un ejemplar solo por la foto de Malcolm. Corbata elegante, cuello perfecto y esa mirada de pestañas espesas que grita que la calienten, que me atrapa. Es maravilloso como esos ojos verdes hielo pueden hacer que me derrita con tanta facilidad.

Me siento en un banco con la revista en el regazo, pasándole los dedos por los ojos y preguntándome por enésima vez si alguna vez leerá lo que le escribí.

30. Después de la tormenta

Se acabó.

No llovió ni hubo truenos cuando terminamos. Simplemente acabamos como empezamos. No vi ninguna luz intermitente advirtiéndome de que me enamoraría, de que conocería al único hombre que me desafiaría y me volvería loca. Ahora se ha acabado, el proyecto ha finalizado, se ha completado.

Las mañanas han vuelto a la normalidad. Sigo quedando con mis amigas para tomar el *brunch* los fines de semana. Sigo visitando a mi madre los domingos. Mi mundo ha vuelto a la normalidad, casi es igual que antes de escribir el artículo. No me había dado cuenta de lo gris que era. Tengo miedo de recoger el periódico y encontrármelo ahí... con una. O con tres.

Los ataques de llanto son terribles. Sales, percibes un aroma a vino por accidente y, ups, lloriqueas. Y no me hables de elefantes..., eso me lleva a un nuevo nivel de desesperación. Pero el miedo ha desaparecido. Tenías miedo de salir y de repente lo haces, desafiando al universo a que se lo lleve o suplicando que hoy te dé una excusa para sentirte como una mierda. Gina me pasa un pañuelo de papel.

Algunos de mis compañeros de trabajo... me envidian.

—Ojalá me hubieran pedido ir a por Malcolm Saint —me dice Sandy, mi compañera, por los trabajos que me están ofreciendo, pero sobre todo por lo siguiente que añade de forma soñadora —:... por dar una vuelta en un yate y ser perseguida así...

—Confiesa, ¿el sexo era sensacional? —pregunta Valentine.

Creo que están intentando animarme..., pero me resulta imposible.

Sigo curioseando su cuenta de Twitter. No puedo evitar espiarlo, no puedo evitar desear saber cómo está. Aunque las redes sociales han estado más activas que nunca, Saint ha permanecido... en silencio.

Los periodistas de la televisión y de internet le han preguntado por mí. Contesta «sin comentarios» o ignora las preguntas por la red. Al igual que me está ignorando a mí.

—No iba a durar —me asegura Gina cuando comprende que estoy abatida—. Te enganchaste a él. Es un mujeriego al cuadrado.

Pero me mata el hecho de que nunca lo sabré. Nunca sabré si todas las veces que dijo que era su chica pretendía estar conmigo.

Tengo un montón de correos electrónicos sin enviar dirigidos a Saint y muy poca valentía

para hacer algo con ellos cuando sé que no me merezco que me dé ni la hora.

Para: Malcolm Saint (borradores)

Estado: no enviado

Tengo muchísimos correos electrónicos como este que tampoco enviaré. Solo necesitaba escribirte.

Perdóname, por favor.

¿Alguna vez piensas en mí?

Tu boca, tus ojos, tus manos y tu corazón... Me lo pido todo. Hasta tu terquedad, porque me la merezco. Y tu ira. Todo. Me pido a mi hombre. ¡Mira, #yotambiénsoymuycodiciosa!

Gina me dice que si ella sobrevivió cuando le rompieron el corazón, yo también *puedo* hacerlo.

—Nena, sé que duele. Cuando me enteré de lo de Paul, quería que me cayera un meteorito en la cabeza para que me metieran en un ataúd sin darme cuenta.

—Dios, Gina, lo sé. Solo quiero una oportunidad.

Esta mañana miro por la ventana a la calle. Ya no hay ningún Rolls-Royce brillante esperando fuera los sábados por la mañana para llevarme a «cualquier sitio».

Es curioso que siga esperando verlo. Que me levante todos los días con la esperanza de recibir un mensaje, una llamada, el coche, el indicio de una oportunidad...

Deja de albergar tantas esperanzas, Rachel... A estas alturas, debe de haberlo leído.

Tal vez lo haya hecho y simplemente no se ha molestado en informarte de lo que piensa al respecto.

Averigüé muchas cosas de él durante el tiempo que pasamos juntos, pero en realidad no descubrí si podía llegar a amarme. Si será demasiado orgulloso como para perdonarme. Si buscará aliviar el dolor de mi traición con otras mujeres o si se encerrará en sí mismo, como estoy haciendo yo. Averigüé decenas de cosas sobre él, pero no las que podrían ofrecerme algún tipo de consuelo ahora mismo.

Salvamos un elefante juntos, se ocupó de mi lucha por una ciudad segura, pero la única prueba material que me recuerda el tiempo que pasé con él es su camisa.

Su camisa, que se encuentra como un trofeo sin precio envuelta en plástico, dentro de una caja, en el fondo del armario, porque casi no soporto verla en estos momentos. No soporto ponérmela ahora. Pero, a veces, cuando me azota la melancolía, abro el armario y la saco, totalmente blanca, grande y completamente masculina contra mis prendas de volantes, todavía con su olor impregnado en el cuello. Estos días me inunda la autocompasión y, en cuestión de tres segundos, ya estoy pensando en él. Luego tardo otros cuatro segundos. Cuatro segundos en volver a respirar.

Malcolm Saint al desnudo

De R. Livingston

Os voy a contar una historia. Una historia que me ha destrozado por completo. Una historia que ha hecho que reviva. Una historia que me ha hecho llorar, reír, gritar, sonreír y volver a llorar. Una historia que sigo contándome a mí misma una y otra vez hasta que me sé de memoria cada sonrisa, cada palabra y cada pensamiento. Una historia que espero llevar conmigo siempre.

La historia empieza con este preciso artículo. Era una mañana normal en *Edge*. Una mañana que me brindaría una gran oportunidad: desenmascarar a Malcolm Kyle Preston Logan Saint. Huelgan las presentaciones; vividor multimillonario, estimado mujeriego y origen de múltiples especulaciones. Este artículo me abriría las puertas y le daría voz a esta joven y ambiciosa periodista.

Me metí de lleno en mi tarea y concerté una entrevista con Malcolm Saint para hablar de Interface (una nueva y alucinante aplicación destinada a cargarse a Facebook) y de su inmediata popularidad. Toda la ciudad lleva años obsesionada con este personaje, al igual que yo, así que me consideré afortunada de estar en mi pellejo.

Estaba tan concentrada en destapar a Malcolm Saint que bajé la guardia, sin saber que, cada vez que se sinceraba conmigo, en realidad me estaba destapando a mí. Cosas que jamás había deseado de repente eran lo único que quería. Estaba decidida a averiguar más de este hombre. De este misterio. ¿Por qué se mostraba tan hermético? ¿Por qué nunca le satisfacía nada? No tardé en descubrir que hablaba poco pero con tino. Un hombre de acción. Me decía a mí misma que todas mis pesquisas eran por el artículo, pero en realidad indagaba con ansias por motivos personales.

Quería saberlo todo. Quería respirarlo. Conocer su vida.

Pero lo más sorprendente de todo fue que Saint empezó a ir detrás de mí. De verdad. A muerte. Sin descanso. No podía creer que estuviera realmente interesado en mí. Nunca me habían rondado así, de un modo tan intrigante. Jamás me había sentido tan unida a algo... ni a alguien.

No esperaba que mi historia cambiase, pero así fue. Suele pasar: sales en busca de algo y vuelves con algo distinto. No esperaba enamorarme, no esperaba perder la cabeza y el juicio por los ojos verdes más bonitos que he visto en mi vida, no esperaba enloquecer de lujuria. Pero acabé encontrando un pedacito de mi alma, un trocito que en realidad no es tan pequeño, pues pasa del metro ochenta; la espalda le mide aproximadamente un metro de ancho, sus manos son el doble de grandes que las mías, tiene los ojos verdes, el pelo oscuro, y es listo, ambicioso, amable, generoso, poderoso, sexy y ha arrasado conmigo.

Lamento habernos mentido a los dos, tanto a él como a mí; lamento no haber tenido la experiencia para reconocer lo que sentía en su momento. Lamento no haber disfrutado más de los segundos que pasé con él, pues son mi mayor tesoro.

Sin embargo, no lamento haber vivido esta historia. Su historia. Mi historia. Nuestra historia.

Y lo volvería a hacer con tal de pasar otro momento con él. Lo volvería a hacer con tal de que fuera con él. Saltaría al vacío sin pensármelo dos veces si hubiese un 0,01 % de probabilidades de que siguiese ahí, esperando para atraparme.

31. Cuatro

Sábado.

El cuarto desde entonces.

Todavía tengo decenas de mensajes en la carpeta de borradores que no voy a enviarle.

Sigo viviendo más que nunca en el país de «lo que podría haber sido» y, créeme, es un país bastante triste. En el código postal de los perdidos, se respira arrepentimiento con cada aliento y la tristeza impregna el espacio en el que se encuentra tu cuerpo.

La desesperación y el dolor son una de las principales razones por las que la gente cambia.

La tristeza resta autonomía. Por otro lado, la ira exige acción y autonomía. Pero no puedo enfadarme cuando fui yo la que *me* puso en esta situación.

He pasado fines de semana junto a la ventana de mi apartamento, tratando de animarme a salir, pero sin ganas de hacerlo.

Nunca dejes que nadie te diga que tu vida volverá a la normalidad después de un huracán.

Tengo carpetas y carpetas con fotos que no puedo abrir.

Un número que no puedo marcar.

Una camisa que no puedo ponerme.

Un nombre que no puedo pronunciar en voz alta.

El recuerdo de un par de ojos que me perseguirá toda la vida.

Vivo con miedo a no volver a ver esos ojos. Y todavía me asusta más lo que descubriré en ellos si los vuelvo a ver...

Helen dijo que no era lo que quería.

Dijo que era «una carta de amor a Saint».

Pero todos sabemos que las historias son así. Las historias cambian al igual que la gente. Cambiamos cuando sufrimos, cuando tomamos, cuando damos y cuando amamos. Cuando pierdes el objeto de tu amor, tu vida cambia para siempre; ya no hay vuelta atrás. Tienes que reconstruir los muros con más fuerza si cabe, cambiar tus expectativas y esperar a ver la luz del sol.

No hay nada como el anochecer en Chicago, la luz anaranjada y dorada brillando sobre los cristales de espejo de los edificios. He contemplado amaneceres y anocheceres y he observado la lluvia desde esta misma ventana. He visto a Gina salir, así como los coches pasar por la calle, sin centrarme realmente en su color, solo en que ninguno de ellos le pertenece a él.

Suena el portátil cerca. Gina ha salido a almorzar con Wynn, pero parece que todavía no puedo reunir fuerzas para acompañarlas.

Intento trabajar en una nueva historia. Con buen material. Sobre las personas. Las pérdidas, la esperanza y... el perdón. Estoy preparándome un té cuando me vibra el móvil. Número desconocido.

Me detengo, dejo la taza a un lado y respondo.

—Señorita Livingston, soy Catherine Ulysses.

Me detengo.

La asistente de Saint.

—¿Hola?

El corazón. Se me va a salir literalmente del pecho.

—Sí, aquí estoy.

—Le gustaría verla en su oficina.

Cierro los ojos.

—¿Le digo que rechaza la invitación?

—¡NO! Yo... ¿A qué hora? Estaré allí. —Me tiemblan los dedos mientras anoto la hora y empiezo a garabatear nerviosamente cuando cuelgo.

Mi mundo se inclina ligeramente cuando me obligo a bajar el boli. Miro la hora. La fecha. El signo de interrogación. El corazón y el nombre de *Malcolm* que he escrito junto a todo eso.

Por fin voy a verlo. No tengo ni idea de lo que voy a decir ni por dónde voy a empezar para solucionar esto.

Me imagino besándolo, reuniendo el coraje para decirle que lo amo.

Me imagino echándome a llorar, tal vez demasiado, porque este ha sido el peor mes de toda mi existencia

Me lo imagino en toda su gloria y no puedo evitar sentir un nudo enorme en el pecho.

Su oficina.

M4.

Saint.



Me cepillo los dientes, me doy una ducha y luego corro al armario, lo abro y miro la ropa con la esperanza de que algo, el atuendo correcto, destaque y grite: *VÍSTEME, NO PUEDE DECIRLE QUE NO A ESTO*. En vez de eso, veo muchas mangas y nada, *nada*, adecuado para este momento. *Su* camisa está escondida en el armario. Cómo me encantaba dormir con la camisa puesta. Me engullía como si fueran sus brazos y tenía los mejores sueños, a veces hasta eróticos, incluso después de volver de sus brazos, recientemente saciada. La saco y la miro. Cómo la he echado de menos. Entonces, de forma impulsiva, la escondo de nuevo en la sección de los vestidos largos.

Busco algo blanco: un suéter de cuello alto blanco, un par de vaqueros de color claro y unas botas de piel de cordero.

Me siento expuesta, mis defensas se han venido abajo. Pero me voy a cepillarme el pelo, me pinto los labios de color melocotón claro y me miro al espejo. Los ojos grises me devuelven la mirada, más vulnerables que nunca.

Porque le voy a decir la verdad, toda la verdad.

Y me mereceré lo que me tenga preparado; me lo mereceré, todo.

En M4, tomo el ascensor, temblando.

Embotellamos cada una de las complejas emociones humanas en el cuerpo, la mente, el alma y el corazón.

Cada miembro de cada etnia, cada humano del pasado y el presente y cada uno del futuro quiere sentirse así. Como me siento yo ahora; sencillamente, como una chica que espera, que anhela, que se muere por verlo y que reza por que el chico al que ama le corresponda.

Tengo la garganta tan seca que no puedo hablar cuando salgo. Sus cuatro asistentes levantan la cabeza de la pantalla del ordenador.

—He venido... para ver...

—Un momento —me dice Catherine.

Permanezco en pie, preguntándome si olerá y me mirará como recuerdo. Si sonreirá o fruncirá el ceño, si me odiará eternamente, si piensa en mí. Si me echa de menos.

Nada de eso importa mientras me vea ahora. Eso es lo único que quiero, mirarlo a la cara de nuevo. Escuchar su voz.

Por fin, Catherine cuelga el teléfono y me asiente con la cabeza mientras se dirige a la puerta, la abre y entro.

Lista de reproducción

Addicted, de Saving Abel
Undisclosed Desires, de Muse
Superheroes, de The Script
Climax, de Usher
Stay with Me, de Sam Smith
Peace, de O. A. R.
I Believe in You, de Kylie Minogue
Kiss You Slow, de Andy Grammer
Talking Body, de Tove Lo
My Heart Is Open, de Maroon 5
Broken, de Lifehouse
Need You Now, de Lady Antebellum

Agradecimientos

Este libro no habría sido posible sin el apoyo de mis fans, que con su amor, respaldo y entusiasmo constante por mi trabajo y mis personajes siguen estimulándome día tras día. ¡Todo mi amor y gratitud para vosotros!

Muchas gracias a los primeros lectores del borrador. Amy, iluminas mi camino. Dana, que me trajo Chicago. CeCe, lo entiendes siempre. Mi encantadora hija, me inspiras, mi amor. Kati D, como siempre tan lista y reveladora, nunca «está acabado» hasta que no lo lees, Kati. Monica Murphy, que no solo lee los primeros borradores, sino que sabe lo mejor y lo peor de mí. Jen Frederick, desde el momento en que se publicaron *Real* y *Undeclared*, nos conocimos por internet y nos hicimos amigas, gracias por esa amistad. Gracias a las megatalentosas damas Lisa Desrochers y Angie McKeon, unas de mis mejores amigas autoras. Y a mi amiga de la adolescencia, Paula, que almuerza conmigo para hablar sobre libros cada vez que estoy en la ciudad. Sylvia Day, te admiro desde hace tiempo, gracias por la lectura y la increíble reseña; me siento muy honrada de tenerla en la cubierta.

A la increíble Kelli por prestarme su ojo de águila y a Anita S. por ayudarme a revisar y pulir a mis bebés, pero sin llegar a perder mi esencia. :)

También quiero dar las gracias a todas las blogueras que me han apoyado desde el momento en que mi primer libro, *Real*, vio la luz. Vuestro entusiasmo por cada obra posterior, vuestros comentarios y vuestra ayuda a conectar con los lectores han dado a mis libros una base que no podrían tener sin vosotras. ¡Gracias de todo corazón!

A mis asistentas, Lori y Gel, que me ayudan a mantener la mente despejada cuando estoy centrada en escribir.

Gracias a la agente más maravillosa que podría haber pedido, Amy Tannenbaum: me entiendes, me inspiras y ¡me sigues sorprendiendo con tus talentos de superheroína! Y gracias a todos los miembros de Jane Rotrosen: estáis entre las personas más entusiastas y con más talento que conozco.

Y hablando de equipos talentosos e increíbles: a mi completo, ingenioso y dedicado editor, Adam Wilson; a su maravillosa asistente, Trey; y a la inolvidable Lauren McKenna. A Jen Bergstrom, por creer en mí; a Kristin, que es un genio de la publicidad, y al departamento artístico de Gallery Books, correctores de manuscritos y cada joya de persona que lo da todo para ofreceros este libro lo más pronto y de la mejor forma posible. También a Gregg Sullivan, de Sullivan and Partners: gracias por formar parte del equipo.

A mi grupo de Facebook de la serie *Real*, lectoras muy devotas y motivadoras que me tocan la fibra todos los días. A todos los lectores que me han escrito correos electrónicos, tuits y se han sentado a leer una de mis historias. Al igual que vosotros, siento nudos y mariposas cuando veo a dos personas enamorarse. Como vosotros, lloro y sonrío y ansío más y quiero gritar. Saber que disfrutáis de mis obras al igual que yo cuando las descubrí es la mayor alegría que me pueden dar...

A mi hermosa familia, que es paciente y cariñosa, hasta cuando os reís de mí mientras canturreo con los auriculares puestos y tecleo sin parar. Os quiero con todo el corazón.

A mi musa..., delicada como una mariposa. Una vez pensé que podría perderte. Que nunca podría volver a escribir. Volviste, libro tras libro, una y otra vez. Y aunque me has demostrado que estaba equivocada, ese miedo a perderte nunca desaparece y por eso me despierto cada día con la esperanza de que tengamos una cita, tú y yo, y de que aparezcas, porque nuestros personajes están esperando. No puedo agradecerte lo suficiente todo lo que me aportas. Me has traído alegría como solo las mejores cosas de la vida pueden hacer.

Y, por último, pero nunca menos importante, gracias a ti, justo en este momento, por dedicar tiempo a leer mi historia. Besos y abrazos.

Sobre la autora



Katy Evans creció acompañada de libros. De hecho, durante una época eran prácticamente como su pareja. Hasta que un día, Katy encontró una pareja de verdad y muy *sexy*, se casó y ahora cada día se esfuerzan por conseguir su particular «y vivieron felices y comieron perdices». A Katy le encanta pasar tiempo con la familia y amigos, leer, caminar, cocinar y, por supuesto, escribir. Sus libros se han traducido a más de diez idiomas y es una de las autoras de referencia en el género de la novela romántica y erótica.

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que hayas disfrutado de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



BRITTAINY C. CHERRY

EL AIRE
QUE
RESPIRA

SERIE DE LOS ELEMENTOS I

CHIC 

El aire que respira (Los Elementos 1)

Cherry, Brittainy C.

9788416223503

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Es posible volver a respirar tras haberlo perdido todo? Tristan ha perdido a su mujer y a su hijo. Elizabeth ha perdido a su marido. Son dos almas heridas que luchan por sobrevivir. Necesitan recordar lo que se siente al querer. Solo así podrán volver a respirar. La novela romántica revelación en Estados Unidos "No os lo perdáis. Leedlo y descubrid de primera mano lo bello que es respirar." "New adult addiction" Recomendamos encarecidamente esta historia hermosa y conmovedora. Brittainy C. Cherry sabe tocar la fibra. Preparaos para emocionaros. "Totally Booked Blog

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Anna Premoli
Por favor,
déjame
odiarte



Por favor, déjame odiarte

Premoli, Anna

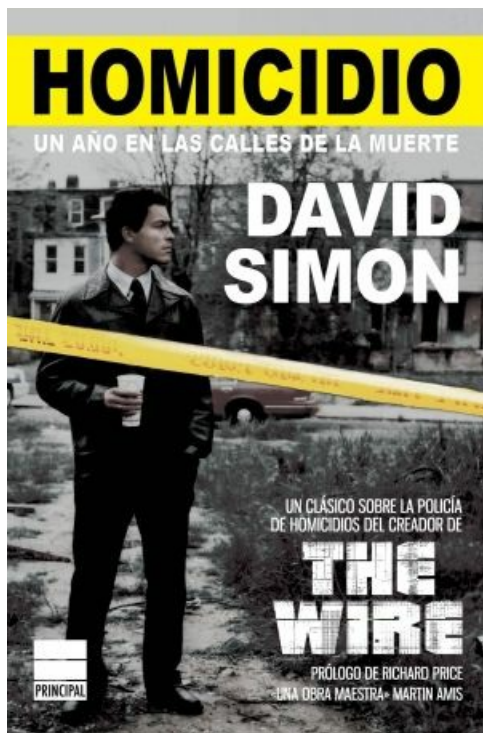
9788416223473

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Puedes llegar a enamorarte de alguien a quien odias? Jennifer es abogada. Ian es economista. Y se odian. Un cliente los obliga a trabajar juntos. ¿Y si del odio al amor solo hay un paso? Premio Bancarella de los libreros italianos Más de medio millón de ejemplares vendidos en Italia

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Homicidio

Simon, David

9788416223480

784 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El escenario es Baltimore. No pasa día sin que algún ciudadano sea apuñalado, apalizado o asesinado a tiros. En el ojo del huracán se encuentra la unidad de homicidios de la ciudad, una pequeña hermandad de hombres que se enfrenta al lado más oscuro de Estados Unidos. David Simon fue el primer periodista en conseguir acceso ilimitado a la unidad de homicidios. La narración sigue a Donald Worden, un inspector veterano en el ocaso de su carrera; a Harry Edgerton, un iconoclasta inspector negro en una unidad mayoritariamente blanca; y a Tom Pellegrini un entusiasta novato que se encarga del caso más complicado del año, la violación y asesinato de una niña de once años. Homicidio se convirtió en la aclamada serie de televisión del mismo nombre y sirvió de base para la exitosa The Wire.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

REAL

KATY EVANS



PRINCIPAL
de los LIBROS

Real (Saga Real 1)

Evans, Katy

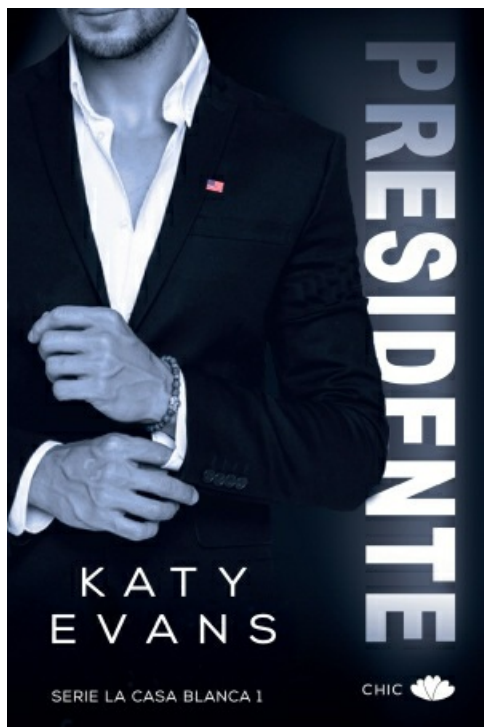
9788494223488

336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un boxeador inestable. Una joven con los sueños rotos. Una combinación explosiva. Remington Tate es el hombre más sexy y complicado que Brooke ha conocido jamás. Es uno de los boxeadores más admirados, deseados y ricos del circuito de boxeo clandestino. Pero cuando la invita a la habitación de su hotel, lo último que la joven fisioterapeuta espera es que le ofrezca un empleo. La atracción entre ellos es evidente, pero Brooke no está dispuesta a tirar su vida profesional por la borda. ¿Podrá aguantar tres meses junto a él sin caer en la tentación? ¿Qué quiere Remington Tate de ella? ¿Y cuál es su terrible secreto?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Presidente

Evans, Katy

9788416223893

320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Sube la temperatura en la campaña electoral de Estados Unidos Charlotte conoció a Matt cuando era una niña y se enamoró platónicamente de él. Ahora, diez años después, Matt quiere ser el próximo presidente del país y Charlotte trabaja para él en la campaña. ¿Podrán evitar que su atracción ponga en peligro ganar las elecciones y llegar a la Casa Blanca? "Presidente de Katy Evans me conquistó desde la primera página. Devastadoramente sexy, desgarrador en su honestidad y con una trama magníficamente poética. Totalmente recomendable." AUDREY CARLAN, autora de Calendar Girl "¡Necesitamos más libros como este! Inteligente, intenso, prohibido, caliente y provocador. Katy Evans ha convertido la política en algo sexy y atractivo." PENELOPE DOUGLAS, autora best seller del New York Times y el USA Today "Katy Evans siempre crea personajes que te dejan sin respirar, y se ha superado con Matthew Hamilton." CD REISS, autora best seller del USA Today "¡La química entre Matt y Charlotte es tan explosiva que me pareció que mi Kindle iba a incendiarse en cualquier momento! ¡No podía dejar de leerlo y estoy deseando que llegue la segunda parte!" HARPER SLOAN, autora best seller del New York Times y el USA Today "¡La política nunca había sido tan sexy!" KIM KARR, autora best seller del New York Times y el USA Today "Katy Evans hace subir la temperatura en Washington DC en esta novela de lectura obligada. Atractivo, encantador y oh, muy sexy, ¡Matt Hamilton puede contar con mi voto!" JENN WATSON, Social Butterfly "No podía dejar de leer. Sexy y con mucho ritmo, Presidente tiene todos los elementos que adoro de Katy Evans." R.S. GREY, autora best seller del USA Today

[Cómpralo y empieza a leer](#)